



Nieves Hidalgo

Reinar en tu corazón

LOS GRESHAM

Índice

Portada

Dedicatoria

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Epílogo

Echa una mirada furtiva a Los Gresham. Lágrimas negras

Nota de la autora

Sobre la autora

Créditos

*A quienes me han pedido la historia de Darel.
Fiel a vuestros deseos, os la entrego con toda ilusión.
Si consigo que disfrutéis, lo sumaré al regalo
que me hacéis a diario con vuestro cariño*

A mis Hadas Protectoras. Os quiero

Palacio de Vernon, Orlovenia, 1819

Acarició los cabellos de la muchacha, ensimismado en la contemplación del jardín vestido de nieve a través de las amplias cristaleras. Hacía más de una semana que nevaba sin cesar y él sentía cómo el frío traspasaba sus cansados huesos. Dejó que un prolongado suspiro escapase de sus labios y ella volvió la cabeza para mirarlo.

—¿En qué piensa, padre?

Su fatigada vista se deleitó en los aristocráticos rasgos de la joven: ojos grandes del color del ámbar, cabello sedoso y rubio, con mechas cobrizas que siempre lo inducían a compararlo con el fuego, labios gruesos, pómulos altos, nariz recta. Todo en ella le recordaba a su amada esposa, una imagen que hizo retornar a su memoria a otro tiempo en el que era aún un hombre vigoroso.

A pesar de la diferencia de edad —había desposado a Alexandra cuando ella contaba solamente dieciocho primaveras y él tenía cumplidos los cuarenta y uno—, su

matrimonio fue un oasis de paz, coronado por un amor auténtico y desinteresado. Dios les había concedido la gracia de un solo vástago: Tatiana Elisabeta.

Ahora, a punto de cumplir los veintidós años, la muchacha era su único apoyo. Menuda y delgada, aparentaba menos edad, pero era fuerte, valerosa y atrevida como lo fue la mujer que le dio la vida.

—Cuánto daría por tener a tu madre a mi lado en estos momentos, cariño —susurró con una pena infinita.

Tatiana apoyó la mejilla en las rodillas de su padre. También ella la echaba de menos. Sobre todo en esos momentos, tan próxima a casarse. Su madre la hubiera guiado como nadie; siempre lo hizo. Pero ya no estaba con ellos, los había dejado hacía más de ocho inviernos. ¿Qué hubiera opinado sobre su futuro esposo? Seguramente habría sido de su gusto, porque era un buen hombre.

Para Tatiana, casarse era una obligación ligada a su condición. No podía negarse a aquella boda, como tampoco podía dar marcha atrás en el tiempo; era su deber para con su país. Como heredera, carecía de la libertad de la que gozaban otras muchachas para elegir esposo, pero no se quejaba. Sabía de antemano la servidumbre que le suponía su lugar en la vida, el gravamen de ser hija de su padre, de tener que velar por el bienestar de sus súbditos cuando él

faltase. No quería pensar en ello, la tristeza la embargaba al imaginarse sin su compañía, su apoyo y dirección.

Ahora estaba a menos de una semana de convertirse en una mujer casada. Necesitaba un consorte.

Se rebelaba ante el hecho que representaba tener que compartir por fuerza su vida con un varón que, inevitablemente, reduciría su libertad; una libertad de la que tanto había gozado merced a un padre benevolente. Pero así estaban las cosas, así era el mundo y ella no podía cambiarlo por más que quisiera.

Sergei Barlov. Un joven que le llevaba seis años. Rubio, de clarísimos ojos azules y sonrisa de niño travieso que enamoraba a cuantas muchachas lo miraban. Tatiana sentía afecto por Sergei, pero no estaba enamorada. Aunque daba por sentado que su matrimonio llegaría a buen término. Su futuro esposo era un hombre culto, cariñoso y sereno, muy capaz de cooperar con ella en la compleja labor de gobierno y de las intrigas palaciegas.

—En cuanto se celebre la boda —oyó que decía su padre—, quiero que partáis hacia Francia.

La muchacha se incorporó, clavando en él su mirada.

—No me iré hasta que mejore, padre.

La risa cascada de Iván Smirnov provocó ecos en el salón. Hundió los dedos entre los mechones del cabello de

su hija, acariciándose.

—Siempre preocupada por mí. Aún me quedan fuerzas y quiero que tú tengas un viaje de novios que puedas recordar siempre.

—Está enfermo. Ni Sergei ni yo disfrutaríamos sabiéndole así. Ya habrá tiempo para viajes. Además... —se encogió graciosamente de hombros—, ningún lugar es tan bonito como Orlovenia.

—En eso te confundes, hija. Nuestro pequeño país es sólo un diminuto territorio. Próspero, es verdad, porque nunca hemos entrado en guerra con nuestros vecinos, pues siempre hemos sabido sacar el mejor provecho de las alianzas. Pero pequeño. Más allá de nuestras fronteras, existe todo un mundo por descubrir. Y yo quiero que lo descubras completamente. Es mi deseo soberano que tu futuro esposo y tú emprendáis viaje tan pronto como finalicen los festejos.

Tatiana no se iba a dar tan pronto por vencida. Se levantó. El monarca la observó con detenimiento. Era de mediana estatura, muy bonita y bien formada.

—Ya no soy una niña, padre, le ruego que no me trate como tal. Sé lo que está sucediendo, los problemas en que estamos inmersos. No le va a servir una simple orden para alejarme del peligro. No esta vez.

Un músculo vibró en la mejilla del soberano y a su mirada asomó un matiz inusual, consecuencia de la repentina rebeldía de la muchacha, siempre dócil y presta a acatar sus decisiones. Bueno, eso no era del todo cierto, sonrió, porque si había una mujer que defendiese con vehemencia sus ideas, ésa era Tatiana Elisabeta.

—Ciertamente, cariño, te has convertido en una mujer que piensa por sí misma.

—Madre y usted me enseñaron a hacerlo y se lo agradezco.

—Ahora debes poner en práctica, más que nunca, los conocimientos adquiridos. No voy a negarte que en los últimos tiempos hay fuerzas que han querido socavar los logros que hemos conseguido. Los enemigos del reino acechan, cada vez están más cerca, y apenas podemos confiar ya en unos cuantos leales. Por eso quiero que te alejes de Orlovenia.

—Mi lugar está aquí.

—Regresarás cuando acabemos con los disturbios.

—No sería su hija si huyo como un conejo ante la primera dificultad.

Iván suspiró y buscó el mejor modo de hacérselo entender. Desde que tomó la decisión de alejarla de allí, no le cupo duda de que se toparía con la negativa de la

muchacha. Pero él necesitaba saber que se encontraría lejos del peligro que veía venir, lejos de quienes maquinaban derrocarlo y alzarse con el poder.

Desde hacía meses, los tumultos en las calles se sucedían, la conjura que minaba su reino se extendía como el fuego en un bosque seco, las intrigas eran el pan de cada día. Si sus abnegados incondicionales conseguían frenar a sus enemigos, Tatiana y su esposo podrían regresar a Orlovenia y dirigir el país con buena mano, como lo había hecho él, como antes lo hizo su padre.

Estaba convencido de que la muchacha no lo defraudaría, siempre había demostrado un profundo interés por el pueblo, atendido a los necesitados y, lo más importante, era justa con todos.

En cuanto a Sergei, había demostrado con creces su inteligencia y amaba cada rincón del reino.

—Tatiana, tu presencia en Vernon es una arma que pones a disposición de nuestros adversarios. Fuera de nuestras fronteras, nada podrán contra ti. Yo me estoy muriendo, de nada sirve disfrazar la realidad, y tú tienes el deber de continuar nuestra estirpe y velar por nuestros súbditos.

—¡No diga eso! —gritó la muchacha, acercándose a él y abrazándolo con fuerza—. No se va a morir. ¡No puede,

maldita sea!

—Modera tu lenguaje, jovencita, no puedes ir por ahí soltando maldiciones. ¿Qué diría tu aya si te oyese?

—Fedora ya está acostumbrada. —Esbozó una sonrisilla cómplice—. Ella más que nadie soporta mis salidas de tono.

—Lo sé. No hay pago para su dedicación, pobre mujer —bromeó él.

—Me regaña, claro, pero ya sabe cómo suelo ganármela. ¿Por qué una mujer no puede comportarse como los varones? ¿Acaso el idioma no es el mismo para ambos? ¿No utilizo yo la misma lengua que Vasili Fedorov?

—Tu primo es un joven bastante... vehemente.

—Que maldice cada dos por tres.

—No en mi presencia.

—Pero lo hace.

—Una dama debe cuidar sus expresiones.

—Una dama debe hacer esto, una dama debe hacer lo otro... A veces me hubiera gustado nacer varón.

—¿Y que el mundo se perdiera una belleza semejante?

La broma disipó el humor pesimista de Tatiana. Nunca podía estar mucho tiempo enfadada con su padre, que tenía el don de alegrarla con un simple comentario.

Le agradecía el piropo, pero ella era bastante más

crítica con su aspecto. No se consideraba poco agraciada, porque no lo era. Pero según los cánones de belleza que le gustaban, era más bien del montón. No era alta, estaba demasiado delgada, sus ojos y su boca le parecían poco proporcionados, su cabello se empecinaba siempre en no quedarse sujeto con las horquillas... No era la belleza que decía su padre. Eso sí, se sabía inteligente y, para ella, esa dádiva con la que la había obsequiado la vida era mucho más importante. La belleza era algo pasajero.

Como si no hubiera oído el cumplido, dijo:

—A los criados les hacen gracia mis expresiones.

—Los criados te quieren demasiado, criatura, para ellos no cometes errores, te lo perdonan todo.

Tatiana acabó por echarse a reír y lo abrazó más fuerte. Él tensó un poco el cuerpo y ella lo notó.

—¿Le vuelve a molestar?

—Apenas, tesoro. Sólo ha sido un ligero pinchazo.

—Voy a buscar su medicina.

—Pide que me la traiga un sirviente. O, mejor, no la pidas. Total, de poco me sirve tanto potingue.

—Debe hacer caso a los doctores.

—Esos matasanos, a los que agradezco sus esfuerzos por mantenerme vivo, no tienen idea de lo que me pasa. — Buscó una mejor postura en el asiento, porque el pinchazo

le traspasaba el pecho. Disimuló el dolor y hasta consiguió esbozar una sonrisa—. Bueno, y ahora sal de esta sala, criatura. Llevas toda la tarde encerrada con este pobre viejo.

—Estoy muy a gusto a su lado, padre, lo sabe.

—Y yo te amo por tus desvelos, pero aún tienes que atender los preparativos de tu enlace.

—Si apenas queda nada por...

—Yo también tengo mis obligaciones, Tatiana — argumentó con tono más severo—. Vamos, fuera de aquí. Y dile a Kirov que entre, por favor.

Ella lo besó en la frente e hizo lo que su padre le pedía. De todos modos, no pensaba irse muy lejos, pues no le gustaba nada el tono ceniciento que había adquirido su rostro. Caminó despacio al principio, pero acabó corriendo mientras atravesaba el salón.

Una película acuosa cubrió los ojos del soberano al verla desaparecer tras la pesada puerta. Carraspeó, enjugándose las lágrimas con la manga de la túnica y, llevándose la mano al lugar donde sentía una nueva punzada, se acomodó en el asiento.

Poco después entró un sujeto de baja estatura, delgado como una vara, en cuyo rostro picado de viruelas destacaban unos ojos grandes y vivaces. La carpeta que

llevaba bajo el brazo hizo suspirar a Iván. Al llegar frente a él hizo una ligera reverencia.

—¿Cómo os encontráis hoy, majestad?

—El dolor es cada vez más agudo, amigo mío.

—Deberíais permitir que os examine de nuevo el médico, mi señor.

—Déjate de pamplinas, Kirov. Lo que me está matando no tiene solución, estoy harto de servir de conejillo de Indias.

—Pero, majestad...

—Vamos a lo práctico. ¿Cómo va el asunto que te encargué?

El secretario bajó la mirada.

—No he conseguido averiguar nada, señor. Se esconden como ratas.

—Así que seguimos sin saber quién maneja los hilos traidores.

—Lo único que sabemos es que han promovido nuevas revueltas e incendiado algunos edificios, causando la muerte de, al menos, veinte personas. No es el pueblo quien los sigue, majestad, son mercenarios. Pero se acercan.

—¿Y la Guardia Real?

—El capitán Nóvikov sigue trabajando, han rastreado

toda la ciudad y enviado agentes a varios puntos del país.

—¿Se han practicado detenciones?

—Sí, mi señor. El general Kovenko mandó fusilar anoche a cinco hombres y una mujer implicados, pero no consiguió que hablaran antes de la ejecución.

Iván Smirnov contuvo otro gesto de dolor, removiéndose en el sillón. Empezaba a resultar una agonía tener que disimular a cada instante. Sin embargo, no podía flaquear, no ahora que su país y su pueblo bordeaban el caos. No temía la muerte, había tenido una buena vida y no se quejaba. Casi la deseaba, para poder reunirse, por fin, con su amada Alexandra. A pesar de todo, debía resistir. La condenada enfermedad había llegado en el peor momento, cuando más lo necesitaban sus súbditos, cuando infiltrados subversivos que actuaban en la clandestinidad no daban tregua.

—Kirov, temo por mi hija.

—En menos de una semana estará camino de Francia, majestad. Luego, cuando consigamos reinstaurar la calma en Orlovenia, volveréis a tenerla a vuestro lado.

—Ella no quiere marcharse. Hace un momento ha rechazado mi orden.

El secretario esbozó una media sonrisa negando con la cabeza.

—Su alteza siempre ha tenido ideas propias.

—En eso te tengo que dar la razón. Por eso voy a pedirte un favor muy especial. Quiero que la saques de palacio, aunque sea atada de pies y manos, tan pronto como termine la ceremonia. El corazón me dice que los traidores no van a esperar mucho más y que corre peligro, grave peligro. Cuando yo no esté en este mundo, mi hija será el blanco. Debes prepararlo todo.

—A vos os queda aún mucho tiempo para...

—Kirov —lo cortó el soberano—, ¿recuerdas nuestro primer encuentro?

El secretario parpadeó sin comprender. Sí, claro que lo recordaba. Había sido diez largos años atrás. Ese día cambió su vida por completo.

—Por supuesto, majestad.

—Entonces también recordarás que fuiste tan insolente como para decirme que me confundía.

Un leve sonrojo coloreó las mejillas del súbdito. Era cierto, había tenido la osadía de rectificar a su rey al oírle dar una orden que creía injusta. Iván Smirnov lo había hecho adelantarse y pedido que repitiera lo que acababa de decir. Kirov jamás había pasado tanto miedo; no habría sido extraño que acabara entre rejas. Con el corazón en un puño, había repetido su impertinencia. Sin embargo, el soberano

quiso saber qué hubiera hecho él en su lugar. Y se lo dijo. El rey no sólo actuó como él propuso, sino que lo llevó a palacio y lo nombró secretario y consejero. Desde ese instante, toda su lealtad había sido para su monarca de por vida.

—Lo recuerdo, majestad.

—No trates, entonces, de mentirme ahora. Mi tiempo se acaba, tú y yo lo sabemos. Por tanto, te encargo la custodia de mi única hija.

—Os juro que haré todo lo que esté en mi mano. Sabéis que daría incluso mi vida por ella.

—Lo sé, amigo mío. Lo sé. Ahora sólo pido que la muerte aguarde un poco más para visitarme. Me gustaría verla casada.

Londres, 1819

Darel Gresham había perdido la cuenta de las copas que había tomado. Pero o bebía o bien se ponía en evidencia marchándose de allí. Aquel tipo de reuniones lo fastidiaban. Nunca había comulgado con las actitudes excluyentes de los estirados caballeros que pululaban por el salón, haciendo gala de mal gusto. Mucho menos con quienes veían en las pantagruélicas comidas del príncipe de Gales, terreno abonado para lograr múltiples concesiones que aumentasen su fortuna particular.

Tampoco era santo de su devoción el regente de Inglaterra. En poco se parecía al rey, que había tenido que ser apartado del gobierno de la nación a causa de la enfermedad que lo había sumido en la locura.

Apostado tras una de las columnas del salón, Darel daba vueltas a su copa mientras escuchaba las lisonjas hacia el hombre que, por el solo hecho de haber nacido de la semilla de Jorge III, ostentaba títulos tan importantes como

duque de Cornualles, duque de Rothesay, conde de Chester o príncipe de Gales.

Hubiera preferido no estar allí, sino navegando de nuevo, rumbo a las Indias, a bordo del *Discordia*, uno de los barcos de la Gresport Company. Pero Christopher, su hermano mayor, le había pedido que lo sustituyera en representación de los Gresham, al no poder acudir él. Petición a la que se sumaron sus abuelas. ¡Condenados fuesen los tres! Encontraría el modo de hacérselo pagar en cuanto regresara a Braystone Castle.

Lo habían terminado por asquear la cantidad de platos servidos y, más aún, la gula que ponía en evidencia al príncipe regente. Sabía, pues era de dominio público, que tras esas abundantes comilonas, Jorge exigiría a sus médicos que lo sangrasen. Por si fuera poco tener que soportar a tanto hipócrita, Darel se había visto obligado a cancelar su visita a Celeste Brooks, la no demasiado habilidosa actriz de Drury Lane.

Bueno, eso no era del todo cierto, pensó, regocijándose interiormente. Celeste, que en realidad se llamaba Roberta Smith, sí tenía habilidades. Muchas. Sólo que casi todas se circunscribían a la cama y sólo unas pocas al escenario.

—¿Cómo se encuentra la condesa viuda?

Darel dio un respingo, como si hubiera sido pillado en

falta, absorto en las capacidades de su amante en el lecho. A su lado, la mirada vidriosa de lord Kendrit denotaba que también él había empujado el codo de más.

—Perfectamente, gracias.

—Uno de estos días le haré una visita.

—Seguro que estará encantada.

«Y seguro también que te irás con el rabo entre las piernas, mentecato», pensó Darel.

Si algo caracterizaba a su abuela, lady Agatha, era que sabía poner los puntos sobre las íes con clase y a Kendrit se los ponía una y otra vez. Pero el botarate insistía, pertinaz, creyendo que, dorándole la píldora a la anciana, conseguiría que Christopher aceptara su participación en la compañía naviera, una de las mejores de Inglaterra. Pero iba listo.

—¿Y lady Eleonor?

—Como una rosa.

—A mi madre le han traído unas sales de Holanda que hacen milagros —comentó Kendrit con voz pastosa—. Decidle de mi parte que le llevaré un frasco para alivio de sus desmayos.

Él hinchó los carrillos, le dio la espalda y resopló. Si el hombre no se iba pronto, le iba a importar un pito ponerse de veras en evidencia. Su tía abuela no necesitaba más

sales, ya tenía buena provisión de ellas en su cuarto; más aún cuando todos sus desmayos eran fingidos, un modo inmejorable de conseguir de Christopher, de James y de él mismo, lo que quería. Lady Eleonor era otra que lo había empujado a asistir a aquella triste reunión de aprovechados, jactanciosos y borrachines. No se le olvidaba ese detalle.

—Si me disculpáis. Creo que lord Burton me está haciendo señas —dijo Darel. Pero antes de irse, se cruzó con ellos un sirviente con una bandeja con copas. Cogió la que Kendrit tenía entre los dedos y se la cambió por otra llena hasta el borde—. Bebed a la salud de mis abuelas, milord.

El otro hombre le respondió con un eructo y voz achispada:

—Pues, ¡salud!

Alejándose del petimetre, él deambuló por la habitación principal saludando con ligeros asentimientos de cabeza a los conocidos, llegó hasta la terraza y buscó un poco de soledad. Hacía frío y los jardines estaban cubiertos por la capa de nieve caída durante la tarde, pero prefería que se le congelase el trasero antes que permanecer un segundo más aguantando a tanto cretino.

No le duró mucho la tranquilidad. Un perfume que conocía muy bien llegó hasta sus fosas nasales y una mano

femenina se posó en su brazo.

—No es bueno que el hombre esté solo —comentó una voz aterciopelada, con un susurro plagado de sensualidad.

Darel se acodó en la baranda para responder a la dama.

—No sabía que leyeráis la Biblia, lady Shilton.

—Siempre tan jocoso —se echó a reír ella, cogiéndose de su brazo—. Así que ahora soy lady Shilton.

—¿Habéis cambiado de apellido tal vez y yo no me he enterado, señora?

—¡Oh, Darel! No podéis seguir enfadado por una tontería.

Él clavó sus ojos oscuros en el bello rostro de la dama. Era bonita, no podía negarlo. Y deseable. Tanto como cuando habían tenido una relación, tres meses atrás. Rubia como el oro, de huesos finos, busto prominente, como a él le gustaba, y cintura estrecha. Una beldad. Pero demasiado peligrosa.

—¿Una tontería buscar el modo de que vuestro esposo, lord Shilton, me encontrase en vuestra cama?

—Era la única forma de llamar su atención.

—La única para conseguir que babease tras vuestras faldas y os regalase un collar de diamantes para no perderos.

—¿Qué tiene de malo que una le pida algún capricho a

su marido de vez en cuando?

—Nada, siempre que no sea yo la diana de un esposo furioso disparando a placer.

—Clay no hubiera llegado a eso.

—Conocéis muy poco la mala sangre masculina, milady, a pesar de haber yacido en no pocas camas.

Ella se irguió por el insulto. De otro no hubiera consentido la humillación. Pero Darel Gresham era un hombre al que se le podía perdonar casi todo, incluso que la llamase ramera. Era uno de los hombres más atractivos de Londres y ella lo quería de nuevo entre sus sábanas.

Le acarició el mentón, pegándose más a él y bajándole luego la mano por el tórax para dejarla presionándole la bragueta del pantalón.

—Yo sería una gatita muy melosa si retomásemos nuestra amistad, cariño.

Darel le quitó la mano con suavidad, depositándosela sobre la fría barandilla.

—Regresad junto a vuestro marido, milady, aquí sólo podéis pescar una pulmonía.

—¡Así se os caiga la lengua a pedazos! —estalló ella ante tan flagrante desprecio.

Él ni siquiera se volvió para verla alejarse en un revuelo de faldas de seda. Estaba hartó y se marchaba. Fin de

episodio. Por él, el príncipe Jorge y toda su camarilla podían sufrir una apoplejía. Y sus abuelas otra. Si se daba prisa, aún podría disfrutar de lo que quedaba de velada junto a Celeste, aunque después tuviera que batirse en duelo con su hermano mayor por haberse ido de allí.

Estaba decidido, no pensaba quedarse en Londres para asistir a la coronación, que ya estaba a las puertas. Sólo esperaba que, como decían las habladurías, la esposa de Jorge, Carolina de Brunswick-Wolfenbüttel, se personase en el acontecimiento. Iba a ser digno de ver si coincidía con María Ana Fitzherbert, la amante declarada. Todos sabían que Carolina vivía separada del príncipe de Gales desde el año posterior a su casamiento, y que tenía también sus amantes, pero los cotilleos sobre su aparente intención de dejarse caer por Londres corrían como la pólvora, amenizando las veladas.

Pero no, él no estaría allí para ser testigo. El *Discordia* estaba a punto de partir con un cargamento y Darel iría en el barco, le pesara a quien le pesase.

Palacio de Vernon

La muerte sí estaba dispuesta a darle más tiempo a Iván, pero no sus antagonistas.

Los acontecimientos se precipitaron cuatro días después de su conversación con Kirov.

Recostado en un sillón, frente a los ventanales de su cuarto, Iván Smirnov aprovechaba los últimos minutos del día para leer «Svetlana», el primer poema romántico de la literatura rusa, publicado en 1808 por V. Zhukovsky. Acarició el papel con cariño, rememorando los delicados dedos de Alexandra sobre él, recordando las veces que le pidió que se lo leyera.

Con la resignación del que sabe que esos momentos dichosos no volverán, lo depositó sobre la mesita que tenía al lado, dejando que su mirada se perdiera en el jardín. Cuanto más se acercaba su final, más presente sentía a Alexandra. Era una sensación extraña, plácida a la vez, como si su esposa, desde el más allá, le estuviera diciendo

que pronto se reunirían de nuevo. Lo ansiaba más que nada. Estaba viejo, cansado, había hecho cuanto había podido por su pueblo desde que fue coronado. Ya le tocaba reposar.

No por ello olvidó su deber. Debía velar por el futuro de Orlovenia y de su hija, así que, pidiéndole perdón mentalmente a Alexandra por dejarla de lado de momento, se centró en la conversación que había mantenido con Sergei Barlov esa misma tarde, reunidos ambos en su despacho.

Habían concretado los últimos detalles y revisado las condiciones del matrimonio. Sergei era un buen muchacho, provenía de una de las mejores familias de Orlovenia, disponía de fortuna propia y, lo que era más importante, quería a Tatiana desde que era un crío. Todo estaba atado y bien atado.

En cuarenta y ocho horas, los jóvenes habrían sellado un vínculo indestructible, Iván cedería la corona y sólo entonces, después de la partida de los recién casados, podría morir en paz.

Sabía que tenía leales servidores en las personas del capitán Piotr Nóvirok y de su sobrino, Vasili Fedorov. Ellos acabarían por encontrar a los traidores y mantendrían la corona a salvo hasta el regreso de Tatiana.

Se frotó los párpados y se levantó. Volvió a ser víctima

de la dolorosa cuchillada que le avisaba del poco tiempo que le quedaba, pero obvió el tormento y, buscando apoyo en el respaldo del asiento, apagó las velas del candelabro que reposaba sobre la mesa. Luego, caminando tembloroso como un niño que da sus primeros pasos, afianzó su mano en el pie tallado de la cama y se metió en ella, ahogando un quejido.

Su ayuda de cámara le había dejado preparado el vaso de agua con las correspondientes gotas de láudano, lo único que lo ayudaba a dormir desde hacía tiempo. No se las tomó. Estaba harto de caer como un ciervo abatido cuando las ingería. Prefería el dolor. Sopló también la vela de la palmatoria que descansaba sobre la mesilla de noche, se recostó y cerró los ojos.

Tras una frugal cena, Sergei y su futura esposa se escabulleron para pasear por el jardín, haciendo frente al frío reinante, que había convertido los surtidores de las fuentes en carámbanos de hielo. Sobre el césped que rodeaba el palacio seguía la capa blanquecina que la nieve había dejado y que ahora crujía bajo sus pisadas.

Abrigada con una capa de piel, Tatiana notó cómo su prometido le pasaba un brazo por los hombros. Sergei la

acercó a él para besarla ligeramente en los labios.

—¿Qué haces?

—Ni la mitad de lo que me apetecería —repuso él con aquella pícara sonrisa que lo caracterizaba.

—Tendrás que esperar hasta después de la boda, mi impulsivo caballero.

—Faltan dos días. Ya eres prácticamente mi esposa.

—Tú lo has dicho: prácticamente. Pero aún no del todo.

Tatiana se echó a reír ante el gesto contrito del muchacho. Alzándose de puntillas, le ofreció sus labios y él no desaprovechó la ocasión que se le brindaba, atrapándolos. Fue una caricia suave y comedida, que ella disfrutó. En las pocas ocasiones en que Sergei la besaba, Tatiana no había visto aquellos fuegos artificiales de los que sus amigas hablaban entre bromas y pillerías, y que creía que debían iluminar a toda mujer enamorada.

Pero era agradable besar a Sergei. En el heredero de los Barlov había encontrado tranquilidad y compañerismo. Lo conocía desde que era una niña, se habían criado juntos, habían tenido los mismos profesores, compartido travesuras, leído los mismos libros. Difícilmente encontraría un hombre mejor junto al que pasar el resto de su vida. Un hombre justo y cabal, idóneo para gobernar Orlovenia a su lado cuando faltase su padre. El pensamiento

la hizo sentir una punzada de pena en el pecho, pero se recuperó con prontitud.

Caminaron un poco más, ya en silencio, hasta que él creyó oportuno finalizar la visita y se despidió con otro beso.

—Dulces sueños, alteza —le deseó antes de alejarse.

Ella lo vio atravesar el jardín para perderse tras la esquina del ala que daba al paseo principal, donde lo estaría aguardando su carruaje. Suspiró y se dirigió con paso vivo hacia sus habitaciones. Una vez dentro, dejó la capa sobre un sillón y se apoyó en la ventana. Volvía a nevar. Sí, quería a Sergei Barlov, se dijo. Confiaba en que, con el tiempo, ese cariño se convirtiera en amor, el mismo amor que vivieron sus padres.

—No deberías permitirle ciertas libertades, niña —la regañó una suave voz de mujer, al fondo del cuarto.

Como tantas veces, su vieja aya parecía materializarse de la nada. En esos momentos le abría el embozo de la cama.

Tatiana se acercó a ella para hacerle uno de sus mimos, con los que siempre conseguía que suavizaran sus amonestaciones.

—Vamos, Fedora. Será mi esposo pasado mañana.

—Aun así —rezongó la mujer.

Tatiana le dio la espalda, dejando que la ayudase a quitarse el vestido y las enaguas. Cogió el camisón que le tendía y se sentó frente al tocador.

Durante unos minutos, ninguna dijo nada, Fedora cepillando el cabello de la joven, como hacía cada noche, ella ensimismada en sus propios pensamientos.

Cuando el aya hubo terminado, esperó a que se metiera en la cama y la arropó con cariño.

—Me sigues tratando como a una criatura.

—Para mí siempre serás mi niña. —Se inclinó para besarle la frente—. Buenas noches, mi princesa.

—Buenas noches, Fedora.

La criada se dispuso a abandonar el cuarto, pero la pregunta de Tatiana la detuvo, con la mano ya en el picaporte.

—Aya..., ¿has estado enamorada alguna vez?

—¿Y esa curiosidad? —interrogó a su vez Fedora, volviéndose hacia ella.

Tatiana encogió con gracia un hombro. No era curiosidad insana, simplemente deseaba saber. Le habían dicho que era como volar. Pero ella, con los besos de Sergei, se mantenía con los pies en la tierra, esperando unas alas que no aparecían.

Fedora se acercó a la cama, se sentó a su lado y le

colocó un mechón de pelo tras la oreja, acariciándole luego la mejilla.

—Lo estuve, sí. Una única vez. Pero de eso hace muchos años, cuando era una moza lozana y no una pasa arrugada.

—¿Cómo es? —Tatiana mulló los almohadones a su espalda y se acomodó—. ¿Qué hay que sentir cuando te besan? Anastasia dice que se notan mariposas en el estómago.

—Anastasia, Anastasia... Esa muchacha sentiría mariposas en el estómago aunque la besara un jabalí. Pobre del hombre que la despose.

Ella aceptó la broma sobre su amiga, sabiendo que su aya pensaba que ésta era demasiado tarambana.

—Anda, Fedora, explícamelo.

—Veamos. ¿Cómo te has sentido tú cuando te estaba besando tu prometido?

Tatiana frunció los labios y acabó diciendo:

—Ha sido agradable. Pero no me apremiaba la necesidad de dejarme abrazar por él, o de abrazarlo yo.

—Eso ya llegará. Además, no son horas para hablar de estas cosas.

—Te has puesto colorada.

—¡Yo no me he puesto colorada! —protestó la mujer,

pasándose las manos por las mejillas.

—¿Te vas a sincerar de una condenada vez o no?

—Ese lenguaje...

—Fedora, por favor...

—Está bien —se rindió, tras rebullirse un par de veces como perro que busca una postura cómoda—. Estar enamorada de un hombre es como tener una enfermedad.

—¿Una enfermedad?

—Como la locura. A veces desearás comértelo a besos, a veces matarlo. Sólo podrás pensar en él, necesitarás sus sonrisas, el contacto de sus manos. Todo girará alrededor de la persona amada, Tatiana. Todo. Cuando estés enamorada, tendrás un nudo en la boca del estómago, no dormirás bien, te irritarás con él y lo adorarás al minuto siguiente. —La muchacha la miraba con gran atención—. Estarás dispuesta a morir por él si llegara el caso. —El aya suspiró con la mirada perdida, rememorando tiempos pasados—. Es difícil de explicar, pequeña, hay que vivirlo.

Ella se removió en el lecho, porque las palabras de Fedora le habían provocado un ramalazo de inquietud.

—No siento nada de eso por Sergei.

—A veces el amor llega tiempo después, con la convivencia.

—Pero ¿y si no llega?

—El matrimonio ha de cimentarse en la confianza y el mutuo respeto.

—Yo confío en Sergei. Le respeto.

—Por ahí se empieza.

—Ese enamorado tuyo, Fedora... Cuando te besaba, ¿te revoloteaban esas mariposas de las que habla Anastasia?

—¡Niña!

El rostro de Fedora adquirió un tinte cercano al carmín. Tatiana era curiosa por naturaleza y sabía que no la dejaría marchar hasta obtener una respuesta. Asintió, clavando en ella sus acuosos ojos.

—Mariposas, sí. Un volcán. Lava corriendo por las venas. ¡Y basta ya de charla, alteza! Es hora de descansar —añadió, levantándose—. Deja de soñar despierta. Tu prometido es un buen hombre, acabarás amándolo.

Tatiana se dejó resbalar entre las sábanas, imaginando todas aquellas sensaciones. Fedora apagó las velas y se marchó tras desearle de nuevo un feliz descanso.

¿Un volcán? ¿Lava corriendo por las venas?, seguía preguntándose la joven mucho después de quedarse a solas. Rebuscó en sus percepciones si Sergei le había provocado algo de eso. Admitió que no. Tal vez su aya estaba en lo cierto y, con el tiempo y la convivencia, podrían llegar esas emociones. Sin embargo, algo en su fuero interno hacía

que dudara.

Quería a su prometido, pero su cariño por él se parecía más al que podría haber sentido por el hermano que nunca tuvo. No se imaginaba sintiéndose estallar estando en sus brazos. Con esas dudas, cerró los ojos y se dispuso a dormir. Ya pensaría en todo eso por la mañana.

Justo entonces oyó el disparo.

Al otro lado del palacio, la puerta de las dependencias de Iván Smirnov se abrió con estrépito. Cuatro hombres con caftanes rojos, sobre los que vestían capas de piel, armados y portando antorchas, penetraron en la habitación del soberano.

La máxima autoridad de Orlovenia se despertó sobresaltado. Hizo ademán de incorporarse, pero el filo de un sable en su garganta se lo impidió. Los ojos del anciano se clavaron en un rostro severo de facciones fieras, y se achicaron al reconocerlo.

—¿Qué significa...?

El intruso presionó un poco más el arma. Un hilillo de sangre tiñó de rojo el cuello del camisón del monarca.

—Significa que ha llegado vuestra hora, majestad.

El pánico se abrió paso en la mente de Iván. No temía por él, sino por su hija y sus sirvientes. Fuera, se oía estrépito de carreras, gritos, incluso gemidos que parecían estertores. Lejos de mostrarse asustado, enfrentó con toda la serenidad que le fue posible la mirada hosca y turbia de

quien parecía comandar el asalto.

—Siempre lo consideré un soldado leal.

—Lo soy. Leal a mi señor.

Desvió la mirada del monarca al grupo que lo acompañaba. Perros. Con ese nombre se conocía a los seguidores de un líder al que nadie había visto nunca. Hasta ese momento, no habían supuesto más que un leve inconveniente en la acción del gobierno, poco más que un grupo de bandidos a quienes se identificaba por su roja indumentaria, que asolaban, de vez en cuando, granjas o pequeñas poblaciones, robando cuanto estuviera a su alcance y colgando pasquines injuriando al rey. Nada que no hubiese sucedido en anteriores ocasiones, siempre hubo descontrolados e inconformistas.

Pero ahora la situación había llegado mucho más allá. Ahora atacaban el palacio, se atrevían a invadir la recámara real, amenazaban su vida e incluso podían arrastrar al país a una guerra civil.

Los disparos, las voces y el estruendo de objetos que se rompían aumentaban a cada segundo que pasaba.

Que fuera aquel hombre, precisamente aquel hombre, quien lo amenazase, supuso para el anciano un duro golpe. Le había entregado toda su confianza, poniendo bajo su mando una de las secciones de seguridad más capacitadas

de la Guardia Real. Y así se lo pagaba. Con la traición.

Iván endureció el gesto, seguro ya de que había llegado el momento de presentarse ante Dios, pero decidido a no dejarse amedrentar.

—¿Va a decirme que lo hace por el bien del pueblo? —inquirió.

—Puede pensar lo que quiera, ya no me interesa. Va a morir, así que decida si quiere hacerlo ahí acostado o de pie.

—¿Importa mucho? Desde hace tiempo tengo una cita con la Muerte. Como condenado que soy, pediría un último deseo.

—Que sea rápido.

Una ráfaga de disparos muy cercana hizo estremecer a Iván. El alarido de una mujer le taladró los tímpanos. Apretó los dientes y clamó a Dios en un suspiro por la vida de sus sirvientes, cuya muerte recaía en su conciencia.

—Su última voluntad..., majestad —lo instó impaciente el que iba a resultar su ejecutor.

Iván sabía que de nada serviría pedir clemencia. Todo estaba perdido.

—Yuri Kovenko —dijo, saboreando la hiel de tamaña infamia, poniéndose en pie—: ¡púdrase en el infierno!

—Después de usted, majestad.

La hoja del sable describió un medio círculo que seccionó la yugular del monarca. Iván se llevó la mano a la herida, de su boca salió un quejido apenas audible y sus dedos se tintaron de una sangre que, escapando a borbotones de su cuerpo, empapaba sus ropas y salpicaba las sábanas. Sus ojos se tornaron vidriosos, en contraste con el rictus sardónico y cruel de Kovenko. El cuerpo de Iván sufrió un espasmo y se derrumbó, sibilante su respiración, sin más oxígeno que el que le arrebatara la vida. Una última convulsión y quedó inerte.

Kovenko se desentendió de inmediato del cadáver, limpiando el sable en las ropas de cama.

—¡Buscad a su alteza! —ladró a sus hombres.

Tatiana se incorporó con un gemido, que se bloqueó en sus labios al tiempo que el acceso que comunicaba con el pequeño cuarto ocupado por su aya se abría de un portazo, golpeando el muro. Fedora, en camisón, portando una palmatoria sobre la que oscilaba la luz mortecina de una única vela, corrió hacia ella con el rostro demudado por el terror.

—¡Atacan el palacio, alteza!

Apenas había puesto los pies en el suelo, otra puerta

que daba a la galería se abrió también, dejando paso al secretario de su padre y al alboroto que les llegaba del exterior en forma de lamentos, alaridos y disparos. Kirov cerró a su espalda y atrancó la puerta. Llegaba con el rostro descompuesto, los labios temblorosos y los ojos oscuros, espejo nítido del pánico del momento.

—¿Qué...?

—No hay tiempo para nada, alteza —dijo atropelladamente, abriendo el armario y poniéndose a buscar con ansiedad.

Tatiana se precipitó hacia la puerta, pero Fedora le cortó el paso, negando con la cabeza, con las lágrimas cayendo ya sin control por sus arrugadas mejillas.

—No, niña.

—Mi padre...

—El rey está muerto, alteza —cortó Kirov con brusquedad, sin parar de hurgar entre sus ropas como un demente.

Iba desechando capa tras capa, vestido tras vestido, tirándolo todo al suelo sin contemplaciones. Estaba frenético. Por fin pareció encontrar lo que buscaba y, aferrando entre sus dedos una capa sencilla, se volvió hacia Fedora.

—¿Es ésta?

Atónita, paralizada por el impacto de la cruel noticia, intentando encajar la magnitud del golpe recibido, Tatiana permanecía en medio del cuarto como una sonámbula. La impresión la había dejado sin capacidad de respuesta, ni siquiera podía echarse a llorar.

Reaccionó finalmente a instancias de Fedora, que echaba sobre sus hombros ropa de abrigo y le calzaba unos zapatos; sólo entonces se dio cuenta de que estaba en camisón y helada. Como una loca, se lanzó hacia el tocador, abrió el primer cajón y aferró la pistola que siempre guardaba allí, montada y lista, para un caso de apuro.

Kirov, palmatoria en ristre, la agarró de la muñeca, tirando de ella.

—¡Vamos!

Tatiana se liberó de un tirón tan fuerte que la hizo retroceder dos pasos.

—No pienso huir.

Kirov no la escuchaba, volvió a sujetarla con fuerza y la arrastró hacia la terraza. Los gritos de terror se iban espaciando, entremezclándose con otra barahúnda de ruidos y algún que otro retumbar de pistolas.

Un manto de nieve que impulsaba rachas de viento gélido los envolvió a los tres. Por un instante, mientras el

secretario protegía con una mano la llama de la vela para evitar que el aire la apagase, Tatiana se vio libre. Su primera intención fue dar la vuelta para saber de primera mano lo que estaba sucediendo, pero Fedora se interpuso a su vez, empujándola por la espalda.

A medio camino entre el ventanal de su cuarto y el de las dependencias contiguas, Kirov frenó sus largas zancadas para apoyarse en el muro. Le pasó la luz a la chica y presionó con fuerza la cabeza de piedra que adornaba una de las columnas que flanqueaban el ventanal. Un panel se desplazó con un chirrido, abriendo ante ellos un pasadizo.

El fragor de la lucha se acrecentaba, cada vez estaban más próximos los gritos, las órdenes y las voces de los asaltantes.

Tatiana, desazonada, sin acabar de creerse del todo que su padre estuviera realmente muerto, no pudo evitar que Kirov tirase de ella de nuevo con escaso miramiento, introduciéndola en el agujero negro.

Bajaron una escalera de caracol, que quedó sumida en la penumbra al cerrarse el panel tras ellos. La débil palidez de la llama apenas permitía captar los contornos, tan sólo unos escalones estrechos y desiguales. Ella tropezó en varias ocasiones y en otras resbaló sobre la capa de moho que impregnaba los peldaños, procurando entonces asirse al

muro sin soltar la pistola que apretaba contra su pecho. El frío traspasaba su cuerpo como agujas de hielo.

—Kirov, no puedo irme —trató en vano de protestar, porque su espíritu se rebelaba contra la huida.

Al hombre la súplica le dolía, porque nada podía hacer sino obviarla.

Podría haberla engañado, decirle que las aguas volverían a su cauce, que sólo trataba de alejarla del peligro mientras la Guardia Real se hacía de nuevo con el control del palacio. Podría haberlo hecho, sí. Pero conocía a Tatiana; si le daba una mínima esperanza, regresaría sobre sus pasos para unirse a la defensa. Lo embargó la pena de lo inamovible y un dolor sordo se alojó en su pecho por la villanía de la que acababa de ser testigo.

—Tenéis que escapar, alteza. Es una promesa que le hice a vuestro padre.

—¡No puede estar muerto! —se plantó ella, deteniéndose de golpe y haciendo chocar a Fedora contra ella.

Kirov buscó su mirada. Sus ojos dorados relucían en la penumbra, brillantes de lágrimas. La sujetó del brazo, dándole un apretón que buscaba tranquilizarla.

—Nos han traicionado. El propio Kovenko encabeza el ataque —explicó, al tiempo que continuaban el descenso

—. Vuestro padre ha sido asesinado a los pies de su propia cama. Me ha sido imposible hacer nada —se excusó, vacilante.

El llanto de Fedora se expandió por el túnel.

—Pero no puedo abandonarlo, Kirov. No puedo dejarlo así...

El hombre de confianza del difunto rey no atendió a más razón que la de poner la mayor distancia entre ellos y los agresores. Instó a ambas mujeres a bajar con más premura y poco después se encontraban en un espacio pequeño, de apenas tres metros cuadrados, frío y oscuro, aislado en las profundidades.

—Ya no podemos hacer nada por él, alteza. Ahora vuestra obligación es ponerlos a salvo. Ya habrá quien se encargue de vengar la muerte de nuestro rey.

Tatiana se dejó caer contra el muro. Dando rienda suelta al dolor, se abrazó a sí misma y lloró con desconsuelo, uniendo sus hipidos a los de su aya. Kirov las dejó desahogarse brevemente, no tenían tiempo que perder.

—Si Vasili hubiera estado aquí —sollozaba la joven—. Si hubiera estado aquí...

—Vuestro primo fue enviado al norte por Kovenko con el grueso de la Guardia Real. Una sucia argucia de traidor para que no interfiriera en la trama del ataque.

—Kirov, los sirvientes...

—Tampoco podéis hacer nada por ellos. Alteza, por favor, debemos continuar. Vuestra seguridad está en juego.

Ella lo miró a través de sus párpados hinchados. Inspiró, se limpió las mejillas con el borde de la capa y agachó la cabeza. La habían educado para eso, para cumplir con su deber por muy penoso que fuera. Si su padre había muerto, como decía Kirov, ahora ella era la siguiente en el trono de Orlovenia, aunque eso poco o nada significara ya. Huiría, sí. Huiría para, tarde o temprano, poder tomar fría venganza. Aunque pasaran meses o años, volvería. Y entonces no tendría compasión de Kovenko. Lo mataría ella misma, como al perro rabioso que era.

Haciendo acopio de entereza, se negó a seguir llorando y siguió los pasos del hombre al exterior. Las ráfagas de viento helado los acometían con furia, los copos de nieve que se congelaban según caían, les laceraban la cara. Tatiana se echó la capucha de la capa sobre la cabeza y avanzó a trompicones, consciente de no tener ya sensibilidad en los pies.

Días después de la masacre perpetrada en el palacio, Tatiana Elisabeta Smirnova, reina de Orlovenia por herencia

y sangre, con el corazón desgarrado, pero decidida a sobrevivir a toda costa, pasajera de un carro que traqueteaba por senderos cubiertos de nieve, atravesaba su propio país como una fugitiva. Una escolta hubiera podido poner a los criminales tras su pista, Kirov tenía razón. Así que estaba sola y, en adelante, debía valerse por sí misma.

Las noticias que llegaron a la granja donde se escondió, cerca de la frontera, propiedad de un súbdito fiel a la corona, hablaban de registros, de batidas en busca de la heredera, de la muerte de Sergei Barlov y, sin confirmar, la de su primo Vasili en una escaramuza.

No conseguía reprimir el llanto cada vez que pensaba en ellos. Y también le venía a la mente el rostro de su fiel Fedora despidiéndose y deseándole suerte, recordándole que llevaba una pequeña fortuna cosida al forro de la humilde capa con la que ahora se abrigaba. Comprendía, sin embargo, que la anciana no había podido seguirla, que por mucho que ella deseara tenerla a su lado, sería inhumano embarcarla en una huida desesperada hacia un mundo desconocido, donde no sabía lo que la esperaba.

Ataviada como un pilluelo, lejos de los suyos y de cuanto había conocido hasta entonces, privada del lujo y la seguridad en la que había vivido, acababa de convertirse en una mujer sin familia ni futuro.

Una semana más tarde, ayudada por el granjero que le dio cobijo y por su esposa, dejaba definitivamente Orlovenia a lomos de un asno, en compañía de una familia que se dirigía a tierras lejanas.

No era descabellado deducir que las dificultades y el horror sufrido pesarían en la lucidez de una Tatiana sucia, cansada y hambrienta. Pero la joven estaba hecha de otra pasta, del material humano de los que no se rinden, de los que luchan. El odio la iba a mantener viva, si bien triste y sumida en el mutismo. El odio la había hecho jurar que regresaría algún día para ajustar cuentas. Y lo haría. Claro que lo haría, aunque le fuera la vida en ello.

Mar del Norte. A bordo del Discordia, 1820

El capitán McMillan plegó el catalejo y se acodó en la borda. Sonrió al ver acercarse, luchando contra las ráfagas de viento y el vaivén constante del barco, consecuencia de un mar picado, al hombre para el que trabajaba, unas veces transportando carga legal, otras ejerciendo de corsario. Lo primero le gustaba, lo segundo lo divertía, como al resto de la escogida tripulación.

Llevaba casi toda su vida, desde que era un rapaz de siete años, sobre la cubierta de un barco. Había conocido a muchos individuos: rudos marineros, prófugos, asesinos y ladrones, rufianes pendencieros, caballeros juerguistas. El joven que capitaneaba la embarcación en esos momentos era una mezcla de los dos últimos: impulsivo, provocador, cáustico y bromista, se movía con la misma soltura en los salones reales que en los tugurios más infectos, jugaba a las cartas con duques o con truhanes, bebía champán con damas de alta alcurnia o apuraba un ron aguado con

plebeyas o casquivanas. En eso se parecía a sus otros dos hermanos. Una noche era el aristocrático barón de Winter y en la siguiente se convertía en el desenfadado calavera que dirigía un abordaje en aras de un trabajo para la corona.

La goleta dio un brusco bandazo y el barón se apresuró a sujetarse a la baranda.

—Están a un tiro de piedra, milord.

El joven cogió el catalejo, observó durante un momento a su presa y se lo devolvió.

—A un tiro de piedra —convino con un guiño.

A pesar del temporal que los azotaba, la goleta surcaba las aguas, rápida como un delfín. O como una sirena, según le gustaba decir a Darel Gresham. Sus tres mástiles cortaban el viento, haciendo de ella una nave veloz, apoyada en sus aparejos de cuchillo, que requerían menos personal.

—*Temeridad* se portará como suele hacerlo —afirmó McMillan, palmeando la pulida madera.

A Darel le hacía gracia la complicidad que su segundo parecía tener con la nave.

No podía negar que lo estaba pasando bien. Tras haber estado algún tiempo alejado de Londres, después de discutir acaloradamente con su hermano mayor, Christopher, por haber dejado en evidencia a la familia negándose a acudir a la coronación del príncipe regente,

ahora Jorge IV, echaba de menos un poco de movimiento.

Christopher seguía resentido. Y no digamos su abuela, lady Agatha, y su tía abuela, lady Eleonor. Darel se había presentado en Braystone Castle, el domicilio condal, a sabiendas de que iba a recibir otro rapapolvo, pero las recriminaciones fueron subiendo de tono hasta el punto de que casi llegó a las manos con su hermano, y se marchó de allí con cajas destempladas.

Por ese motivo había accedido a ponerse al servicio del primer ministro para recuperar ciertos documentos firmados en un momento de debilidad. Los políticos nunca escarmentaban.

Se había embarcado en aquella aventura un poco por diversión y un mucho por incordiar a Chris, condenada fuera su insistencia en anteponer a todo el buen nombre de la familia. Y, por ese motivo, el *Discordia*, una de las mejores naves de la Gresport Company, lucía ahora en el costado el nombre de *Temeridad* y llevaba bandera holandesa. Eran dos naves en una, la que cubría la ruta mercantil y la que le servía de tapadera para ciertos trabajos que quebrantaban la ley del mar, como era el caso.

McMillan, al ver su actitud altiva y su sonrisa desenfadada, creyó entender las razones por las que las damas pululaban a su alrededor. Era un demonio atractivo y

simpático.

—Suelte trapo, señor McMillan. Que los muchachos estén preparados, vamos a hacer un abordaje con clase.

Se fue acortando la distancia que los separaba del otro barco. La nave holandesa era un bergantín de velas cuadradas, capaz, rápido y ágil en las maniobras. Pero el *Discordia-Temeridad* disponía de viento a favor y lo alcanzaría en breve.

McMillan, ejerciendo en aquella misión de simple contra maestre tras dejar el gobierno del barco al barón de Winter, comenzó a ladrar órdenes. No conocía los pormenores del encargo que los obligaba a actuar como corsarios. Tampoco le importaba. Él trabajaba para la Gresport Company y, en particular, para Darel Gresham. Nunca había puesto objeciones a una misión comandada por el joven, como tampoco se oponía a que asumiera la función de capitán cuando iba a bordo. Le había dado sobradas muestras del buen gobierno de un barco y sabía que la goleta estaba en las mejores manos.

Desde el bergantín les hicieron señas, confiados porque veían que también ellos enarbolaban bandera holandesa. En ese momento, Darel, completamente vestido de negro, se cubrió el rostro con un antifaz, se apostó en la borda y achicó la mirada, consumido ya por la impaciencia.

—¡Démosles un buen susto a esos cabeza de queso, señores! —le gritó a la tripulación.

Los holandeses se quedaron atónitos al ver que, en la nave que se les acercaba velozmente, arriaban la bandera que los identificaba como compatriotas e izaban una negra: el emblema pirata. Los tenían ya encima, era demasiado tarde para emprender la huida.

Las portas se abrieron, asomando por ellas las bocas de los cañones con los que iba armado el *Temeridad*. De nada sirvió la apresurada maniobra del bergantín tratando de minimizar su exposición a una andanada de artillería si ésta fuese disparada. Estaban en su poder. No tardaron en agitar bandera blanca sobre cubierta, instantes antes de que los cascos de ambas naves se encontraran prácticamente pegados.

Darel no esperó más. Se enrolló al brazo una de las sogas de abordaje y, seguido por sus hombres, saltó a la otra nave. Hasta Ewan McMillan, que no participaba activamente en el asalto, llegó la voz admonitoria del capitán holandés.

—¡Los colgarán por esto!

Darel aterrizó en cubierta flexionando sus largas piernas, se irguió con el sable ya desenfundado y se acercó al capitán. Era un tipo robusto, de rostro colorado surcado

por venillas que amenazaban con estallar, inflamadas de cólera. Tras él, una dama gruesa como un tonel, completamente aterrorizada, seguía el abordaje desencajada, al borde del desmayo.

El barón de Winter le hizo una burlona reverencia, para dispensar después toda su atención a un tipo que, apartado del resto, parecía buscar el modo de escabullirse discretamente, cosa harto difícil vistiendo un traje de color verde chillón, camisa con demasiadas chorreras y un sombrero que hubiese hecho las delicias de muchas mujeres.

Acercándose a él, lo tomó del brazo.

—Me gustaría que me acompañara a su camarote, caballero. Quiero verlo.

El pavo real lo miró, totalmente confuso.

—¿Mi camarote? ¿No la carga?

—La carga luego. Ahora, por favor... —Indicó con la mano la escotilla que bajaba a los compartimentos.

Mientras, los marineros de *Discordia* se hicieron cargo de la situación arrinconando a los holandeses a estribor y Darel se apresuró a descender con su víctima. Una vez en el camarote, apoyó la punta de su arma en el gaznate del sujeto, que, retrocediendo como si se estuviera enfrentando a Satanás, acabó por caer sentado sobre el

catre.

—No respire, amigo, si quiere continuar el viaje sin complicaciones.

El holandés sólo asintió, tragándose el nudo que se alojaba en su garganta.

Darel echó un vistazo. Tres arcones se apilaban contra el mamparo, dejando apenas espacio para moverse. Abrió el primero, rebosante de trajes masculinos, zapatos y una bolsa. La sopesó, tintinearón las monedas y se la enganchó a la cinturilla del pantalón sin que el otro perdiera detalle.

Revisó el segundo baúl. Más ropa. Algunos recargados vestidos, un joyero con bisutería y zapatos de tacón. Enarcó las cejas.

—¿Todo esto es vuestro? —bromeó.

—S... s... son r... regalos p... ara mi esposa.

—Déjeme decirle que tiene usted un pésimo gusto, señor. Los vestidos son horrorosos y ni siquiera yo me quedaría con esas alhajas baratas.

En el tercero tampoco encontró lo que buscaba. Se pasó una mano por el pelo, empezando a impacientarse, mientras echaba una ojeada al estrecho recinto.

—Ah, ah...

Bajo la almohada, sobresalía la esquina de una carpeta de cuero. El holandés se interpuso como si con eso pudiera

evitar que se hiciera con ella. Pero ante el avance de Darel, que tenía clavada en él una mirada oscura y fría que lo taladraba tras el antifaz negro, rectificó haciéndose a un lado.

Gresham cogió la carpeta, tiró de las cintas y la abrió.

—No creo que esos papeles sean importantes para vos —oyó decir a su eventual y obligado acompañante.

—Me gusta la carpeta.

—Pero los documentos...

—No os preocupéis tanto, señor, si, como decís, carecen de importancia. Prefiero el oro, aunque, por lo que he podido ver, andáis escasos de él —dijo, dando un ligero golpecito a la bolsa que acababa de robarle—. Y ahora, si sois tan amable, me encantaría ver la bodega.

Pálido como un cadáver, sin dejar de echar rápidas ojeadas a la carpeta, el hombre lo precedió al exterior. En la cubierta todo era calma, la tripulación holandesa ni se había movido.

Revisar los fardos de a bordo y pasar al *Temeridad* unas cuantas cajas de vino, piezas de lana escocesa y un par de baúles de los que no importaba el contenido les llevó poco tiempo. No los esquilmaron completamente, no se dedicaban a eso y no eran vulgares piratas, pero debían llevarse lo que les interesara, para después poder negociar

con ello.

Darel fue el último en abandonar la nave holandesa, dedicándole otra reverencia a la dama atrapada en la urgencia de gritar desahogada o desmayarse.

Antes de saltar a su propio barco, se volvió hacia el capitán con un último consejo:

—Yo en vuestro lugar, capitán, pondría rumbo dondequiera que vayáis sin volver la vista atrás. Una dama tan encantadora como la que lleváis a bordo no debería ser víctima de ningún percance.

Medio asfixiado por el furor de haber sufrido un ataque tan indigno, del que ni siquiera había podido defenderse, el capitán sólo pudo asentir vagamente. No iba a correr el riesgo de enzarzarse en una refriega que sabía que no podía ganar, puesto que podría acabar con su barco en el fondo del mar.

—Rumbo norte, hacia alguna cala de Norwich —le dijo Darel a McMillan apenas pisó la cubierta—. Démosles tiempo para que se alejen antes de dar la vuelta.

—A la orden, milord.

Ni Gresham, ni su contramaestre, ni el resto de los marineros, fueron conscientes de que alguien escondido en uno de los baúles recién requisados, acababa de engrosar la tripulación del *Discordia*, o, si se prefiere, del *Temeridad*,

que para el caso era lo mismo.

Tatiana respiró profundamente cuando se hizo el silencio.

Había sido transportada como lo que era, un fardo, hecha un ovillo dentro del baúl en el que se había escondido. Las piezas de lana no impidieron que se golpeará la cabeza y el baqueteo le produjo algún que otro cardenal, pero al menos se encontraba a salvo.

O no.

Porque en realidad no sabía si había salido del fuego para caer en las brasas. Por lo que había podido escuchar, se hallaba a bordo de un barco corsario del que desconocía su destino. Claro que cualquier destino era mejor que verse obligada a regresar a Holanda. Cuanta más distancia pusiera desde Orlovenia, mejor.

Empujó la tapa, dejando que el aire acre que impregnaba la bodega inundara sus pulmones. Asomando la cabeza con precaución extrema, echó un vistazo. Los exangües rayos de luz que se filtraban por las rejillas que daban a cubierta le permitieron apreciar que se encontraba en un espacio amplio donde se apilaban toneles, arcones y rollos de

maromas. Todo parecía en calma, pero ella no se atrevía a salir de su escondrijo. Acabó sentándose dentro del baúl, flexionando un poco los músculos, alerta a cualquier sonido por si surgía la necesidad de volver a cerrar la tapa.

Maldijo su desdichada fortuna una vez más. Desde que consiguió cruzar la frontera, todo le había salido mal. Para poder llegar a Liberec hubo de desprenderse de un par de joyas. Se hizo con nueva ropa de abrigo masculina y comida, pero también había dejado una pista que siguieron sus enemigos. Otra joya le había permitido darles esquinazo uniéndose a una caravana gitana que partía rumbo a Gottingen. Allí hubo de abandonar su compañía para unirse a un grupo de titiriteros que partían con destino a Almelo, en Holanda.

Supo que habían vuelto a dar con sus pasos cuando, tras sufrir un percance en el mercado, en el que perdió el dinero conseguido tras la venta de otra de las joyas, regresó a la tienda del usurero al que se la había vendido. Era un mal bicho, pero compraría lo que le pusiera sobre el mostrador y ella necesitaba dinero urgente para proseguir su huida. Como si le hiciera un favor, el fulano la puso sobre aviso: unos tipos se habían interesado por el dueño de las joyas recién adquiridas. Pero darle esa información supuso una rebaja adicional en la oferta que le hizo por una esmeralda.

Tatiana se encogió aún más en su incómodo refugio mientras desde arriba, en cubierta, le llegaban las voces de los corsarios, alguna que otra risa sofocada, el arrastre de bultos y el crujir del maderamen. Metió la mano en la pequeña bolsa que llevaba atada a la cintura, sacó el trozo de pan duro que le quedaba, le dio un mordisco y volvió a guardarlo. Masticando con gesto derrotado, se preguntó si alguna vez volvería a probar pan recién horneado.

Tenía una sed terrible, la lengua hinchada, resecos y agrietados los labios, pero ni se le ocurriría salir de allí para buscar agua hasta no convencerse de que estaba a salvo.

Ahogó un sollozo. Barrió de un manotazo las lágrimas que pugnaban por asomarse a sus ojos con sólo imaginar el destino aciago que podía hacerla acabar en la plancha, para ser pasto de los peces. Cosa nada extraña si la descubrían antes de que llegasen a tierra.

En qué lugar atracasen los corsarios le importaba poco, sólo deseaba poder salir de allí, emprender de nuevo la huida y alejarse lo más posible.

Rememoró la esperanza que la embargó tras colarse en el *Haarlem*, un barco próximo a zarpar desde la costa holandesa hacia Inglaterra. Su imaginación había volado pensando que, cuando llegara allí, iniciaría una nueva vida.

Aún le quedaban algunas joyas, hablaba inglés fluidamente, sus conocimientos de idiomas, matemáticas y geografía la ayudarían en la búsqueda de un empleo digno. Comenzaría otra existencia.

Era impensable que sus perseguidores imaginaran que había embarcado como polizón, no podrían seguirle la pista. Un par de días a lo sumo encerrada en el cubículo que le servía de refugio en las bodegas del barco holandés y después la libertad.

Pero no había sido así. Una vez más el destino no fue su aliado: al zarpar, apilaron toneles delante de la pequeña escotilla donde ella se ocultó y le fue imposible escapar de su encierro. El pellejo de agua estaba por la mitad, la comida escaseaba. Había pasado cuatro largos días prisionera en un cuchitril de apenas tres metros cuadrados, donde alguna que otra rata supuso su única compañía, temiendo morir de inanición y de sed y con el asco hacia los roedores metido en el cuerpo.

Al saber que la nave en la que pensaba escapar regresaba a Holanda, el mundo se le cayó encima. De modo que cuando los corsarios, en su premura por aligerar la carga del *Haarlem*, despejaron la trampilla de su guarida, no lo pensó dos veces, salió de allí y se escondió en uno de los baúles apartados para trasladarlos a cubierta, viajando en él

hasta la otra nave.

Y allí estaba ahora.

Sin saber el rumbo que tomaría el barco, si sería descubierta, si decidirían cortarle la cabeza o colgarla del palo mayor.

La escotilla de la bodega se abrió con un golpe seco y Tatiana cerró la tapa del baúl, conteniendo la respiración. Rezó todas y cada una de las oraciones que le enseñaron de niña, mientras oía pisadas de botas descendiendo por la escalera y voces masculinas inundando el lugar.

De repente, la tapa del arcón se levantó y ella se encontró mirando cara a cara a un tipo fornido, cuya espesa barba oscura hacía destacar unos ojos pequeños que se agrandaron al verla.

—Sin lugar a dudas, Ewan —asintió Darel al comentario del escocés.

—De todos modos, milord, no lo acabo de comprender —dijo, sirviéndose un poco más de brandy.

—¿Qué cosa?

—Bueno... Yo nunca le he pedido explicaciones, milord. Pero me intriga que siga con esto. Es usted hermano del conde de Braystone, posee la baronía de

Winter, es rico...

—Asquerosamente rico.

—Asquerosamente, eso dicen —sonrió—. Por eso me pregunto el motivo por el que no abandona de una vez estos... trabajos.

—Tal vez debiera preguntárselo usted a nuestro condenado primer ministro, al que parece que le caigo en gracia. Si consigue una respuesta, le doblo la paga.

El escocés se rió con ganas, alzó su copa y la vació de un solo trago.

Era sabido que Darel Gresham había tratado de desligarse en varias ocasiones de ese tipo de trabajo sucio del gobierno, pero seguía pesando en él el gusto por aquella sensación de peligro que acompañaba siempre una misión de esas características.

Era un modo inmejorable de hacer a un lado, de vez en cuando, las obligaciones que conllevaba su título y el tedioso trabajo en la Gresport Company. Embarcarse en una de esas aventuras lo hacía sentirse mucho más vivo que revisando expedientes y permisos de carga, por más que entrañara un peligro real nada desdeñable.

Disfrutaba trabajando codo con codo con la escogida tripulación del barco, confiaba en cada uno de sus hombres, se encontraba a gusto y lo complacía su camaradería,

porque, aunque a bordo era el capitán, lo trataban como a un igual.

—Écheles un vistazo a esos planos —le sugirió a McMillan, empujando hacia él la carpeta robada al holandés.

Los ojos azules de Ewan recorrieron los trazos del papel para mirar luego a Darel.

—¿El *Savannah*? —Frunció el cejo—. ¿No es ese barco impulsado por vapor y vela construido en Estados Unidos?

—En efecto.

—¿Cómo es que los planos estaban en poder de ese alfeñique holandés?

—Yo diría que los han birlado.

—Hay quien afirma que esa nave va a cambiar la historia de la navegación.

—Es posible.

La llamada a la puerta del camarote los interrumpió, haciendo que Darel devolviera los planos a la carpeta y la cerrara.

—Adelante.

Donald, uno de los marineros que formaban parte de la tripulación desde la botadura del *Discordia*, asomó su hirsuta cabellera. A una seña de Gresham, se coló en el

camarote, arrastrando a un mocoso que se resistía.

El barón de Winter dio un par de pasos para mirar al chicuelo, que vestía unos pantalones que le estaban grandes, sujetos a la cintura por una tosca cuerda, una raída chaqueta confeccionada para un cuerpo bastante más fornido, una capa que era un desastre de mugre y un gorro de lana que le tapaba hasta las orejas, confiriéndole cierto aire de duende.

—¿De dónde diablos ha salido esta cosa? —preguntó con voz despectiva y tono de malas pulgas.

El marinero sujetó al pilluelo del cogote, evitando que se le escabullese, al tiempo que le daba un pescozón.

—Lo he encontrado en la bodega, dentro de uno de los baúles que les he limpiado a los holandeses.

Tatiana no se atrevía a alzar la mirada. Lo único que veía era unas piernas largas enfundadas en pantalones negros de buen paño y unas botas de caña alta. Un nudo en la garganta le impedía respirar con normalidad y temblaba de puro miedo. Ahora llegaba lo de la plancha, ahora la arrojarían al mar, se repetía machaconamente desde que el energúmeno barbudo la había descubierto y sacado en volandas de la bodega, para medio arrastrarla hasta el camarote del capitán.

—¿Ibas en el barco holandés, muchacho?

Ella respondió con un gesto de cabeza, aliviada al menos por el hecho de que la creyeran un chico.

—¿Por qué estás huyendo? ¿Y de quién?

La tonalidad hosca de aquella voz se había suavizado ligeramente, pero no se dejó engañar; estaba ante corsarios, individuos decididos y sin entrañas. Tatiana había oído muchas cosas de esos sujetos dedicados al pillaje bajo la protección de una bandera, a la que aportaban una parte de las ganancias obtenidas en el mar.

El nudo de angustia y pánico que le oprimía la garganta la dejaba muda, pero el hombre esperaba una respuesta. Carraspeó y abrió la boca, pero volvió a cerrarla, incapaz de pronunciar una palabra.

—Vamos, habla, chico —la instó Darel—. Aquí no nos comemos a los niños crudos.

Se atrevió a levantar la cabeza para mirarlo, animada por la inflexión burlona con que la requería. Y volvió a quedarse muda al ver aquellos ojos grandes, ligeramente rasgados, profundos como los abismos de Satanás, que formaban parte de un rostro atezado y atractivo.

—El capitán quería... —Agachó la cabeza otra vez. Apretó los labios y se clavó las uñas en las palmas de las manos.

—¿Y bien?

—Quería...

Dejó la frase inconclusa. Empezaba a marearse, la falta de agua y alimento le estaba pasando factura, además de no ser capaz de inventar algo coherente que la sacara del aprieto en que se encontraba.

—Así que era eso —concluyó en su lugar Darel, al que sus medias palabras hicieron pensar que había estado a punto de sufrir abusos por parte del capitán holandés—, le gustan los críos.

Tatiana asintió, ahora con vehemencia, aferrándose a la conclusión del capitán corsario, que la ayudaba a salir del atolladero. Lamentaba dar consistencia a una sospecha con la que sugería lo peor de un hombre al que no conocía, pero no tenía más remedio.

—¿Cómo te llamas?

—E... Eli, señor —contestó la joven, utilizando el comienzo de su segundo nombre.

—Eli... qué más.

—Solamente Eli, capitán.

—¿Qué cree que podemos hacer con nuestro inesperado amigo llamado *solamente* Eli, señor McMillan?

—¿Echarlo por la borda, quizá? —respondió éste, con cierto deje de sorna.

A Tatiana le fallaron las piernas, pero por fortuna, el

marinero que la había descubierto seguía sujetándola con fuerza por el cuello, impidiendo que se derrumbara. Cerró los párpados y, aterrorizada, aguardó con el corazón al galope —implorándole al Altísimo ser capaz de mantener la compostura lo suficiente para no echarse a llorar—, la decisión final sobre su suerte.

—Mejor que nos sirva de grumete, ahora que el nuestro, el señor Tiber, nos ha dejado, ¿no le parece?

—Este saco de huesos no tiene pinta ni de poder levantar una bacinilla.

—Es verdad.

—Al primer embate del mar, se caerá por la borda.

—¿Has trabajado antes en un barco, chico? —volvió a preguntar el que comandaba la nave. Tatiana asintió sin dudar, mintiendo con descaro—. Bien, veremos en qué puedes sernos útil. Donald, dale algo de comer, parece a punto de desmayarse. Y proporciónale algo de ropa limpia, apesta. Tráelo cuando esté más presentable.

—A la orden, señor.

—¿Habéis terminado con el nombre de la goleta?

—Sí, capitán. Vuelve a navegar el *Discordia*, con la vela azul de la compañía.

Tatiana se encontró fuera del camarote al momento siguiente, para ser conducida a empujones pasillo adelante,

hacia la escotilla de cubierta. Exhaló un largo suspiro de tranquilidad, aunque no le cabía duda de que se vería en dificultades más tarde. Pero al menos, por el momento, no la arrojarían al mar y tampoco le cortarían la cabeza.

No había entendido lo último que se habían dicho el capitán y el marinero, tampoco pensó en ello, suficientes problemas tenía ya como para devanarse los sesos pensando si aquellos corsarios cambiaban o no el nombre del barco.

Apenas se hubieron ido, McMillan fijó su mirada en la del joven capitán, chascó la lengua y agarró la botella de brandy para servirse otro trago.

—¿Cree que se puede fiar uno de ese tunante?

—No. Pero pienso que a todo el mundo hay que darle una oportunidad. Y ahora que hemos despistado a los holandeses, pongamos rumbo a casa antes de que se agoten todas mis existencias de brandy.

McMillan contestó con una risotada divertida mientras cerraba la puerta.

A solas de nuevo, devolvió la atención a los documentos robados, olvidándose completamente del nuevo grumete.

Tatiana casi metió la nariz en el plato de carne y rebañó hasta la última gota de una salsa que le supo a gloria, sin dejar de echarle ojeadas al orondo marinero que hacía las veces de cocinero.

Antes de llevarla a comer, le habían proporcionado ropa limpia y dejado a su disposición un pequeño barril de agua de mar para que se aseara. El llamado Donald había salido de la bodega para encargarse de otros menesteres, dejándola a solas e instándola a darse prisa.

Ella se había quitado la ropa maloliente y lavado lo mejor que había podido a toda velocidad, pendiente de que el otro regresara en cualquier instante. El agua estaba helada y era salada, pero no constituía problema mayor. El problema real era que no podía lavarse el pelo por mucho que lo deseara. Le picaba la cabeza, pero no podía arriesgarse a quitarse el gorro que la cubría. Ya encontraría el momento.

Cuando el marinero regresó a buscarla, la urgió a que cargara con el barril y lo siguiera a cubierta, donde vació el

agua sucia por la borda. Para entonces, Tatiana había recuperado ya parte de su aplomo. Ataviada con medias de lana, unos pantalones grandes, cuyos bajos tuvo que doblar, y atárselos a la cintura con la cuerda con que se sujetaba los anteriores, una camisa deslucida y un grueso jersey de rayas, continuaba teniendo la misma imagen de pillastre que cuando la encontraron de polizón, pero nadie le dedicó más de una mirada.

Después, la había conducido, también a empujones, hasta la cocina. Ella casi se desmayó ante el aroma que despedía el plato de comida que le pusieron delante, junto con una rebanada de pan y una botella de sidra. Bebió con mesura antes de emprenderla con el guiso, agradecida por el manjar, exquisito a aquellas alturas, tras tantas horas sin comer nada.

Saciados el apetito y la sed, recuperó el ímpetu que la había abandonado en las últimas horas. Con el estómago lleno, veía las cosas desde otro prisma. Tendría que trabajar duro mientras durara la travesía, pero era fuerte y podría hacerlo como lo que creían que era, un mocoso de pocos años.

Era la primera vez que agradecía a la naturaleza no haberle dado las mismas curvas que a su amiga Anastasia.

¿Qué le esperaba a un grumete en un barco corsario?,

se preguntaba. Le había quedado meridianamente claro escuchando a aquel grandullón llamado McMillan, que una de sus funciones iba a ser vaciar orinales. Arrugó la nariz con desagrado. Tal vez si demostraba sus conocimientos con los números, podría librarse de tan penosa labor. Claro que, ¿para qué diantres iban a querer un contable en una nave dedicada al saqueo? Lo normal era que el capitán estuviera más interesado en que se dedicara a fregar la cubierta.

La invadió cierta desazón al recordar al sujeto. Había tenido un sobresalto al verse inspeccionada por aquellos ojos oscuros, misteriosos e hipnotizadores, de largas y espesas pestañas. Aún estaba sorprendida de que fuera un hombre joven, bien afeitado y condenadamente guapo, cuando lo que esperaba era el típico marino desaseado, con barba y, si le echaba imaginación al asunto, alguna cicatriz que le cruzara la cara. Pero aquel capitán no tenía cicatrices en el rostro ni parecía un pirata.

Abstraída en sus pensamientos, la colleja que recibió la pilló desprevenida, haciéndole meter las narices en el plato. La risa del cocinero supuso una humillación para ella, pero se lo perdonó por el guiso que acababa de devorar.

—Vamos, chico, levanta el culo de ahí, hay cosas que

hacer —la apremió Donald.

Obedientemente, se levantó, siempre con la cabeza gacha y actitud sumisa, para seguir sus pasos.

—¿Y si nos lo hubieran colado de espía? —espetó Ewan desde la puerta.

Darel alzó la vista de los papeles que revisaba, frunció el cejo y se recostó en el asiento, permitiendo que su segundo de a bordo entrara en el camarote.

—¿De qué me habla?

—De ese mugriento polizón al que acaba de convertir en grumete del *Discordia*.

—No me engaña con su aparente preocupación, señor McMillan. ¿No será que ha vuelto para seguir bebiéndose mi brandy?

—No bromeo, milord. —El escocés se acomodó a los pies del catre, sin la menor intención de agarrar la botella que estaba sobre la mesa—. ¿Se ha parado a pensar en que podrían habernos metido al chico en el barco para fisgar lo que no debe?

—¡Qué imaginación!

—De acuerdo, mucha imaginación. Pero ha visto una goleta pirata y ahora vuelve a ser una nave de la Gresport

Company. Y nos ha visto las caras.

Darel se quedó pensativo un momento. Lo que Ewan decía no carecía de lógica, pero a él le costaba creer algo tan rebuscado.

—Los del *Haarlem* no sabían que íbamos a abordarlos. No han tenido tiempo de preparar un plan tan tortuoso.

—No me fio.

—Usted no se fía de nadie.

—Posiblemente por eso sigo vivo.

Darel suspiró y se masajeó la nuca. A veces la terquedad del escocés era exasperante. Reconocía que, en más de una ocasión, su sexto sentido los había salvado de situaciones comprometidas, pero pensar que aquel escuálido muchachito pudiera hacer peligrar su estrategia se le antojaba pasarse de rosca.

Recordó su cara delgada, sus enormes ojos del color del ámbar, achicados por el miedo, su aspecto frágil.

No tenía motivos para pensar que su historia no fuera cierta. Era un chico guapo, una pieza para que a los desaprensivos no se les pasara por alto, como al parecer había sido el caso. Al pensar en él, lo embargó la misma sensación de hacía un rato. Por alguna razón, había sentido la necesidad de protegerlo.

—Podemos cortarle la lengua para que no nos delate —

dijo al fin—. No creo que sepa comunicarse por escrito.

Ewan enarcó sus pobladas y rojizas cejas.

—No habla en serio.

—¿Cree que no?

—Estaría por jurarlo, conociendo como conozco sus visitas a la institución de St. Thomas. —Darel torció el gesto. Por descontado, su hombre de confianza estaba muy al tanto de sus cosas—. ¿No sería mejor llevarlo allí en cuanto desembarquemos?

—Es una idea.

—Un barco no es un buen lugar para un chiquillo.

—Pues no parecía estar en desacuerdo con que el señor Tiber ocupara el puesto de grumete, antes de que su madre emprendiera camino hacia Gales para casarse, llevándoselo consigo.

—Tiber nació en la cubierta de un barco, milord. Y me atrevería a jurar que ese rapaz que se nos ha colado en la nave sabe tanto de agua de mar como yo de bailes de salón.

—Ya veremos. Tampoco quiero arriesgarme a que usted esté en lo cierto. Manténgalo en el barco, que no baje a tierra cuando atraquemos en Londres. Cuando el *Discordia* parta hacia Virginia, irá en el barco; allí habrá oportunidades para alguien como él.

Tatiana, acompañada por Donald, llegó justo a tiempo de oír lo que se decía a través de la puerta entreabierta. ¡Londres! Así que iban nada menos que hacia la capital de Inglaterra, el destino que ella deseaba. Por el contrario, la mención de Virginia hizo que se le erizara el vello de la nuca.

De ninguna manera podía permitir que en aquel barco de desalmados la tuvieran retenida tanto tiempo, para dejarla después a su suerte en el continente americano. En primer lugar, porque era una travesía demasiado larga como para lograr disimular su condición femenina. Y, después, porque Virginia quedaba al otro lado del mundo. Muy lejos como para plantearse regresar y poder llevar a cabo su promesa de venganza.

Irguió los hombros, respiró hondo y se impuso a sus temores. De momento, y hasta que atracaran en Londres, acataría con diligencia todas y cada una de las órdenes o encargos que se le hicieran. Luego ya encontraría un modo de escapar. Llamó con los nudillos a la puerta y aguardó hasta obtener permiso para entrar.

—Me han dicho que me presente ante usted, capitán.

Darel le indicó que se acercara y ella lo hizo con la vista a ras de suelo. Un dedo le levantó la barbilla,

obligándola a alzar la mirada.

Se le encogió el estómago y se le curvaron los dedos de los pies al cruzarse sus ojos, otra vez, con los de aquel rostro masculino, pétreo y seductor. Los bajó, sometiéndose a su escrutinio mientras apretaba los dientes y pedía ayuda divina para no temblar.

—No me extraña nada —dijo Darel para sí mismo, aludiendo a la supuesta lascivia del capitán holandés.

El muchachito, exento ahora de la mugre y los andrajos, muy bien podía pasar por una muchacha. Tenía los ojos demasiado grandes y bonitos, una boca demasiado plena. Probablemente le faltaran unos cuantos años para perder ese aire femenino que caracterizaba a algunos chicos en la pubertad.

—Bueno —dijo—, ahora que estás un poco más presentable, mis hombres no arrugarán la nariz cuando pasen por tu lado. ¿Te han dado de comer?

—Sí, capitán, gracias.

—Descansa ahora. Donald te indicará dónde. Luego, quedarás bajo la custodia del señor McMillan, aquí presente. Lárgate.

—Sí, señor.

Tatiana giró sobre sus talones, pero la voz de Darel la detuvo en seco.

—Una sola queja sobre tu comportamiento, *amigo Eli*,
y te tiro por la borda.

Avistaron el puerto de Londres en medio de una niebla espesa y desagradable. Tatiana se devanaba los sesos pensando en una manera de burlar el control del segundo de a bordo. No tenía alternativa, sólo escapar del barco antes de que fuera demasiado tarde.

Apenas dispuso de ocasiones para comunicarse con ninguno de los marineros, en la corta travesía que los había acercado a Norwich para, sin pisar tierra, girar y bordear la costa inglesa dejando atrás Harwich, donde ella pensó que desembarcarían, puesto que suponía un fondeadero seguro.

Una ruta extraña, como si trataran de despistar a posibles perseguidores. En lugar de echar el ancla allí, continuaron navegando hasta maniobrar remontando el Támesis, a lo largo de cuyas orillas se mecían goletas, bergantines y barcos de menor calado.

La densa niebla se le colaba por entre las ropas prestadas, una humedad fría que la hacía tiritar; el olor que llegaba hasta ellos, más intenso y desagradable a medida que se adentraban en el puerto, y la negrura de unas aguas

que se mecían sucias y gélidas, ponían un punto de duda en la decisión de la muchacha, pero no le quedaba más remedio que arriesgarse. Palpó la capa, que había enrollado antes de anudársela a la cintura. No podía perderla, porque en ella iba lo único que podía sacarla de apuros una vez que se hallara en tierra firme.

Recordó con cierta añoranza todas y cada una de las joyas que se había visto obligada a ir malvendiendo durante su larga huida. No lamentaba su pérdida, aunque, para ella, esas alhajas tenían, sobre todo, un valor sentimental, pues su padre se las había ido regalando en cada cumpleaños, desde que cumplió los doce. Lo que deploraba era haberse tenido que desprender de ellas poniéndolas en manos de usureros a sabiendas de que se las compraban por un ínfimo valor.

Se limpió las lágrimas que rodaban por sus mejillas al evocar a su padre, a Sergei, a su primo Vasili, a la fiel Fedora y al noble Kirov. Los echaba de menos y la martirizaba no saber la suerte que podían haber corrido los dos últimos, que se habían expuesto a todo para ayudarla a escapar.

Los marineros habían empezado ya la maniobra para acercarse a tierra y la cubierta era un ir y venir de hombres que apenas reparaban en ella. Volvió a clavar los ojos en las

oscuras aguas del Támesis, reprimiendo un escalofrío de repulsión. Pensar en saltar por la borda le provocaba un acceso de pánico, no sólo por sumergirse en la pestilencia del puerto, sino por lo fría que estaría el agua y, sobre todo, por lo incierto de su futuro.

Desechó toda duda, limitándose a controlar sus actos. Se pegó a la popa de la goleta, al amparo de una pila de sogas, convenciéndose de que era su única salida: nadar hasta el muelle y perderse luego por las callejuelas del puerto.

Nadie repararía en un muchacho y la oscuridad de la noche sería su aliada, al menos, al inicio de su andadura. Además, iba armada, provista de un cuchillo sustraído en un descuido del cocinero, y sabía cómo usarlo gracias a las enseñanzas de su primo Vasili desde que ella era una mocita, con el fin de que supiera defenderse por sí misma.

Una voz, demasiado cerca, tensó todos sus músculos.

—Haga correr la noticia, señor McMillan: todo el mundo tiene una ronda pagada en el Cuerno Azul en cuanto desembarquemos.

—Es de agradecer, capitán. Esta niebla le penetra a uno hasta los huesos —respondió el escocés.

Tatiana se caló más aún el gorro de lana que le cubría la cabeza, encogiéndose cuanto pudo para evitar que la vieran.

A través de los rollos de maroma, vigiló el movimiento de los dos hombres, rezando para que se alejaran de allí dejándole vía libre. Ambos parecían ansiosos por desembarcar, seguramente atraídos por alguna mujer que los esperaba.

No era de extrañar, se dijo, dejando que su mirada se paseara por el cuerpo alto y fibroso del capitán. Desprendía determinación y sensualidad a partes iguales. Dos razones más por las que debía alejarse de allí lo antes posible.

Apoyó la espalda en la madera y esperó.

Minutos después, la tripulación del *Discordia* se aprestaba a efectuar el ataque. Era el momento. Asomó la cabeza para ver si tenía campo libre, se medio incorporó y el grito de Donald la hizo volver a su escondrijo con una maldición en los labios.

—¡El chico ha desaparecido, señor McMillan!

De inmediato, retumbó la respuesta del segundo de a bordo:

—¡Encontradlo! Revisad la goleta de arriba bajo. Sus pelotas están en juego, señor Ferrys. —Luego, con paso raudo, se dirigió hacia la escotilla que bajaba a los camarotes, llegó al del capitán y entró para informarle.

Darel, que se estaba cambiando de ropa, enarcó las cejas.

—¿Cómo que ha desaparecido?

McMillan se encogió de hombros y él se apresuró a abotonarse la chaqueta. Estaba deseando bajar a tierra, tomarse sus buenos tragos y llegar a casa cuanto antes. Lo único que le faltaba era perder un tiempo precioso en registrar la nave en busca de un mocoso desharrapado.

—Supongo que no se habrá caído por la borda — ironizó, saliendo ya a toda prisa.

—¡¡¡Hombre al agua!!!

La voz de alarma retumbó como un latigazo. Echaron a correr. Darel sintió un escalofrío de aprensión, porque su instinto le decía que se trataba del jovenzuelo. Cuando llegaron arriba, la marinería se asomaba por la borda, oteando por entre la niebla las aguas del puerto.

—Se ha lanzado al agua, capitán —le informaron.

Darel entrecerró los ojos, intentando descubrir, al igual que sus hombres, la escuálida figura del chico. No tardó en verlo. Nadaba con agilidad, acercándose al muelle. No había sufrido un accidente, sino que se trataba de una huida en toda regla. ¡Maldito fuese! ¡Desagradecido botarate! Volvió sobre sus pasos mientras decía:

—Olvidémonos de ese mocoso y que el infierno se lo lleve.

Virginia Carnavy dio una vuelta en el lecho, cubriéndose la cabeza con la sábana, cuando su doncella le tocó un hombro sacándola del sueño. Se había acostado pronto para ver si remitía la jaqueca que la había estado torturando toda la tarde y sólo había conseguido conciliar el sueño tras tomar una buena dosis de láudano. El contacto se hizo más insistente y acabó por incorporarse, tapándose los ojos al darle en ellos la luz de las velas.

—¿Qué pasa? —Echó un vistazo a la ventana y luego al reloj que había sobre la chimenea—. Ni siquiera ha amanecido, Beatriz.

—Está aquí, señora.

—¿Quién está aquí?

La sirvienta puso los ojos en blanco a la vez que ceñía sobre sus delgados hombros el chal que se había echado con prisas sobre el camisón al oír la llamada. A Virginia no le hicieron falta más explicaciones, retiró la ropa y se levantó de la cama sin más.

—Las tres de la madrugada —masculló, cogiendo la bata que se le tendía—. ¡Está loco!

—Y cansado de esperar. —La voz de Darel le llegó desde detrás de la puerta.

Beatriz se escabulló del cuarto, cerrando tras de sí en

cuanto él entró, malhumorada porque la hubiesen despertado a horas tan intempestivas.

Darel atravesó la estancia, se quitó la capa y la dejó caer en una butaca, se sentó en otra y estiró sus largas piernas con gesto de cansancio.

—No tienes buen aspecto —le dijo Virginia, tras darle un beso en los labios, sentándose después a sus pies, sobre la alfombra, acomodándole la mejilla sobre el muslo.

Darel sabía que era cierto. Había bebido más de lo prudente junto a sus hombres, diciéndose que lo hacía para celebrar el buen término de su misión, pero moralmente mortificado por la suerte del pequeño polizón. Una y otra vez, simulando atender la conversación, se preguntó qué causas empujaban a un chiquillo a meterse en un barco, a arriesgar incluso la vida colándose de polizón en otro, para, al final, lanzarse por la borda huyendo de ellos.

Lamentaba que el chaval hubiera preferido afrontar tal peligro antes que aceptar su ayuda. Conocía bien a ese tipo de rapaces, no en vano llevaba años intentando procurarles una vida mejor, colaborando con instituciones como St. Thomas.

Sí, sabía que su aspecto no era el idóneo para visitar a su amante, sin afeitarse, bebido y con la ropa arrugada, sucia y apestando a taberna. Tampoco la hora era la adecuada. Pero

al recordar los ojos dorados del pilluelo, el miedo reflejado en ellos y su indefensión, se le había encogido el estómago. Necesitaba distracción, olvidarse de la miseria, alejar de su imaginación las vejaciones que supuso que Eli se había visto obligado a soportar como para que ya no pudiese confiar en nadie.

Lo afligía no haber hecho algo por aquel muchachito que, seguramente, no había conocido más que desdichas, necesidades y malos tratos. Y su amante era la mejor medicina que conocía para hacerle olvidar la mezquindad humana.

—El mundo es una mierda, Virgy.

Ella levantó un poco la cabeza, sospechando alguna de sus inquietudes habituales. No era la primera vez que Darel se expresaba así y de nada servía decirle que él hacía cuanto estaba en su mano por el bien de los desfavorecidos. Le acarició los tensos músculos de la pierna.

—¿Otro desdichado? —preguntó.

Él asintió, la mirada perdida en el Rembrandt que enmarcaba el cabecero de la cama, una excelente copia de *Dánae*.

—¿Quieres una copa?

—No. Ya estoy suficientemente borracho.

—Deberías dormir un poco.

Darel se masajeó los párpados. Sí, estaba cansado. Tendría que haberse ido directamente a su casa. Haciendo a un lado a la joven, se levantó para desnudarse.

Un vago deseo hormigueó en Virginia ante su torso desnudo, moreno, amplio, que la agujoneaba siempre a estirar la mano y acariciárselo. No se cansaba de admirarlo. Darel Gresham era un hombre impresionante y un amante magnífico, podía dar fe de ello.

No había llegado a enamorarse de él, pues ella había cerrado su corazón bastante tiempo atrás, exhausta tras un desastroso romance que terminó, gracias a Dios, con la muerte de Henry Brown, un ser despreciable. Pero sentía que estaba muy cerca de hacerlo. Sin embargo, enamorarse del barón de Winter sería trágico, pues Darel no era de los que se casaban.

Virginia se conformaba con tenerlo en su lecho de vez en cuando, incluso rivalizando por sus atenciones con aquella actriz de tercera fila, Celeste Brooks, a quien ella despreciaba profundamente.

—Imagino que no te molestará que pase la noche aquí —dijo Darel, desnudo ya, a un paso del lecho.

—Tú nunca me molestas —replicó, en un tono que no dejaba lugar a dudas.

Darel farfulló algo que ella no llegó a entender. Esperó

a que Virginia se acostara para acomodarse a su lado. De inmediato, el cuerpo tibio de la muchacha se pegó al suyo. En otra ocasión, no habría dudado en tomar con ardor la oferta que se le hacía, pero no estaba en condiciones. Atrapó la mano femenina que se perdía ya bajo las sábanas y se la colocó sobre el pecho, eludiendo el contacto, a pesar del mohín de desencanto.

—Esta noche no, pequeña. Necesito dormir.

Le respondió un suspiro de aceptación. Se inclinó para besar a Virginia en los párpados, en la punta de la nariz, en los labios. Luego, hizo que se acurrucara más contra él y se quedó dormido.

Se marchó a Braystone Castle.

Cuando Londres se le hacía insoportable, siempre acababa regresando a la casa familiar. Su hogar. Su refugio. El lugar al que James y él volvían una y otra vez, aunque, una y otra vez, hubieran de soportar las salmodias del hermano mayor, cuando no de las abuelas.

La noticia del suicidio de un amigo de la infancia había sumido su ánimo en el abatimiento, constatando muy de cerca cuán efímera era la existencia. Seguramente por eso se había enfrascado en una estúpida discusión con un conocido, mientras cenaba en White's, el famoso club de caballeros de la calle St. James donde Beau Brummell pasó tantas horas y en el que, según se contaba, había cruzado una apuesta de tres mil libras por ver cuál de dos gotas de agua alcanzaba antes la parte inferior de la ventana.

La discusión, pueril y absurda, que le amargó a Darel la cena, no había hecho sino empeorar aún más su mal humor. Ahora maldecía su decisión de haber ido al selecto local, en lugar de haberse pasado por el que regentaba Felix

Lekker, el Lucky Bet, del que también era asiduo cliente.

Con la silueta de Braystone Castle ya a la vista, el sonido de cascos le hizo prestar atención al jinete que se aproximaba. Al reconocerlo, lo saludó con la mano y el otro azuzó su caballo para acercarse.

Tan moreno como él, con sus mismos ojos e idéntico aire disoluto, aunque más joven, James Gresham y Darel no podían negar que los unía un vínculo de sangre.

—Veo que hemos tenido la misma idea, hermano — dijo James.

—No creo que a Chris le guste demasiado tener que soportarte. Creía que aguantarías bastante más antes de regresar con los bolsillos vacíos.

Su hermano menor no se prestó a seguir una guasa que se repetía cada vez que coincidían. Nunca perdía dinero en las mesas de juego, era lo suficientemente afortunado en los envites de cartas, aunque Darel se obcecara en recordarle que, cuando ambos compitieron, lo había desplumado.

—¿Te has enterado de lo de Adam?

—Sí.

—No termino de creérmelo —comentó, palmeando el cuello de su montura—. Se rumorea que estaba agobiado por las deudas.

—Se habla de muchas cosas —zanjó Darel, adelantándose ligeramente—. ¿Qué tal por ahí? ¿Alguna conquista en perspectiva?

—Una cantinera preciosa.

—¿Y...?

—Y nada.

Darel se rió por lo bajo. James no solía contar demasiado de sus andanzas y mucho menos alardear de sus conquistas amorosas. Claro que en eso se parecían los tres hermanos. Aunque los unía la camaradería y el cariño fraterno, cada uno se guardaba para sí sus asuntos personales.

Sobre todo Christopher y él mismo, que mantenían en secreto sus esporádicos trabajos turbios para el gobierno, evitando con ello, o al menos así lo creían, que James se decidiera a seguir sus pasos. Hacía tiempo que se habían prometido preservar al menor de la familia de la tentación de cometer las mismas locuras.

A pesar de todo, Darel pensaba que su hermano pequeño sospechaba de sus respectivas operaciones más de lo que dejaba entrever, porque era inevitable que, alguna vez, se les escapasen comentarios sueltos. Y atando cabos aquí y allá...

Cabalgaron hasta la mansión hablando de trivialidades,

cada cual metido en sus propios asuntos, sin querer volver a sacar el tema del amigo fallecido, porque era una espina que tardarían en arrancarse.

—¿Sigue Chris enfadado con nosotros?

—Conmigo sí.

—Entonces también conmigo, por algo di la cara por ti.

—Sí y casi te la parten.

—La próxima vez, apáñate tú solo —gruñó el más joven, que recordaba muy bien cómo había degenerado la trifulca.

No era la primera ocasión, ni sería la última, en que los tres se enzarzaban en una discusión que iba subiendo de tono hasta acabar a puñetazos. Pero no podían estar mucho tiempo sin verse. En realidad, lo pasaban bien discutiendo, exhibiendo sus habilidades físicas, para amargura y desazón de sus abuelas.

—¿Qué tal las cosas en Londres? —preguntó James, enfilando ya el camino de gravilla.

—Como siempre.

—¿Sigues con la Brooks?

Darel se ladeó un poco para mirar a su hermano a los ojos.

—Sigo.

—Lástima. —El joven chascó la lengua—. Cuando te

decidas a dejarla, házmelo saber, recuerda que soy tu hermano.

—A Celeste no le gustan los niños, James.

—Eso lo veremos. Juraría que me hizo ojitos en la última representación a la que acudimos.

La sonrisa de Darel se ensanchó.

—Sería que le escocían los ojos debido a las luces.

—O que a lo mejor pensaba que soy mejor que tú.

—¡Faltaría más! Yo creo que se estaba preguntando si aún tienes ama de cría.

—Quieres gresca, ¿eh? —porfió James, encantado de haber puesto a su hermano mayor de mal humor. Era algo que le encantaba hacer y en lo que se manejaba como pocos.

Pero Darel no entró al trapo. Se encogió de hombros, descabalgó, dejó las riendas en manos de un criado aparecido como por arte de magia a la altura de la escalinata del porche y concluyó:

—No quiero que nos reencontremos con una bronca, James. Pero acéptame un consejo: olvídate de Celeste. No sabrías qué hacer con semejante juguete.

—¿Tú sí lo sabes? —Lo siguió zahiriendo el otro, entregando a su vez el caballo al mozo de cuadra—. ¿Es que tú lo sabes todo y no se te resiste ninguna?

A Darel le vino a la cabeza cómo había irrumpido en casa de Virginia, sorpresivamente y a altas horas de la noche, invadiendo su intimidad y su descanso, para dejarla poco después sin apenas una palabra. Se le esfumó cualquier atisbo de buen humor. No le gustaba nada lo que había hecho.

—Dejemos el asunto.

—¡Qué pronto te das por vencido, hermano!

Entraron ambos, Darel delante y James pisándole los talones. Por la doble escalinata que arrancaba del amplio vestíbulo ovalado de relucientes baldosas bancas y negras, descendía una presencia tan familiar que hizo que el barón de Winter recobrará el buen talante, al sentirse en el entorno afectivo de sus raíces hogareñas.

—Bienvenidos a casa.

James le respondió palmeándole amistosamente el hombro. El hombre apenas parpadeó. Aunque los conocía desde siempre, el ayuda de cámara de Christopher nunca olvidaba su posición.

—¿Cómo van las cosas por el mausoleo, Ladislaus?

Ladislaus Mortimer estiró el cuello, carraspeó y repuso:

—Si el señor se refiere a cómo marchan los asuntos en Braystone Castle, debo decirle que bien.

—Echábamos de menos la presencia del sepulturero — dijo Darel, apoyando la broma de James—. ¿Dónde está?

—Si milord se refiere a su señoría, está en su despacho.

—¿Las abuelas?

—A punto de retirarse ya, milord. Están en el salón azul. Debo informarles que lady Gresham sufrió una ligera indisposición de la que, afortunadamente, está restablecida.

Se dirigieron a buen paso hacia el salón indicado.

Las damas acogieron la llegada de ambos con muestras de alegría y, durante un buen rato, pospusieron la hora de irse a descansar, hablando de sus cosas e inquiriendo a propósito de lo sucedido durante su ausencia.

Agatha Gresham, condesa viuda de Braystone, se animó a tomar otra copa al calor de la charla. Darel se dijo que los años no parecían hacer mella en su espíritu rebelde. Su abuela estaba más hermosa y elegante que nunca, con el cabello recogido en un apretado moño del que escapaban algunos mechones del color del trigo, mezclados con hebras blancas.

Se fijó después en su tía abuela, Eleonor Warton, vizcondesa Wells. Más o menos de la misma edad que la primera, mostraba la misma jovialidad y seguía siendo una mujer bonita, de cabello rojizo y ojos azules llenos de vida.

Los tres hermanos las adoraban y aprovechaban al máximo los huecos que les dejaban sus actividades, cada vez más escasos, para estar con ellas.

—Mortimer nos ha dicho que Chris está en casa.

—Se ha encerrado en su despacho —asintió lady Agatha—; ha advertido que no lo molestasen.

Darel le guiñó un ojo a su hermano menor.

—¿No deberíamos saludar al sepulturero, James?

—Es nuestra obligación presentarnos al cabeza de familia.

—Ha dejado claro que no quería ser molestado, no insistáis —los avisó lady Eleanor.

—Por eso —se echó a reír Darel.

—Se acabó la paz —dijo lady Agatha.

Darel se inclinó para besar a la dama en la mejilla. Le encantaba el olor a violetas que despedía siempre.

—Prometemos no incordiarle, abuelas. ¿Vamos, James?

El suspiro de la condesa viuda fue como una rendición. Se terminó la copa, se levantó y caminó unos pasos por la sala.

—Se avecinan unos días muy entretenidos, Ely.

—Me temo que sí.

Como un guardián, Ladislaus se había apostado a un lado de la puerta del despacho, previendo sin duda la aparición de los hermanos.

De complexión delgada, tieso siempre como una tabla y con gesto severo, era una mezcla de fiel ayudante, consejero, confidente y hasta paño de lágrimas de Christopher. A ninguno de los tres hermanos los engañaba su aspecto endeble y soso. Nada más lejos de la realidad, pues podía tumbar a un hombre sin demasiada dificultad.

Llegó a la mansión antes de que ellos nacieran y gozaba de la plena confianza de todos. Pero a veces, como en ese momento, resultaba un fastidio, porque apenas verlos doblar la esquina de la galería supo de sus intenciones.

—Milord está ocupado.

—Vamos, Lad, será solamente un momento.

—Tengo órdenes, lord Winter, lo lamento. —Los miró cara a cara a los dos, antes de dirigir sus ojos al frente—. Por su aspecto, diría que ambos necesitan más un buen baño que un saludo de bienvenida.

—Un baño que se nos va a enfriar si sigues clavado ahí y no nos dejas entrar —terció James.

—No puedo...

—Un minuto —le rogó Darel, sonriendo como un diablo—. Sólo un minuto, Mortimer, te lo juro.

—Prometo librarte de la obligación de limpiar las botas de Chris durante una semana —aseguró el menor.

Mortimer carraspeó, esforzándose por no mirarlos a la cara. Los conocía muy bien, eran dos tunantes, pero se valían de su encanto para conseguir siempre lo que querían. Él, por desgracia, no era inmune a sus artimañas; los había visto crecer y convertirse en hombres, eso sí, no siempre adaptados a las normas sociales que su apellido exigía. Aunque no lo demostrara, quería a los tres hermanos como si fueran sus hijos, casi como si realmente los unieran lazos familiares. Sabía que seguirían con zalamerías hasta colarse en el despacho. Tampoco le vendría mal al conde hacer un alto en sus asuntos, así que se hizo a un lado diciendo:

—No les he visto. Lord Winter... Señor... —los saludó con un seco movimiento de cabeza.

Christopher estaba concentrado en los papeles dispersos sobre la mesa, lamentando tener que someterse a ciertos rituales. Su humor, nada animado, se agrió

definitivamente al ver asomar las cabezas de sus hermanos por el quicio de la puerta.

—Mortimer asegura que estás muy ocupado —lo saludó Darel.

—Sí, eso ha dicho —corroboró James.

Chris los miró de arriba abajo, tal como había hecho momentos antes Ladislaus. Tenían un aspecto lamentable.

—*Estoy* ocupado —gruñó. Pero ellos lo pasaron por alto, acomodándose—. ¿Tú no estabas en York? —Le preguntó al menor—. ¿Y tú, Darel, en el fondo del mar?

James se removió en la butaca, apoyando las botas en una esquina del escritorio.

—Aquello se puso aburrido.

—¡Quita las pezuñas de ahí!

Su hermano menor sonrió con aparente candidez, pero no hizo caso de la advertencia. Darel se acomodó en una esquina de la mesa, toqueteando los papeles hasta que Christopher le dio un manotazo.

—Nuestro hermano está de malas pulgas, James.

—Justo. Y vosotros hacéis todo lo posible para que mi humor no mejore. ¿No podíais haberos quedado un par de años más por ahí?

—En el fondo, no sabes vivir sin nosotros, Chris.

El conde de Braystone trató de relajarse. Estaban allí,

era inevitable. ¡Qué demonios! Darel tenía razón. Los había echado de menos más de lo que quería aceptar. Aquellos dos sinvergüenzas eran su debilidad, tan parecidos a él mismo que se veía reflejado en ellos. Lo único que los diferenciaba era el color de los ojos. Darel y James habían heredado los iris oscuros de su padre, mientras a él le había tocado el tono gris acerado de la abuela.

Constituían una fuente de problemas estando lejos y de desavenencias en casa, pero negar que disfrutaba peleándose con ellos sería mentir.

Se retrepó en el asiento, moviendo el cuello para desentumecer los músculos.

—Ya que estáis aquí, contadme. ¿Qué hay de vuestros asuntos?

—Como estaba previsto. Es la última vez que le limpio el culo a Banks y... —Darel vio el gesto admonitorio de Chris, pero ya era tarde para rectificar—. Ese holandés me hubiera rebanado el cuello de haber podido. Por si fuera poco, acepté a un nuevo grumete para el *Discordia* y se largó en cuanto atracamos. En resumen, un trabajo asqueroso.

—Una lástima.

—No sé de qué os quejáis —intervino James, bajando definitivamente las botas de la mesa de su hermano—.

Vuestra vida es mucho más entretenida que la mía. No estoy en la inopia, sé que no sólo dedicáis vuestro tiempo a la compañía. Estoy deseando que os dignéis pedir mi colaboración. ¿Cuándo va a ser eso?

—¡¡Nunca!! —fue la unánime respuesta a coro de sus hermanos mayores.

Probablemente no era el mejor momento para insistir, así que prefirió callar.

—Adecentaos un poco antes de presentaros ante las abuelas, luego seguiremos hablando.

—Ya las hemos visto.

—¡Alabado sea Dios!

El grumete al que Darel había hecho referencia caminaba en ese preciso momento por una de las calles más infectas de Londres.

Con la atención puesta en cualquiera que se cruzara en su camino, Tatiana miraba con desconfianza las figuras que salían de los portales, sospechando siempre que la seguían y apresurando el paso, urgida por el agujero que tenía en las tripas.

Durante dos días, había conseguido sobrevivir con sus ropas de muchacho, pasando inadvertida, dormitando en

rincones apartados, sin alimento. El estómago le lanzaba advertencias sin tregua y había tenido que echar mano de todo su control para no robar en alguno de los puestos del mercado. Lo último que quería era que la atrapasen como a un vulgar ladrón y acabar con sus huesos en la cárcel. Pero el hambre la azuzaba de tal modo que empezaba a plantearse si no sería mejor estar en una celda; al menos allí le darían de comer, aunque fuese bazofia.

Se apoyó en el quicio de la puerta de una taberna, víctima de un repentino mareo. Del local salía un olor rancio, una mezcla de alcohol y sudor, que se unía al tufo de los orines del callejón donde se encontraba. Pero entre esa mixtura de olores desagradables destacaba también el del guiso que uno de los parroquianos, sentado a una mesa cercana a la entrada, comía entre sorbo y sorbo de cerveza.

Echó un vistazo al interior del tugurio. La clientela parecía más pendenciera incluso que los desharrapados que deambulaban por las callejuelas que acababa de dejar atrás. Vacilaba en su decisión de entrar, acuciada por la llamada de su estómago, o la lógica de la razón que le pedía largarse.

Porque aún tenía fresco lo sucedido en la taberna en la que se había atrevido a meterse, antes de ser víctima del robo que la había dejado sin nada, y no quería que se

repitiera la experiencia.

Había estado a punto de verse en medio de una pelea, iniciada por el marinero que se había sentado junto a su mesa, con más alcohol en el cuerpo que una cuba, empeñado en meterse con ella. Por más que pasara por alto sus gratuitos insultos, al final Tatiana hubo de salir a la carrera del local, sin pagar su consumición, y con el dueño del garito persiguiéndola un buen trecho cuchillo en ristre, exigiendo su dinero, hasta que consiguió despistarlo en una de las plazuelas.

Amparándose en la niebla que se adentraba en las calles como un manto tenebroso y frío, helada hasta los huesos, se obligó a poner en marcha sus cansadas piernas. Se olvidaría de la comida, pero tenía que encontrar un lugar donde poder dormir.

Un gato al que estuvo a punto de pisar se le cruzó como un mal presagio que la asustó. Logró apoyar las palmas de las manos en el suelo para no caerse de bruces. Se levantó de inmediato, como si tuviera un resorte, impulsada por la viscosidad que impregnaba su mano derecha. Le subió la bilis a la garganta y se limpió en el muro, haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad para controlar la repugnancia.

Se dejó caer contra la pared. Tenía unas ganas infinitas de echarse a llorar como una criatura. Desamparada, en un

país extranjero, sin dinero, sucia, oliendo a rayos, harapienta, exhausta y muerta de hambre, ésa era su lamentable situación. Si al menos no le hubiesen robado las pocas joyas que le quedaban y las monedas que había conseguido vendiendo sus últimas pertenencias a un usurero sin escrúpulos, ávido de apropiarse de lo ajeno sin apenas riesgo...

La conciencia del estado en que se encontraba le provocó un gimoteo casi histérico. ¡Qué estúpida había sido creyendo que todo iba a ser fácil! Se arrepentía de no haberse quedado en el barco. El otro lado del mundo se le antojaba ahora un paraíso desconocido pero más seguro.

Unas voces a la entrada del callejón la llevaron a ponerse otra vez en marcha. Se rascó la cabeza por debajo del gorro de lana. Le picaba de un modo atroz y no le cabía duda de que, en su apelmazado cabello, anidaban habitantes la mar de indeseables. Su vida se había convertido en un infierno del que no veía modo de escapar.

Conteniendo las lágrimas, víctima de otro vahído, volvió a buscar el apoyo de una farola, dejándose resbalar por ella hasta quedar sentada en el suelo, con las rodillas dobladas y la mirada fija en la repugnante rata que se escabullía entre las tablas de la entrada de un local cerrado.

Si pudiera atrapar una..., pensó, con la desesperación

que provoca el hambre. La asqueaba tan sólo imaginarlo, pero aquellos malditos bichos estaban mejor alimentados que ella.

—¿Te encuentras bien, chico?

Tatiana se sobresaltó. Levantó la vista hacia la mujer y se quedó mirándola. No hizo falta que nadie le dijera a qué se dedicaba, se veía a la legua. Se cubría los hombros con un chal grueso y sobado, bajo el que asomaba un vestido más ajado aún, con un escote generoso que mostraba más que tapaba su ampulosa anatomía superior. Llevaba los ojos tiznados de negro, exceso de colorete en las mejillas y demasiada pintura en los labios; sin duda iba a la caza de algún cliente que esa noche no llegaba.

—Estoy bien —contestó ella, no supo si hablando o sollozando.

—Pues no lo parece, pollo.

Tatiana apoyó la frente en las rodillas y trató de olvidarse de la prostituta. Ya le daba todo igual. Había llegado al límite de sus fuerzas.

—¿Quieres compañía?

Ella la oyó con claridad, pero continuó como estaba, sin moverse, no tenía ánimo ni para incorporarse. Su situación no dejaba de tener su gracia, pensó. A punto de morir de inanición, convertida en un despojo humano y

charlando con una mujer de vida fácil que se le estaba insinuando.

—¿Cuándo comiste por última vez, chaval?

Tampoco contestó a su pregunta.

—En fin, supongo que es el destino —oyó decir a la mujer—. Vamos, levanta de ahí y ven conmigo.

—Olvideme.

—No voy a cobrarte, guapo, no te preocupes. Se ve a la legua que no tienes un penique. Además, no me gustan los críos. Lo que pasa es que tengo el corazón muy grande y puedo ofrecerte un plato caliente, un baño y un jergón.

Tatiana calló prudentemente. Lo que oía le sonaba a música celestial, pero a esas alturas no se fiaba ya ni de su sombra. No se resistió, sin embargo, cuando la prostituta tiró de ella para levantarla del suelo, obligándola a seguirla por calles estrechas y sucias.

—Anoche no se me dio mal del todo. El último cliente estaba tan borracho que me pagó antes y después del servicio —se ufanó la mujer con una sonora carcajada—. Gilipollas como él me gustaría encontrar cada día. Por cierto, me llamo Anna, todos me conocen como Anna *la Galesa*.

A Tatiana le importaba poco si aquella mujer se llamaba Lucifer y la arrastraba de cabeza al infierno. Ni se fijó por

dónde caminaban durante un buen rato, ni en los individuos con los que se cruzaban, ni en los rostros marchitos que desechaba su salvadora a cada paso. Sólo deseaba que la dejaran en paz, llegar cuanto antes a cualquier rincón tranquilo y dormirse. Pero no tenía fuerzas para oponerse al empuje con que la otra caminaba, por lo que la seguía a trompicones.

Anna, encogiéndose de hombros al ver que no le decía su nombre, entró en un portal. Un olor penetrante y ácido, una vaga mezcla de limón y vinagre, penetró en las fosas nasales de Tatiana; le pareció que olía a limpio, comparado con los lugares en los que había estado. Se dejó llevar como una marioneta, subiendo una escalera carcomida con paso inseguro. Su acompañante abrió una puerta y ella entró, tropezando con sus propios pies, permaneciendo quieta unos segundos en medio de una oscuridad total.

La llama de una vela la obligó a parpadear. Sus ojos vagaron por el lugar en que se encontraba, una habitación pequeña, espartana. Una cama, una mesa redonda, un espejo algo herrumbroso y un pequeño sillón con la tapicería descolorida. Al fondo, una tela sujeta con clavos al techo separaba el cuarto de otra dependencia. No había más, salvo algunos ganchos sujetos a la pared, de los que colgaban dos vestidos.

La Galesa descorrió una deslucida cortina que cubría un ventanuco y un poco de luz de una farola cercana se filtró hasta la mísera vivienda. Exigua y pobre, pero limpia y ordenada.

Tatiana permaneció muda, mientras la otra mujer se despojaba del chal, colgándolo de uno de los ganchos. Se fijó un poco más en ella. Era de cuerpo macizo, rubia, quizá hasta bonita, si no fuera por la capa de pintura.

—Quítate la ropa, te prepararé un baño —le dijo, descorriendo la tela tras la que se abría un hueco. Arrastró una diminuta tina redonda de madera hasta el centro de la habitación y abrió la puerta para pedir a voz en grito:

—¡Lony, súbeme un par de cubos de agua!

—¿A estas horas, coño? —rezongó alguien escaleras abajo.

—Y dos platos de lo que sea esa mierda que tienes en la lumbre.

—¡Vete al carajo!

Haciendo caso omiso de la respuesta, la mujer cerró con un golpe seco y se quedó mirando a su joven invitado.

Tatiana permanecía estática. La mención del agua y la comida repiqueteaban en su cerebro, pero se interponía su condición de falso mozalbete. ¿Quién le aseguraba que aquella mujer, al ver que no se trataba de un chico, no

intentaría sacar provecho? Se movía en un mundo donde el delito convivía con el beneficio personal sin más línea divisoria que sobrevivir. En la escalera se oían de vez en cuando exclamaciones soeces y risas femeninas. ¿Y si su presunta benefactora cayera en la tentación de cederla a quien estuviese dispuesto a pagar por ella?

—Es el inconveniente de vivir aquí, chico. Los hombres buscan diversión, sea la hora que sea. ¿A qué esperas? Esa ropa necesita un buen lavado, igual que tú.

Tatiana se acercó al ventanuco, apoyando la frente en el cristal. Desde la callejuela le llegaban murmullos, protestas femeninas y risotadas. La niebla apenas dejaba ver el contorno de las figuras que, como sombras, se movían abajo. Se le inundaron los ojos de lágrimas al evocar otra niebla, otras voces, otras risas. Casi le pareció oír las carcajadas de su primo Vasili persiguiéndola por la nieve. Era como si hubieran transcurrido siglos, como si esos hermosos recuerdos pertenecieran a otra persona, no a ella.

Oyó cómo se abría la puerta, una perorata de insultos en voz baja y, casi al instante, el chapoteo del agua vertiéndose en la tina, seguido de otra ristra de palabras malsonantes, contestadas por Anna en el mismo tono, y luego un portazo.

—¡Al agua!

A la vez que daba la orden, la Galesa le arrancó a Tatiana

el pringoso gorro que la cubría. Ella se dio la vuelta, aterrada, llevándose las manos a la cabeza, con el miedo reflejado en las pupilas. Demasiado tarde. Anna la miraba con los ojos abiertos como platos y el asombro reflejado en el rostro.

—¡Joder! Que me echen tres polvos gratis si no me has engañado del todo, muchacha.

Ni de lejos imaginaba Darel las penurias que le estaba tocando vivir a quien fue su efímero grumete en el *Discordia*.

Mientras, él se dedicaba a matar el tiempo rivalizando con James y con el vizconde Amsterdill para ganarse la atención de la esquivia señorita americana que había llegado a Braystone Castle hacía días, acompañada por su tía, lady Brenton, el hosco Bart y el heredero del vizconde Teriwood, un chaval despierto y vivaz, además de un perrillo al que llamaba *Sultán*.

La presencia de los familiares de Adam Brenton supuso, en un principio, rememorar la terrible desgracia sufrida por su amigo de infancia. Sin embargo, desde que apareció en sus vidas la citada señorita, miss Kimberly, una belleza de cabello negro y ojos cobalto, que desde un primer instante se había enfrentado a su hermano Christopher con bastante coraje, Darel se estaba divirtiendo de lo lindo.

La muchacha había osado, incluso, retar al conde a una

carrera a caballo. Para escarnio de Chris y jolgorio del resto, ella logró imponerse, haciéndoles ganar unas buenas libras.

A decir verdad, Darel no tenía un interés especial en la muchacha, no era su tipo, aunque reconocía que era preciosa y siempre tenía una sonrisa amable para todos, servicio incluido. Salvo para Chris. El estirado conde de Braystone se había topado con la horma de su zapato. Darel intuía, no obstante, que, tras la dialéctica de choque y las confrontaciones entre su hermano y la americana, fluía entre la pareja una cierta corriente que no sabía definir.

Bien, Christopher era el cabeza de familia, tenía la responsabilidad de dar un heredero que perpetuara apellido y título. Él no quería anticiparse al pensamiento de su hermano, pero era inevitable que una mujer entrara a formar parte de su vida. Darel pensaba poner su granito de arena cuando fuera necesario, para que Christopher considerara la posibilidad de aceptar que la señorita Brenton podía ser muy bien una futura condesa que tener en cuenta.

Habría que pulir un poco sus modales, como ya había comentado Mortimer, pero no se le hacía nada rara la idea de considerarla como hipotética cuñada.

En cambio, le resultaba evidente que algo nublaba la

camaradería entre James, Tommy, vizconde Amsterdill, y él. Y no eran los otros dos los culpables. Por algún motivo que no acertaba a comprender, cuando Darel observaba a Kimberly caminar, cabalgar o incluso discutir con su hermano mayor, sentía que en su propia vida faltaba algo. Lo peor era que, al mirar aquellos ojos grandes y diáfanos, normalmente rebosantes de picardía, entristecidos por el recuerdo de su difunto hermano Adam, a él le venían a la memoria otros ojos. No conseguía quitarse de la cabeza, acaso por remordimiento, al taciturno muchacho que se había colado en su barco de polizón.

¿Estaría solo? ¿Por dónde andaría?

Darel conocía Londres como la palma de su mano. Las lujosas mansiones, los bailes de la Temporada y los clubes de caballeros no tenían secretos para él. Pero tampoco lo tenían las apestosas calles de los barrios bajos, donde proliferaban tugurios de mala muerte, prostíbulos y miseria. Su posición le permitía moverse en ambos ambientes como pez en el agua. No así a un rapaz como Eli, que apenas parecía haber aprendido a limpiarse la nariz y podía ser presa fácil de aprovechados, ladrones o degenerados. Lo había visto demasiadas veces.

Se maldijo, lamentándose por no haberlo vigilado mejor, por haber permitido que se le escabullera entre los

dedos para ir a parar sólo Dios sabía dónde. Debería haberlo encerrado en la bodega del barco hasta que éste partiera hacia Virginia.

En fin, ya nada se podía hacer.

Dejó los informes en los que estaba trabajando a un lado, se levantó y se masajeó las sienes. El dichoso grumete le había dado dolor de cabeza. Abrió el ventanal, permitiendo que el aire oxigenara el despacho. Hasta él llegaron los murmullos de la fiesta organizada por las abuelas, para regocijo de unos pocos amigos e irritación de Chris.

No sabía en qué diablos andaba metido su hermano en los últimos días. No había podido sacarle una palabra, pero no se comportaba como era habitual en él. Estaba manifiestamente hosco, hasta el punto de incluso tratar a Kimberly con muy escasa diplomacia, casi rozando la grosería, cuando Christopher siempre era galante con las mujeres.

Estuvo tentado de abordarlo la noche en que lo vio salir de una tabernucha en los alrededores del puerto. Su hermano sólo se dejaba caer en esos ambientes por un motivo: buscar información. No era la primera vez que recurría a ese medio. Por tanto, tenía que ser alguna petición expresa de sir Ruppert, el hombre que manejaba el espionaje inglés.

Respiró hondo, se olvidó de Chris y de nuevo la tímida figura de Eli se materializó en su mente.

No había pensado en hablar con él y plantearle la posibilidad de que se quedase en St. Thomas, al cuidado del hermano Gregory. En la institución sólo admitían a muchachos hasta los doce años, pero siempre se podría haber hecho una excepción.

El número de huérfanos a los que se daba asilo aumentaba cada día, pero las dependencias del edificio no crecían en proporción. Eso sí, cuando salían de St. Thomas, lo hacían con un trabajo honrado que les permitiera subsistir sin tener que regresar de nuevo a las calles, al robo o a la prostitución.

Eli no había tenido esa oportunidad y Darel se sentía como si le hubiera fallado.

Cerró el ventanal y regresó al escritorio. Se centró en los papeles, haciendo anotaciones en los márgenes de los documentos, comprobando cifras, abriendo interrogantes para comentar más tarde con el administrador. No tenía más remedio que acabar con aquellos informes antes de incorporarse a la fiesta si quería enviarlos a primera hora de la mañana a la Gresport Company.

Además, tampoco le apetecía demasiado dejarse ver por el salón tras conocer la identidad de uno de los invitados.

Saltarían chispas si Chris perdía la paciencia, que nunca era demasiada, y tenía unas palabras con Lessenrose, con quien estaba enfrentado desde hacía tiempo. Con la mano izquierda que siempre tenían las abuelas, Darel no acertaba a comprender en qué estaban pensando al invitarlo.

—Maldito presuntuoso —acertó a decir.

—Julius dice que maldecir está muy feo.

La vocecilla de Cameron Brenton lo sacó de sus cavilaciones. Estaba allí mismo, tras uno de los sillones.

—¿Qué haces aquí? Deberías estar en la cama.

—Quería ver la fiesta, pero el señor Mortimer ha estado a punto de descubrirme y he tenido que esconderme aquí.

—Entiendo. Y con compañía. —Sonrió condescendiente cuando el pequeño salió de su escondrijo apretando a *Sultán* contra su pecho.

—¿Vas a delatarme? La tía Kim es capaz de dejarme sin postre una semana.

Darel se echó a reír, rodeó la mesa y se puso en cuclillas ante el niño. Le despeinó el flequillo cariñosamente, sintiendo un aguijonazo de dolor por su gran parecido con Adam cuando éste era pequeño. ¡Cuántas travesuras perpetradas por los cuatro, cuántas sorpresas al descubrir dibujos prohibidos, los castigos de los que se

hicieron merecedores, las pequeñas confianzas...!

Pero sus días de despreocupada niñez quedaban muy atrás, ahora tenía responsabilidades. Una de ellas, bajar a la fiesta cuanto antes, so pena de que las abuelas lo despellejasen vivo.

—Será un secreto entre los dos. Entre los tres —rectificó, acariciando las orejas de *Sultán*, que parecía atento a su respuesta, como si comprendiera el apuro en que se encontraba su pequeño amigo—. Te ayudaré a llegar a tu cuarto. Vamos.

Deteniéndose y atisbando en las esquinas de los pasillos, como si le siguiera el juego, dejó a Cameron en su habitación. Luego regresó al despacho, acabó el trabajo y se sumó a la fiesta.

Tal como había supuesto Darel, el baile de Braystone Castle iba a ser la comidilla de las reuniones sociales durante meses. A la tirantez latente entre Chris y Lessenrose, a la que nadie era ajeno, se unió la inesperada aparición de lord y lady Basston. Ésta, Frances para sus amistades de soltera, ahora esposa de Walter, había ridiculizado al mayor de los Gresham hiriéndolo en lo más hondo, hiriéndolo en su hombría.

Darel sospechaba que su hermano se vengaría de las abuelas, tal vez embarcándolas amordazadas con destino a las Indias, puesto que también la invitación, inoportuna a todas luces, provenía de ellas. Dos faenas en una sola noche eran demasiado.

No menos jugoso fue el día siguiente, gracias al vizconde Amsterdill, que sufrió una aparatosa caída durante la carrera de caballos que se celebraba, lastimándose un tobillo y provocando que ganara quien nadie se esperaba: el dueño del Lucky Bet.

Finalizado el evento que las abuelas se habían sacado de la manga, Darel se dijo que allí ya no pintaba nada. Podía ser que la reunión hubiera servido para algo, a tenor de las veces que a Christopher se lo había visto charlando o bailando con la americana y, sobre todo, paseando con ella por los jardines, con notable dedicación mutua.

Partió pues para Londres tan pronto como le fue posible, con la decidida intención de hacerle una visita a Virginia y, si se terciaba, disfrutar de alguna función en Drury Lane y la posterior compañía de Celeste Brooks.

Sin embargo, cuando llegó a casa de Virginia, ésta ya tenía acompañante. Masculino, para más señas.

Fue una escena de lo más incómoda, porque Darel conocía sobradamente al tipo que se inclinaba sobre la

joven cuando él entró en la sala esquivando a la criada, que intentaba detenerlo por todos los medios.

Sin una palabra, dio media vuelta y se fue por donde había venido, haciendo oídos sordos a Virginia, que trataba de darle una explicación.

Con la actriz tampoco tuvo suerte. Celeste había aceptado trasladarse temporalmente a Leeds, donde se estaba montando una compañía de teatro y le ofrecían papeles de mayor calibre que los que representaba en el teatro londinense construido hacía ya más de ciento sesenta años.

Acabó sentado en una de las salas del Lucky Bet, bebiendo como un condenado, brindando por la desafección de las mujeres y jugando a los naipes. Hubiera podido ir a White's, pero allí conocía a demasiados caballeros y su humor estaba lejos de acomodarse a conversaciones triviales, apuestas de caballos o éxitos en conquista de damas.

En el Lucky Bet pasaría más desapercibido. Aunque James y él se habían hecho asiduos del club que regentaba Lekker, el dueño tenía por costumbre no confraternizar demasiado con los clientes, por mucho que a los mejores se les dispensara un trato especial.

El local destilaba elegancia, con sus muros panelados

de madera y brocado, sus cómodos sillones de estilo francés y las arañas que colgaban de los altos techos. Damas y caballeros deambulaban entre las mesas de *whist*, se acercaban a la ruleta o se perdían en los salones privados para una partida de póquer.

Pidió otra botella.

Estudió sus cartas. Eran muy buenas. Una espléndida mano. Si el principal oponente que tenía delante, el único que continuaba retándolo, no estaba bien servido, iba a desplumarlo. Los otros dos ocupantes de la mesa se habían retirado tras sucesivos envites de apuestas elevadas.

Darel esperó a que el camarero le trajese la botella solicitada, se bebió una copa de un trago y volvió a echar una ojeada a los naipes a la vez que a su oponente, que trataba de enfocar la vista en él. No era su estilo aprovecharse de un hombre que no sabía soportar el alcohol, pero el comodoro era otra cosa y no le importaría aligerarlo de unas cuantas libras, aunque sólo fuera para vengarse de las veces que ese sujeto se había negado a venderle a su hermano James alguno de sus caballos.

Le intrigaba saber de dónde sacaba Maximilian Norton un dinero que gastaba, sistemáticamente, en las mesas de juego y en bebida, cuando era sabido que sus ingresos no daban para tanto. Pero no era asunto suyo, así que se centró

en el juego y elevó la apuesta.

Norton empujó las libras hacia el centro de la mesa, diciendo con voz pastosa:

—Veamos qué lleva usted, Gresham.

Darel mostró sus cartas. Entonces el comodoro se echó a reír, soltando las suyas sobre la madera con un golpe.

—Creo que gano yo, muchacho.

A Darel le costó asimilar que aquel borrachín y pésimo jugador acabara de ganarle la mano. Pero pensó que todo hombre puede tener un momento de gloria y decidió unirse a la siguiente partida con la intención de resarcirse.

No fue así.

Norton y él fueron deshaciéndose de jugadores hasta quedar una vez más frente a frente y de nuevo el comodoro ganó con un puñetero póquer de sietes. Darel maldijo mentalmente, sin dejar traslucir su mal humor. A ver si al menos, con la euforia de las ganancias, conseguía convencer a Norton de que le vendiera un par de ejemplares de su yeguada a James. Él ya le cobraría a su hermano el favor.

Una mano le palmeó el hombro. Se volvió y vio a Felix Lekker a su espalda, tan atractivo como siempre, con su cabello rubio, sus ojos claros, un traje de corte impecable

y aquella sonrisa enigmática que lo caracterizaba.

—¿Cómo va la noche?

—Las he tenido mejores.

—¿Admitirías una apuesta a la carta más alta?

—No sueles jugar con los clientes.

—No suelo, es cierto —sonrió el dueño del local—.

¿Qué me dices? Te doy la ocasión de resarcirte de las pérdidas. ¿Quinientas libras?

Darel no pudo negarse. Era una apuesta desmesurada, pero no inusual. Y Felix llevaba razón, tal vez así podría recobrase. No le remordería la conciencia si le ganaba.

Fue Maximilian Norton quien solicitó cartas nuevas y barajó, dejando después el taco sobre el tapete. Darel cortó primero, mostrando la dama de trébol.

—De damas va la noche —comentó, esbozando una sonrisa satisfecha.

Tenía muchas posibilidades, era una carta alta.

No fue así. Lekker hizo lo propio, volteando su naipe: el jodido rey de picas.

Con toda elegancia, Darel firmó el pagaré que el otro se guardó en el bolsillo de la levita con un gesto de agradecimiento. Luego, él se despidió de sus compañeros de juego y pidió su capa y su sombrero. Era hora de marcharse. Había bebido más de la cuenta, empezaba a no

razonar con lógica y estaba apostando más de lo prudente.

La suerte le había dado aquella noche la espalda. «O el culo», pensó con un ramalazo de celos, al ver entrar en el local el fulano que ahora ocupaba la cama de su amante — de su ex amante, rectificó, porque no pensaba volver a pisar la casa de Virginia—. Si su rival amoroso hubiera pasado de largo, Darel habría obviado su presencia, pero no fue así. Tuvo la desfachatez de saludarlo. Y, para colmo, transmitirle el afectuoso saludo de la señorita Carnavy.

Casi llegaron a las manos, lo que no sucedió gracias a la intervención del dueño del local y algún otro caballero próximo, que se interpusieron.

Por todo ello, Darel montó en su caballo y se encaminó hacia su casa de Londres echando chispas de indignación. Iba a tirarse en la cama y dormir la borrachera, que empezaba a pasarle factura.

A medio camino, sin embargo, recordó que había quedado en verse con Chris al día siguiente, a primera hora, para comentar detalles del balance de la compañía. Espoleó pues a su caballo en dirección a Braystone Castle, amenizando el recorrido con un buen catálogo de exabruptos por la molestia.

—Bueno —se conformó—, el galope me despejará y aplacará mi mal talante.

Pero no fue así.

Lo que lo despejó de verdad fue el tipejo que le salió al paso en el camino, embozado en una capa oscura y apuntándolo con una pistola.

—Con razón dicen que las desgracias nunca llegan solas —gruñó, balanceándose inestable sobre su montura.

No era la primera vez que Darel se enfrentaba a una de aquellas sabandijas dedicadas a aligerar el bolsillo de los viajeros. Pero sí lo era, para su desventura, hacerlo en un estado que rayaba la embriaguez.

Tiró de las riendas, deteniendo el caballo a la vez que trataba de enfocar la vista que la bebida ingerida le nublaba. Con la amenaza de un cañón no se juega y se imponía por tanto mantener la calma. Estaba bebido, pero no loco. No era cuestión de alardear de heroísmo, pues el bandido podría muy bien apretar el gatillo a la menor provocación.

Alzando las manos por encima de la cabeza dijo:

—La bolsa está en el bolsillo de mi chaqueta.

Su asaltante vestía de oscuro, por lo que se confundía con las sombras del camino; sin embargo, Darel pudo apreciar que no era corpulento, parecía más bien un muchacho.

—Desmonte —dijo con una voz forzada, un tanto ronca.

Él obedeció, bajando del caballo despacio. A punto

estuvo de besar el suelo cuando el pie se le trabó en el estribo. Prudentemente, bajo la amenaza del arma, se apartó unos pasos de su montura.

—La pistola.

Así que el muy desgraciado sabía que iba armado, no quería sorpresas, pensó Darel. Sacó el arma con dos dedos y la dejó caer, alejándola con el pie.

—El dinero.

Al abrirse la chaqueta, quedó al descubierto su alfiler de corbata, que llamó la atención del malhechor, aunque apenas desvió la mirada un segundo, atrapando con destreza la bolsa que él le lanzaba.

—Su alfiler.

Darel se irguió al oír la seca orden. Por ahí sí que no iba a pasar. El adorno era el último regalo de su padre antes de morir y lo apreciaba más que nada en el mundo.

—De eso nada, hermano.

—La joya... o su vida. —La amenaza brotó al tiempo que la pistola le apuntaba directamente a la cabeza—. Préndalo en la silla de montar.

La rabia estaba despejándolo, pero no pudo hacer otra cosa que dejar el alfiler en el lugar que el otro le indicaba.

—Apártese del caballo.

Darel apretó los dientes. Lo irritaba verse manejado por

un muchachuelo al que podría haber dado una paliza con facilidad, de no ser porque parecía dispuesto a dispararle. No digería demasiado bien ser sometido sin rebelarse. Por otro lado, si aquel mastuerzo se quedaba con su caballo, se encontraría en una situación incómoda. Lo que menos le apetecía era echarse a andar por el camino en mitad de la noche, más bebido de la cuenta y con un tiempo inestable. Así que decidió jugarse el todo por el todo y que Dios lo ayudase.

Se hizo a un lado, aparentemente obediente, pero en el mismo instante en que su agresor se enfundaba la pistola en la cinturilla del pantalón para montar, se echó sobre él.

Su constitución, más grande y pesada que la del saltador, arrastró a éste. Cayeron al suelo entre las patas del caballo, que piafó inquieto. Darel recibió una patada del chico en pleno tórax, que lo dejó sin aliento, pero no quedó ahí la cosa: sin tiempo para recuperarse, el siguiente golpe le acertó justo entre las piernas.

Se revolcó por el suelo, aullando una letanía de obscenidades. Su agresor aprovechó la ocasión que se le brindaba para incorporarse como un gato y tratar de huir.

A pesar del dolor, Darel no era de los que se rendía con facilidad. Se levantó, lo atrapó de la capa haciéndole dar la vuelta y lanzó un puñetazo, que se perdió en la nada cuando

el chico, rápido y diestro como pocos, evitó que lo alcanzase.

Tampoco él desaprovechó el momento y al ver que le ofrecía un costado desprotegido, no dudó en castigarlo. Gresham se dobló sobre sí mismo, sin aire. De inmediato, recibió una patada en la espinilla que lo obligó a gritar. Saltando como un tonto a la pata coja era una presa demasiado fácil para el ladronzuelo, que intentó tumbarlo definitivamente.

Pero ahí erró.

Darel era más fuerte y, aunque ebrio, bastante ágil y habituado a hallarse en situaciones comprometidas. Tuvo reflejos suficientes para ver llegar el puño de su atacante, con lo que se ladeó, desestabilizando a su rival.

—¡Ya te tengo, truhán!

Desgraciadamente para él, la pistola reapareció en la mano del chaval.

—¡¡Apártese!!

Maldiciendo su mala fortuna, dio un paso atrás. Un engaño perfecto, que hizo confiarse al ladrón, que intentó montarse en el caballo sin pensar que él lo atacaría de nuevo. Rodaron otra vez por tierra. En la pelea, el pañuelo que cubría la cabeza del chico se desprendió, dejando al descubierto una melena larga y clara con reflejos rojizos.

Estupefacto, Darel no reaccionó y fue incapaz de evitar un codazo dirigido a su mentón, que acabó por aturdirlo.

La muchacha saltó a la silla con la experiencia de una consumada amazona. Por unos segundos, él pudo apreciar un rostro bonito, de labios plenos, y unos ojos brillantes, grandes, dorados, que le recordaron a otros. Su cara se le quedó grabada en la retina antes de verla espolear el caballo y salir al galope.

Horas después, el ladronzuelo que había desplumado a Darel, dejándolo furioso como nunca antes, preparaba una tisana a la que añadió unas gotas del medicamento recién adquirido, casi a punta de pistola, tras haber hecho salir de la cama al médico, que la recibió con cajas destempladas, y al que obligó, a su pesar, a realizar una visita a esas horas de la noche.

Anna tiritó, estornudando ruidosamente. Al segundo, Tatiana estaba a su lado, arropándola con cuidado y ayudándola a recostarse en los almohadones. Puso ante ella la desportillada taza y le fue dando el contenido cucharada a cucharada.

—¿Cómo has conseguido que viniese ese matasanos?

Tatiana sonrió desenfadada, aunque no engañó a su

benefactora y amiga, que adivinó la preocupación que intentaba disimular.

—El dinero sirve para ciertas cosas.

—No mi dinero —gruñó Anna, estornudando de nuevo—. A mí no me queda un penique.

—No te preocupes por eso ahora, lo principal es que te cures.

—¿De dónde lo has sacado? Has estado fuera toda la noche. ¿No habrás...? —Le sobrevino un ataque de tos.

—¿Quieres callarte?

—Antes desembucha.

Tatiana no había conocido nunca a una mujer tan terca como Anna. Enferma o no, mantenía la determinación que la caracterizaba. Sin responderle aún, consiguió que se acabara el contenido de la taza, obligándola después a regresar al abrigo de las mantas.

Ella se dejó caer en el asiento que había colocado junto a la cabecera de la cama desde que Anna enfermó, masajeándose el puente de la nariz por ver si le remitía el dolor de cabeza. Estaba agotada. La preocupación por la salud de la mujer que le había dado amparo, apenas la había dejado descansar dos horas seguidas. Lo que comenzó como un simple resfriado, se había convertido en algo mucho más grave.

Le debía una explicación a Anna, lo sabía. Desde que la recogió en la calle, aterida de frío, muerta de hambre y desesperada, se había establecido entre ellas una auténtica conexión. Era verdad que la Galesa vendía su cuerpo para sobrevivir, pero no por ello carecía de honor; por ejemplo, nunca robaba a sus clientes por muy borrachos que estuvieran, aunque tampoco le hacía ascos a obtener alguna ganancia extra si el oporto o el ron les nublaba la mente y pagaban doble, como había dicho cuando la conoció.

Pero era fiel con quien le demostraba fidelidad. Tatiana lo había comprobado al despertarse a la mañana siguiente de que la recogiera. Al parecer, en sueños había hablado más de la cuenta, descubriendo su identidad. Afortunadamente, Anna había achacado sus frases inconexas al agotamiento, sin hacer más caso del asunto y la presentó a sus compañeras de oficio como una prima lejana recién llegada a Londres.

Se había negado a que Tatiana buscara un trabajo hasta estar completamente restablecida, subsistiendo ambas de lo que ella iba sacando. Pero eran dos bocas que alimentar, los rumores volaban y el dueño del piso había aumentado el alquiler, enterado de que se alojaba en él una persona más.

Tatiana se veía en la obligación de colaborar en los gastos, pero no sabía cómo. Y los problemas aumentaron la

noche en que Anna regresó estremecida por la fiebre.

Sin el recurso de su trabajo, teniendo que hacer frente al alquiler y al médico, que Tatiana se empeñó en llamar viendo que su amiga no mejoraba, se habían encontrado en una situación desalentadora.

—He desplumado a un señoritingo.

Anna se quedó mirándola sin decir nada. Un nuevo ataque de tos la hizo doblarse en dos y Tatiana, presta a atenderla, se levantó y echó su propia manta sobre la cama, sentándose a su lado.

—Así que un señoritingo —dijo la Galesa, cuando se normalizó su respiración—. Muchacha, tú no estás bien de la cabeza. ¿Sabes lo que te podría haber pasado? Lo que me faltaba es que me vinieran con la noticia de que te han encontrado muerta en cualquier camino.

—Necesitábamos dinero.

—No voy a darte las gracias por hacer algo tan alocado, aunque haya sido por mí.

—No pretendo que me las des. He actuado como he creído necesario, Anna. Y ahora duerme.

—¿Quién me mandaría a mí recogerte de la calle? —la oyó rezongar, aunque le acarició el brazo cariñosamente—. No vas a traerme más que problemas. Pero la vida nos arrastra a veces por caminos no deseados, pequeña. Ya ves,

a mí siempre se me dio bien la costura y soñaba con tener una tienda de modas en mi amado Gales... pero he terminado de ramera. Y ahora tú...

—Duerme.

Tatiana la veló hasta que se sumió en un sueño inquieto. Luego, sin hacer ruido, se echó la capa sobre los hombros para protegerse de la baja temperatura reinante en el cuarto, se acercó al ventanuco y dejó que sus pensamientos volasen más allá de la inmundicia de la calleja, donde algunas prostitutas negociaban acuerdos o vomitaban improperios a sujetos que las humillaban.

No podía dejar de pensar en el tipo al que había robado.

Imposible olvidar su rostro atezado, atractivo, de ojos oscuros y profundos. Un rostro que recordaba muy bien, porque no había dejado de perseguirla desde que saltó por la borda del barco.

¿Por qué demonios el destino se había confabulado contra ella? ¿Por qué había tenido que ser precisamente él quien se cruzara de nuevo en su camino? Al principio no lo reconoció, pues había sido simplemente una víctima propicia de la que lograr unas monedas con que hacer frente a la enfermedad de su amiga. Daba gracias al Cielo de que él no estuviera en plenas facultades cuando lo había asaltado, de otro modo ahora podría estar pudriéndose en

prisión y Anna hubiera quedado desamparada.

No le remordía la conciencia, en esas circunstancias, acuciada por el infortunio, no se planteaba lo que estaba bien o mal. Anna necesitaba medicinas y ella se había puesto manos a la obra para procurárselas. Demasiado había sufrido ya su reciente amiga: cuando apenas era una niña, tuvo que huir de casa para librarse de un padrastro alcohólico que no dudaba en abusar de ella.

Pero Tatiana no podía acallar con la misma facilidad que sus escrúpulos, el impetuoso cabalgar de su sangre cuando el capitán la había retenido, por unos segundos, bajo su cuerpo, tan pegado a ella que habían respirado el mismo aire. Aún temblaba al recordarlo.

Quería expulsarlo de su mente, pero no lo lograba. La furia que había visto en sus ojos oscuros mientras luchaban contenía un mensaje: determinación y peligro. No, el capitán no cejaría hasta dar con ella, lo presentía, lo notaba en los huesos.

—¡Mierda! —se lamentó. ¿Y qué si volvían a encontrarse? A fin de cuentas, ¿qué más podía perder si la denunciaba? Su vida difícilmente iba a torcerse más de lo que ya lo estaba.

Sin embargo, Tatiana se equivocaba de medio a medio. Sus desgracias *sí* podían ir en aumento. Tuvo conciencia plena de ello al oír chirriar la puerta de barrotes cerrándose a sus espaldas.

Agazapada como un animal herido en la apestosa y fría celda en que había sido confinada el día anterior, aislándose lo más posible del resto de sus compañeras de infortunio y del ir y venir de cucarachas y alguna que otra rata que campaba por allí a sus anchas, seguía preguntándose cómo habían conseguido dar con ella.

Estaba segura de que el capitán del *Discordia* no la había reconocido. En el poco tiempo que estuvo en su goleta no fue más que un humilde polizón al que quizá habían perdonado la vida a cambio de hacerla trabajar de grumete, con las penalidades que ese trabajo conllevaba. Cierto que, durante la corta pelea, al asaltarlo, su disfraz se había ido al garete, descubriendo su condición de mujer; pero mujeres las había por millares en Londres y era poco probable que su sola descripción hubiese servido para

cazarla como a un conejo. Sólo cabía pensar que el sujeto al que le vendió el caballo la había delatado. Pero ¿qué otra cosa podía hacer, sino deshacerse de la condenada montura?

Pegó la espalda al muro cuando abrieron la puerta de la celda. Mientras uno de los carceleros, más que vigilar, posaba sus ojos lascivos en el repentino despliegue de cuerpos femeninos que acudían al olor de la comida, el otro empezó a repartirla en escudillas mugrientas, que desaparecieron de inmediato en manos ávidas. Lanzó un pequeño saco de tela al suelo, que desparramó su contenido: mendrugos de pan. Unas mujerucas escuálidas entablaron su guerra particular por una doble ración a la que el guardia puso fin en pocos segundos, haciendo uso de la porra que llevaba al cinto.

Tatiana no intentó acercarse, no pensaba probar aquella repugnante bazofia, la misma que les habían servido muchas horas antes. Había estado a punto de vomitar y no deseaba repetir la experiencia. Se moriría de hambre antes que tragarse aquella agua grasienta en la que nadaba algo de imposible identificación.

Se ajustó la capa en un vano intento de darse calor, notando la bolsita que colgaba de sus caderas bajo la ropa, donde escondía el alfiler de corbata que había robado. Si la

registraban estaba perdida, porque ¿cómo podía justificar una pordiosera estar en posesión de una joya semejante? Debería haberla dejado en el cuarto de Anna, pero no se había atrevido, sabiendo que el dueño del piso registraba las habitaciones.

Después de todo lo que había pasado, la incomodidad de la hedionda celda en la que se apiñaban diez mujeres, algunas de las cuales tenían a sus hijos con ellas, era lo que menos le preocupaba. Lo que la mortificaba de verdad era el temor a ser ajusticiada sin poder llevar a cabo su venganza. Todo lo que estaba sufriendo lo daría por bueno si, al final, podía regresar a Orlovenia y acabar con Kovenko. Pero no se quería engañar, lo cierto era que sus pies se escurrían por un tobogán al final del cual se balanceaba una soga.

Trató de acomodarse en su rincón y entonces sintió la bolsa sobre su vientre.

Intentando no oír las palabras malsonantes de sus compañeras de celda, las plegarias de alguna otra, el llanto de criaturas encarceladas sin más motivo que el de haber nacido de madres miserables, imaginó qué podría suceder si tratara de comprar los favores de uno de los carceleros. La costosa baratija que llevaba consigo acaso pudiera facilitarle salir de allí. Sólo necesitaba la colaboración de

uno de aquellos individuos a cambio de entregársela.

Desestimó la idea tan pronto como se le ocurrió. Lo más probable era que se quedara sin el alfiler y molida a palos si se resistía. Una situación comprometida obligaba a acciones arriesgadas, pero no insensatas.

Se lamentó una y otra vez mentalmente, al recordar el modo humillante en que había sido arrestada y llevada, maniatada y medio a rastras, hasta la prisión. Sí, seguro que el hombre al que vendió el caballo la había reconocido como la persona que compartía habitación con la Galesa.

Se apagaron los farolillos de la galería, las conversaciones en la celda remitieron y poco a poco se hizo un silencio denso, roto eventualmente por cuchicheos apagados o el llanto ocasional de una criatura.

No supo cuándo se quedó dormida.

Mientras eso ocurría en la cárcel, Darel reía de buena gana, llevando cogida de su brazo a la indomable señorita Kimberly Brenton, tras un divertido enfrentamiento con Christopher en las cocinas de Braystone Castle, en el que su hermano se había llevado la peor parte.

Mortimer se quedó parado al verlos aparecer a ambos cubiertos de harina, pero, como era su costumbre, no hizo

comentario alguno, limitándose a entregarle un sobre.

—Me han dicho que es urgente, milord.

Kim se despidió para ir a cambiarse y Darel se apresuró a abrirlo. La sonrisa se le heló en los labios al leer su contenido. Reconoció la letra de inmediato, era de su abogado.

—¿Malas noticias, milord? —preguntó Mortimer, que vio su gesto adusto.

—Según se mire. Han terminado los arreglos de mi casa en Grosvenor Square y me piden que vaya a dar mi visto bueno —mintió descaradamente, alegrándose en lo más profundo de que hubiesen pillado a la ladronzuela que lo asaltó. Su abogado le pedía que fuera a identificarla—. La minuta, por cierto, es escandalosa. Por favor, díles a las abuelas que regreso a Londres.

—Desde luego, milord.

—Y si Christopher pregunta por mí, puedes decirle que me he muerto. —Subió tres peldaños de la escalera antes de volverse a mirar al ayuda de cámara de su hermano, íntimamente regocijado del barullo que se había organizado en las cocinas—. Yo que tú, prepararía ropa limpia para el señor. Va a necesitarla.

Dejando a Mortimer allí plantado, subió a su cuarto, se aseó, se cambió de ropa y apenas media hora después,

partía hacia la ciudad.

Cornelio Alvares era el reverso de Ladislaus Mortimer. De baja estatura, moreno, ancho de hombros y capaz de birlarle la cartera al más pintado con una habilidad prodigiosa, hacía continua ostentación de una lengua demasiado suelta.

Pero a Darel le caía bien. Por lo que contaba, había nacido en Setúbal, lo bautizaron en la parroquia Nossa Senhora da Anunciada, en la que se decía que se había producido un milagro de curaciones. Dos milagros, según Cornelio, porque uno de ellos había sido conseguir que su padre accediera a que le echaran el agua bendita.

Lo único que había conocido había sido una mísera barraca de pescadores y el maltrato de su progenitor, hasta que su madre y él consiguieron escaparse de aquel desalmado con lo puesto. Luego, fallecida ella durante el viaje, él había arribado a Londres en compañía de unos comerciantes que lo acogieron, abandonándolo después a su suerte. Robar carteras había sido su único modo de subsistir.

Darel tuvo siempre claro que no quería un ayuda de cámara tan pendiente de todos los detalles que lo agobiara

y en Cornelio encontró al muchacho sagaz y despierto que sabía estar cuando se lo necesitaba y que había dado muestras de saber ganarse el sustento y su confianza.

Llevaba a su servicio desde que tuvo que abandonar St. Thomas, por más que el hermano Gregory no viera con buenos ojos que lo tomara a su cuidado.

—Se ha dado prisa en regresar. Veo que le llegó la nota —dijo Cornelio.

—¡Ajá! —Le echó un vistazo por encima del hombro —. ¿No te dije que te compraras ropa nueva? ¿En qué te has gastado el dinero que te di?

—En una timba de dados.

—Cualquier día de éstos te pondré de patitas en la calle.

—*Não diga disparates*. No puedo ir a ciertos lugares vestido como un lechuguino.

—No me gusta que juegues.

—De no haber entrado en la partida, no me hubiera enterado de que alguien acababa de vender un bonito caballo con una silla de montar repujada en plata. Su caballo.

—Así que fuiste tú.

—Su abogado llegó para entregar unos documentos justo cuando me disponía a ir a Braystone Castle. Preferí

que él le enviara una nota, en vez de dejarme *la traseira* cabalgando.

—Hiciste bien. Con esa facha, te hubieran echado de una patada.

Cornelio le observó detenidamente, mientras lo miraba servirse una copa de brandy. Se pasó la lengua por los labios y suspiró ruidosamente.

—No vas a probar ni un sorbo, así que olvídalo.

—*Você é um tirano.*

—Lo soy. El día que vuelva a verte beber, ya puedes ir saliendo por la puerta para no regresar.

—Es usted un tirano —repitió en inglés.

—Eso ya lo has dicho.

Acabó encogiéndose de hombros. Sabía que la amenaza de Gresham no era vana, aunque sí innecesaria. Una vez estuvo a punto de morir bajo las ruedas de un carruaje, en avanzado estado de embriaguez, tan sólo unos días después de salir de la institución que lo había acogido, y juró no volver a dejarse llevar por el líquido infernal.

Tomó asiento frente a su protector, apoyó los antebrazos en las rodillas y dijo:

—No parece tener prisa por acudir a Newgate.

Darel hizo un gesto vago y continuó saboreando el contenido de su copa. Cornelio se equivocaba, porque, en

realidad, rabiaba por enfrentarse de nuevo a aquellos ojos gatunos que se le venían a la mente en numerosas ocasiones. Por fin había recordado dónde había visto antes aquella mirada y aquel rostro. ¡La muchacha no era sino el puñetero polizón que se había colado en su barco! Amante y conocedor del sexo femenino como creía ser, lo irritaba sobremanera haberse dejado engañar por unas simples ropas de muchacho y un maldito gorro. ¡Cómo se había burlado de él!

Ahora no podía hacer más que recordar su perfil patricio, sus labios, lo frágil que le había parecido su cuerpo, incluso para un chicuelo, cuando consiguió derribarla durante la pelea mantenida durante el asalto.

—La dama necesita un escarmiento —dijo—. Unas cuantas horas más encerrada le enseñarán que nadie juega con Darel Gresham.

Sin embargo, para desconcierto de Cornelio y de él mismo, nada más pronunciar la sentencia, dejó la copa, se levantó, bajó al vestíbulo y apuró a uno de los criados para que le preparasen el carruaje.

No era la primera vez que Darel Gresham se veía obligado a acudir a Newgate, prisión que ordenó construir Enrique II, allá por el año 1188, destruida en un incendio quinientos años después y vuelta a erigir, ampliando su capacidad hasta las cifras que se registraban en esos días.

Conocía bien lo que se cocía en su interior. Allí era donde, cincuenta años atrás, se había trasladado la horca que antes estaba en Tyburn. Allí era donde infinidad de condenados se hacinaban en celdas estrechas, separadas por el muro infranqueable de Newgate Street, muchas veces esperando un juicio que nunca llegaba. La prisión era la vergüenza nacional contra la que muchos luchaban, intentando mejorar las condiciones de vida de los reclusos.

Apuró al cochero para que espoleara a los equinos, aguijoneado por un escalofrío de aprensión que le recorría la espina dorsal. Camino de la cárcel, traqueteando por las calles de Londres y con el cuerpo zarandeado al ritmo inestable del carruaje, lamentaba haberle enviado una nota a Cornelio para que tratara de localizar a *Tristán*. Ningún

animal, por noble o bueno que fuese, merecía que un hombre se pudriera en prisión. Mucho menos si se trataba de una muchacha que no debía de tener más de quince años.

Lo lamentaba, sí. Porque aunque el diputado Thomas Fowell apoyaba sin reservas el trabajo de la señora Fry entre sus colegas de la Cámara de los Comunes, para promover una mejora en la penosa calidad de la vida de las encarceladas, él sabía que las condiciones no habían cambiado sustancialmente. Imaginar a la joven ladrona entre los muros de Newgate le estaba revolviendo el estómago.

Golpeó el lateral del coche en un arranque de impaciencia, dándose cuenta de se estaba preocupando demasiado por alguien que lo había despojado de sus pertenencias y que, a fin de cuentas, sólo había sido su grumete por un corto período de tiempo. Una muchacha que no había supuesto más que un condenado incordio desde que apareció como polizón en su barco.

Un carro cargado de verduras se atravesó en su camino a pocas manzanas de su destino. El cochero refrenó a los caballos, que se encabritaron por la presión del tirón del bocado, haciendo que el coche se ladease peligrosamente antes de estabilizarse. No así el carro del mercader, que volcó, organizando un pandemonio al interrumpir el tráfico

rodado.

Darel se asomó a la ventanilla para ver qué había pasado. El verdulero, mesándose los cabellos, miraba a un lado y otro, despotricando a voz en grito.

La calle se había convertido en un caos. Algunos viandantes aprovechaban la ocasión para afanar unas cuantas piezas con las que llenar los pucheros, los chiquillos saltaban sobre los repollos o se los tiraban, jugando a acertarse. Los transeúntes, ocasionales testigos del accidente, poco podían hacer para frenar el abuso, hasta que se hicieron audibles los silbatos de la policía, que acudía a imponer calma en el alboroto y puso en fuga a los aprovechados de turno.

A escasos milímetros del rostro de Darel, una berza se estrelló en el lateral del carruaje, obligándolo a retirarse. Lo eludió de milagro. Pero como si eso hubiera sido el toque de clarín que anunciase una nueva sesión de tiro al blanco, una nube de coles se sumó a la primera, apremiándolo a recluirse en la cabina del coche, no antes de que uno de los malintencionados proyectiles alcanzase su objetivo: la cabeza del barón de Winter.

Quitándose la porquería de encima, Darel se despachó a gusto, soltando improperios al abrigo de la cortina de la ventanilla, que cerró de inmediato. ¿Quién diablos le

mandaba fisgonear, conociendo como conocía el amor por la bulla de los londinenses? ¡Por todos los infiernos! Las prisas no eran buenas para nada, acababa de comprobarlo. Y todo por culpa de aquella condenada majadera que...

Recordar que la picaruela seguía presa en Newgate lo activó. Dejó de renegar, echó mano de su bolsa, abrió la ventanilla, llamó a voces al dueño del carro volcado y le entregó monedas suficientes como paliar los destrozos. Al fin y al cabo, todo el jaleo había sido por su culpa y el hombre merecía compensación.

—¡Arranque de una vez, señor Lynton! —apremió al cochero.

Segundos después, rodaban de nuevo en dirección a la prisión, dejando atrás un desbarajuste como no se había visto hacía tiempo en las calles de la ciudad.

—Incordio, otra cosa más que habrás de pagarme —dijo para sí, sacudiéndose la levita manchada y el amasijo de desperdicios de verdura del interior del coche—. Voy a sacarte esas libras del pellejo.

Newgate era todo aquello que nadie querría para los suyos. Una construcción oscura, de aspecto tenebroso, austera y sucia, que impulsaba a compadecer a los

desgraciados que albergaba entre sus muros.

Una simple salutación al guardia de la entrada, si se acompañaba del escudo nobiliario en la puerta de su carruaje, era suficiente para que se le franqueasen a uno las puertas. Darel bajó de coche y recorrió varias galerías hasta el destartalado despacho en el que un funcionario de aspecto lúgubre lo atendió. Le mostró una copia de la carta enviada por su abogado, Miles Sanders, y el hombre rebuscó durante un buen rato entre los papeles que se amontonaban sobre la mesa. Con una parsimonia que sacaría de quicio al mismísimo Job.

—En efecto, milord, está aquí.

Darel no se anduvo por las ramas, sacó la bolsa de su chaqueta, depositándola sobre la madera. Los ojos saltones del burócrata la enfocaron, la tomó, sopesando el contenido, y se la guardó.

—No es el procedimiento habitual —pretendió justificarse.

—Mi abogado le hará llegar otra igual cuando haya salido de aquí con la muchacha.

Como si hubiera oído la contraseña esperada, el tipo llamó a un carcelero. Se presentó un sujeto malcarado, grueso, con uniforme negro y sombrero de ala ancha, a cuyo paso tintineaba un manojito de llaves colgado de la

cinturilla de su pantalón. Asintió torvamente a las indicaciones que se le daban y segundos después lo precedía, sin una palabra y candil en mano, por las intrincadas galerías.

Celdas oscuras, ventanucos de barrotes, rejas de hierro. En pos del carcelero, Darel recorrió casi a oscuras un pasadizo de piedra flanqueado por portones y rejas, un verdadero laberinto con revueltas, que evaporaban cualquier ilusión de fuga. Atravesaron un patio en el que un grupo de condenados paseaba con aire abatido, vigilados por los guardianes. Giraron a la derecha y se encontraron frente a una puerta de barrotes de madera. A un movimiento de cabeza de su silencioso guía, otro celador les franqueó el paso, volviendo a cerrar a sus espaldas.

Para cuando su guía obligatorio se paró ante otra puerta maciza, a través de cuyos barrotes pudo atisbar el interior de una celda, el mal humor de Darel aumentó. Esperó, conteniendo la respiración ante la fetidez que salía del cubículo, a que el otro rebuscara entre sus llaves la que abría la mazmorra y se internara en ella un par de pasos.

Bajo la amarillenta luz del candil se adivinaban varios cuerpos de mujer, algunas cubiertas con jirones de tela, y pudo apreciar rostros cadavéricos y desesperados que hacía mucho que no veían la luz del sol.

Achicó los ojos para ver si distinguía a la muchacha que lo había llevado a adentrarse en la prisión. Creyó reconocerla en la figura encogida en un rincón, bajo un ventanuco prácticamente cegado por la suciedad.

—¿Quién responde al nombre de Eli? —ladró el carcelero, haciendo oscilar el candil.

Los ojos de Tatiana habían terminado por acostumbrarse a la penumbra del apestoso reducto en el que había sido confinada. Su atención se fijó en el individuo de elevada estatura que, unos pasos detrás del celador, parecía centrar su mirada solamente en ella. Se le encogió el corazón y dejó de respirar. Con el pulso desbocado, se puso trabajosamente en pie con los músculos entumecidos, sin dejar de observar aquel semblante duro, de expresión resuelta.

Había implorado al Cielo que alguien la sacase de semejante infierno, pero en esos momentos, con su víctima allí mismo, temió que su suerte estuviera echada: si aquel hombre la identificaba, su destino sería la horca.

Ni siquiera se resistió a los malos modos del carcelero, que se acercó a ella para tomarla con rudeza del brazo y llevarla frente al recién llegado.

El gesto de Gresham era tan hermético que amedrentaba. Solamente sus ojos oscuros dieron muestras

de haberla reconocido. Pero no decía una palabra.

No era que Darel no quisiera hacerlo, sino que se le había atascado el aire en la garganta ante la ruina que el carcelero ponía ante él, una chiquilla sucia, cubierta de escasa ropa raída, poco más que harapos, cuya cabellera de reflejos rojizos, que él recordaba bien, se había convertido en un amasijo apelmazado, moteado de inmundicia.

Maldijo para sus adentros, prometiéndose impulsar más, si cabía, su compromiso de conseguir un trato más humano para los prisioneros. Iba a remover cielo y tierra para que los pares del reino no hicieran oídos sordos a las denuncias de Elisabeth Fry, a las que se adhería sin reservas, para mejorar los derechos de los reclusos.

Tatiana interpretó su gesto feroz erróneamente y retrocedió un paso, presa del pánico, pero el centinela volvió a tirar de ella con rudeza, levantando su mano libre con intención de golpearla.

—¡Quieto!

La enérgica orden paralizó al vigilante, que se hizo a un lado soltando a la muchacha. Como una pieza de caza acorralada, ella buscó con la mirada la madriguera donde ponerse a salvo.

—Ni respires. Haz un solo movimiento y te pudrirás aquí, Eli.

Dispares sensaciones recorrieron su cuerpo. Alarma por una certeza que la abocaría a morir en aquella celda, esperanza porque él recordaba su nombre, aunque eso significase que sabía que el polizón y su atracador eran la misma persona.

Darel se culpaba porque la chica hubiera terminado allí. Sus dilatadas pupilas clavadas en él delataban el terror soportado en aquellas cloacas. No podía permitir que siguiera encerrada, por mucho que mereciera una buena lección. ¡Por Dios, si era poco más que una niña! No quería ni pensar lo que algún carcelero podía hacer con ella con total impunidad. Le colocó una mano en el hombro y la empujó fuera.

—Andando.

—Yo...

—Mantente en silencio si quieres salir de aquí y evitar que te retuerza el pescuezo. Vas a tener que explicarme muchas cosas.

Reparando en el interés del caballero por la mugrienta interna, el vigilante quiso sacar partido, extendiendo la mano al tiempo que decía:

—La he cuidado con esmero, milord.

Darel lo taladró con la mirada, se acercó a él, lo agarró del cuello y lo apretó contra los barrotes.

—La advertencia a la chica puede servir también para ti, bazofia, así que camina y sácanos de este infierno. Te aseguro que no estoy para bromas.

Amilanado, el fulano asintió repetidas veces con la cabeza, retomando el camino de vuelta tan pronto como el aire volvió a inundar sus pulmones.

Tatiana parpadeó, cubriéndose los ojos con el antebrazo, deslumbrada por la luz del día. No le dio tiempo a saber nada más, sólo que el capitán de la goleta tiraba de ella. Lo siguió, tropezando, mitad andando mitad a saltos, preguntándose si no hubiera sido mejor para ella quedarse confinada entre los muros de Newgate, antes que depender de un sujeto malhumorado que la trataba como a un saco de patatas.

—¡A casa! —oyó un instante antes de ser empujada hacia el interior de un carruaje.

Apenas pudo apoyar los codos en un asiento para evitar la caída. Dos manos la aferraron de los hombros y la enderezaron rudamente, dejándola sentada frente a él. Darel sólo corrió la cortina lo suficiente como para impedir que los vieran desde fuera. El cochero hizo restallar el latiguillo en el aire y se pusieron en marcha.

Intentando asimilar cuanto estaba sucediendo, Tatiana se quedó muy quieta en su asiento, pendiente de las reacciones de quien, con actitud condescendiente, la observaba prepotente, con los brazos cruzados sobre el pecho. ¿Quién se había creído que era para tratarla de una forma tan desconsiderada? De haberse encontrado en Orlovenia, el muy insolente no habría salido bien parado. Claro que, para su desgracia, no estaba en Orlovenia, sino en un condenado país de bárbaros y, lo que era peor, sin posibilidades de darse a conocer. ¿Quién iba a creerla?

Hubiera querido escapar de su escrutinio altanero mirando a la calle por la rendija de la cortinilla, pero no lo conseguía, sabiéndose objeto de su atención, mientras se esforzaba por olvidar el trocito de verdura que había descubierto entre el oscuro cabello de él.

—¿Dónde te deshiciste de mi alfiler de corbata? Supongo que al menos sacarías una buena tajada por él.

La voz, curiosamente sosegada, la obligó a fijar sus ojos en el hombre, consciente de que la vergüenza ponía un

tinte rosado a sus mejillas. Era verdad que la trataba con prepotencia, pero le debía la deferencia de contestarle. Esquivó de nuevo aquellos ojos oscuros y fríos, dejando que los suyos vagasen por la punta desgastada de sus botas.

—No.

—Habla alto y mírame a la cara cuando lo hagas, ladronzuela.

—Que no. Que no lo vendí.

—¿De veras? Me cuesta creerte. Entonces, ¿lo tienes en tu guarida?

Tatiana sólo acertó a negar con la cabeza, mientras las lágrimas acudían a sus ojos en tropel. Nunca se había encontrado en una situación tan embarazosa y sonrojante, se le atascaban las palabras buscando una respuesta coherente que no llegaba.

—¿He de sacarte las respuestas a golpes?

Él no quería darle tregua, tenía a la muchacha a su completa merced, adivinaba su agobio, que su entereza se desmoronaba. Era el momento oportuno para presionarla si quería sacar algo en claro. Hubiera ido de cabeza al purgatorio con tal de recuperar el regalo de su padre. Si ella lo conservaba, quería saber dónde.

—Lo llevo conmigo. Lamento haberlo asaltado, señor.

Gresham dejó escapar el aire lentamente. La confesión

iba a ahorrarle un incesante peregrinar por las tiendas de compradores de lo ajeno, lo que era de agradecer. Pero no se dejó engañar por el aparente y repentino arrepentimiento. Si bajaba la guardia, tendría un escorpión bajo su trasero, conocía bien a tunantes maleados desde niños como aquella golfilla. Darle crédito sin más no era el camino.

Se inclinó hacia la chica, que se pegó contra el respaldo del asiento.

—De modo que lo llevas encima. ¿Y cómo es que no te lo han requisado? —Tatiana tragó saliva, sin saber qué contestar—. Ya veo. De manera que está bien oculto, ¿eh?

Creyó que se reía de ella, lo que la empujó a una actitud más defensiva, asaltándola la idea de que él podía pensar en registrarla. No se atrevería. ¿O sí? Se le agolpó la sangre en el cerebro y comenzó a abrísele paso la idea de saltar del vehículo en marcha para evitar el oprobio. Últimamente se veía obligada a jugarse la integridad a cada paso, pero prefería romperse la crisma antes que permitir ser ultrajada de ese modo. Se abalanzó hacia la manivela de la puerta sin dudar.

—Ni lo intentes, amiguita, o además de recuperar lo que es mío, te daré una zurra que no podrás sentarte en un mes.

Tatiana se replegó sobre sí misma. ¿Pegarle? ¿Había dicho «zurra»? ¡Por todos los santos! El muy mamarracho se atrevía a amenazarla. Comprendía que él desconocía con quién estaba hablando, pero eso no disminuía su irritación. Por el contrario, la alimentó al ver en él a un rufián que se creía con derecho a tomarse las libertades que quisiera, basándose en su lamentable aspecto o en su condición femenina. Lo habría mandado al infierno, pero se dominó.

Enfrentarse a él, ni pensarlo: su complexión y la fuerza que se adivinaba en sus grandes manos y sus músculos la triturarían. Que hubiese escapado una vez, no era motivo para pensar que podría hacerlo de nuevo. Tomó la decisión que creyó más acertada y se metió la mano entre la chaqueta y el pantalón, dispuesta a entregarle la joya cuanto antes.

Un segundo después era un ovillo desmadejado a su antojo. Él se había movido como un felino, atrapándola de la cintura y sentándola sobre sus rodillas. Uno de sus brazos le rodeaba el torso, mientras con una pierna le sujetaba las suyas, impidiéndole cualquier movimiento. Se encontró con sus ojos tan cerca que ahogó cualquier protesta; no tuvo tiempo ni de gritar de miedo.

—Pequeña bruja. ¿Qué guardas ahí? ¿Un puñal?

Sin esperar respuesta, la mano de Darel se perdió entre

sus ropas, cacheándola. Ella dio un brinco, se revolvió como una posesa e intentó alcanzar aquel rostro atractivo y moreno para marcarlo con las uñas. Resultó del todo inútil. Darel le demostró que sabía muy bien cómo retenerla, haciendo presión en su garganta y afianzando la presa de su pierna.

Sin posibilidad alguna de resistirse a una exploración concienzuda y repulsiva que le arrancó un grito rabioso y una palabrota que Darel no entendió, no cesó sin embargo de intentar liberarse.

Para Gresham, registrar a aquella diablilla era un modo de hacerle entender quién mandaba y, a pesar de su resistencia, encontró la bolsa, tiró de ella rompiendo el cordón que se la sujetaba a las caderas y se la quedó.

Tatiana volvió a emplear un vocabulario que nunca solía utilizar, cuando el forcejeo hizo que acabara cayendo al suelo del carruaje. Mientras él abría la bolsa, ávido de ver su contenido, ella se incorporó, haciendo esfuerzos por no echarse a llorar y acurrucándose en el rincón más alejado.

Darel se había dado cuenta de que el cuerpo que había palpado desconsideradamente no era el de una niña. Ni mucho menos. La ladrona que ahora lo miraba con verdadero odio, era pequeña y delgada y le había hecho suponer erróneamente que no era más que una chiquilla.

Pero las formas que había descubierto no eran de cría.

—Te has librado de una buena, mocosa —dijo, removiéndose en el asiento y volviendo a meter el alfiler en la bolsa para guardársela en la levita—. No me explico cómo es que los celadores no lo descubrieron. Realmente no sabes de la que te has librado; no son nada considerados con un mal bicho como tú.

—¿Y usted sí lo es? —se defendió ella.

—¿Qué ha sido del dinero que me birlaste? —replicó él a su vez, haciendo caso omiso de la crítica.

Tatiana luchaba por reprimirse, no fuera a ser que llevara a cabo su amenaza de golpearla. Descorrió la cortina y, para demostrarle que podía morir esperando la respuesta, curioseó lo que sucedía en la calle por la que traqueteaban.

—¡Contesta!

—¡Lo empleé en medicinas para una amiga! —le gritó a su vez, harta ya de sentirse ninguneada y felicitándose por haberle arrancado un gesto de asombro—. Supongo que unas miserables monedas no harán que un caballero de su posición —señaló el lujo interior del carruaje con un floreo de la mano— llore como un chicuelo al que le han quitado un caramelo. Cuando me arrestaron, dijeron que le devolverían el caballo. Y ya tiene su *puñetero* alfiler de

corbata. ¿No es suficiente?

El exabrupto le salió así, a bote pronto, haciendo que enrojeciera como un tomate apenas lo dijo. Se reprendió mentalmente por haber utilizado semejante vocabulario, pero su convivencia con Anna *la Galesa* estaba empezando a tornar sus maneras impecables en otras burdas.

Darel, gratamente sorprendido por el arranque, que demostraba una fuerte personalidad, acabó por reírse de su salida de tono. Así que por fin se daba a conocer. Había desaparecido la ladronzuela modosa y salía a la luz la arpía que era. Prefería a la segunda, sin duda.

—Acabásemos. En medicinas. Ron, si no me equivoco.

Tatiana ni se molestó en sacarlo de su error. ¿Para qué? Él se había hecho una idea de ella y difícilmente iba a cambiarla. Desde luego, tenía sus razones para pensar así. Porque su aspecto, sucia y oliendo a prisión, la ponían claramente al otro lado de la ley. Y además no podía negar que sus actos, asaltándolo en medio del camino, no tenían justificación.

Por otra parte, para su desgracia, era impensable confesarle quién era realmente, sin contar con algo que refrendara sus palabras. Lo mejor era callarse y eso fue lo que hizo. Hasta que le oyó preguntar:

—¿Para quién era el ron? ¿Para tu chulo?

—¿Para mi qué?!

—Chulo, proxeneta, alcahuete —puntualizó Darel—. Ya sabes, el tipejo que te busca clientes y al que regalas tus favores en la cama.

Eso Tatiana no lo esperaba. No encontraba epítetos lo bastante hirientes para lanzarle. ¡Virgen santísima! Pero ¿en manos de qué sujeto había ido a caer? ¿Cómo era posible que la humillara de ese modo? Apretó los puños y afianzó los pies en el suelo para evitar saltarle encima.

—Y usted se creerá, seguramente, honorable —escupió las palabras—. Me ha endilgado ya una profesión sin conocerme, ¿verdad? Por tanto, es de justicia, que yo me aventure con la suya: deleznable, asqueroso, ofensivo, lenguaraz, ordinario... ¿Voy bien encaminada?

—Te desvías ligeramente, Incordio.

—Ni soy prostituta ni tengo ese chulo que dice, por si le interesa. Le asalté porque no me quedaba otro remedio, mi amiga se estaba muriendo. Pero después de conocer su *encantadora sensibilidad* le aseguro que no me hubiera importado quitarle hasta los pantalones.

Gresham se mordió un carrillo para contener la risa. ¡Si sería porfiada la moza...! Le gustaba. Le gustaba y mucho aquel aire ofendido del que hacía gala, aquel modo de enfrentársele. Y sus ojos. Sobre todo, lo embelesaban

aquellos ojos grandes, ligeramente rasgados, dorados como el sol, llenos de viveza, profundos e hipnóticos.

Carraspeó al darse cuenta de que sus pensamientos volvían a deslizarse por una vía cenagosa y retomó su idea inicial de que era una simple manilarga. Sabía que muchas prostitutas se iniciaban jóvenes en la profesión. Nadie iba a hacerle creer que aquella golfilla estuviese inmaculada aún, por mucho que ella se lo jurase ante la Biblia.

Pero tampoco era cuestión de enzarzarse en una discusión que no llevaba a ninguna parte, ya tendría tiempo de meter en vereda a la muchacha. Sí, se lo había propuesto al sacarla de Newgate: haría de ella una persona decente aunque hubiera de enseñarle buenos modales a base de golpes.

Clarisse Temple arrugó su puntiaguda nariz al observar que, en el recién encerado suelo, se dibujaban las huellas de unas botas.

El barón de Winter, a quien servía desde hacía tiempo como ama de llaves y cocinera, sujetaba por el cuello de la capa a una pilla desharrapada y sucia como un marrano. La mujer no disimuló su gesto de disgusto echando un rápido vistazo a las baldosas. Se alisó el almidonado delantal y

alzó el mentón con aire ofendido. No era la primera vez, ni sería la última, para su disgusto, que el amo llevaba a un pordiosero a la casa para darle un plato de comida caliente y algo de ropa, así que asumió la presencia de la muchacha como una tarea más.

—¿Preparo un baño *pour la jeune fille*?

—Por favor, señora Temple —asintió Darel.

—Y otro para usted, imagino —dijo una voz procedente de las cocinas.

Darel asintió ante la irrupción de Cornelio, que se acercaba a ellos pelando una naranja.

—¿Dónde demonios se ha metido usted, patrón? Está hecho un asco. —Torcía la nariz del mismo modo irrespetuoso que el ama de llaves—. Huele a pocilga.

—Y tú vas a oler a cadáver si no te quitas de mi vista a la de ¡ya!

—Vaya. Así que llega a casa de malas pulgas —repuso Cornelio, llevándose un gajo a la boca. Dudó dónde dejar la piel y terminó por meterla en un florero próximo—. ¿Es ésta la chica?

—¡Cornelio Alvares! —El bufido lo hizo dar un respingo—. Saca esa *cochonnerie* de ahí ahora mismo si no quieres que te caliente las orejas. *Mon Dieu!* No he visto nada igual.

—*Aceito, aceite*, deje de gritar. —Retiró los desperdicios, trastocando de paso el adorno floral y ganándose un fuerte pescozón de la mujer.

Tatiana miraba a ambos pasmada. ¿Qué clase de sirvientes eran aquéllos? Acostumbrada a criados que apenas levantaban la vista del suelo, que hablaban lo justo, que eran como sombras yendo y viniendo por los pasillos del palacio de Vernon, atentos solamente a sus obligaciones, encontrarse con domésticos como los que tenía delante le parecía irreal. ¿Acaso los señores ingleses no imponían respeto a sus subalternos?

La mujeruca, seca como una pasa, daba muestras de tener un genio vivo y no tenía reparos en elevar la voz delante de su empleador. El joven era aún peor: un malandrín de pies a cabeza, con el cabello revuelto y la lengua larga.

Darel, entretanto, haciendo caso omiso de ese conato de trifulca que se repetía con alguna frecuencia, no perdía detalle de las distintas emociones que cruzaban el rostro de la chica, diría que francamente desconcertada ante aquel despliegue de informalidad, lo cual era bastante lógico, teniendo en cuenta cuál era la imagen de la nobleza entre la plebe.

—Está bien —cortó la discusión, empujando a la

muchacha hacia su ama de llaves—. Haga que se nos muestre algo más presentable y dele algo de comer. Cuando termine con ella, que preparen otro baño para mí. Cornelio, deberías estar leyendo el libro que te dejé.

—Lo terminé ya, patrón.

—Pues vuelve a empezarlo.

—Es la ladrona, ¿no? —insistió.

Sin contestar, Darel se dirigió escaleras arriba, hacia sus habitaciones, dejando a su espalda a la señora Temple renegando en francés y a su ayuda de cámara en portugués.

Tatiana se sentía fuera de lugar.

Sin embargo, dadas las circunstancias lo más sensato era dejarse llevar. Así lo hizo, siguiendo al ama de llaves, que la condujo hasta una dependencia anexa a las cocinas. Se le dilataron los ojos al entrar en una habitación amplia, de forma rectangular, de suelos y paredes recubiertos de mármol con irisaciones azul grisáceas, el mismo que decoraba los muros de su cuarto de baño en Vernon, extraído de las canteras de los Alpes Apuanos y conocido como *marmo lunense*.

La inundó un júbilo momentáneo al recordar su vida en palacio. Una bañera de buen tamaño ocupaba el centro del habitáculo, a uno de cuyos lados se alineaban un par de bancos de madera con un juego de toallas pulcramente dobladas, que parecían aguardar al visitante. Al menos una docena de ventanucos, en la parte superior de los muros, permitían filtrarse los rayos de sol, creando un espejismo de sosiego paradisíaco.

—Vamos, *jeune fille* —oyó que la apremiaba la mujer

— Tanta suciedad no puede ser buena para la salud. Deja tus ropas en un rincón, ya se encargarán de quemarlas.

Tatiana se volvió hacia ella, extrañada por el tono suave y amable con que le hablaba, tan distinto del que había utilizado cuando apareció en el vestíbulo. Sin replicar, hizo lo que le ordenaba, echando miradas de soslayo aquí y allá, mientras la señora Temple trajinaba con los cubos de agua caliente y fría, ya dispuestos a un lado.

Se deshizo de la capa, la chaqueta y los pantalones sin perder de vista a la mujer, deseosa de meterse en la bañera.

—Puedes llamarme señora Temple —le dijo Clarisse, sacando de un coqueto armario una pastilla de jabón—. Aquí todo se hace bajo mi supervisión. Soy el ama de llaves y la cocinera de milord. ¿Vas a meterte en el agua con la camisola?

Ella se apresuró a desprenderse de la única prenda que la cubría, un tanto abochornada, aceptando con premura el oloroso jabón. No se avergonzaba por mostrarse desnuda, pues sus doncellas le habían ayudado desde niña en el baño y muchas veces, mientras se aseaba, departía con Fedora acerca de las incidencias del día o comentaban los cotilleos de la corte. La sofocaba la inmundicia de su cuerpo tras horas de reclusión en el calabozo.

Fedora. Un latido nostálgico veló su semblante. ¿Cuál

habría sido su suerte? ¿Y la de Kirov? Un tropel de lágrimas inundó sus ojos, reacción que Clarisse interpretó como desaliento. Se acercó para coger la camisola, que depositó sobre el resto de la ropa, regalándole una sonrisa amistosa.

—¿Cómo te llamas, criatura?

—Tatiana.

De inmediato se dio cuenta del error cometido, recordando que al dueño de la casa le había dicho que se llamaba Eli. Suspiró con resignación, ya no podía rectificar.

—El barón de Winter es un buen hombre, no te dejes intimidar por sus modos bruscos y su mal genio. Andando, métete en el agua.

Cuando se quedó a solas, Tatiana Elisabeta no lo pensó dos veces. Necesitaba un baño y no iba a desaprovechar la oportunidad. El agua estaba maravillosamente caliente, era un regalo llovido del Cielo poder disfrutar de aquel remanso de paz durante unos minutos. ¿Cuánto tiempo hacía que no se aseaba en condiciones? ¡Cómo lo había echado de menos! Se deleitó enjabonándose entera. Luego se llevó la pastilla de jabón a la nariz y aspiró profundamente la fragancia a violetas que desprendía. ¡Dios bendito! Podría pasarse allí toda la vida.

Sin embargo, la realidad de su situación se hizo presente, agolpándosele preguntas sin respuesta, que anulaban cualquier bienestar.

¿Dónde estaba? ¿Quién era realmente el dueño de aquella casa? El ama de llaves se había dirigido a él como lord Winter. ¿Cómo era posible entonces que ella lo hubiera conocido a bordo de una nave corsaria?

La señora Temple regresó, arrancándola de sus cavilaciones, y ella se afanó en enjabonarse el cabello, lavándose lo mejor que pudo. Se resistía a salir del agua, pero era evidente que la mujer la aguardaba, sentada en uno de los bancos, con un par de toallas en las manos.

Renuente, dio por finalizado el baño, agradeciendo con una inclinación de cabeza las atenciones que el ama de llaves le prodigaba, dejándose envolver en una toalla y aceptando la otra para el cabello. Una vez seca, se puso la bata que le entregó. Le iba algo grande, pero olía bien y su tacto era suave. Se anudó el cinto y cogió el cepillo que la mujer le daba para desenredarse el cabello. Luego, siguió a la señora Temple fuera del cuarto.

En la cocina, una sala de generosas proporciones y limpia como los chorros del oro, donde el olor a pan recién horneado le hizo la boca agua, había una muchacha joven, quizá más o menos de su misma edad, pulcramente

vestida con ropas oscuras sobre las que destacaba un mandil níveo. A su entrada, las recibió remetiéndose un par de mechones de color trigueño que escapaban de su cofia y obsequiándola con una sonrisa. A Tatiana le gustó al primer golpe de vista.

—Ella es Jenny, mi ayudante en los quehaceres de la casa —dijo el ama de llaves—. Buena chica, aunque nunca consigue llevar la cofia en condiciones —comentó distendida, sin intención de reprender, pero provocando que la chica se recolocara la prenda con premura—. Jenny, la señorita Tatiana es la invitada de lord Winter.

—No... Yo...

Acallándola con un movimiento de la mano, la señora Temple hizo que se sentara a la mesa e instó a Jenny a que fuera a preparar el baño solicitado por el señor de la casa. Mientras, ella misma le sirvió a Tatiana dos rebanadas de pan recién hecho, varias lonchas de beicon, un cucharón de alubias y un par de huevos cocidos. Tras verter leche humeante en un tazón, que dejó también a su alcance, y proporcionarle cubiertos, el ama de llaves se acomodó al otro lado de la mesa, dispuesta a no moverse de allí hasta que no se lo terminara todo.

Tatiana, tan necesitada de comida como de calor humano, estaba a punto de echarse a llorar ante tanto

manjar.

—Come. Estás flaca como un hueso de pollo, niña.

El hambre la fustigaba, pero reprimió su voracidad empezando a comer con moderación pequeños trozos de beicon crujiente. Su sabor era pura gloria. Sin poder reprimirse, dejó escapar un sollozo.

Y así estaba, dejándose arrastrar por la autocompasión, hecha un mar de lágrimas que la pobre señora Temple no sabía cómo contener, cuando Gresham abrió la puerta.

Se quedó parado en el umbral. Su ama de llaves, siempre tan estirada, tan rígida y tan ecuánime, palmeaba con afecto y semblante compungido la mano de una muchacha que lloraba a mares sobre la mesa de su cocina, vestida con una bata.

Darel se irguió y clavó la mirada en aquella melena ensortijada que ya había visto antes.

—¿Qué diablos está pasando aquí, señora Temple?

No quiso que su tono sonara áspero, pero lo hizo, provocando que ambas se bloquearan y se lo quedaran mirando. El ama de llaves reaccionó al momento, cubriendo con su cuerpo el de la muchacha, que, relajada entre mujeres, exhibía demasiada piel a través de las aberturas de la bata.

—Jenny está preparando su baño, milord.

Tatiana se había quedado muda. Porque ante ella volvía a tener al sujeto con aspecto de bucanero que había conocido en el barco. Lord Winter vestía ahora tan sólo unos ajustados pantalones y una camisa abierta en el cuello, remangada hasta por encima de los codos. Así, con aquel aire entre el desenfado y el abandono, resultaba mucho más atractivo. Tanto como lo recordaba de la cubierta de la goleta. Volvieron a asaltarla las dudas sobre su auténtica personalidad. ¿Era un lord o un pirata? Lo uno no casaba con lo otro.

El cuello de la bata, abriéndose apenas sobre una frágil garganta, acaparó la total y absoluta atención de Gresham. No podía apartar la mirada de esa porción de piel cremosa. Desvió sus ojos hacia el rostro de la muchacha y fue peor. Encontrarse con aquellos iris asombrosos aceleró los latidos de su corazón. ¡Cristo! La desharrapada ladronzuela era una preciosidad.

—Déjenos a solas, señora Temple —le pidió a su sirvienta.

—*Il n'est pas correct...*

—Déjenos a solas.

A su pesar, Clarisse Temple abandonó la cocina, preguntándose el motivo por el que su señor había llevado a la joven a la casa. Hablaría con Cornelio. ¿No le había

preguntado a lord Winter si ella era la chica? Algo debía de saber al respecto.

En cuanto el ama de llaves se fue, Tatiana se incorporó con celeridad, poniéndose a buen recaudo al otro lado de la mesa. Darel ocupó su asiento, empujando el plato hacia ella.

—Come. Luego hablaremos.

Ella negó en silencio.

—Siéntate. No estoy acostumbrado a que me desobedezcan.

—¿Qué quiere de mí?

—Primero que te alimentes. Después, que contestes a varias preguntas.

—No tengo por qué... darle... ninguna explicación — repuso nerviosa.

—Una, no. Muchas. —Volvió a empujar el plato.

A Tatiana los ojos le bailaban ante la comida. Se pasó la punta de la lengua por los labios, pero, empecinada como era y recelosa de las verdaderas intenciones de lord Winter, prefirió guardar las distancias.

—No hagas que me levante —la avisó Darel con cara de

pocos amigos, fijando los ojos en sus labios y preguntándose a qué sabrían.

Lo mortificaba que ella hubiera empezado a ocupar buena parte de sus pensamientos. Era muy bonita, de acuerdo, pero él había conocido a un puñado de mujeres hermosas, mucho más incluso que la fullera que lo observaba con resquemor. No era un libertino, aunque le precediera esa fama, pero tampoco un monje, por tanto sabía lo que era disfrutar de los favores de una mujer.

Pero ¡por todos los infiernos! Si ella debería estar besándole los pies por haberla rescatado de Newgate. Sin embargo, lo miraba como si le estuviese perdonando la vida. Demasiado altanera para ser una golfilla que no tenía donde caerse muerta. Claro que eso iba a cambiar, como que se llamaba Darel Gresham.

—Te doy tres segundos para que hagas lo que te he dicho.

—Puede esperar sentado.

—Incordio...

—¡Deje de llamarme así! No es mi nombre.

—Me importa poco cómo te llames, muchacha.

Se incorporó con tal rapidez que antes de que ella pudiera reaccionar, había sorteado ya la barrera de la mesa. Tatiana trató de evadirse lanzándose hacia la puerta. No

llegó a ella. Un brazo de él la atrapó por la cintura, cortándole la respiración. La hizo dar media vuelta y acabó estrellándose contra su pecho. Interpuso las palmas, al tiempo que levantaba la rodilla con malísimas intenciones.

Darel consiguió eludir el golpe a duras penas, serpenteando como una anguila, pero no se llamó a engaño, la fierecilla era capaz de agredirlo en su hombría, ya lo había constatado cuando lo atacó en el camino. La dominó como pudo, comprobando para su satisfacción lo bonita que estaba enardecida.

—Calma, mi pendenciera orgullosa. —Darel no reprimió la risa al verla empeñada en atizarle un buen golpe—. Acabarás por enfadarme y, si eso pasa, voy a medir mi mano en tu trasero. Más ahora, recién limpio.

—¡Atrévase a tocarme y le sacaré las tripas! —amenazó, sin cejar en su empeño de alcanzar aquellos ojos que se burlaban de ella, ahogándose sólo de pensar que él pudiera ponerle la mano encima. Parecía estar empecinado en eso. Seguro que el muy mezquino disfrutaría—. ¡Cerdo degenerado!

—Me estás poniendo fácil tomarme venganza por haberme robado. ¡Quieta te digo!

Tras el arrebato de cólera, Tatiana dejó de pelear. Apenas le quedaba resuello para sostenerse en pie, y luchar

contra la consistencia de aquel atlético cuerpo había terminado por agotarla. Respirando aceleradamente, se apartó de él, cruzando sobre su pecho la bata, que, durante la porfía, se había abierto.

Gresham maldijo para sus adentros cuando perdió la oportunidad de deleitarse con el valle que formaban sus senos.

—Eso está mejor. —Reparó en el rasponazo que ella había conseguido hacerle en el antebrazo. ¡Pequeña bruja! —. Mira, Eli, o como demonios te llames, no quiero jaleos en mi casa, aunque sólo sea en atención a los que están a mi servicio.

—Entonces, déjeme marchar.

—¿Adónde irías? ¿A las cloacas, de donde saliste? ¿A buscar algún cliente al que sacarle unas monedas para malvivir?

—Usted no sabe nada de mí.

—Sé todo lo que me hace falta saber.

—¡Qué inteligencia la suya!

—No hace falta ser clarividente, muchacha. ¿Acaso no me atracaste? ¿Tal vez no te atraparon por vender mi caballo? ¿He soñado que llevabas encima una joya que me pertenece? ¿Son imaginaciones mías o es una figuración que he tenido que soltar una buena bolsa de dinero para

sacarte de una apestosa celda?

Con cada interrogante Tatiana se encogía más. Ciertamente, él tenía motivos de sobra para juzgarla como lo hacía, en eso le daba la razón. Pero le dolía que se lo estuviera echando en cara. ¿Qué sabía aquel botarate de sus privaciones? ¿Qué de la miseria en la que se había visto obligada a vivir desde que huyó de Vernon? ¿Qué de su miedo, siempre teniendo que mirar a su espalda, pendiente constantemente de la amenaza que podía acabar con su vida si conseguían encontrarla? Porque los sabuesos que dieron con su pista en Holanda, muy bien podrían rastrearla ahora en Londres.

Él vivía en la opulencia, no había más que echar un vistazo a cuanto los rodeaba. Una existencia llena de las comodidades que a ella le habían sido arrebatadas tras asesinar a sus seres queridos. Tragó saliva y agachó la cabeza.

—Lamento haberle causado tantos quebrantos —dijo con un hilo de voz—. Tiene mi gratitud por haberme librado de la cárcel. Y mi reconocimiento por su acogida, el baño y la comida. Pero —alzó los ojos hacia él, sin tratar de disimular un brillo de rebeldía— ahí termina todo. Si permite que me acabe el plato, me iré y no volverá a saber de mí.

Darel se pasó la mano por la nuca, inspirando profundamente. La muchacha era terca como una mula. Cualquiera otra en su situación, aun tratándose de una mujercita, aprovecharía la oportunidad que se le brindaba. Ella no. Se diría que la tentaba volver a los barrios bajos. A punto estuvo de desentenderse, de decirle a la señora Temple que volviese a darle su ropa y la despachara con viento fresco. Pero lo intrigaba.

Por un lado, veía en ella a la desvergonzada ladrona que vivía a salto de mata. Por otro, se expresaba con modales educados, sin perder la compostura, aunque a veces había utilizado alguna que otra palabra barriobajera. Pero se notaba que era instruida.

De haberla conocido en otras circunstancias... Aseada como la veía ahora, con la mata de pelo ensortijado cayéndole en mechones sobre el rostro y los hombros, no parecía una furcia. ¿Quién era realmente? ¿Ocultaba algo?

—Termina de comer. Y no esperes marcharte de aquí hasta haber hablado conmigo, ¿entiendes?

—¿De qué podríamos hablar un personaje de su nivel y una simple plebeya como yo?

—De ti y de tu futuro. Escondes algo y quiero saber qué es.

Tatiana se irguió al oírlo. ¿Estaba ante un hombre

honorable que se preocupaba por sus circunstancias, o tan sólo frente a un libertino que veía la ocasión de aprovecharse de su indefensión? Y si era así, ¿por qué querría saber nada de ella?

Por supuesto que escondía algo. Escondía su verdadera identidad y no pensaba descubrirla ante nadie. Mucho menos ante él, a quien tampoco ella sabía cómo catalogar. Porque también lord Winter escondía algo.

—Mi futuro me incumbe solamente a mí. Y todos tenemos algo que ocultar, milord. ¿O debería llamarle *capitán*?

La respuesta fue un impacto para Darel. Ya se lo había dicho McMillan, a veces se comportaba como un cretino. Ella lo había visto a bordo de *Temeridad*, había sido testigo de primera fila. Debería haberse olvidado del orgullo cuando le dijeron que habían pillado a la muchacha. Debería haberla dejado en Newgate. Debería... ¡Mierda!

—Mientras estés en esta casa, me llamarás lord Winter.

—Como guste... *milord*.

Con la actitud regia digna de lo que era, la heredera de Orlovenia pasó por su lado. De pronto, se paró ante él, alargó la mano y le retiró el trocito de col que seguía inamovible sobre su cabello oscuro y que atrapaba su vista cada vez que miraba hacia él. Fue algo instintivo.

Luego tomó asiento, olvidó que seguía allí y dedicó toda su atención a la comida.

El corazón de Darel palpitó un poco más de prisa al liviano contacto de sus dedos. Se obligó a alejarse de ella, disgustado consigo mismo por reaccionar como un adolescente ante un simple roce. Abrió la puerta de la cocina con demasiado ímpetu, topándose en el pasillo con una señora Temple allí plantada, que parecía no saber qué hacer con las cintas de su delantal. Cornelio, a su lado, sonreía burlón.

—Te harás cargo de ella —le dijo Darel a su ayudante—. Vigíla. Y usted, señora Temple, busque de una maldita vez algo con que vestir a Eli.

—¿Eli, milord?

—La muchacha.

—Ha dicho que se llama Tatiana —lo informó confusa.

Gresham se quedó en blanco. Así que Tatiana. Un secreto menos que desvelar de su arisca invitada. Ya tendría tiempo de averiguar mucho más sobre ella, a ser posible todo.

—¿Nada?

Cuatro cabezas negaron casi al unísono.

El sujeto al que respondían, retrepado en su asiento, pasaba entre sus largos dedos el pequeño camafeo que llevaba consigo desde hacía días, la pieza que les había hecho suponer que debían centrar sus pesquisas en Inglaterra. Acabó guardándolo en el bolsillo de su levita y sus ojos azules fueron de uno a otro de los rostros cariacontecidos de los hombres que lo acompañaban en la, por el momento, infructuosa búsqueda. Ninguno de ellos hacía nada por disimular el desaliento. Sus indagaciones no habían dado el fruto esperado y cada hora que pasaba se alejaba la posibilidad de encontrar a la muchacha.

Era la tercera vez que se reunían en aquella sala privada, una pequeña habitación a resguardo de oídos indiscretos, en la posada en la que habían alquilado habitaciones. La tercera vez desde que desembarcaron en el puerto de Londres. La tercera en que, una presunta pista, se volatilizaba.

El tiempo corría en su contra, todos lo sabían. Eran conscientes de que, a mayor tiempo sin noticias de la heredera de Orlovenia, menores posibilidades tendrían de hallarla.

—Analoti, Dimitri —les dijo a los dos más jóvenes—, quiero que mañana volváis a peinar las calles. Está aquí, lo presiento. Kiril, Maxim, vosotros os moveréis por las cercanías del puerto. Tatiana Elisabeta no es una mujer con un rostro que se pueda olvidar, si alguien la ha visto, por fuerza debe recordarla.

—Hasta ahora parece haberse esfumado, señor.

—No cesaremos hasta saber si sigue viva o está muerta. Todo depende de eso —murmuró el que lideraba el grupo, rozándose, como al descuido, la pequeña cicatriz que le cruzaba el mentón, lo que se tradujo en un ensombrecimiento de sus ojos, por cuya retina desfiló la secuencia en que le fue infligida la herida, transformando su atractivo semblante en una máscara hostil. Acabó su bebida de un trago, luego se levantó, poniendo punto final a la reunión—. Id a descansar, mañana nos espera un duro trabajo.

Ninguno de sus hombres se movió cuando él salió. Intercambiaron miradas preocupadas entre ellos. Le debían lealtad por encima de todo, irían de cabeza al infierno si él

se lo pidiera, pero ya dudaban. Hacía meses que salieron de su patria abandonándolo todo, cruzando media Europa en pos de un rastro que ahora los tenía varados en un país extranjero, a la espera de un indicio fiable que se demoraba en demasía.

—Confíemos en su olfato —suspiró el joven Dimitri.

—¿Y si siguiera en Alemania? —objetó el soldado más veterano—. ¿O tal vez en Holanda?

—La vieron tomar ese barco.

—No. La vieron rondar el barco. ¿Quién nos asegura que subió a él? Y así y todo, ¿quién nos dice que no la obligaron a desembarcar en cualquier puerto? Sí, localizamos el camafeo, pero ¿cómo sabemos que no llegó aquí después de haber sido robado?

—Si él dice que está en Inglaterra, está en Inglaterra.

—Lo guía la obstinación. La princesa está huyendo. Es lógico suponer que sus movimientos deben de ser extremadamente cautos para enmascarar al máximo su presencia. Si de algo no adolece es de inteligencia.

—Tampoco nuestro jefe.

—¿Y si estuviera muerta?

—Entonces regresaremos a Vernon y él se hará cargo de lo que le corresponde por derecho.

Absorto en el juego de luces y sombras del jardín que rodeaba su propiedad, Darel se preguntaba qué iba a hacer con Eli. No, rectificó, con Tatiana. No podía dejarla marchar, pero retenerla contra su voluntad rayaba en el delito. Confiaba en la ayuda de la señora Temple para convencerla de que, lo mejor para ella era entrar a su servicio. Una llamada en la puerta lo sacó de su abstracción.

—Adelante.

Entró Clarisse, instando a la muchacha que había trastocado su vida a caminar hasta el centro del cuarto. Llevaba un vestido oscuro cerrado en el cuello, que se le ajustaba demasiado al pecho, corto de mangas y de caída, pues el ruedo de la falda no llegaba a cubrirle los tobillos. Pequeña y delgada, no era extraño que, con ropas de varón, se hubiera hecho pasar por un pilluelo con notable éxito. Ahora, resultaba bonita, aunque no espectacular, pero tenía unos ojos grandes, vivaces y nobles, un cabello precioso y unos labios prominentes, rojizos.

Se quedó observándola, lamentando que la ropa prestada no hiciera honor en absoluto a un cuerpo de formas tan suaves y seductoras. Como si la mujer que gobernaba su casa desde hacía tiempo hubiese adivinado sus reflexiones,

oyó que el ama de llaves decía:

—Si va a aceptarla a su servicio, deberíamos proporcionarle ropa a su medida, milord.

—No voy a entrar al servicio de nadie, señora Temple —replicó la joven con énfasis, pero dirigiendo su negativa a él.

—Ocúpese mañana del asunto, Clarisse, por favor. — Darel ignoró su rechazo.

—Así lo haré. ¿Me necesita para algo más, milord?

—Es todo, gracias. La avisaré cuando termine de hablar con nuestra nueva... doncella.

Tatiana entrecerró los párpados. ¿Es que aquel hombre estaba sordo? ¿Qué era lo que no le quedaba claro de que no trabajaría para él? ¿Con qué derecho se arrogaba su contratación? Se cerró la puerta y se quedaron a solas. Ella entrelazó y se soltó los dedos, inquieta, sin saber muy bien qué hacer con las manos. Lord Winter, muy a su pesar, la ponía nerviosa.

—A todas luces, mejoras mucho vestida como una mujer.

Tatiana no se reprimió de lanzarle una mirada reprobatoria. La tela del vestido era burda y hacía que le picase la piel, le quedaba corto, olía a sosa... Se mordió los labios. Si él supiera a qué ropas estaba acostumbrada...

Pero de eso hacía una eternidad, ya ni recordaba el tacto suave de la seda de sus enaguas.

La fastidiara o no, al baño y la comida debía añadir la gratitud porque le hubieran proporcionado algo limpio que ponerse. Pero no pensaba darle el gusto de reconocerlo.

Gresham se pasó los dedos por el cabello, echándoselo hacia atrás. Tomó asiento tras la mesa del despacho y apoyó los codos en ella, mirando fijamente a su invitada.

—¿Qué sabes hacer, además de asaltar a viajeros desprevenidos por los caminos, Tatiana?

Que volviera a recordarle su desafortunado encuentro hizo que se irguiera todavía más.

«¿Y a ti qué te importa lo que sé hacer si me quieres de criada? Seguramente más que tú», se respondió a sí misma.

Hablaba varios idiomas, sabía matemáticas, geografía, historia, se defendía en planteamientos filosóficos, bordaba y pintaba razonablemente bien, y montaba a caballo como una consumada amazona. Pero nada de eso se ajustaba a los patrones de sirvienta, la función a la que él quería destinarla.

—Sé coser —contestó de mala gana.

—Para eso ya tengo a Jenny, una virtuosa de la aguja.

—Bordo.

—No me gustan los bordados en mi ropa.

No le gustaban, sin duda, pensó Tatiana, fijándose en la camisa que llevaba. Blanca y sencilla, sin frunces ni volantes, se ceñía como una segunda piel a su tórax amplio y poderoso. Se le fueron los ojos al triángulo moreno bajo el cuello desabrochado, a los antebrazos musculosos que asomaban de sus mangas, dobladas hasta los codos. Era guapo el condenado, no podía negarlo. Pero también vanidoso, orgulloso, arrogante.

Bajó los ojos e inspiró todo el aire que le permitió el ajustado vestido, antes de mencionar otra de sus habilidades.

—Soy buena tenedora de libros y de cuentas.

Darel, cautivado por el movimiento de su busto, había perdido el punto de referencia de la conversación. ¿Qué acababa de decir ella? ¿Que manejaba los números? ¡Al diablo con eso! En lo único que pensaba era en...

Carraspeó, cambiando de postura en la silla, súbitamente incómodo por un inicio de erección que no esperaba ni deseaba. Tenía que reprimir su apetito, así que se levantó, rodeó la mesa y comenzó a caminar. Pero terminó por acercarse a ella. Posó una mano bajo su barbilla, obligándola a alzar la vista.

Tatiana retrocedió instintivamente.

—¿Tanto daño te han hecho para que te alejes al menor

contacto?

—No es eso.

—Entonces, ¿qué te pasa?

—No me gusta que... que me toquen.

—Ya veo.

Ella se reprochó mentir así. Pues, muy al contrario, le encantaba el contacto con la gente; de niña era muy besucona, buscaba el abrazo de su padre o el arrumaco de Fedora, pronta siempre a corresponder con mimos. Lo que no le gustaba era que la tocase él, porque el tacto de sus manos la hacía ponerse a la defensiva. Cuanto más lejos estuviera de aquel hombre, mejor.

Darel le levantó la barbilla y Tatiana ya no hizo nada por evitar el roce de aquellos dedos largos, que le provocaron un estremecimiento. Se enfrentó a sus ojos oscuros y la admiración que vio en ellos hizo que perdiera seguridad, pero también que la recorriera una oleada de placer. Por un momento, volvió a sentirse hermosa. Él la observaba con una mezcla de adulación y picardía, dando a entender que le gustaba lo que veía. Hacía mucho que no se sentía tan femenina a pesar de su burda vestimenta. Justamente por eso, apartó la cabeza, volviendo a poner distancia entre los dos.

Llevaba demasiado tiempo ocultándose bajo el disfraz

de sucia bribona que la Galesa, con muy buen criterio, le había recomendado para protegerse en las calles infestadas de fulleros y villanos. En ese territorio, una muchacha bonita era un bocado demasiado goloso como para no hacerse con él, de buena gana o a la fuerza. ¿Tanto empeño en pasar desapercibida y ahora se iba a dejar arrastrar por la atracción de aquel hombre que, sin disimulo alguno, la estaba devorando con los ojos?

No pudo ocultar un temblor interno ante el modo pausado, deliberadamente sensual, con que él le acarició la mejilla. Trabajosamente, se tragó el nudo que tenía en la garganta, resuelta a resistírsele. Pero Darel se apartó con un gesto brusco, como si de pronto la encontrara repulsiva.

Por supuesto, no era el caso. Era todo lo contrario. Pero aquella niña reconvertida en mujer mantenía abiertos todos los interrogantes y en la cabeza de Gresham no cesaba de martillar la convicción de que Tatiana no era lo que quería parecer.

Conocía el paño. Por desgracia, con ayuda del hermano Gregory, él había logrado arrebatarse de la miseria a unas cuantas. Así que, ¿quién era en realidad? ¿Qué ocultaba bajo la apariencia de una ladronzuela?

Suspiró, harto de tantas dudas no resueltas, y abrió la puerta para llamar a la señora Temple, que acudió al

momento.

—Que mañana empiece sacando brillo a los suelos —ordenó al ama de llaves, con voz ronca.

—No he dicho que supiera fregar suelos —protestó Tatiana a su espalda.

—Aprenderás. Vaya si aprenderás. Sobre todo a mantener la lengua quieta, si no quieres que acabe cortándotela. —Y, cogiéndola del brazo, la sacó al pasillo.

Tatiana hizo una exhibición de vana rebeldía, pero sólo ante él. Ella sabía, sin ninguna duda, lo afortunado de su situación, refugiada y a salvo por encima de todo, además de acogida y con sus necesidades cubiertas.

Así pues, Tatiana fue adaptándose y se acomodó relativamente bien a su nueva existencia. Por fortuna, Darel se ausentó durante los días siguientes, si bien dejó al cochero para ayudar a Cornelio a vigilarla. Escapar de allí era imposible. Además, ¿adónde iría?

Lo que lamentaba de veras era no poder comunicarse con Anna y ponerla al corriente de su paradero. Ahora, al abrigo de la respetabilidad que le aportaba la mansión de lord Winter, resguardada de las malas calles infestadas de rateros, desarraigados y hampones, si sus perseguidores habían llegado a Inglaterra tras su pista, como bien podía ser, nunca se les ocurriría asociarla a la casa de un aristócrata.

Aquella mansión, en un barrio elegante de Londres, suponía el lugar idóneo para ocultarse durante una temporada, hasta que pensara la forma de regresar a Orlovenia. Allí, en un país que había gozado de notable prosperidad, eran mayoría los partidarios de la monarquía, tal como la ejerció su padre, y no dudaba que se unirían a

ella para reivindicar sus derechos dinásticos.

Pero debía esperar, meditar sus pasos, medir sus apoyos políticos del interior, contactar y asesorarse con sus leales. Un camino muy largo, cuyo éxito se basaba en su anonimato.

No había alternativa, el papel de doncella le vendría como anillo al dedo.

No le costó congeniar con los escasos sirvientes. La señora Temple se encargaba de dirigirlo todo con autoridad, pero con mano izquierda. Jenny resultó ser una muchacha encantadora, tímida y servicial, que le explicaba con paciencia cuanto debía saber para ponerse al día con sus obligaciones. Huérfana desde los siete años, había estado dando tumbos hasta conocer a un tal hermano Gregory, del que hablaba maravillas, para entrar, al final, al servicio de lord Winter, sobre el que, dicho fuera de paso, no escatimaba elogios. Del mismo parecer era el descarado Cornelio, en el que Tatiana encontró a un confidente pícaro y adorable.

Le resultaba sorprendente que un capitán de goleta, tal vez villano y desde luego nada convencional, fuera para sus empleados casi un héroe, muy distinto del tipo ácido y beligerante que ella conocía.

Por su parte, se inventó una historia a su medida,

contando que había nacido en el este, cuidándose mucho de no mencionar su país, y explicando que su casa había sido asaltada por bandidos, tras lo cual, a consecuencia de la muerte de su progenitor, no encontró mejor salida que emigrar buscando mejor suerte en Inglaterra.

Tampoco es que hubiera mentido demasiado, puesto que, más o menos, los acontecimientos habían sucedido de ese modo.

Se incorporó a la rutina de los quehaceres domésticos con presteza y diligencia, limpiando, lavando ropa, cosiendo junto a Jenny y esquivando siempre las indiscretas preguntas que Cornelio solía formular jocosamente.

Ella se había criado entre sedas, con un ejército de sirvientes solícitos, pero no era una muchacha holgazana y el trabajo no la amilanaba en absoluto. Aprender a cocinar de la mano de la señora Temple, servirle un vino a Lynton, el cochero, o charlar con Jenny eran recursos habituales para evadirse cuando la embargaba la nostalgia de sus seres queridos.

Clarisse hacía como que no veía en ella más que a una muchacha hacendosa y dispuesta, pero no las tenía todas consigo.

—*Je regrette le soleil de Marseille* —suspiraba, observando a través de los cristales el golpeteo de la

incesante llovizna.

Tatiana, sin dejar de sacarles brillo a los candelabros de plata, no respondía, pero asentía, sin ser consciente del escrutinio de su compañera, que se preguntaba, una y otra vez, qué ocultaba la joven. Hablaba de forma instruida, muy lejos de la jerga callejera o de la vulgaridad común de la gente trabajadora, tenía modales elegantes y precisos, entendía sus comentarios en francés, aunque nunca respondiera en ese idioma...

La intrigaba, porque por más que la joven pusiera todo su empeño, se veía a las claras que no estaba acostumbrada a servir. Era imposible que una muchacha como ella fuera la ratera que decía Cornelio.

Una tarde, le pidió ayuda para reorganizar una de las habitaciones de invitados. La joven exhibió entonces un gusto exquisito para combinar colores y adornos. Paso a paso, sin darse cuenta, Tatiana misma iba alimentando sus suspicacias.

Jenny la adoraba porque, entre puntada y puntada, le narraba historias de príncipes y princesas, héroes y heroínas, que, según decía, había leído cuando era pequeña.

Tatiana Elisabeta Smirnova comenzó a hacerse un hueco en la vida de todos los habitantes de la casa, sin perder la sonrisa y siempre con una palabra amable en la

boca. Pero aun siendo consciente del cariño que iba abriéndose camino en su corazón por esas buenas gentes, en no pocas ocasiones se percibía en ella un deambular ausente, se aislaba en su cuarto o se perdía en los confines del jardín con un libro, previo permiso a la señora Temple para tomarlo de la biblioteca de milord, lo que la llevaba a dejar vagar sus pensamientos lejos de su añorado palacio de Vernon.

Darel, por su parte, ocupaba su tiempo en visitar White's, acudir a la ópera, aparecer en fiestas sociales y, por supuesto, atender los asuntos de la Gresport Company ahora que su hermano mayor, Christopher, estaba inmerso en politiqueros que lo alejaban temporalmente de la gestión de la empresa. Por no hablar de las pugnas, y no sólo dialécticas, que libraba con aquella señorita americana que lo llevaba de cabeza.

Cuando Gresham regresaba, frecuentemente de madrugada, Tatiana hacía horas que estaba ya en su habitación, al final del corredor de la planta baja, donde se alojaba el servicio.

Sin respetar la libertad de elegir que siempre se vanaglorió de dar a sus amantes, Darel había pensado

retomar su relación con Virginia Carnavy, por ver si así conseguía olvidarse de la joven maleante, pero cuando se encontró a Virginia en la ópera, cambió de idea, al compararla con el rostro de ojos ámbar y el cabello rubio rojizo de su arisca nueva doncella.

Pagó su creciente mal humor con el primero que se le puso delante, que no fue otro que un reciente competidor de conquista, acompañado, para su desgracia, por dos energúmenos que no se anduvieron con contemplaciones.

Esa noche llegó a casa mucho antes de lo acostumbrado, en condiciones lamentables, molido a palos, tumefacto y sucio, con algunas prendas desgarradas y abochornado en su fuero interno por su nivel de insensatez, que, sin duda, lo hacía merecedor del correctivo.

Apenas verlo asomar por la cocina, Cornelio le cedió su asiento y Darel se dejó caer en la silla, derrengado. La señora Temple se puso en movimiento: calentó agua, envió a Jenny por lo necesario para curarlo y ordenó al señor Lynton que fuera a buscar al médico. El cochero, pese a su corpulencia, se movió con soltura ante su apremio, haciendo a un lado la cena.

—No es necesario —dijo Darel, apurando de un trago el vaso que su ayuda de cámara le puso en las manos—. Es sólo un rasguño.

—Una noche movidita, ¿eh, patrón? —comentó el joven portugués con su acostumbrada ironía.

—Cornelio, no estoy para guasas.

—En los últimos días nunca lo está.

¿Cómo recriminárselo, si estaba cargado de razón?

Clavó sus ojos en Tatiana, la única que no se había movido de su sitio al verlo entrar en ese estado tan lamentable. Él supo que en su mirada había condescendencia, como si le perdonara su estupidez, lo que encajó asumiendo que no había excusa posible para su irrupción en las cocinas, cautivo de su proceder irresponsable.

Cornelio lo ayudó a quitarse la chaqueta y entonces ella sí reaccionó al ver la sangre que teñía de rojo su camisa, a la vez que el chico silbaba con estridencia y la señora Temple renegaba por lo bajo en francés.

—*C'est une bonne blessure.*

El ama de llaves parecía no saber qué hacer, así que Tatiana se hizo cargo del material que Jenny había llevado. Dejó la caja sobre la mesa, desgarró la manga y examinó la herida. La aparatosidad de la sangre no se correspondía con el corte, que, aunque profundo, no revestía mayor importancia.

—Van a ser necesarios algunos puntos —dijo con aire entendido—, pero de esto no se morirá. Jenny, haz el favor

de traer la caja de costura. ¿Se puede saber qué le ha pasado? —preguntó luego.

—¿Lo han atracado otra vez, patrón? —quiso saber el portugués.

—Con un asalto al año tengo más que suficiente, Cornelio —le contestó él, pero mirando directamente a Tatiana.

Ésta irguió el mentón, zaherida por la alusión, estableciéndose entre los dos un mudo intercambio de hostilidad. Ella estuvo a punto de retirarse, dejando a los demás la tarea de atenderlo. Lo habría hecho de no ser porque la señora Temple dejó la olla de agua caliente sobre la mesa y, casi a la vez, Jenny llegó con la caja de costura.

Darel vislumbró un súbito brillo de satisfacción en los ojos de Tatiana cuando cogió el acerico. Por instinto, se echó hacia atrás en la silla y ella, intuyendo su desconfianza, le sonrió con mordacidad.

—No me diga que tiene miedo —lo retó, enhebrando ya una gruesa aguja.

—¿Debería?

—Lo dejo a su elección, milord. Si me hace el favor de desnudarse...

Tatiana se dio cuenta de que la frase no era la más indicada para pedirle que se quitara la camisa, a lo que

Darel respondió enarcando una ceja y esbozando una mueca divertida. El sonrojo cubrió las mejillas de ella, que desvió la vista, cogiendo nerviosamente los paños limpios que Cornelio le tendía y carraspeando con vigor para alejar sus demonios particulares.

Gresham tardó todo el tiempo del mundo en desabrocharse la prenda. Consciente de su repentina turbación, el escozor de la herida en esos momentos no significaba nada. Era gratificante saber que el pensamiento de ambos había tomado los mismos derroteros hacia connotaciones sexuales. Por descontado que a él no le importaría desnudarse si estuvieran a solas. Como tampoco le importaría desnudarla a ella. Tatiana estaba bonita de verdad con el nuevo uniforme de doncella y el cabello recogido bajo la cofia blanca, de la que escapaban algunos mechones que él suspiraba por acariciar. Muy, pero que muy bonita.

Cuando él le dio la destrozada camisa a Cornelio, Tatiana maldijo mentalmente no haberle pedido, simplemente, que se remangara. Ahora exhibía unos hombros anchos, un tórax moreno y unos abdominales ciertamente notables, abriéndose paso hacia una cintura estrecha. La suave línea de vello oscuro que le bajaba por el pecho hasta perderse bajo la cinturilla del pantalón acaparó

toda la atención de ella y le disparó la imaginación.

—Soy todo tuyo.

Se retaron con la mirada unos segundos que a Tatiana le parecieron interminables. Gresham sonreía como un maldito, la desafiaba, la provocaba con descaro. Disgustada con él, pero sobre todo consigo misma por dejarse arrastrar a pensamientos desvergonzados, mojó uno de los paños en agua y lo aplicó a la herida sin ninguna delicadeza.

—¡Ay!

—Lo siento.

—Seguro que no —condenó Darel—. Lo has hecho a propósito.

—Contrariamente a usted, yo no pretendo hacerle daño a nadie.

—Pues lo disimulas bien. ¡Maldita sea! —protestó de nuevo, cuando ella siguió lavándole la herida.

—¿Quiere que lo deje? Porque le aseguro que me conmueven muy poco sus lastimeras quejas, mientras yo remiendo las consecuencias de su genio pendenciero.

Darel se quedó desconcertado por completo. Ni su abuela se dirigía a él así. ¿Lo estaba cuestionando? ¿Había

oído mal o lo había tratado de blandengue? Abrió la boca para replicarle, pero la volvió a cerrar. Volvió la cabeza hacia la señora Temple, pero la mujer estaba ocupada en retirar los platos de la cena, dándole a entender que no se iba a meter. Tampoco Jenny o Cornelio se movieron un ápice ni abrieron la boca, de manera que, implícitamente, le daban a Tatiana la razón. ¡Por Satanás, se estaba imponiendo a todos!

—Está bien —cedió.

—Está bien, ¿qué? ¿Que se encargue otro de su herida? ¿Que acabe lo que he empezado?

—¿Acaso quieres que te suplique?

—No estaría de más. —Lanzó el paño dentro de la olla—. Si es que sabe cómo se hace.

—Estás en esta casa para servirme.

—No recuerdo tener contrato de enfermera, milord. En realidad, no recuerdo que se me haya contratado para nada. A decir verdad, me trajo aquí a la fuerza. ¿Debo refrescarle la memoria, lord Winter?

Él bufó como un gato escaldado. Hizo ademán de levantarse, pero la mano de Cornelio presionándole el hombro lo devolvió a la silla.

—Tranquilo, patrón, coser la herida es lo primero. Sin ánimo de inquietarlo, sigue perdiendo sangre. Con

franqueza, no me haría mucha gracia tener que cargar con usted hasta su habitación si se desmaya.

Si las miradas matasen, Cornelio Alvares habría caído fulminado. Gresham no daba crédito a lo que sucedía. ¿Qué diantre estaba pasando en su casa? ¿Por qué todos parecían estar en su contra? ¿Es que se habían aliado con la arpía que seguía erguida frente a él, esperando una rendición que no estaba dispuesto a ofrecer?

Pero el condenado portugués tenía razón, perdía sangre y no era cuestión de enzarzarse en una guerra dialéctica. Ya tendría mejor ocasión de hacerle pagar a aquella pécora su altivez.

—Acaba de una vez... por favor —pidió, sintiendo un leve mareo.

Tatiana arqueó las cejas con un atisbo de sonrisa jactanciosa estirándole la comisura de los labios. Darel, cretino fatuo, no pudo pensar en otra cosa que no fuera en saborearlos.

Envalentonada por el logro de su diatriba, la joven se dedicó a la cura abriendo la carne lacerada con dedos firmes para verter un chorro de brandy en la herida. Darel aguantó el tipo mordiéndose los labios, aunque le gustó muy poco la determinación con que la vio coger de nuevo la aguja. Pero se negaba a mover un músculo para no darle

satisfacción, esperando a que ella desinfectase convenientemente la aguja en el fuego.

Lejos de estar tan serena como quería aparentar, Tatiana se sentía el estómago revuelto, le sudaban las manos y se le aceleraban los latidos del corazón. Sabía cómo restañar una herida, lo había visto hacer en las visitas que realizaba rutinariamente a los hospitales de su país, para interesarse por sus necesidades y progresos. Pero hasta ese momento, nunca se había visto en la necesidad de coser a nadie. No acertaba a explicarse por qué se había ofrecido para la tarea, salvo por el vuelco de sus entrañas cuando él llegó herido, aunque lo había disimulado a las mil maravillas.

Bueno, tampoco podía ser tan difícil, todo era cuestión de tener un poco de sangre fría.

—¿Listo? —le preguntó, antes de clavar la aguja.

—No me dejas escapatoria.

—Esto le va a doler.

—No me digas... Termina de una vez o nos pasaremos aquí toda la noche.

—Procuraré que no le quede mucha cicatriz.

—¿Por qué lo dudo? ¡¡Demonios!! —gritó, cuando la aguja se le clavó en la carne.

—Deje de lloriquear, patrón —intervino Cornelio, echando más leña al fuego—, ha sufrido heridas mucho

peores que ésa.

—Vete a dormir y déjame en paz.

—No puedo, señor. Estoy muy interesado en saber cómo acabará todo. Además, tendré que ayudarlo a desvestirse, no está usted para muchos trotes esta noche.

Toda esa retórica era una bendición para Tatiana, que se distraía con el curioso grupo que formaban los sirvientes de lord Winter. Se concentró en su tarea, calmándose paulatinamente a cada puntada que daba, a pesar de que sufría en su propia carne el dolor que él estaba soportando estoico, con los dientes apretados pero sin soltar un gemido.

Darel, para evadirse, se recreaba mirando la arruga que a ella se le formaba entre las cejas, en el modo tan sensual, del que no era consciente, en que se pasaba la punta de la lengua por los labios con cada puntada, en las gotitas de sudor que perlaban su frente, en el trocito de piel que descubría su recatado escote. Fantaseó con las leves curvas bajo la oscura tela del uniforme, especuló con la tibieza de su cuerpo y la estrechez de su cintura, inventándose mil formas de conseguir llevársela a la cama...

Tatiana dio por finalizado su trabajo y se irguió, dando al traste con sus elucubraciones. Volvió a limpiar la herida, esparció unos polvos cauterizantes sobre la misma, la

vendó con bastante soltura y dijo:

—No puedo hacer más por usted.

—Ya lo creo que sí. —Ella le miró dubitativa mientras se lavaba las manos y él le aclaró de inmediato—: Quiero decir que tendrás que cambiarme la venda mañana, ¿no es así?

—Imagino que la señora Temple podrá sustituirme. Mi cometido mañana será encargarme de los cristales. Cornelio, no sería de extrañar que esta noche tuviese fiebre. Si eso ocurriera, aplícale paños fríos. Milord —volvió a encararse con él—, si no manda nada más...

Darel guardó silencio un momento, como si meditara la respuesta. Si por él fuera...

Clarisse lo recogió todo y salió de las cocinas con Jenny tras sus pasos y otro tanto hizo Cornelio en seguida, subiendo para preparar la habitación de su señor. Como por ensalmo, se habían quedado solos. Y él continuaba pensando qué responder.

—Buenas noches, Tatiana —dijo al fin, con un suspiro de resignación—. Gracias.

—Apenas podrá presumir de ese corte cuando le quiten los puntos.

Antes de que ella pudiera retirarse, Darel cedió a un impulso y le atrapó la muñeca. Reparó una vez más en su

mano. Pequeña, delicada, suave, de dedos largos y finos. Su tacto era como tocar las alas de una mariposa. Lamentó que su piel estuviera algo enrojecida, seguramente por el trabajo diario. Dominando los dictados de su libido, se esforzó para no llevársela a los labios y besar cada dedo.

—Unas manos así no deberían estar limpiando cristales, muchacha —murmuró, más para sí mismo que para ella.

Tatiana se irguió como si acabara de picarle un escorpión. Se soltó de un brusco tirón, con el corazón galopando enloquecido. También a ella el leve roce de aquella mano grande y morena le había hecho hervir la sangre, pero entendió su frase como una insinuación lasciva, que congeló cualquier otro sentimiento.

—Eso ha sido una grosería impropia de usted... —Sus oscuros y rasgados ojos se clavaron en ella. ¡El muy maldito se la estaba comiendo sin pudor con la mirada!—. Milord, por mí puede irse usted a visitar al diablo.

Dio media vuelta y salió de las cocinas, muy digna, con el porte altanero de una princesa, cosa que era, dejando a Darel con un palmo de narices.

Tumbado en su cama, incapaz de conciliar el sueño,

seguía interpretando la ácida respuesta de la joven. Rememoró el desdeñoso desaire con que lo había despachado y sonrió. Ella disfrazaba muy bien sus sentimientos, pero Darel creía haber advertido un brillo especial en sus ojos mientras lo curaba. No. No le era indiferente. Eso le dejaba una puerta entornada, que él se iba a afanar en abrir.

Frunció el cejo al recordar la actitud de sus sirvientes cuando ella se le encaró. Algo estaba cambiando en su casa. Habían formado un círculo protector alrededor de la muchacha frente a él. Evocó también un detalle que le había pasado desapercibido días atrás y que ahora cobraba significación: le había entregado a Tatiana un par de botas embarradas para que las lustrase y Cornelio, quitándoselas de las manos, se hizo cargo de ellas, dedicándole a él una mirada que hubiera podido considerarse desaprobatoria.

Aquella chica estaba poniendo su mundo patas arriba. Y eso no le gustaba nada. Ni una pizca. No podía ni quería tolerar que una ladronzuela, por mucha cara de ángel que tuviera, trastocase su existencia. Habría que poner remedio. ¡Faltaría más! No sabía cómo, pero lo haría.

—Empezaré por quitarte la toca que oculta tu hermoso cabello, pilluela —farfulló a media voz, cautivo ya de la fiebre.

Cornelio, velándole, más bien repantigado que sentado en un sillón, se animó a aconsejarle:

—Debería haber dejado a esa chica en Newgate, patrón —dijo en tono quedo, rebulléndose en su asiento.

Darel no lo oyó. Se había quedado dormido.

Concentrado en los libros de contabilidad de la compañía y lamentándose cada dos por tres de la molestia que le provocaba la herida del brazo, Darel no advirtió la presencia de su ayudante hasta que éste dejó dos sobres sobre la mesa.

—Me temo que *temos trabalho*, patrón.

Él se limitó a echar una ojeada a los remitentes de las misivas. Una era de su hermano Christopher. En la otra sólo había dos letras: B. J. Sabía muy bien de quién se trataba. ¡Condenado conde de Liverpool! ¿Qué querría esta vez? Rasgó el sobre, leyó la nota y profirió un taco de grueso calibre.

—Que me preparen el carruaje.

—¿Por qué no se disculpa a causa de su herida? — También Cornelio sabía quién era el que había enviado la carta; no era la primera vez que llegaba una como ésa.

—Muévete, parece urgente —zanjó él el tema, leyendo ya la nota de su hermano.

Chris le pedía que fuera a su casa. No decía nada más.

Rompió ambas notas, echó los trozos a la chimenea y subió a su cuarto para cambiarse. Con las prisas, no se dio cuenta del cubo que había en medio del pasillo, tropezó con él, se derramó el agua jabonosa, la pisó, resbaló...

Se salvó por los pelos de caer desmadejado en medio de la galería, gracias al pasamanos de la escalera, al que se agarró como si fuera una tabla de salvación.

—Discúlpeme, milord.

Darel se encontró ante una aparición en forma de Tatiana, cubierta de pies a cabeza por un oscuro guardapolvo, con la cabeza envuelta en un pañuelo negro precariamente anudado, que dejaba escapar algunos mechones.

Por la mirada que ella le echó, Darel supo sin lugar a dudas que con gusto le hubiera plantado el paño húmedo que arrugaba entre las manos en plena cara. El pasillo había quedado hecho una laguna, que chorreaba escaleras abajo y se filtraba por la barandilla formando charcos en el vestíbulo.

—Discúlpame tú a mí, no miraba por dónde iba.

Tatiana no dijo nada, simplemente se puso de rodillas y se aplicó a enjuagar el desastre como pudo. ¡Cómo le hubiera gustado soltarle una andanada de improperios!

Hacia menos de una hora que había limpiado el piso de abajo y la escalera, y él, condenado patoso, acababa de arruinar sus esfuerzos. Lo habría matado.

Verla allí, de rodillas, empapando la bayeta para escurrirla luego dentro del cubo, provocó en Darel una punzada de culpabilidad. Era el causante del desaguizado, pero sería a la muchacha a quien le tocaría ahora paliar los efectos de su alocada carrera. No, él no era el culpable, desde luego, sino el endemoniado Robert Banks Jenkinson, apurándolo a acudir a una cita apresurada, se dijo para acallar su conciencia. Se agachó, la cogió del brazo y la obligó a ponerse en pie.

Tatiana, debatiéndose en la duda de si debería restregarle la bayeta por la cara, dejó caer el trapo en el cubo para evitar una debilidad que la empujaba a hacer algo indebido.

—Deja eso, Jenny puede hacerlo.

—La señora Temple me ha encomendado a mí este trabajo.

—Anoche creí entender que te tocaba limpiar los cristales.

—Eso lo he hecho al amanecer.

—¡Qué hacendosa eres!

—Para lo que sirve... —Frunció los labios en un mohín

de hastío.

Darel la hubiera besado allí mismo, sin contemplaciones. Por más que pareciera una fregona, con las manos rojas por el frío del agua y el rostro manchado de polvo, era lo más bonito que había visto nunca.

—Al menos podrías calentar el agua, tienes las manos como tomates.

Instintivamente, ella se las escondió a la espalda, al tiempo que bajaba la cabeza. ¿Así que milord se preocupaba por sus manos después de haber causado el desastre? Una ráfaga de furia cruzó su mirada huidiza. Si él decía una palabra más, solamente una más, ella sucumbiría a la tentación de hacer algo que iba a lamentar.

Darel deploraba lo sucedido, pero no tenía tiempo para entretenerse. Acarició el ceño arrugado de la muchacha, volvió a disculparse y se alejó presuroso.

Tatiana ni se movió, pero algo se agitó en su interior. El cosquilleo que le produjo su dedo, la ternura con que la había mirado al pedirle excusas, le llegó hasta la punta de los dedos de los pies. Se quedó con la vista clavada en la puerta, que él cerró a sus espaldas, preguntándose qué demonios le pasaba cada vez que se le acercaba, por qué sus miembros se volvían de gelatina.

No quería pensar en lord Winter, pero lo hacía

constantemente. Una y otra vez, recordaba el episodio del carruaje, cuando él rebuscó bajo sus ropas. En su momento lo vivió como un ultraje, por supuesto, pero también anidaba en ella otro sentimiento que no sabía cómo definir y que la mantenía en constante zozobra, porque tendía a minimizar las debilidades de él, anuladas por el calor de su cercanía.

Se sacudió esos pensamientos y continuó con su penosa tarea.

Darel no había terminado de llamar y ya estaba Mortimer abriendo la puerta de la casa. Y supo que había problemas por la cara de circunstancias del criado. Después de haber estado en el despacho de Robert Banks, no estaba para demasiadas tonterías.

—¿Qué es eso tan urgente? —preguntó, entregándole la capa y sombrero al ayuda de cámara de su hermano.

—Lord Gresham se lo explicará —respondió Mortimer lacónico—. Le aguarda en su cuarto.

Y dicho esto, se alejó, tan estirado como de costumbre.

Darel subió los escalones de dos en dos y empujó la puerta de la recámara de su hermano sin llamar. Christopher paseaba como un león enjaulado y apenas verlo

aparecer lo increpó:

—¿Dónde diablos te has metido? Las abuelas creían que te habías embarcado sin avisar.

—Tenía cosas que hacer. Sin ir más lejos, una cita de última hora con el maldito Banks.

—¿Qué quería ése ahora...?

—Tengo que ir al paso de Calais para entrevistarme con una mujer. No sé más.

—Otro de sus embrollos.

—Puedes jurarlo.

—Pues espero que estés de vuelta para la boda.

—¿Boda? ¿Qué boda?

—La mía.

Ni en broma esperaba semejante respuesta. Atónito, clavó los ojos en el rostro de su hermano, a la espera de más explicaciones. Chris estaba de guasa, por descontado. Tenía que estarlo. Se fijó en la botella de brandy de la mesita y se dijo que era una hora excelente para una copa. Se sirvió una generosa cantidad, tomó asiento y esperó, pero Christopher no abría la boca.

—Bien, ¿cuál es la broma?

—No hay ninguna. Las abuelas ya han elegido St. Bartolomew.

Darel no conseguía entender lo que decía su hermano.

—No sabía que hubiéramos tenido ningún familiar en el manicomio de Bedlam —repuso cáustico.

El conde de Braystone suspiró ruidosamente y se sentó frente a él.

—No me lo pongas más difícil.

—¿Estás hablando en serio?

Christopher asintió.

—¡Por los calzones de Lucifer! ¿Qué demonios está pasando aquí? ¿Quién es la desafortunada? ¿A quién has dejado embarazada? ¿Cómo es pos...?

—No he dejado embarazada a nadie, déjate de sandeces. Me caso con Kimberly Brenton.

—¿Por qué?

—Porque estoy enamorado de ella.

—¿Has perdido el sentido común?

—Seguramente.

—¿De verdad eres mi hermano? ¿El mismo que juró no dejarse atrapar por ninguna mujer después de la experiencia con Frances?

—No quieras saber cómo ha pasado, porque ni yo mismo lo sé. Así que, cuando las abuelas y lady Alice se presentaron aquí hechas un basilisco, conminándome a...

—Un momento, un momento, un momento. —Cogió la copa de brandy y se la bebió de un trago—. Empieza desde

el principio, ¿es mucho pedirte?

Darel agotaba su capacidad de sorpresa a medida que su hermano lo iba poniendo en antecedentes. De modo que a Chris y a la americana los habían visto en circunstancias... comprometidas y las abuelas se habían presentado exigiendo que él se comportara como un caballero y desposara a la muchacha. Y aunque ella parecía no estar de acuerdo, había terminado por ceder a las presiones.

Cuando su hermano acabó de explicarse, Darel no supo si echarse a reír o darle el pésame.

Le gustaba Kimberly. Desde que la conoció, enfrentándose a Chris sin reparos. Sí, era sin duda la mujer adecuada para ponerlo en su lugar. No le desagradaba la idea de que se fuera a convertir en su cuñada, ya era hora de que alguien bajara los humos y humanizara un poco la solemnidad del conde de Braystone. Además, si Chris se casaba y se aplicaba al deber de perpetuar el apellido, las abuelas lo dejarían a él en paz.

—Así que te has enamorado como un colegial —se regodeó.

—Te agradecería que te guardaras tus chascarrillos. A lo que íbamos, ¿vendrás o no vendrás?

—¿Cuándo es el acontecimiento?

Chris se lo dijo y Darel resopló. Tenía tiempo de llevar

a cabo su trabajo para Banks y regresar, así que era imposible excusarse.

—Soy alérgico a las bodas, como bien sabes. Pero no quisiera perderme ver cómo te atrapan por fin —se burló—. Ya verás la cara que pone James cuando se lo digas.

—Otro que está desaparecido. Debe de haberse aficionado al whisky escocés, pues no ha dado ninguna señal de vida.

—O a las mujeres escocesas. No te alteres, para casarse sólo se necesita una novia y un cura.

—Me enternece tu amor fraterno, pero a lo mejor algún día me toca corresponderte con la misma moneda.

—¡Ni lo sueñes! No ha nacido la mujer que me ponga delante de un altar.

—Todo se andará. Torres más altas han caído.

—Eso es verdad, no hay más que ver tu ejemplo. Pero en mi caso eso será cuando Satanás vuelva a ser admitido en el Cielo. —Se levantó y añadió, con una cínica sonrisa en los labios—: No te apures, estaré en St. Bartolomew, por aquello de dar aliento a los condenados, ya sabes...

Y se fue, cerrando la puerta antes de que Christopher tuviera tiempo de lanzarle la copa que había apurado.

Un comentario oído de pasada lo hizo pararse a la puerta de la cocina, que estaba entornada.

—*Vous êtes une cuisinière excellente, Clarisse.*

Darel no se atrevió a entrar, completamente asombrado. ¿Era Tatiana quien acababa de hablar en un perfecto francés que le sonó a canto de sirenas? Se quedó escuchando, pero la conversación entre su ama de llaves y la muchacha quedó en un punto muerto, ninguna de ellas dijo nada más; hasta él sólo llegaba el sonido de los utensilios que manejaban, enfrascadas en la preparación de la comida.

Pero había oído lo suficiente y su imaginación se lanzó al sinfín de preguntas que se había estado haciendo a propósito de su asaltante particular. Ya no le cupo ninguna duda: Tatiana no era quien decía ser. Plantearse que una vulgar ratera salida de las míseras calles de Londres mostrase esas actitudes tan suficientes, además de tener conocimiento de idiomas, era inconcebible.

Giró en redondo y se alejó, subiendo la escalera a grandes zancadas hacia su cuarto, donde Cornelio trajinaba

ya preparando su equipaje.

—Deja eso, ya acabaré yo —le dijo—. Hay algo que quiero que hagas.

El joven escuchó con atención sus instrucciones para acabar expresando sus reservas.

—No entiendo por qué quiere que indague sobre ella. Le asaltó, usted la sacó de prisión y ahí termina todo. ¿Qué cree que puedo averiguar?

—Eso me lo dirás a mi regreso. Empieza por el fulano al que le vendió mi caballo y tira del hilo hasta donde puedas y sea necesario, pero quiero respuestas.

—Usted manda, patrón, pero no podré vigilarla y pasearme por ahí al mismo tiempo.

—No será necesario. Tatiana vendrá conmigo.

Los labios del chico se estiraron en una sonrisa cínica.

—Ya entiendo.

—No entiendes nada, así que no te pases de listo. Ahora, muévete. De paso, dile a Lynton que necesito el carruaje ahora mismo.

Una vez se hubo ido Cornelio, revisó la pequeña maleta. Cornelio había dispuesto pulcramente varias mudas y algunos útiles de aseo. Suficiente para el viaje que ojalá no se dilatase más de lo necesario. Le llevaría una jornada completa llegar hasta Folkestone y otro día regresar. A no

ser que fuera a caballo en lugar de utilizar el carruaje, pero su decisión ya estaba tomada; tenía la excusa perfecta para disfrutar de unas horas a solas con su esquivia criada y no pensaba desaprovechar la ocasión.

¡Al diablo con las normas que él mismo se había impuesto respecto a intimar con el servicio! Tatiana era un reto y a Darel los retos lo motivaban. Cogió la capa y el sombrero y bajó presuroso de nuevo a la cocina.

Clarisse reía algún comentario reciente cuando él empujó la puerta.

—Coge una capa, vamos a salir —le ordenó a la muchacha.

Ella no reaccionó, tan asombrada como el ama de llaves de su impetuosa aparición.

—¿No me has oído? Coge ropa de abrigo.

Si a la señora Temple le extrañó la súbita orden, no lo dio a entender e instó a la joven a que procediera con un asentimiento de cabeza. Tatiana estuvo de vuelta en menos de un suspiro y Darel no se anduvo por las ramas, la cogió del brazo y se encaminó con ella a la salida.

—¿Regresarán para la comida, milord? —preguntó el ama de llaves.

—Manténgala caliente, señora Temple.

Lynton aguardaba ya en la calle. Tan pronto como los

vio aparecer, colocó la escalerilla, ayudó a subir a la muchacha, escuchó las instrucciones de Gresham, se izó al pescante y puso los caballos al paso.

A ella le embargaba el desasosiego. ¿Adónde diablos la llevaba? ¿Se había cansado de verla y la devolvía a presidio? Se le encogió el estómago tan sólo de pensarlo. Con el cejo fruncido, él miraba distraídamente por la ventanilla y no parecía interesado en sacarla de sus dudas y Tatiana temía preguntar.

El coche los fue adentrando en las atestadas arterias de Londres, mientras entre ellos se instalaba un incómodo silencio. Al llegar a Bond Street, Lynton tiró de las riendas. Nada más pararse, Darel se apeó de un salto. Sin decir una palabra, le ofreció el brazo a su recelosa acompañante ayudándola a bajar.

—En un par de horas pasa a recogernos —le dijo a su cochero.

Tatiana se tranquilizó un poco: estaban en una calle comercial, con notable tráfico de carruajes y damas de clase alta al asalto de tiendas de moda o embelesadas con los escaparates. Sabía que a aquella zona acudían caballeros interesados en el arte y que se gastaban enormes sumas de dinero en Sotheby's, la más famosa casa de subastas. Un campo bien abonado para quienes se dedicaban a aflojar el

bolsillo de los despistados.

Reprimió una exclamación ofendida cuando Darel le quitó la cofia que aprisionaba su cabello, derramándose éste sobre sus hombros. Se apretó la capa contra el cuerpo, un tanto indefensa, y atravesó la acera hacia la tienda que él le indicaba. Sobre la puerta, un cartel anunciaba el nombre del establecimiento: RUSELL. MODAS.

Al sonido de la campanilla, que se sacudió al abrir, acudió una mujer baja, algo rechoncha, que disimulaba su oronda figura vestida con una creación elegante y sofisticada. Echó un rápido vistazo a Tatiana, olvidándose de ella al instante para dedicarle una afectada sonrisa y toda su atención al caballero que conocía tan bien.

—¡Lord Winter, qué placer tan inesperado! Hacía tiempo que no venía por mi modesto negocio.

—Cuanto más tiempo pasa, más encantadora está usted, señora Rusell.

—Siempre tan halagador —gorjeó modista de puro placer, haciendo una lánguida caída de pestañas.

—Precisamos de su ayuda —dijo él, empujando suavemente a la muchacha hacia ella—. Necesitará al menos un par de vestidos, camisolas, calzones, medias, zapatos... Y una capa nueva.

Tatiana enrojeció al oírlo enumerar prendas tan íntimas

con total desparpajo.

La modista dedicó entonces a la clienta recién llegada todo su interés, frunciendo el cejo y catalogando profesionalmente a quien ella asignó sin más el papel de nueva distracción de Gresham. Antes de que Tatiana pudiese impedirlo, la mujer le quitó la capa y caminó a su alrededor, calibrando sus medidas.

No era de su incumbencia a quién prodigaba lord Winter sus atenciones, así que disimuló su desagrado porque su sencilla indumentaria la delatara como doncella. Aunque estaba acostumbrada a confeccionar los modelos de la flor y nata de Londres, no podía ni debía desdeñar a un Gresham, siempre atento, además de magnífico pagador. Convertiría a la moza en una señorita. ¡Vaya si lo haría!

—Bueno. Su... pupila tiene buena figura, milord, tal vez un poco más delgada de la cuenta. Tengo algunos vestidos que podría entregarle en un par de días.

—Lo necesitamos todo ahora mismo.

—¡Eso es imposible, lord Winter! Comprenderá usted que ciertos encargos...

—Seguro que es capaz de solucionarlo, Pamela. — Darel se tomó la libertad de llamarla por su nombre de pila, a la vez que le guiñaba un ojo haciendo que enrojeciera de placer.

—Por descontado. Si usted dice que es imprescindible tenerlo hoy... Veré qué puedo hacer.

Tatiana estaba allí, pero no estaba. ¿De qué iba todo aquello?

—Oiga usted... —empezó a protestar.

Como si ninguno de ellos la hubiese oído, la señora Rusell no le dio ocasión de decir nada más, arrastrándola prácticamente hacia una de las habitaciones del interior, que servía de probador y taller de confección.

Darel decidió que iba a dar un largo paseo para volver bastante después y acomodarse en la sala de espera, donde en más de una ocasión había matado el tiempo aguardando a que Virginia Carnavy dejase de volver loca a la modista con sus retoques a las prendas y sus pruebas. Sin embargo, apenas salir a la calle, vio aparecer a lo lejos a una de las amigas de su abuela Eleonor a quien no soportaba. Dio media vuelta y entró de nuevo en la tienda.

Cogió un ejemplar del *Times*, que hojeó sin interés alguno, deteniéndose en una breve reseña sobre John Keats, insigne poeta fallecido en Roma recientemente. Apenas pudo centrarse en el texto, rememorando su estancia en la antigua ciudad acompañado de Virginia. No la echaba de menos, en realidad. Le importaba muy poco haberla perdido definitivamente. Casi se había sentido liberado.

Centró su atención en un artículo que hablaba de los esfuerzos diplomáticos que el gobierno británico estaba haciendo para conseguir la concesión de la extracción de cobalto en el pequeño país de Orlovenia. La crónica ampliaba la escasa información que él tenía sobre ese lugar del mundo, haciendo referencia a la inestabilidad política, consecuencia del golpe de Estado ocurrido meses atrás.

Del periódico, sus ojos pasaron a una Tatiana impresionante, si bien con ceño adusto, que hizo su entrada en la sala seguida de la acalorada modista.

Radiante como una aparición, la ladronzuela se había convertido en una mujer capaz de hacer suspirar a un hombre, de las que quitan el aliento. Con el cabello suelto, llameante, glorioso, cayéndole sobre los hombros en bucles en los que cualquier hombre querría enterrar sus dedos, estaba preciosa. El sencillo vestido rojo oscuro de escote cuadrado se le ceñía bajo el busto, realzando un pecho magnífico que él nunca imaginó que tuviera.

—¡Jesús! —Se incorporó para acercarse a ella, pero un dedo acusador lo detuvo.

—Va a explicarme ahora mismo lo que ha querido decir esta mujer, o le juro que...

—¿De qué hablas?

—Lo lamento, lord Winter —se excusó la señora

Rusell—. Yo solo quería... Creía que la señorita era su nueva...

—No diga más. Ya imagino que se trata de un malentendido, Pamela. La señorita no es mi nueva amante.

—¡Por descontado que no! —elevó Tatiana la voz, sulfurada en extremo.

—Eso he dicho.

—Que le quede muy claro, milord.

—Cristalino. El vestido te va quizá un poco largo, pero te sienta de maravilla.

Ante el cumplido, Tatiana se miró la caída de la prenda por delante, por detrás, frente al espejo, como cualquier mujer lo habría hecho ante el menor asomo de crítica. Reconocía que el vestido era bonito, sedoso y fino. Y habría vuelto a sentirse una princesa si se dieran otras circunstancias. Pero ése no era el caso y volvió a sacar las uñas.

—Daría igual que fuera un saco. ¿Por qué me ha traído aquí? ¿Por qué está encargándome ropa?

—El uniforme de doncella no es adecuado.

—¿No lo es para fregar sus suelos? ¿No lo es para lustrar sus botas?

Darel sonrió sin poder remediarlo. Lo inflamaba verla encrespada, lo fascinaba el brillo de sus ojos, el mohín

sublime con que fruncía los labios y el movimiento de su pie golpeteando el suelo, aguardando una respuesta.

—No es adecuado para un viaje. ¿Qué hay del resto, señora Rusell?

—Desde luego, tengo otros trajes, por si no le agrada del todo el que lleva puesto, uno de ellos verde y otro de tono amarillo que iría muy bien con el color de sus ojos —repuso la dueña de la tienda aceleradamente, abochornada aún por la confusión—. Aunque me temo que ambos estaban pensados para una muchacha más alta.

—Nos quedamos con los tres. Volveremos en una hora. ¿Tendrá tiempo de arreglarlos y preparar lo demás?

—Por supuesto, milord, ahora mismo pongo a mis muchachas a trabajar.

—Nada de *por supuesto* —se negó Tatiana—. No voy a ir a ningún viaje, así que no se moleste, señora.

—Trabajas para mí, muchacha, ¿lo has olvidado?

—Obligada, pero sí, trabajo para usted. De criada, recuérdelo.

—De lo que yo diga —resolvió Darel, cogiéndola del brazo y exhortándola a regresar al probador—. Elige los zapatos y dejemos trabajar a la señora Rusell.

—¡No pienso ir con usted a ningún viaje!

La mandíbula de Gresham se tensó, su rostro adquirió

la dureza del pedernal enfrentándose a ella.

—Haremos uno más corto, entonces —dijo en un tono de voz que no admitía réplica—, y mucho más sombrío.

Bond Street bullía de actividad cuando, a regañadientes, Tatiana aceptó acompañar a Darel fuera de la tienda para visitar otros comercios, donde, si lo deseaba, podría adquirir alguna que otra cosa que completara su nueva indumentaria.

A ella se le iban los ojos hacia los coquetos bolsitos, los sombreros con plumas o las rutilantes joyas expuestas en algunos escaparates, pero se negó en redondo a permitir que le comprara nada más, por mucho que deseara volver a sentir sobre su piel el tacto de una alhaja. Si lord Winter pensaba engatusarla con regalos, iba a tener que armarse de paciencia.

—Tomemos un refrigerio —dijo Gresham, viendo que no se decidía a entrar en ninguna tienda—. Tal vez en un club, donde podamos hablar.

—¿De ese intrigante viaje que tiene planeado?

—¡Por Dios, chiquilla! No hay nada de intrigante, se trata simplemente de un intercambio: unos cuantos trapos a cambio de tus conocimientos.

—No sabía que estuviera interesado en las labores de limpieza, milord —repuso con sorna.

—Lo que me interesa es tu dominio del francés.

—¿Cómo sabe que...?

—Te oí hablar con la señora Temple. He de entrevistarme con una persona y no estoy familiarizado con el idioma —fingió como un bellaco—, siempre se me ha atragantado, así que hazte a la idea de que las ropas son el pago por tu trabajo de intérprete.

Tatiana asintió, ligeramente más tranquila. Sólo ligeramente, porque no la sosegaba en absoluto que él anduviese fisgando a sus espaldas. Cuanto menos supiese de ella, mucho mejor. Tarde o temprano tendría que marcharse y no quería dejar atrás puertas abiertas, nada que la atase a Inglaterra.

Pero al mirarlo flaqueaba e incluso sus ansias de venganza mermaban. Lord Winter era un hombre capaz de hacer olvidar sus votos a cualquier mujer, fuera casada, soltera, viuda o monja. Aquel aire condescendiente a veces, tirano otras, fascinante siempre, lo rodeaba de un halo que hechizaba. Su arrolladora personalidad la incitaba a intimar un poco más. Sin embargo, sabía que no debía dejarse arrastrar por la atracción que sentía hacia ese hombre y, aunque en un principio se sintió más segura al amparo que

le proporcionaba el trabajo de sirvienta en su casa, él le había dejado bastante claro que, a la menor réplica, podría enviarla de vuelta a presidio, una realidad nada desdeñable.

Necesitaba el dinero de su sueldo si quería regresar a Orlovenia, entrevistarse con sus leales y recuperar lo que le correspondía, pero no dudaría en huir al hediondo edificio donde había compartido habitación con Anna antes que doblegarse a los caprichos de un sujeto que destilaba autosuficiencia y, por si fuera poco, le nublabla la mente cada vez que lo tenía cerca.

Al doblar la esquina, un sobresalto la paralizó y el corazón le empezó a latir descompasadamente. Se quedó allí parada, sin reaccionar, a pesar de que su cerebro le gritaba que diera media vuelta y echase a correr.

Tres individuos avanzaban hacia ellos casi a paso marcial, pero Tatiana solamente tenía ojos para el más alto. Un hombre al que conocía muy bien. Era alguien a quien ella había apreciado, en quien confió y al que su padre otorgó su amistad. Su nombre le subió a la garganta como hiel, pero en un ejercicio de contención titánico, se abstuvo de decirlo en voz alta: Yuri Kovenko.

«Esto no lo haría nunca una dama, pero no tengo alternativa», pensó.

Se cubrió la cabeza con la capucha, se volvió de

espaldas y agarró con desesperación las solapas de la levita de Gresham. Se pegó a él al tiempo que lo arrastraba hacia el cercano callejón y pedía:

—Béseme.

—¿Qué?

—¡Béseme! —lo urgió ella, presionando su pequeña mano sobre su nuca.

Aquella boca había sido objeto de deseo de Darel desde que descubrió que su identidad no se correspondía con la de un pillastre. Había soñado con aquellos labios tan reiteradamente sin atreverse a probarlos... Porque, a pesar de su fama de libertino, nunca había osado invadir los límites privados de quienes trabajaban para él.

La extraña, vehemente y súbita petición y el modo en que Tatiana se apretó contra él, le provocaron una repentina tirantez en los pantalones. ¡Por las calderas de Satanás! Él tenía sus principios, que no siempre se acomodaban a las normas sociales y distaban mucho de ser virtuosos.

Con el brazo izquierdo le rodeó el talle para pegarla a él, mientras con la mano derecha acariciaba aquel rostro que lo seducía de día y llenaba sus noches impidiéndole dormir. Devoró la boca por la que deliraba y que ahora se le entregaba sin condiciones.

Un individuo no se ahorró un comentario que sonó a

burla al pasar por su lado. Darel no le prestó atención, ocupado como estaba en saborear una miel que colmaba su paladar con aroma a dulzura, a ensueño, a pasión y a mujer que temblaba en sus brazos, devolviéndole la caricia. Su libido se disparó. Acababa de encontrar el Cielo y se iba a negar a abandonarlo.

Tatiana lo hizo regresar a Tierra interponiendo sus manos entre su pecho y ella, separándose tan pronto como advirtió que su enemigo se alejaba, perdiéndose en el bullicio de la ciudad. Lo que no pudo hacer fue apartar los ojos, clavados en otros oscuros que desprendían lujuria. Imposible librarse de su atracción hipnótica, cuando todo su cuerpo se estremecía por un deseo incipiente que él había despertado besándola.

Nunca hubiera imaginado que un beso, un simple beso, llegara a provocar en ella más miedo que la amenaza de encontrarse cara a cara con el hombre que había devastado su existencia en Vernon. Porque lord Winter la dejaba sin fuerzas, sumida en un delirio del que no quería escapar.

—Lo siento —se excusó, agachando la cabeza, completamente abochornada, consciente de haberse adentrado en un terreno pantanoso.

—Te juro, pequeña, que yo no —replicó Darel, pasándole los nudillos por la mejilla—. ¿Lo has pensado

mejor?

—¿Qué? ¿Cómo? —balbució, dándose tiempo para mitigar el deseo de volver a unir su boca a la de él, cada fibra de su cuerpo vibrando al compás de sus labios.

—Podrías obtener de mí cuanto quisieras, Tatiana.

Ella alzó la cabeza tan de prisa, escandalizada por su indecorosa propuesta, que le propinó sin querer un golpe en el mentón. Darel retrocedió un paso, masajeándose la barbilla.

—Si esto es un no, no pienso aceptarlo.

Sonreía como un demonio y a ella, en el fondo, esa actitud la halagaba.

Lo había burlado en la goleta, lo había atracado, a punto había estado de dejarse los dientes en la barandilla de la escalera al resbalar con el agua del cubo, ahora lo golpeaba sin querer... Cualquiera diría que lord Winter corría más peligro que ella cuando estaban juntos. Además, él parecía no tomarse nada en serio. A cada segundo que pasaba se encontraba más fascinada por su forma de ser, le costaba un esfuerzo enorme mostrarse fría. Hacía tanto tiempo que no vivía esa alegría que se dejó llevar por su comentario burlón.

—Una oferta tan disparatada merecía incluso un golpe más contundente, milord.

Darel se apartó con una carcajada. Luego, con cierta confianza, la cogió del brazo y echaron a andar.

Frente a una bebida caliente y unos exquisitos dulces, todo se veía de otra forma. Más aún teniendo delante a un calavera tan encantador. Tatiana intentó relajarse, disfrutando en silencio del refrigerio, aunque la mirada oscura de su patrón, clavada en ella, se lo impedía. ¿Por qué no decía nada? ¿Por qué solo la miraba como un lobo?

Siempre se había creído una muchacha segura de sí misma, convencida de valorar bien a las personas al primer golpe de vista, pero con Winter esa premisa se iba al traste. No sabía cómo catalogarlo. Por un lado, veía al aristócrata petulante, consciente de las ventajas que le otorgaba su título y del atractivo que tenía para las mujeres. Por otro, el aura de misterio que lo rodeaba lo retrataba como un vividor, un osado capitán de corsarios que se había cruzado en su vida en alta mar. En realidad, ¿cuál de los dos era?

Carraspeó, dejó la taza sobre el plato y se atrevió a encarar su mirada.

—¿Un pastelillo más? —ofreció él.

—Gracias. Ha dicho que teníamos que hablar, milord.

Darel pasó un brazo por el respaldo de su asiento y estiró sus largas piernas bajo la mesa, adoptando una postura relajada que sólo pretendía ponerla nerviosa.

Tatiana retiró de inmediato el pie que entró en contacto con el suyo, reacción que él esperaba. La fierecilla ya no lo era tanto. Le proporcionaba una perversa satisfacción saberla pendiente de él y a la defensiva, como demostraba su mano temblorosa al tomar un dulce.

—¿Quién eres en realidad, Incordio?

—No me llame así.

—Es lo que eres. Desde que me crucé contigo, no has hecho más que darme problemas.

—Entonces, déjeme marchar.

—¿Al lugar del que te saqué?

—Al lugar donde vivía.

—Los barrios bajos. —Chascó la lengua—. No. Tú no perteneces a esas calles, pequeña. No me preguntes cómo lo sé, pero no te has criado entre ladrones y prostitutas, aunque hayas terminado siendo una de ellos.

A Tatiana se le subieron los colores. Y la rabia. ¿Qué le hacía pensar que ella vendía sus favores a los hombres? La humillaba sin pruebas. Un truhán que se escudaba en su título de lord para despojar barcos, tenía la osadía de insultarla. ¡A ella!, por cuyas venas corría sangre real. Recordando quién era, levantó el mentón con gesto majestuoso.

—¿Y usted, milord, quién es? ¿Un noble o un vulgar

pirata?

Tras su pregunta, demasiado irrespetuosa tal vez, Gresham se limitó a pedir la cuenta, sin molestarse en contestar. Tampoco Tatiana esperaba que lo hiciera, pero había conseguido lo que quería: que dejara de escarbar en su pasado.

Sin abrir la boca, habían regresado a la tienda, recogido las compras que Darel cargó en su cuenta, subido al carruaje y emprendido camino hacia la mansión en el mutismo más absoluto. Por eso la sorprendió su voz dándole explicaciones:

—A veces me entretengo haciendo encargos para la corona.

Ella dejó caer la cortinilla, desentendiéndose de lo que sucedía en las calles por las que transitaban para prestarle atención. No supo dónde colocar las manos, intimidada por sus ojos escrutadores, optando finalmente por cruzarse de brazos, sin atreverse a mirarlo de frente.

Darel se distrajo con su busto, que se elevaba pleno bajo la capa abierta, al ritmo de su respiración, y volvieron

a asaltarlo pensamientos nada decorosos, especulaciones que invadían su cabeza desde que la acogió bajo su techo, ensoñaciones que lo estaban volviendo loco. Frenó la deriva de sus pensamientos rebulléndose en el asiento como si hubiera encontrado púas bajo el trasero.

También él, en el fondo, se sabía vulnerable. ¿Por qué, si no, había tenido que darle explicaciones? Ella no era nadie y a lord Winter no se le discutía.

—¿Quiere usted decir que es algo así como... un espía?

—En absoluto. Se trata tan sólo de simples transacciones comerciales. Yo hago un trabajo por el que obtengo ciertas ventajas para mi compañía. En Folkestone...

—No me interesa lo que tenga que hacer en ese lugar —lo cortó Tatiana, refugiándose de nuevo en el entretenimiento que le concedía el ajetreo de viandantes y carruajes con los que se cruzaban; cualquier cosa con tal de no mirarlo, porque hacerlo significaba rendirse a aquellas facciones viriles que desataban en ella apetitos desconocidos hasta entonces—. No quiero que me explique nada.

—Me había parecido que sí.

—Sólo trataba de hacerle ver que su vida y la mía no van en paralelo. Yo no sé nada de usted y usted se olvida de mí.

—Quien nada tiene que ocultar, nada teme.

—¿He dicho yo que temiera algo?

—Me había parecido que sí —repitió Darel.

—Demasiada imaginación, milord.

—Uno de mis defectos —asintió él con una sonrisa y los ojos clavados en aquel rostro sereno y altanero, más propio de una dama que de una buscavidas.

—¿Cuánto tiempo nos llevará ese viaje?

—Partiremos mañana. Si no surgen inconvenientes, estaremos en Folkestone a la caída de la tarde, llevaré a cabo mi cometido allí, pernoctaremos y, en un par de días, estarás de nuevo limpiando cristales... si sigues empeñada en desestimar mi oferta.

A Tatiana le desagradó el comentario en sus dos vertientes. Por un lado, la ponía en guardia el hecho de pasar la noche fuera y, por otro, él rehuía toda sutileza con la alusión a su condición de sirvienta.

—¿Quién nos acompañará? ¿Jenny?

—No. Viajaremos solos.

—Una señorita no debe viajar sin acompañante, lo siento.

—De acuerdo en eso. Pero, mi bravía muchachita —replicó Darel con voz inusualmente baja e inclinándose hacia ella, haciendo que se replegara contra el asiento—, olvidas que tú no eres una señorita. ¿No irás a decirme

ahora que tienes que viajar a solas conmigo?

—Debería.

—¿Dónde ha quedado el valor que demostraste al asaltarme? ¿Se ha ido por el sumidero con el agua de fregar los suelos?

—¡Es usted un...!

—Mejor no lo digas. Algo ya nos conocemos, así que no me vengas con remilgos de moza inmaculada. Ambos sabemos lo que eres.

Tatiana se mordió la lengua por no soltarle la retahíla de insultos que pugnaban por salir de sus labios. Agachó la cabeza y apretó los párpados para evitar que las lágrimas se le derramasen. Se sentía sucia, sí. Había caído tan bajo que carecía de fuerza moral para acallar sus agravios, aunque la asistiera la lógica de la supervivencia.

Se encontraba entre la espada y la pared. Anhelaba alejarse de un sujeto que la zahería recordándole hasta dónde había caído, pero la ataba una razón que la perseguía desde Orlovenia.

Una y otra vez se preguntaba cómo era posible que la hubiesen rastreado hasta Londres; toda pista debería haberse perdido en el barco holandés. La cuestión era que lo habían hecho y así estaban las cosas, por tanto no podía ni debía arriesgarse, tenía que permanecer escondida.

Soportaría cuantas pullas le llovieran de lord Winter, pero no se expondría a caer en manos de los hombres que mataron a su padre.

Sin embargo, bloquearía cualquier intento de seducción sin ceder un palmo, así como tampoco olvidaría las numerosas humillaciones a las que estaba siendo sometida. Tarde o temprano haría que se las tragase una a una.

Jenny no dejó de parlotear mientras desenvolvían la ropa de la tienda para guardarla en el maletín de viaje.

—¡Dios mío! Lo que yo daría por tener unas medias como éstas, Tatiana. ¿Y las enaguas? ¿Ha visto las enaguas, señora Temple?

—Imposible no verlas si me las estás poniendo en las narices, muchacha —rezongó el ama de llaves—. Vamos, baja a la cocina y vigila el pastel que hay en el horno, porque si seguimos aquí las tres acabará por quemarse.

Tan pronto como se quedaron a solas, Clarisse no se anduvo por las ramas.

—¿Te has preguntado qué va a querer milord a cambio de estos regalos?

Tatiana enrojeció, pero tan sólo muy brevemente, rehaciéndose en el acto, porque nada tenía que ocultar.

—Que le sirva de intérprete. Solamente eso.

—¿Intérprete? ¿De qué?

—Me oyó hablar en francés con usted y como él no domina el idioma me ha pedido que lo acompañe.

La francesa soltó un resoplido nada elegante y cerró la bolsa de viaje de un manotazo. En el tiempo que la muchacha llevaba sirviendo en la casa, había llegado a encariñarse con ella, por tanto no le gustaba nada el cariz que estaba tomando su relación con el amo. Todos sabían que, en asuntos de faldas, Gresham nunca daba puntadas sin hilo.

Era un indigno proceder echar mano de un embuste semejante para ganarse la confianza de la chiquilla. Así que no dominaba el francés, el muy cuentista. A otro perro con ese hueso, ella sabía que no era cierto, pues más de una vez habían mantenido conversaciones en su idioma natal.

A punto estuvo de descubrir el engaño, pero se contuvo. Ella no era quién para poner en entredicho al hombre que le daba el sustento, por mucho que la soliviantara tan burda patraña.

—No sé qué estabas haciendo en Newgate, muchacha —dijo con voz neutra—, Cornelio no ha querido soltar la lengua, pero soy vieja ya y estoy de vuelta de muchas cosas. Alguna circunstancia entre milord y tú ha despertado su

curiosidad... y su interés por ti. Ningún hombre hace estos regalos si no espera a cambio algo más que un simple servicio de intérprete.

—Milord puede guardarse su interés donde le quepa, señora Temple, de eso puede estar segura. Ni por asomo pienso alimentar esas supuestas intenciones, ni voy a caer en sus redes.

—Luego, lo está intentando.

—Supongo que como novedad que soy para él, tan distinta a las damas de alcurnia con las que habitualmente debe de tratar.

—Hasta ahora nunca había reparado en nadie del servicio. ¿Qué tienes tú de especial? No voy a negar que eres bonita y que él es un poco tarambana, pero estoy segura de que hay otra causa —insistía terca, empeñada en enterarse.

Tatiana intuyó que tarde o temprano se iba a saber. Le costaba trabajo confesarse con el ama de llaves, pero terminó por admitir:

—Lo asalté tiempo atrás.

—¿Cómo?!

—Necesitaba dinero con urgencia, estaba desesperada.

—¡Santa Madre de Dios!, pero ¿qué dices?

—Lo lamenté muchísimo después, pero ¿qué otra

opción tenía? Ese dinero significaba la vida para una persona y a él no lo arruinaría perder algunas monedas. Hice lo que tenía que hacer.

—Ni mucho menos. Hiciste una locura, muchacha. De no haber sido por la benevolencia de lord Winter, ahora podías estar colgando de una soga.

—A veces pienso que he sido muy afortunada, sí — repuso, echándose a llorar desconsoladamente.

—Vale, vale, niña. —Clarisse la abrazó para calmar su congoja—. Sea lo que sea lo que te haya sucedido, la violencia no es la solución. Ni lo son las calles, Tatiana.

—Tampoco lo es terminar como una mantenida.

—Ciertamente que no, pero siempre sería mejor ser la protegida de milord que soportar a los borrachos que buscaran tus favores en los arrabales. A fin de cuentas, aquí tienes un techo, comida, ropa y el amo no deja de ser un caballero de inmejorable familia, que cuidaría de ti.

Ella volvió a estallar en sollozos sin poder reprimirse. Por un momento deseó gritar a los cuatro vientos quién era realmente, aunque la tierra se abriese luego bajo sus pies. Se ahogaba en su propia frustración por tener que mantener en secreto su verdadera condición. Dudaba, no obstante, de que fueran a creerla. ¿En qué se iba a apoyar para demostrarlo?

Se secó las lágrimas, cuadró los hombros y se sacudió de encima el desánimo, porque tenía que sacar fuerzas de flaqueza. No había vuelta atrás, debería lidiar con lo que le había tocado en suerte: lord Winter y lo que ello suponía, para mal o para bien, porque no dejaba de ser cierto que le había sabido a gloria el sabor de su boca, perfectamente cincelada, y el terremoto que su contacto había levantado en ella.

Aquella noche no fue capaz de pegar ojo, consciente de que sus principios flaqueaban invocando la figura de su protector, preguntándose si en realidad sería tan horrible dejarse arrastrar por una pasión que cobraba fuerza segundo a segundo. Evocó sus ojos ardientes, su magnífico cuerpo, su sonrisa irónica, su pelo oscuro, sus manos... Soñó despierta con estar en brazos de Darel Gresham.

El amanecer la encontró agotada y ojerosa. Y, lo que era peor, convencida de que si él se proponía seducirla, claudicaría como una estúpida.

Londres empezaba a despertar con su ajetreo diario cuando emprendieron viaje con un Lynton bostezante y amodorrado sobre el pescante, que se había levantado de la cama un par de horas antes para tenerlo todo preparado. También Clarisse había madrugado para proveerlos de algunas viandas para el camino, a pesar de que Darel le había dicho que pararían a mitad del trayecto. Una cesta con vino, queso, pastel de manzana y algo de fruta los esperaba en un rincón del carruaje.

Con el estómago revuelto por la mala noche pasada, Tatiana se subió al coche porque no tenía más remedio. Darel, que no tenía mejor semblante que ella, pareció percatarse de su incomodidad, pero aquéllas no eran horas para mantener una conversación.

Evitando cruzar su mirada con él, Tatiana se dedicó a hojear un libro de ilustraciones que Jenny le había prestado la noche anterior, un tesoro que la chica guardaba con todo mimo. Se trataba de un pequeño ejemplar, rústicamente encuadernado, de acuarelas pintadas por su padre,

plasmando distintos momentos de la vida de los labradores del pueblo donde ella había nacido, una pequeña villa al norte de Leeds.

Amante de la pintura como era, Tatiana se interesó de inmediato por un trabajo que destilaba amor al paisaje y a sus gentes, pero la falta de sueño, el traqueteo del carruaje y el delicioso calor que le proporcionaba la capa y la manta que, caballerosamente, Gresham había extendido sobre sus rodillas antes de partir, la sumieron en un duermevela aletargado. Casi sin darse cuenta, dejó el libro a un lado, reclinó la cabeza en el respaldo del asiento y cerró los ojos, quedándose dormida.

Darel hubiese dado la mitad de su fortuna por poder imitarla. Tampoco él había tenido una buena noche. Se quedó dormido en cuanto se acostó, pero se despertó intranquilo, rondándole la idea de que estaba tratando a Tatiana como un villano y ya no pudo conciliar el sueño. Hasta que la conoció, sus conquistas se guiaban por pautas directas, sin subterfugios: él buscaba desahogo sexual y ellas aceptaban el juego. Ahora, sin embargo, estaba abusando de su posición de dominio, una forma de chantaje a través del miedo que tenía Tatiana de volver a presidio, o aprovechándose de una burda mentira para hacer que lo acompañase, propiciando la oportunidad de seducirla.

No, no estaba satisfecho con su conducta y se lo recriminaba una y otra vez. Pero en aquel momento, observando su rostro nacarado, sus largas y espesas pestañas sombreando sus mejillas, el fruncimiento enloquecedor de sus labios mientras dormía, se había olvidado de cualquier remordimiento.

Aquella mujer había conseguido nublarle la mente desde el primer instante, incluso recordaba haber soñado con sus ojos, tras el asalto, en más de una ocasión. Tenía que ser suya, así de sencillo. Nunca antes había deseado a nadie con tanta vehemencia.

Fijó la mirada en las manos de Tatiana. Ligeramente enrojecidas por el trabajo, se dijo, pero que, no obstante, se veían delicadas e incluso mantenía las uñas cuidadas, un gesto de coquetería y aliño poco habitual en una criada. Nada habitual.

Un repentino vaivén del carruaje hizo tambalearse a la chica, que se despertó de golpe. Impulsada de su asiento, a punto estuvo de caerse, algo que Darel impidió con presteza.

Al instante siguiente, Tatiana se encontraba en la cárcel de unos brazos protectores, adosada a un pecho granítico y tan cerca su rostro del de Gresham que se le cortó la respiración.

Su conciencia le pedía separarse de él, del calor que emanaba aquel cuerpo masculino que la hacía temblar, de la fascinación de unos ojos oscuros y ardientes que le arrebataban las fuerzas.

A él, por el contrario, le volvió sin freno el apetito, que lo convulsionó de pies a cabeza, tan pronto como la tuvo entre sus brazos, aunque su primera inclinación fue volverla a dejar sentada.

Ninguno hizo nada por poner distancia, absorbiendo en silencio las facciones del otro, aspirando su mutuo aliento, recreándose en la delicia de mantener sus cuerpos unidos.

Para ella, Darel representaba el descubrimiento de unas sensaciones hasta entonces desconocidas; para él, Tatiana era la tentación femenina por la que se dejaría arrastrar al infierno. La sangre le bullía en las venas, provocando en su hombría una comezón embarazosa. Si besarla implicaba ir de cabeza al Averno, viajaría allí gustoso. Se acercó aún más a su frágil figura, pegándola a su pecho, y bajó la cabeza para tomar su boca.

Las defensas de Tatiana desfallecían bajo la presión de unos labios que la subyugaban. No sólo eso, que exigían respuesta y, siguiendo sus instintos, se la dio.

Fue un estallido de fuegos artificiales, dejó de respirar, temió que el corazón se le desbocara. Lord Winter

personificaba la pasión y el pecado. Le pasó un brazo tras el cuello en un vano intento de acercarse más a él, como si quisiera borrar la barrera física. Se dejó llevar, mecida por el vaivén de la caricia, saboreando la boca masculina, hambrienta y exigente, poniendo en el beso su alma.

Los instintos de Darel lo empujaban a dejar de lado los prejuicios morales. Deseaba a Tatiana. Hubiera querido tumbarla en el suelo, desnudarla, recrearse en su cuerpo joven, poseerla. Codiciaba tenerla por entero, no unas migajas robadas con alevosía. Sus labios resiguieron los de ella, indagaron el interior de su boca, coquetearon con las comisuras. La sentó sobre sus rodillas, le ciñó con más fuerza el talle y con su mano libre indagó entre los metros de tela del vestido hasta encontrar la suavidad de sus muslos.

Tatiana gimió y sus dedos se engarfiaron presurosos en su cabello, invitándolo a ahondar en la voluptuosidad de su cuerpo. El incentivo era como para hacerle perder la cabeza a cualquier hombre que se preciara de serlo. Y Gresham se preciaba de ello.

El tacto de la piel caliente de Tatiana lo enfervorizó. Seda pura. Ascendió su mano a lo largo de su pierna, escalando con deleite, presuroso por llegar al lugar en el que deseaba perderse...

Ardiendo de pasión, ella se dio cuenta de que caminaba en el límite de una línea sin retorno, pero poco importaba ya. Quería darse a él, besar su boca, sentir sus brazos estrechándola. ¿Por qué negárselo, cuando era lo que exigía su alma? Sin querer, se le escapó un sollozo de felicidad.

Un segundo después, se encontraba apartada del cuerpo masculino, sentada frente a él, que le acomodaba las faldas con el azoramiento de un alumno pillado en falta. Se lo quedó mirando sin entender nada, con el corazón latiendo como un potro desbocado, expulsada del calor de su abrazo, del sabor de su boca, que, en ese instante, extrañamente, mostraba un rictus sombrío.

—Lo siento —lo oyó decir en un susurro, mientras se pasaba la mano por el oscuro cabello despeinado.

¡Maldición! Acababa de colocar entre ellos una barrera para evitar seducirla, por mucho que lo deseara. No era el lugar ni el momento.

—Yo... No...

—No es propio de mí un comportamiento semejante, te pido disculpas, Tatiana. Por favor, olvida lo que ha pasado.

¿Olvidar? ¿Borrar de su memoria que hacía solamente unos segundos había creído encontrarse en las nubes? ¿Enterrar en la nada la llama que él había conseguido avivar en su corazón? Sin duda estaba loco.

Roja como la grana, palmeó con fuerza la mano que trataba de colocarle bien el vestido, retrayéndose en el asiento. Un vacío doloroso se alojó allí donde segundos antes vibraba la euforia por sus besos. Porque, justo entonces, lo comprendió. Comprendió que lord Winter, rechazándola, había recobrado la cordura. ¿Quién era ella a sus ojos, sino una fregona que rescató de Newgate? Sin duda lo había pensado mejor, ella no respondía al perfil de dama a quien prodigarle caricias o afecto.

Hubiera gritado furiosa, lo hubiera abofeteado de resentimiento, pero intentó recuperar la serenidad, razonando que debía comportarse como la princesa que era, sin demostrar su humillación arañando su rostro moreno y atractivo. No. No le daría la satisfacción de mostrarse ante él como una ramera despechada. Alzó el mentón, se envolvió en la capa y clavó en él sus ojos.

—Olvidado está, milord, no ha tenido mayor importancia. Considérelo como un simple intercambio efusivo que no volverá a repetirse.

Darel recibió de lleno el embate de su dura mirada y la aspereza de sus palabras. Tatiana acababa de asestarle una puñalada que lo atravesó. No, rectificó, él mismo acababa de acuchillarse dejándola libre, renegando de su boca, vencido. ¿Cómo explicarle que no la rechazaba, que ansiaba

tomarla de nuevo en sus brazos, pero que ella no merecía un lugar como aquél, que quería poseerla entre sedas?

Veía en sus ojos que no iba a creerle dijera lo que dijese. ¡Qué equivocada estaba! Darel nunca había estado tan lejos de considerar su breve interludio amoroso como un simple intercambio de efusividad... Descorrió las cortinas con gesto adusto y fijó la vista en el exterior, procurando ralentizar sus desbocadas pulsaciones. Rodaban ya por campo abierto.

—Haremos una parada en Maidstone —fue todo lo que acertó a decir.

La oscilación del carruaje y la tensión soterrada entre ambos hicieron que Tatiana llegara agotada a Maidstone, un pequeño pueblo ubicado a orillas del río Medway. Lynton colocó la escalerilla, Darel descendió y le ofreció su mano a la muchacha. Pero ella, desestimando su gesto, esperó a que fuera el cochero quien la ayudase a bajar del vehículo, agradeciéndole la deferencia con su mejor sonrisa.

La posada parecía acogedora. Construida en piedra oscura, con grandes ventanas que daban al oeste, tenía una bonita entrada con el colorido vibrante de numerosos maceteros en flor.

Tatiana dejó que lord Winter se adelantara para solicitar un salón privado en el que tomar un bocado antes de continuar viaje, mientras ella observaba el paisaje que la rodeaba. A pesar de la ligera llovizna que extendía una suave cortina sobre los campos, el panorama que se abría ante sus ojos era espléndido, de un verde lujurioso, bañado por los tonos violeta que iba adquiriendo el horizonte. La campiña inglesa era una alfombra ondulada que templaba su

ánimo, lo que la hizo pensar que el país no sólo le gustaba, sino que le iba a costar abandonarlo, algo que tendría que hacer tarde o temprano.

Lynton rehusó acompañarlos, prefiriendo atender a los caballos y unirse luego a un cuarteto que jugaba a los naipes junto a la chimenea.

El salón privado que les cedieron era una habitación de tamaño medio, inmaculadamente limpia, donde se había dispuesto una mesa, sillas y un pequeño canapé. Desde la ventana, por la que se colaban los mortecinos rayos de sol que creaban un arcoíris entre las nubes, se podía seguir la línea plateada del río. Tatiana se acodó allí, sumiéndose en el sosiego de su momentáneo aislamiento, bruscamente interrumpido por la entrada de Darel.

—Aquí elaboran una cerveza extraordinaria —le informó él, deshaciéndose ya de la capa y el sombrero.

Ella no le contestó. Bebiera lo que bebiese, estaba segura que le sabría a hiel. Sólo se acercó a la puerta, que mantuvo abierta. Por nada del mundo deseaba quedarse encerrada a solas con lord Winter tras la experiencia en el carruaje.

Gresham captó el detalle, pero aceptó la ausencia de privacidad. Se acomodó, a la espera de que les sirvieran lo que había solicitado, pendiente de los movimientos de la

muchacha, que doblaba con pulcritud su capa y guardaba las distancias. Muy poco después, entró una sirvienta joven que dispuso con diligencia la mesa.

La simple visión de la comida despertó el apetito de Tatiana, que aceptó la invitación de Darel, sentándose frente a él. Recordó cuántas veces se había quedado mirando los manjares de algún establecimiento del que había sido alejada con cajas destempladas. Ahora, sin embargo, se la trataba como a una dama. Todo por el mero hecho de ir vestida como tal, a la sombra de un hombre cuya posición dignificaba por sí sola a quien lo acompañaba.

La vida no era justa, se dijo, prometiéndose que, cuando regresara a Orlovenia, promovería leyes para proteger a los menos favorecidos. Nada como bregar con la penuria para valorar las necesidades básicas.

—Nos serviremos solos, gracias —le dijo Darel a la criada.

Con una inclinación de cabeza, la muchacha desapareció, cerrando la puerta tras de sí. Tatiana se envaró, porque hubiera preferido que no se quedasen a solas; se sentía como si estuviera encerrada en una pecera con un tiburón. Inevitablemente, dirigía fugaces miradas a la puerta.

—No voy a abalanzarme sobre ti, tranquilízate. Si quieres, la dejaremos abierta, pero no podremos evitar que nos llegue el barullo de la taberna.

—No es necesario.

—Entonces... ¿se ha armado ya de valor ese cuerpecito tuyo?

—Nunca me ha faltado, milord.

Darel sabía que mentía, pero no insistió. Le sirvió una porción de empanada de carne, escanciando luego cerveza en ambos vasos. Levantó el suyo sin apartar la vista de su rostro acalorado.

—¿Por una tregua?

—Sea —asintió Tatiana.

La cerveza estaba rica, tenía sed y el sarcasmo de Winter no iba a impedir que saciara su estómago, necesitado de alimento desde el día anterior. A decir verdad, se sentía desfallecida. Deberían haber hecho una parada y tomado algún bocado de las viandas preparadas con tanto esmero por Clarisse, pero no le había parecido adecuado pedirlo ella para no retrasar la marcha. La empanada le supo a manjar de dioses.

Mientras comían, Darel no dejó de observarla. La chica lo hacía de un modo elegante, tomando pequeños bocados, con los ojos fijos en el plato y al frente, sin apenas

detenerlos en él. Era empecinada, no daba su brazo a torcer con facilidad, iba a ser un desafío conseguir que se rindiera. Pero eso, casualmente, era lo que más lo empujaba a seducirla, lo que activaba su libido. Ganarse su favor sin esfuerzo no era recompensa, todo lo contrario, el triunfo requería pelea, por eso le sabría mejor.

—Háblame de ti, Tatiana.

Ella alzó un instante sus ojos dorados. Y se arrepintió al momento. Relajado, con el cabello un poco revuelto, lord Winter la atraía y no podía evitarlo. Sus manos, grandes, cuidadas, elegantes... Acariciaba el borde del vaso con un dedo índice, con una cadencia que la hizo desear que lo pasara por sus labios. Se le aceleró el corazón, carraspeó, dejó a un lado el tenedor y dijo:

—Lo sabe todo de mí, milord.

—Muy al contrario, eres un enigma. ¿Qué hacías en el barco holandés? ¿Por qué huiste del mío? ¿Cómo sobrevivías en los arrabales de Londres? ¿Por qué me...?

—Le dije que no me gusta que indaguen en mi vida —lo cortó ella.

Darel calló, sirviendo más cerveza a ambos.

—Sólo pretendo conocerte un poco más.

—Saldré de su vida antes de que pueda darse cuenta, así que es un intento baldío.

Tatiana no estaba acostumbrada a beber. Con el segundo vaso empezó a relajarse, sin que por ello dejara de notar que el hombre que tenía enfrente seguía comiéndosela con los ojos. Su temple se resquebrajaba ante alguien como él, que irradiaba seguridad, atractivo y cinismo a partes iguales. Por un segundo lo imaginó a sus pies, suplicando. Pero el ensueño se esfumó, porque no era de los que rogaban, al contrario, estaba acostumbrado a tomar. No rechazó un poco más de cerveza, aunque dudaba que le conviniera.

—Yo era princesa... —comentó, como quien gasta una broma.

—... de un país muy, muy lejano... —continuó él por la senda que creyó que era humor.

—Eso es. —Ella forzó una sonrisa.

—Pero te aburrías y decidiste vivir una vida más intensa, por eso te dedicaste a robar.

Ahí estaba su otro yo, el que difuminaba su halo sensual, que, por otra parte, la cerveza empezaba a desfigurar.

Entre alguna risa tonta, a Tatiana se le colaban hipidos sueltos. Dejó el vaso, que a punto estuvo de caérsele e, inclinándose hacia adelante, le dijo en tono confidencial:

—Anna necesitaba ese dinero.

—¿Anna?

—La Galesa, ya le hablé de ella. Así se la conoce. Es mi amiga.

—Entiendo.

Ella suspiró, apoyó los codos en la mesa, entrelazó los dedos y afianzó la barbilla en ellos. La sonrisa que le regaló lo dejó sin resuello. Estaba preciosa. Y borracha. Lo más dulce que Darel había visto nunca. Quería conquistarla, pero, a la vez, no sabía cómo comportarse, acostumbrado a tratar con damas de esforzada pose, de gesto estudiado para la conquista del varón de turno, de conversaciones insulsas y contenido vacío.

Tatiana, sin embargo, mostraba su alegría con espontaneidad, sin artificios, expresándose con sinceridad incluso cuando su genio vivo explosionaba. Bien podría haber sido realmente una princesa. Era como una muñeca de porcelana rescatada de un basurero y él cada vez se alegraba más de haberla sacado de su vida anterior. Pero una vocecita en su cerebro lo avisaba de que estaba nadando en aguas peligrosas. Cuanto más tiempo pasaba a su lado, más lo aturdía un afán imperioso de protegerla, una emoción que nunca antes se le había manifestado con mujer alguna. Se le estaba metiendo en la sangre.

—¿Y tu familia? —Un relámpago de desolación

atravesó los iris de ella, que bajó la mirada—. ¿No quieres hablar de ellos?

—Murieron —contestó, reprimiendo las lágrimas que afloraban a sus ojos.

Porque temía que Fedora hubiera sido víctima de los conspiradores y Kirov, al que consideraba como un segundo padre, quizá hubiera corrido la misma suerte. ¡Cuánto le hubiera gustado confiarse a él, ponerlo al tanto de sus angustias! Pero no podía hacerlo. Al fin y al cabo, ¿qué sabía de lord Winter salvo que pertenecía a una familia de abolengo? ¿Quién le decía que era acertado darle a conocer su verdadera identidad?

Él dejó de hostigarla. Algo en su interior se conmovía ante aquellas lágrimas no derramadas, que le hacían replantearse hasta dónde era lícito llegar con tal de meterla en su cama. Finalmente aparcó sus escrúpulos, princesa o prostituta era un bocado que le apetecía probar.

—¿Quieres recostarte un momento?

Tatiana desvió sus ojos hacia el canapé, entre el temor y el deseo, sin poder evitar hipar de nuevo.

—Has bebido más de la cuenta. Trata de dormir un poco. Yo me uniré a Lynton en la partida de cartas y te despertaré dentro de una hora.

Sin más, salió dejándola a solas. Como el caballero que

decía ser. O como el corsario que acechaba a un navío para abordarlo en el momento más insospechado.

Aunque avergonzada por haberse embriagado, se quedó dormida instantes después, sumiéndose en un sueño intranquilo. Cuando Darel volvió, despertándola para reemprender el viaje, se sentía peor que antes.

La llovizna había acabado por convertirse en tormenta, los caminos se tornaban intransitables y Lynton se veía obligado a refrenar el trote de los caballos para evitar un accidente. El suave zarandeo la adormilaba. Dejándose llevar por el sopor, acabó entregándose de nuevo a los brazos de Morfeo.

Soñó. Soñó que se acomodaba contra pecho de lord Winter, que él le acariciaba el rostro, besaba sus cabellos, dejaba resbalar sus labios por sus sienes. Su cuerpo respondía a la ternura de unas manos que provocaban en ella un hormigueo de bienestar.

En su fantasía, unos dedos largos se paseaban por su cuello, alcanzando la tibia carne de un hombro, el borde de su escote... La quimera era tan exquisita que se resistía a despertar; no quería volver a la realidad, sino dejarse arrullar por aquella dulzura. El espejismo, cruelmente real,

la hizo gemir.

Medio abrió los ojos, encontrándose en brazos de Gresham. Y allí se quedó, incapacitada para moverse, reflejada en sus pupilas oscuras. No había sido un sueño.

Darel no se resistió a la tentación. Dormida como estaba, bamboleándose a un lado y otro, se sentó a su lado. Como un avaro extasiándose con sus tesoros, se deleitó con su deliciosa placidez, dejando que, en su sueño, se apoyara en su hombro. Se había prometido no tocarla, solamente servirle de apoyo para su descanso, pero el suave perfume que emanaba de Tatiana barrió sus buenas intenciones. No quiso prescindir del cosquilleo en sus nudillos bailando sobre su rostro, ni del tacto de las yemas de sus dedos en su piel de alabastro. Sabía que debía parar, pero no podía, era más fuerte que él.

Ella lo miraba como si tuviera delante el fruto de su ensoñación, sin estar del todo despierta. Y él no podía desaprovechar la ocasión de volver a saciarse de sus labios, de modo que pegó los suyos a aquella boca que lo impelía al delirio. La besó con ansia, con miedo, con una pasión que hasta entonces ignoraba pudiera activarse de esa manera.

Tatiana suspiró. La boca de Darel abrasaba la suya exigiendo una respuesta que estremecía cada fibra de su

cuerpo; se sentía flotar, como si se hubiera quedado suspendida en la cresta de una ola. Se entregó al beso, pero no estaba preparada para el terremoto que se desencadenó en su pecho, seducida por la lengua de él enseñoreándose del interior de su boca, robándole el aliento.

Desde muy joven, Gresham aprendió a manejarse con solvencia en el juego amoroso, mostrándose hábil y decidido. Pero ahora iba a remolque, perdido como se hallaba de unos labios carnosos, rosados, que se le ofrecían glotonas y plenos, néctar de una diosa.

Gimió en la boca de ella, apretándola contra sí, vehemente y posesivo. Luego, perdió una vez más los papeles. Voraz, avanzó en sus caricias, tomando en el hueco de su mano uno de sus pechos.

Tatiana, incapaz de resistirse a una seducción en toda regla, ajustó su cuerpo al de él y le rogó en silencio que no se apartase, que continuara besándola. Segundos después, Darel la acomodaba en el asiento, sus dedos voraces pugnando por desabrocharle los botones del vestido, bajando la tela por sus hombros y descubriendo la trémula carne que ambicionaba besar hasta volverse loco.

Sus ojos, como carbones encendidos, se clavaron en la pequeña y palpitante cima de sus pechos, que sus manos abarcaron, agasajaron, sopesaron, y sus labios succionaron

con avidez. ¡Alabado fuese Dios! Aquella mujer lo había embrujado, la deseaba por encima del Cielo.

—¡Milord! ¡Estaremos en Folkestone en unos minutos!
—Entre ambos se coló como un cañonazo la potente voz del cochero.

Al igual que se regresa de una ensoñación, Darel y Tatiana se encontraron mirándose el uno al otro. Se incorporaron casi a la vez, ella con las mejillas arreboladas y él atusándose el cabello, súbitamente pudorosos, como dos adolescentes. Gresham volvió a ocupar su asiento, maldiciendo a Lynton cien veces seguidas por arruinarle tan placentera ocasión, y Tatiana se recolocó la ropa, cubriéndose, con el bochorno provocándole ronchones en la cara, tan azorada que no acertaba a abrocharse los botones.

Darel, haciendo que se volviera, se ocupó de la tarea, tras lo cual, sujetándola de los hombros, le pegó contra el asiento, retrepándose a su vez en el suyo. Sus miradas, aún febriles, se entrecruzaron.

—Esta vez no pienso disculparme —dijo él, para golpear a continuación el techo de la cabina y gritarle a Lynton—: ¡Para!

Abrió la puerta, saltó del carruaje con gesto hosco antes incluso de que éste se hubiera detenido y, segundos

después, con Darel acomodado junto al cochero, el vehículo se sacudía tras el restallar del látigo de éste.

Tatiana no salía de su asombro. Se recostó, sin saber cómo interpretar un comportamiento tan inconsciente. Así que el señor había decidido viajar lo que quedaba de camino en el pescante. Había estado a un paso de seducirla y ahora se hacía el ofendido, como si hubiese sido ella la causante de lo ocurrido. Ella era la que había resultado herida, pero él se ponía la venda. ¡Si sería desgraciado! Mandándolo mentalmente al cuerno, abrió la canasta de la comida, eligió la fruta más apetecible y cerró furiosamente la tapa. Dio un violento mordisco a la manzana, imaginando que era la yugular de lord Winter.

—¡Así te entrara la tiña, pedazo de cretino!

En Folkestone parecía estar reunida la mitad de toda la población inglesa. Ciudad costera, a pocas millas de territorio francés, había dado cita a un buen número de tratantes de ganado, que, según les dijeron, debatían desde hacía días otras formas de canalizar, a través del paso, su comercio con Francia. De poco les sirvió buscar dónde alojarse, todo estaba a rebosar. Únicamente la sagacidad de Gresham les consiguió, al final, una habitación en la posada en la que había quedado en encontrarse con la dama francesa.

—Para usted y la señorita les puedo ofrecer la habitación de mi hija, en la buhardilla. No es grande, pero sí dispone de una cama cómoda. Es todo lo que me queda, señor —explicó el posadero al tiempo que, con mano rápida, hacía desaparecer las monedas bajo el mostrador—. Su cochero tendrá que instalarse en el almacén, donde le haríamos hueco en algún camastro.

—No quisiera que su hija...

—Por ella no se preocupe —atajó—. A la moza le

encontraremos un catre en cualquier parte, no será la primera vez.

Tatiana, distraída con el barullo que se estaba montando en la entrada del establecimiento, tras haber cazado a un rapaz aligerando la bolsa de un comerciante, no escuchó la conversación. Escoltada por Darel, siguió al dueño de la posada, que, con sus bolsas de viaje en una mano y una palmatoria en la otra, hacía oscilar su orondo trasero, dejando atrás el pasillo donde se ubicaban las habitaciones, para ascender por una escalera estrecha y oscura que terminaba en una puerta desvencijada.

El hombre dejó caer sin cuidado sus pertenencias, depositando la palmatoria sobre la mesilla de noche. Desde abajo, llegaban las voces iracundas del sujeto al que habían robado, el rumor de las conversaciones y un olor inconfundible a efluvios de cocina.

—Aún queda guiso en los pucheros, señor, por si desean tomar un bocado.

—No será necesario. Pero le agradecería que le ofreciera algo de comer a mi cochero.

—Cuenta con ello. Que descansen.

—Aguarde. ¿Se aloja aquí una dama de nombre Houlès?

—Dice bien, mi señor. Ha llegado esta misma mañana.

Una gran mujer, de elegantes modales y generosas

maneras.

—¿En qué habitación se hospeda?

—Ocupa la cuatro, al final del corredor del piso de abajo.

—Gracias. Haga que nos suban agua caliente y toallas, por favor.

Tatiana echó un vistazo a la habitación tras la marcha del sujeto. Era sencilla, abuhardillada en el punto donde se situaba el cabecero de una cama amplia, coquetamente cubierta con una colcha de lana, presidida por una cruz de madera, único adorno que se permitía la estancia. Desde luego, no se trataba del palacio de Vernon, y distaba de la comodidad de la habitación que ocupaba en casa de lord Winter, pero había dormido en lugares mucho peores desde su llegada a Inglaterra, así que se encogió de hombros, se quitó la capa y la depositó a los pies de la cama.

Darel dejó caer la bolsa de viaje sobre el colchón sin demasiados miramientos.

—Si tienes hambre, podemos visitar alguna otra taberna. El olor del rancho que sube hasta aquí no abre el apetito, precisamente.

—Como usted guste.

Él sacó de su bolsa algunos utensilios de aseo, que dejó sobre la cómoda, así como una de las camisas limpias que

llevaba, pulcramente dobladas, y que colgó de los pies de la cama.

Tatiana no contaba con aquello. Frunció el cejo y preguntó:

—¿Qué se supone que está haciendo, milord?

—¿Qué crees tú? —respondió él, mirándola por encima del hombro—. Tenemos una cita y quiero asearme un poco. Deberías hacer otro tanto, ¿no?

—Pero... —Se le atragantó la saliva en la garganta ante tal perspectiva, por lo que no vaciló en reprocharle—: ¡Usted no puede quedarse aquí!

—¿Quién lo dice?

—El pudor más elemental, señor mío. —Se le encaró con los brazos en jarras.

—Acabásemos. Volvemos a las andadas.

—¿A las andadas?

—A hacerte la estrecha y todo eso. —Se quitó la chaqueta, la corbata y el chaleco, sacándose luego la camisa por encima de la cabeza.

El rubor cubrió el rostro de Tatiana a la vista de su torso moreno y le dio de inmediato la espalda, a pesar de lo cual no pudo evitar retener en sus retinas la imagen de su espléndida figura.

—Le ruego, milord, que busque otro cuarto para mí.

—No queda más que éste, ya lo has oído. Te guste o no, tendremos que compartirlo. ¡Vamos, Tatiana! Deja de comportarte como una puritana escandalizada, no va contigo. Nadie va a forzarte, tómatelo con calma. Para tu tranquilidad, tú ocuparás la cama... a solas. Yo me conformaré con una manta en el suelo.

Ella se volvió, espoleada por el descortés comentario, presta a soltarle cuatro frescas. No tuvo ocasión de ello, porque unos golpes en la puerta dieron paso a una muchacha con una jofaina en una mano y un par de toallas en la otra. Sin una palabra, lo dejó todo a los pies del palanganero, les hizo una reverencia y desapareció.

Tatiana estaba desconcertada. Si hubiera tenido a su alcance un objeto con que golpearle la cabeza, lo habría hecho. Se le fue la vista al crucifijo, pero abandonó la idea de inmediato; aquel bárbaro no merecía que cometiese un acto sacrílego. Cuadró los hombros, cogió su bolsa de viaje y se dirigió hacia la salida. No debía seguir allí, era inadmisibles que compartieran habitación. Winter estaba equivocado si pensaba que iba a consentirlo.

—¿Adónde crees que vas?

—Me voy con Lynton.

—Te aseguro que en el almacén estarás mucho menos segura que aquí.

—Me arriesgaré —contestó, empecinada, tratando de abrir la puerta.

No llegó a hacerlo. Se lo impidió el brazo de él, que pasó junto a su cabeza cerrando de golpe. La cogió luego del hombro, haciéndola girar como una peonza, para encontrarse casi pegada a su pecho desnudo.

De inmediato, Tatiana colocó la bolsa entre ambos, aun consciente de la fragilidad de la barrera y de lo pueril de esa actitud. Estaba asustada, muy asustada. Porque se daba cuenta de que, a poco que él se lo propusiera, no se resistiría a la atracción que exudaba aquel hombre. Le costaba un triunfo apartar la vista de su cuerpo, delgado y fibroso, que, en realidad, estaba deseando acariciar.

No quería saber nada de dignidad femenina, quería olvidarse de todo y echarse en sus brazos, como ya lo había hecho antes. El nudo que tenía en el estómago le subió a la garganta, pero se irguió retadora; por nada del mundo iba a darle el placer de que se burlara de su flaqueza.

—Cámbiate de vestido y arréglate el pelo, no tenemos tiempo para estupideces.

—No pienso dormir en este cuarto.

—Pues yo no pienso dejar que duermas en cualquier parte.

—Entonces, búsquese otro para usted.

—Tampoco tengo intenciones de hacer tal cosa. Por si no te has enterado, no queda ni un pajar libre en toda la maldita ciudad. Así están las cosas.

—Esto es un chantaje indecente.

—¡No me fastidies!

—Un maldito chantaje.

—Tal vez indecente sería que compartiéramos cama. — Justo lo que él estaba deseando, ¡maldito fuese! Después del episodio del coche, no pensaba en otra cosa más que en terminar lo que empezaron y ¡a la mierda con lo que pasara después!—. Ya te he dicho que dormiré en el suelo.

—Aun así, milord... Yo carecería de toda privacidad.

—¡Por los clavos de Cristo! Deja de incordiar de una maldita vez con tanto remilgo. Nadie diría que eres la misma mujer que me obligó a besarla en plena calle.

—¿Que yo...?!

—¿Acaso es mentira? No puedo entenderte. Te arrojas a mis brazos, te abandonas al juego más carnal en el carruaje y ahora te muestras como una melindrosa. Si quieres volverme loco, lo estás consiguiendo.

Tatiana admitió con vergüenza que lo que él decía no se apartaba un ápice de lo sucedido. Le había pedido que la besara para no darse de bruces con Kovenko, pero ¿por qué no se había contenido ella en el carruaje y le había

contenido a él más tarde? Sencillamente, porque estaba en el séptimo cielo entre sus brazos, y porque en aquel mismo instante repetiría tan excitante experiencia.

Víctima de su propia frustración, le dio un puñetazo en el estómago consiguiendo apartarlo de sí, arrojó la bolsa sobre la cama y se volvió hacia él, intentando aparentar un aire mundano.

Con una mano sobre el punto donde había recibido el golpe, Darel la miraba con los ojos entrecerrados y los labios apretados. Estaba tan guapo, que Tatiana se dio cuenta de que su desplante no era más que una pose.

—Aguardaré fuera mientras se asea, milord. Espero que usted me conceda el mismo trato.

Atravesó el pequeño espacio que los separaba, presta para salir.

Darel no se movió un milímetro, sólo se irguió aún más, encarándola. ¿Y si volvía a besarla? ¿Cómo reaccionaría ella? Con los ojos fijos en él y la determinación de una tigresa, no se inmutó. Le dejó libre el paso, ¿qué otra cosa podía hacer? La puerta se cerró tras la joven con un ruido sordo.

—¡En qué mala hora...! —la oyó blasfemar.

Tres hombres, reunidos en la habitación de un hotel desde donde se oían las campanadas de la Torre de Londres, charlaban en voz baja mientras consumían vodka, a la espera de un cuarto individuo que llegó minutos más tarde.

El recién llegado saludó marcialmente al que estaba sentado a la cabecera de la mesa, tomó asiento y se sirvió una generosa cantidad de alcohol, que ingirió de un trago. Tres rostros tensos estaban pendientes de él. Volvió a llenarse el vaso, paladeó en esa ocasión la bebida con más calma y por fin dijo:

—Está en la prisión de Newgate.

El sujeto a quien dedicó el saludo militar se relajó visiblemente. Una lenta y mordaz sonrisa estiró sus labios.

—Entonces, haremos una visita a esa prisión.

—No es tan fácil, señor. Para acceder a ella es necesario obtener un permiso.

—Consíguelo. Cueste lo que cueste. Os quiero a ti y a Sacha tras de esas rejas cuanto antes. Nuestra misión se está dilatando demasiado. La quiero en mi poder.

—He sabido que la guardia de la prisión es numerosa y que actúa sin contemplaciones.

—Cómpralos. No creo que le hagan ascos a un buen puñado de monedas.

El recién llegado asintió. La aspereza de la orden no dejaba lugar a dudas.

Kovenko se levantó, dando la reunión por finalizada. Uno a uno, sus hombres hicieron otro tanto. Antes de que salieran, dijo:

—Recuerda, Yerik: quiero a Tatiana Elisabeta Smirnova. Si me fallas, encontrarán tu cabeza flotando en el Támesis.

—¿Madame Houlès?

La mujer que abrió la puerta de la habitación número cuatro era de cuerpo menudo, iba totalmente vestida de negro y tenía sus blancos cabellos recogidos con una redecilla plateada. Sus ojos, grandes y vivarachos, observaron a la pareja con un brillo suspicaz. Podía tener sesenta años, aunque por su apostura y la viveza de su presencia, pocos le echarían esa edad.

—Me envía el conde de Liverpool —informó Darel.

Apenas se presentó, la mujer les franqueó el paso.

El cuarto, notablemente más amplio y confortable que el que les habían asignado a ellos, tenía mucha luz sin dejar de ser austero.

Antes incluso de poder dar dos pasos dentro, Darel notó que algo se le clavaba en la espalda. No era la primera vez que lo apuntaban con una arma, así que se quedó quieto, haciéndole una seña a Tatiana para que lo imitase.

—*Comment sais je que c'est certain?*

—Temo que tendrá que fiarse de mi palabra, madame.

El maldito Banks no quiere saber nada de contraseñas. Es tan parco en sus expresiones, que incluso le gruñó al sacerdote cuando lo bautizaron.

Madame Houlès se relajó y le rió la gracia. Cerró tras ellos, se encaminó hacia el centro de la pieza y guardó la pistolita en su faltriquera.

—Lamento no poder ofrecerles otro asiento que la cama —dijo, acomodándose en la única butaca—, este tugurio no es lo que se dice un palacete. Esperaba a una persona, no a dos. —Dedicó su atención a la muchacha.

—Ella es la señorita Tatiana, mi... ayudante.

—*Je comprends. Très belle. ¿Y usted es...?*

—Darel Gresham, barón de Winter, para servirla.

—Pueden llamarme *duchesse* de Montzillac. —Le ofreció una mano cuidada, que Gresham se apresuró a tomar, inclinándose galantemente.

—Sin ánimo de ser descortés, duquesa, me gustaría finalizar nuestra entrevista lo antes posible, asuntos importantes me reclaman en Londres.

—Muy comprensible. Pero no será sin antes cenar, imagino. Espero que usted y su linda... ayudante, me honren con su compañía en Totem's, una taberna de la que me han hablado muy bien y donde me he permitido reservar mesa.

—Con seguridad, lo que sirvan siempre será mejor que

aquí.

—Eso pensé yo. —Se levantó, recogió su capa y Darel se apresuró a colocársela sobre los hombros—. Muy amable. Querida —le dijo a Tatiana, señalando la coqueta—, ¿puede alcanzarme mi bolsito y el libro?

Ella tardó en reaccionar, porque en su cabeza daba vueltas la certeza de que el condenado Darel Gresham se había burlado de ella. «No domino el francés.» ¿No era eso lo que le había dicho para convencerla de acompañarlo en aquel viaje? Pero he aquí que la conversación con la *duchesse* de Montzillac se había desarrollado íntegramente en ese idioma. ¡Era un detestable mentiroso!

Ahora lo veía todo claro: había sido una marioneta desde el principio. Él había ideado una burda farsa que no tenía otro objetivo que el de seducirla, como muy bien había podido comprobar durante el trayecto. Pero sólo podía reprochárselo hasta un punto, porque ella había sido cooperante voluntaria.

—El bolso de la duquesa, Tatiana.

Tiesa como una tabla, ella se apresuró a entregárselo, aunque su gesto hosco no pasó desapercibido para Marcelle Houlès, que intuyó la clásica riña de enamorados. Una vez, también ella fue joven y terca. En el porte altanero y distinguido de la muchacha, se vio reflejada en sus años

mozos.

—El libro también, por favor —pidió.

Tatiana detectó de inmediato la esmerada encuadernación del volumen. Pasó la yema de los dedos por el lomo, donde, en letras doradas, aparecía el título.

—Un hermoso ejemplar, madame —alabó—. ¿No se arriesga llevándolo consigo?

—Me ha acompañado desde que salí de París, mademoiselle, va conmigo allá donde vaya. Es la última novela publicada por sir Walter Scott, una historia fascinante la de Wilfredo de Ivanhoe y lady Rowena. Y algo así como... un talismán para mí.

—He tenido la oportunidad de leer *Waverley* —asintió Tatiana, dejando a un lado su animosidad—, y también he disfrutado de algunos de sus poemas.

—Me encantará que hablemos sobre literatura durante la cena, si le parece.

—Será un placer, madame.

Marcelle Houlès había acertado de pleno eligiendo Totem's. Llamar taberna al establecimiento era un menosprecio. Contaba con un amplio comedor dotado de manteles blancos, arañas en el techo y un buen número de camareros, que podrían equipararse a cualquiera de Londres. A juzgar por la concurrencia del local, los platos

debían de estar en consonancia.

Fiel a su palabra, la dama francesa entabló una animada conversación con Tatiana acerca de la obra de Scott, haciéndola extensiva a otros autores como Baltasar Castiglione y Jean-Antoine de Baïf, a los que, para asombro de Gresham, Tatiana conocía. Él apenas tomó parte en la charla, aunque no le eran ajenas las obras de que se hablaba, fascinado por los conocimientos que, sorprendentemente, iba descubriendo en su joven criada. Sus comentarios razonados, basados en la solidez de sus argumentos, desvanecieron ante él cualquier rastro de su supuesta condición de vulgar ratera.

—Retomando *Ivanhoe*, querida —continuó la francesa—, me encanta la fuerza de sus personajes, en especial la manera en que plasma el alma de los judíos, reflejada en Isaac de York y su hija Rebeca. Tiene usted que leerlo.

—Le prometo hacerlo, señora.

—Me gustaría regalarle este ejemplar, pero no es posible. Mucho me temo que tiene otro... objetivo. — Suspiró, apoyando la mano sobre el libro que había permanecido a su diestra durante toda la velada, a la vez que dirigía una intencionada mirada a Darel—. Ahora, si nos les importa, me gustaría retirarme. Para mí empieza a ser tarde.

Él captó la indirecta. Por unos segundos, sus ojos volaron del ejemplar de la novela al rostro de la dama.

—Por supuesto, madame. Ya hemos abusado demasiado de su tiempo. Supongo que en la posada me hará entrega del encargo que debo llevar a Londres.

—Así es. Pero antes me gustaría tener una conversación con usted... en privado, milord.

Tatiana se dio por aludida. No le importó. Por ella, cuanto antes recogiera Gresham lo que fuera que debía entregar, mucho mejor; deseaba regresar a Londres lo antes posible. Una vez allí, ya vería el modo de escabullirse de la casa, lo que implicaba el peligro de darse de bruces con Kovenko.

Pero no podía seguir más tiempo a su lado. A cada minuto que pasaba se le hacía más difícil mantenerse distante, su determinación de no dejarse arrastrar por la atracción que aquel hombre ejercía sobre ella flojeaba hasta quedar reducida a nada.

Darel Gresham constituía en sí mismo un peligro mucho mayor que el acoso de sus enemigos, porque ella no podía dejar de preguntarse si no se estaría enamorando de él.

Tan pronto como llegaron a la posada, Tatiana le agradeció la velada a la duquesa y se retiró a la habitación.

No había subido más que dos peldaños de la angosta escalera, cuando la suave voz de la francesa le llegó amortiguada por las voces del salón, pero su oído la oyó con claridad, con un matiz amenazador.

—*Nous devons tuer un homme*, lord Winter. Me temo que su misión aquí no es la de simple mensajero y puede revestir un serio riesgo.

El sobresalto hizo que tropezara. ¡Matar a un hombre! Se le subió la bilis a la garganta. ¿En qué diablos estaba metido Gresham? ¿Corría realmente peligro? Tan sólo imaginarlo la mareó.

La francesa había hablado de matar a un hombre con el mismo tono que podía haber empleado para comprar una estola: fríamente, sin sentimientos de culpa.

Recuperando el dominio de sus miembros, subió la escalera con celeridad, abrió la puerta de la habitación, contó hasta tres y volvió a cerrarla con fuerza, para fingir que se había retirado. Luego, se quedó unos instantes pegada al muro, conteniendo la respiración.

Los asuntos de Darel no le interesaban y no se prestaría a ser una marioneta en el entramado presuntamente turbio al que él la había conducido. Pero la curiosidad pudo más que ella. Ya desde pequeña le había dado unos cuantos disgustos. Debía enterarse de lo que hablaban, porque si

algo salía mal, ¿quién le aseguraba que ella no sería víctima de una maquinación a la que era absolutamente ajena? Era imprescindible que supiera qué urdían, por si tenía que poner pies en polvorosa.

Se quitó los zapatos y fue bajando por la escalera con el mayor de los sigilos, con los latidos de su corazón retumbando en las sienes.

Prestó atención. Gresham hablaba en voz tan baja que no llegó a entender lo que decía. Entre ella y la pareja, la puerta cerrada amortiguaba sus palabras. Se acercó a pasitos cortos. Le sudaban las palmas de las manos, la sangre le circulaba de prisa por las venas, la tensión la superaba. ¿Qué pasaría si la descubrían espiándolos?

Si la francesa se expresaba con tal decisión a la hora de matar a un sujeto, muy bien podría determinar quitarla también a ella de en medio. ¿Y Gresham? ¿Qué haría en tal caso? Aunque hubiera tratado de seducirla, dudaba que fuera a ampararla, para él no era nada salvo una ladrona, demasiado poca cosa para no sacrificarla en aras de su país.

Le llegó el susurro de la duquesa. Pegó el oído a la puerta y rezó para que no se percataran de su presencia.

—Entiendo su resquemor, pero no pague su mal humor conmigo, lord Winter, yo no le he metido en este asunto.

—Sé bien que no, señora. El desgraciado tiene nombre

y apellidos, le aseguro que si salgo de ésta, me lo va a pagar con creces. Bien. Veamos lo que han maquinado.

—¿No quiere sentarse?

—¡Por favor, señora! —bramó Darel, paseando por la alcoba como un león enjaulado, sin ánimo de contemporar.

La *duchesse* de Montzillac se encogió graciosamente de hombros y ocupó la butaca, dejando a un lado la novela que había estado sosteniendo todo el rato.

—Este libro es el cebo con el que esperamos cazar al individuo en cuestión. —Darel entrecerró los ojos—. Me ha oído perfectamente. El documento que ha hecho que se estropee tan magnífico ejemplar —pasó un dedo por el borde de las páginas, dejando ver apenas el interior hueco de la novela, donde él apreció un pergamino enrollado—, es sólo eso, un señuelo.

—Discúlpeme, no la sigo.

—Por la expresión de su cara intuyo que no. El condenado Banks, como usted lo llama, temo que no se ha dignado ponerlo al tanto de nada. Muy propio de él.

—Ilústreme usted entonces, madame —pidió Gresham, sarcástico, dando ya por sentado que se había metido en camisa de once varas.

Un día de aquéllos, acabaría retorciéndole el pescuezo

a Banks por sus métodos arteros.

—Robert y yo —explicó Marcelle Houlès con parsimonia, permitiendo que su joven interlocutor digiriese lo que le decía—, hemos organizado este encuentro para desenmascarar a un agente doble.

—Ya veo.

—Los espías que juegan a dos bandas no son buenos para ningún país.

Tatiana, al igual que Darel, escuchaba con una mezcla de reserva y estupor. O ella estaba perdiendo el juicio o la que hasta entonces había creído una dama, estaba resultando ser un agente francés. Se encontraba en medio de un feo asunto de espionaje. Todo gracias a Gresham.

Lo sumó a la larga lista de hechos por los que pediría su cabeza, si es que ambos no salían de Folkestone con los pies por delante. Se pegó más a la madera para no perder detalle.

—¿Qué carnaza contiene ese anzuelo en forma de documento?

—Un acuerdo de alianza anglo-francesa para eliminar a Fernando del trono español e instaurar un gobierno bipartito, dejando como regente a María Josefa Amalia de Sajonia.

Tatiana abrió unos ojos como platos. Darel fue menos

delicado, incluso un punto brusco.

—¡Vamos, señora, no me fastidie! Supongo que es una broma.

—Yo no bromeo con estas cosas, lord Winter.

A Tatiana, el acuerdo entre Francia e Inglaterra le parecía absurdo. De todos era sabido que Fernando VII de Borbón no gozaba de muchas simpatías tras abrazar al absolutismo y derogar la Constitución de Cádiz, pero un plan de esas características difícilmente sería aceptado por el pueblo español y tendría escasos apoyos en el exterior.

—Es un completo disparate. Más aún cuando, en marzo, el rey español juró en Madrid, acatando la Constitución. Ahora existe un equilibrio de poderes entre las Cortes y el rey Fernando —objetó Darel, guiándose sin saberlo por la misma línea argumental que Tatiana.

—Que él está intentando romper por todos los medios —zanjó la duquesa—. Pero no es eso lo que nos preocupa, el destino de España en manos de ese Borbón no es de la incumbencia de Francia. Tampoco lo es de Inglaterra. La supuesta alianza no es más que el reclamo para atrapar al agente doble conocido como Hannibal. Es imposible que se resista a hacerse con el documento, pues su entrega al monarca español le supondría retirarse, inmensamente rico, además de ponerse definitivamente a salvo bajo su

tutela.

—Es una locura.

—¿Qué asuntos de gobierno no lo son? —respondió ella—. Hemos hecho correr el rumor para hacerlo venir. Si mi olfato no me engaña, y llevo mucho tiempo en estos menesteres, nuestro querido Hannibal me ha estado vigilando de cerca. Juraría incluso que esta noche no estará muy lejos. Así que, no tardará en actuar.

Tatiana reprimió la vehemencia de su instinto, que la impulsaba a escapar. Estaba agarrotada. Pensar que podían haber sido observados por ese hombre desconocido, le provocaba escalofríos. Echó un rápido y temeroso vistazo al pasillo, como si buscara una presencia enemiga. ¡Por Dios! Todo aquello resultaba rocambolesco. Algo así sólo pasaba en las novelas.

Darel, por su parte, hacía esfuerzos para asimilar la información sin menospreciar a la francesa, aunque lo que le pedía el cuerpo era salir del cuarto y dejar que ella se las apañara como pudiera. No temía por él, pues estaba acostumbrado a encontrarse en situaciones comprometidas. No era la primera vez que se jugaba el cuello sacándole las castañas del fuego al gobierno, pero no dejaba de pensar en el peligro en que había metido a Tatiana y eso lo alteraba.

Maldijo una y mil veces su alocada decisión de llevarla con él. Lo que pretendía que fuera un viaje placentero, durante el cual quería seducir a la muchacha, se había complicado de forma insospechada y arriesgada.

—De acuerdo, *duchesse*, usted dirige este endemoniado asunto. Y ahora, ¿qué?

—Mantenga vigilada mi habitación, milord. Hannibal tendrá que actuar esta noche. No le queda demasiado tiempo, si cree que usted saldrá hacia Londres con el documento mañana. A estas alturas ya no dispone de otras vías.

—Se lo dice su olfato, ¿no es eso? —preguntó él con mordaz ironía.

La dama asintió con una sonrisa forzada, encrespando su humor. Aun así, Darel reconocía que el riesgo avivaba su espíritu. El conde de Liverpool había elegido bien a su hombre, por mucho que le fastidiara. Lo que lo enfurecía era que lo hubiese utilizado como un títere, sin ponerlo sobre aviso, pero nunca había podido negarse a una provocación y aquella misión lo era. Tampoco a él le gustaban los agentes dobles.

Ahora bien, cuando atraparan al tal Hannibal, si es que lo conseguían, el conde de Liverpool y él ajustarían cuentas.

Empujó la puerta y entró en el cuarto... donde se topó con un pequeño puño que lo alcanzó en el mentón, haciéndolo retroceder, tratando de mantener el equilibrio moviendo los brazos como un polluelo caído del nido.

El golpe le provocó a Tatiana un hormigueo doloroso que le recorrió el brazo hasta el hombro. Aun así, estampó una sonora bofetada en la mejilla de Darel, que, aturdido aún por el impacto anterior, no tuvo reflejos para evitarla.

—Pero ¡qué demonios...!

—Esto por sacarme de Londres con engaños —le aclaró ella—, por meterme en un embrollo, por...

Gresham consiguió atraparle la muñeca, deteniendo su puño a milímetros de su cara. Tatiana no se amilanó, utilizando esa vez la mano izquierda, pero de igual modo fue neutralizada por Darel, que le retorció los brazos a la espalda. Se encontró pegada a la pared, con el cuerpo de él impidiéndole cualquier movimiento.

—¡Quieta!

—¡Desgraciado!

Tatiana carecía de fuerza física, pero el arrebató de furia le daba aliento para enfrentársele. Con el brío nacido de la irritación, echó mano de las argucias que aprendió de Vasili y que tantas discusiones le habían costado con Fedora. Se relajó, haciéndole creer que se rendía, sólo para revolverse al segundo siguiente, levantar la pierna y propinarle un rodillazo eficazmente dirigido.

Gresham soltó un gemido, encogiéndose sobre sí mismo, pero no por ello soltó a su belicosa presa; muy al contrario, sus manos, como grilletes, retuvieron con más fuerza las muñecas de Tatiana, ligándola a él. Prisionera en sus brazos, ella se rebeló, sacudiéndose como una anguila, lanzando dentelladas, con los ojos enfebrecidos de furor. Él hizo lo que pudo para defenderse de sus ataques y consiguió meter una rodilla entre las suyas, deteniendo así las patadas que le acribillaban las espinillas.

Era una batalla perdida contra la fortaleza del cuerpo masculino y, tras una última carga, Tatiana se rindió, extenuada, respirando entrecortadamente y dejando caer la cabeza en el pecho de Darel.

—Hijo... de... perra —lo insultó.

Él la mantuvo sujeta. No quería arriesgarse a que lo golpeará de nuevo, no lo engañaba su aparente rendición.

—¿Puedo saber a qué infiernos ha venido este ataque?

—¡Suélteme!

—Ni lo sueñes, preciosa.

—Le digo que me suelte o...

—O ¿qué? —la incitó, acercando su boca a la de ella.

Por un momento, Tatiana pensó que iba a besarla de nuevo. Pero Darel aún debía digerir el efecto de sus dolorosos ataques, sobre todo el golpe bajo. Ya se veía tomando baños de asiento helados. Sin embargo, su enojo fue cediendo.

—¿Vas a explicarte?

¡Encima pedía explicaciones, el muy bandido! Vencida por su fuerza, pero no derrotada, Tatiana clavó la mirada en él. Verse reflejada en sus ojos oscuros estuvo a punto de hacerle perder la concentración.

—¿Qué?

—Disfruto con una discusión con base, me encanta incluso que te enfades, pero no sé a cuento de qué intentas convertirme en un eunuco, muchacha.

—Si por mí fuera, ése sería el menor de sus problemas, milord —repuso ella, aún combativa.

La tenía tan cerca, estaba tan unida a él, que se tenía que esforzar al límite para no caer en la tentación de besarla. Estaba de acuerdo en que ella tenía razones de sobra para haberle abierto la cabeza; no había que ser muy inteligente

para descubrir sus verdaderos motivos al llevarla consigo. Empezaba a darle la razón con demasiada frecuencia, aunque ella lo ignorase.

—Podría justificarme, pero no voy a hacerlo.

—No hay nada que pueda excusarle.

—En eso te equivocas, Tatiana. Sí lo hay. La culpa es toda tuya.

Con el fuego del resentimiento avivado, ella redobló sus esfuerzos por evadirse de unos brazos que la acercaban a él. Darel la empujó más contra la pared, hundiendo el rostro en su cabello, extasiándose con su suavidad. Le soltó una de las muñecas para hundir los dedos en la masa majestuosa de aquella melena que lo fascinaba, le acarició el lóbulo de la oreja, resiguió su contorno y continuó su recorrido por su mejilla, hasta hundir un índice entre sus labios.

A Tatiana se le disparaban los latidos del corazón. Lo odiaba por acosarla así, pero reconocía que no quería que cesaran sus caricias; batallaba contra el torrente que crecía y crecía, desplazándose hacia su bajo vientre. Movié la lengua, rozándole el dedo.

Darel tuvo un espasmo que lo atravesó de pies a cabeza, su apetito varonil se disparó, imaginado que absorbía la humedad de esa lengua con la suya. Apoyó el mentón en la

cabeza de Tatiana, procurando recuperar un dominio de sí mismo que se esfumaba a cada segundo que pasaba en contacto con su cuerpo. Tenía que apartarse de ella o acabaría olvidándose de todo lo que no fuese cogerla en brazos y llevarla a la cama.

—¿Prometes quedarte quietecita si te suelto?

Tatiana asintió, quedando libre al instante. Permaneció apoyada en la pared por miedo a que se le doblaran las rodillas si intentaba moverse. ¿Qué pasaba entre ellos? ¿Cómo era posible que un simple roce los alterara de ese modo, codiciosos de más intimidad, incendiados por el deseo? Era un sentimiento tan nuevo para ella que le daba miedo, porque no sabía cómo controlarlo. No podía seguir jugando con fuego. No cuando al cabo de poco estaría fuera de la vida de Darel. Ahogó un gemido de frustración, de pérdida anticipada.

—No te muevas de aquí y mantén la puerta cerrada —le exigió él—, regresaré lo antes posible.

—Va a matar a ese hombre, ¿verdad? —preguntó, al tiempo que lo veía colocarse en la cinturilla del pantalón una pequeña pistola que sacó de su maleta.

Darel la miró, asombrado. Estaba claro que los había estado espiando.

—Me parece que has escuchado más de lo que te

conviene. Pero tranquila, no mataré a nadie si puedo evitarlo.

—No es eso lo que ha dicho la duquesa.

—No recibo órdenes de esa mujer —zanjó él—. Y nunca eliminaría a nadie que no quisiera acabar con mi vida o la de un ser querido.

—¿Por qué hace esto? —insistió, temerosa de que pudiese resultar herido—. También a usted lo han engañado; podría olvidarse de todo.

Gresham le dedicó un segundo de atención.

—Definitivamente, has escuchado de más, Tatiana. Y la curiosidad mató al gato.

—Al único que pueden matar esta noche es a usted.

—Si eso sucede, tú sales ganando. Lynton te llevaría a Londres de regreso y te librarías de mi asedio. Porque antes de salir por esa puerta, preciosa —se le fue acercando con paso seguro, felino—, quiero que sepas que no cejaré en mi tentativa. Te deseo como amante y haré cuanto sea menester para conseguirlo.

—Una fantasía que nunca se hará realidad, porq...

La boca de Gresham silenció su protesta con un beso tan voraz que le cortó el aliento. Su cuerpo respondió de inmediato, curvándose hacia él. Sus brazos volaron para rodearle el cuello, al tiempo que devoraba la boca

masculina entregándose sin reservas. ¿Para qué seguir oponiéndose a una batalla perdida? El miedo a que pudiera sucederle algo malo esa noche la impulsaba a entregarse a él. Darel la estrujó entre sus brazos, haciendo que sus manos tomaran la iniciativa perfilando sus caderas, su estrecho talle, sus pechos, que se tensaban bajo la tela al paso de sus dedos.

Se tomó una pausa y abandonó los labios de Tatiana, pegándose a ella. No quería soltarla, lo que realmente quería era mandar al carajo el trabajo que lo reclamaba para quedarse allí. Por desgracia para ambos, los Gresham tenían un lema que nunca traicionaban: cumplir la palabra dada. Su palabra, en esos momentos, le exigía cooperar con la duquesa de Montzillac para atrapar a Hannibal.

Besó a Tatiana una vez más, se apartó de ella y abrió la puerta. Sus ojos eran dos pozos oscuros cuando le ordenó:
—Cierra y no abras. A nadie.

Darel bajó sigilosamente hasta el piso inferior. Desde el salón de la posada llegaban, amortiguadas, las conversaciones de quienes robaban horas al sueño para entregárselas al entretenimiento con los naipes, la bebida o, simplemente, ultimaban transacciones comerciales, pero en el corredor donde se hallaba el cuarto de la francesa, reinaba un extraño silencio.

Aquel sexto sentido que lo había alertado tantas veces, se activó al máximo. Darel miró con inquietud el pasillo: las puertas estaban encajadas en profundos marcos, un espacio ideal para que cualquiera se ocultara. Las dos únicas lamparillas encendidas, una a cada extremo de la galería, en poco ayudaban a detectar una presencia que pretendiera pasar desapercibida.

El cosquilleo de la desconfianza se instaló en su cerebro, empuñó la pistola con decisión y fue acercándose a la habitación de la duquesa. No llegó a alcanzarla, porque el filo de una arma blanca le presionó el cuello, paralizándolo, al tiempo que una voz cavernosa susurraba a

su lado:

—Un movimiento que no me guste y es hombre muerto.

—¿Hannibal?

—Camine —le ordenó el otro, mientras con una mano enguantada le arrebatava la pistola.

Con la hoja del cuchillo hiriéndole ligeramente la garganta, Gresham obedeció. No le quedaba más remedio. Sabía que estaba a merced de un sujeto que no vacilaría en matarlo y, si algo lo caracterizaba a él, era su sangre fría en situaciones peligrosas.

—Llame. La *duchesse* de Montzillac nos espera.

Golpeó con los nudillos y la respuesta llegó casi en el acto. La puerta se abrió y Marcelle Houlès reconoció de inmediato al sujeto que amenazaba a Gresham. Demostrando su temple, la mujer únicamente se permitió torcer el gesto antes de hacerse a un lado. Hannibal no les dio tiempo a reaccionar, empujó a Gresham al centro del cuarto y un segundo después se atrincheró detrás de la dama, convirtiéndola en su rehén, mientras le ponía la daga al cuello desde atrás.

—Creo que tienen algo para mí.

Darel achicó la mirada, catalogando al individuo. Alto, fornido, correctamente vestido, podía pasar por cualquier

adinerado comerciante de los muchos que se alojaban esos días en Folkestone. En su rostro, picado de viruelas, destacaban dos ojos de un azul diáfano, glaciales, alerta y crueles, rasgos que delataban su naturaleza.

Barajó sus posibilidades de llegar a él y enfrentarse en un cuerpo a cuerpo. Su oponente lo superaba en complexión y altura, esa solución no le convenía. Dejó de pensar en cómo apoderarse del cuchillo al oír amenazar a la duquesa:

—No saldrá vivo de aquí.

Era una afirmación sin fundamento, teniendo en cuenta que su garganta palpitaba bajo la presión del acero. Hannibal soltó una apagada carcajada que más pareció el siseo de una serpiente, apretando un poco más el filo del arma.

—Siempre he admirado su coraje, madame.

—Siempre he odiado a los traidores —replicó ella.

—He servido bien a Francia, por más que me deteste.

—Y a Inglaterra. ¿A cuántos más?

—Cualquiera que pague bien mis servicios es bienvenido.

—Es usted despreciable. Una asquerosa rata... —dejó la frase a medias, pues el agujijón del puñal en su piel la disuadió. Miró entonces significativamente a Gresham, que

entendió lo que pretendía.

Él se movió muy despacio, apenas unos milímetros cada vez, cambiando el peso de su cuerpo de una pierna a otra. Le venía bien ese cruce de palabras entre la francesa y Hannibal. Si ella conseguía distraerlo un segundo, solamente un segundo, le permitiría actuar.

Hannibal sabía que la mujer intentaba entretenerlo. Como sabía también que su verdadero oponente era Darel. Por eso no le quitó la vista de encima. Él podía verlo en sus ojos, oscuros como ónices, llenos de una determinación que lo inducía a poner fin cuanto antes a su juego.

No iba a matar a la duquesa. No hasta obtener su objetivo, el documento por el que se estaba jugando la vida. Luego sí, una vez estuviese en su poder, acabaría con ella y con su compañero. No tendría el menor remordimiento en rebanarle el cuello a la mujer que lo había estado hostigando como un sabueso desde hacía meses.

Hannibal llevaba demasiado tiempo arriesgándose, se merecía un último golpe de suerte que le franqueara el paso hacia España, garantizándole el dinero suficiente para vivir holgadamente el resto de sus días. Por lo que había conseguido averiguar, se trataba de un documento político tan valioso como para colmar sus expectativas.

—Bien, ¿dónde está? —preguntó.

—No pienso entregárselo —negó la francesa.

—Será él quien me lo dé, ¿no es verdad, **monsieur**?

—Si me mata, no lo conseguirá.

—Si la mato, *duchesse*, poco le importará ya que lo consiga o no, estará usted en el infierno.

—Nos veremos allí entonces.

Hannibal apretó los dientes. Darel presintió que, si no actuaba de inmediato, la dama estaba condenada. Dio un par de pasos hacia su derecha con las manos levantadas en señal de rendición. El espía obligó a moverse a Marcelle Houlès, siguiendo sus movimientos.

—*Madame* —dijo Darel, clavando sus ojos en los de su enemigo—, me temo que estamos a su merced. No conseguirá nada si acaba con su vida. ¿Dónde esconde ese condenado documento?

Marcelle simuló que la decepcionaba, se mantuvo callada y, al fin, encogiéndose de hombros, musitó:

—Debajo de la almohada.

Tatiana no había dejado de caminar arriba y abajo de la habitación. Los nervios no le permitían estarse quieta, imaginando supuestas situaciones de peligro para Darel. ¿Y si algo salía mal? ¿Y si el espía al que intentaban capturar

resultaba ser más peligroso de lo que creían?

«Cierra», le había dicho antes de perderse escaleras abajo. Ojalá existiera una llave para encerrar el miedo que la corroía, pero era una utopía, nada conseguía rebajar la congoja que la ahogaba, mientras temía por la suerte del hombre que representaba para ella mucho más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Se encontraba en una encrucijada. Negar a esas alturas que se había enamorado poco a poco de Darel Gresham era inútil. La desasosegaba que, conociéndolo apenas, albergara hacia él emociones tan fuertes, sobre todo sabiendo de su talante libertino, lo que equivalía a admitir que ella podía representar para él poco más que una conquista.

No alcanzaba a comprender qué resortes se habían activado desde el lejano día en que lo vio a bordo de la goleta, arrogante y vanidoso como ningún otro hombre que hubiera conocido antes. Era verdad que ella lo había asaltado, pero también lo era la necesidad perentoria de medicinas de Anna, a pesar de lo cual, cuando vio quién era, estuvo a punto de dejarlo ir. Más tarde, al liberarla de prisión y facilitarle un trabajo, en ella había ido creciendo un vínculo hacia él, aunque se había resistido a aceptarlo en un principio.

Todo en Darel era como un imán: su trato cercano con la servidumbre, su sonrisa, sus ardientes miradas. No pudo lamentar habersele entregado en el carruaje, aunque no se hubiera consumado, y tampoco le remordía la conciencia por ello.

Ahora presentía que corría peligro.

¿Qué podía hacer ella? Desde luego, no quedarse allí, como una mema, esperando verlo regresar o recibir la noticia de que estaba herido o tal vez muerto. Estaba desarmada y, por muchos arrestos que tuviera, de poca ayuda podía ser para Darel o la duquesa con las manos vacías.

Rebuscó nerviosamente en las pertenencias de Gresham, pero no había nada que pudiera servirle; él se había llevado la única arma. Giró sobre sí misma buscando no sabía qué, conteniendo la angustia. Entonces sus ojos repararon en la cruz que colgaba de la pared. Tragó saliva con esfuerzo, se secó las manos en la falda y atravesó el cuarto. Elevó una plegaria mientras la descolgaba.

Podía ser que lo que estaba a punto de hacer mereciese la repulsa de algunos, pero no podía quedarse al margen de un asunto que por un lado la sobrepasaba, pero por otro podía poner en un aprieto a la duquesa y, sobre todo, a Darel. La simpatía inmediata que le había suscitado la

francesa al conocerla se había esfumado al oírle decir que su misión era matar al presunto espía, pero se arriesgaría por defender la vida del hombre del que se había enamorado sin proponérselo.

Un piso más abajo, de espaldas a la puerta, Hannibal seguía como un lobo los movimientos de Gresham acercándose al lecho.

—No quiero ninguna treta o ella morirá.

—Cálmese, ¿quiere? No voy a intentar nada.

—Mejor así —amenazó, presionando la daga un poco más.

Darel tanteó muy despacio bajo la almohada, con los cinco sentidos pendientes de su rival, hasta tocar el libro. Lo sacó con parsimonia, alzándolo luego para mostrarlo. Hannibal dejó caer la daga, echó a un lado a la francesa y esgrimió la pistola para apuntarle a él a la cabeza. En su rostro se reflejó la satisfacción.

En el de Darel, por el contrario, se dibujó el miedo, al ver cómo la puerta se abría muy lentamente, a espaldas de Hannibal, y la cara de Tatiana asomaba tras la madera.

Se quedó paralizado.

—Ábralo y saque el documento.

Él apenas lo oía. La sangre, bombeando en sus oídos, lo ensordecía. ¡Aquella chica estaba loca! Clavó su oscura

mirada en la del espía, manteniendo el libro delante para atraer sobre sí mismo toda su atención. Se notaba el corazón en la garganta, tensos los músculos de la nuca y una comezón en la boca del estómago que se incrementaba a cada centímetro que se abría la puerta. Rezó para poder permanecer tranquilo y que nada pusiera sobre aviso a Hannibal. ¡Por todos los santos del Cielo! ¿Qué hacía ella allí? ¿Qué pretendía, la muy insensata? No pudo remediar un cierto temblor en las manos al abrir el ejemplar, sacar el documento y avanzar hacia su enemigo.

Éste retrocedió un paso y movió la pistola, abarcando a sus dos rivales.

—Quédese donde está —ordenó con voz chirriante—. Déjelo a los pies de la cama y retírese. Usted —le indicó a la duquesa—, póngase a su lado.

Marcelle Houlès obedeció. Cuando a su vez descubrió a la joven, no se inmutó. Ni siquiera desvió la mirada hacia ella. Una vez junto a Gresham, dedicó a su adversario el más sucio insulto que conocía y cruzó los brazos bajo el pecho. Darel dejó el papel donde le había ordenado, lanzando después el libro en dirección al espía.

A Tatiana apenas la sostenían las rodillas. Aferrando el crucifijo con las dos manos, como si de una espada se tratara, se le estaba esfumando la decisión. El hombre que

amenazaba a Darel y a la duquesa, de espaldas a ella, se encontraba en la posición ideal para ser atacado, pero la precaución y el miedo la mantenían quieta, con los nudillos blancos por la presión con que apretaba el crucifijo y sin conseguir dominar el temblor de los brazos.

Se dice que el valor no es fruto de la audacia, sino de la desesperación. Tatiana lo comprobó por sí misma un segundo después. Hannibal pareció intuir algo: se medioladeó hacia la puerta, se sorprendió al verla, le apuntó con la pistola y...

Todo sucedió en segundos.

El negro ojo del cañón del arma hizo reaccionar a Tatiana al mismo tiempo que Darel se ponía en movimiento. Enarbolando ella el crucifijo a modo de maza, lo descargó sobre Hannibal. El agente doble apretó el gatillo y disparó, pero por puro instinto trató de protegerse a la vez con el brazo libre. Eso salvó la vida de la joven; la bala pasó junto a su oreja izquierda y se alojó en la pared con un chasquido. El golpe de Tatiana impactó sobre el hombro del espía, desestabilizándolo, pero él contraatacó y se lanzó contra ella, que se le venía encima de nuevo, asestándole un empujón que la lanzó contra la coqueta.

De la garganta de Darel escapó un gruñido animal al alcanzar a su adversario, que no pudo evitar el

encontronazo.

La cabeza de Tatiana rebotó mientras contra uno de los bordes del mueble, sus manos se aflojaron sobre su improvisada arma y cayó al suelo como un pelele.

Hannibal y Darel rodaban ya por el suelo, luchando cuerpo a cuerpo, aferrando Gresham con mano de hierro la muñeca del otro y golpeándosela con saña contra el suelo hasta conseguir que soltara el arma.

Entonces se empleó a conciencia con los puños. La rabia y el miedo por la suerte de Tatiana multiplicaron su fuerza. Lo atacó con verdadera ferocidad, golpeándolo enceguedido. Mientras una nube roja de cólera desmedida le nublabla el entendimiento, se le olvidó que se había prometido atrapar vivo a aquel desgraciado.

Unas manos, pequeñas pero firmes, le atraparon el brazo cuando se disponía a dar el golpe quizá definitivo.

—¡Basta, por favor! Va a matarlo.

La voz alterada de Tatiana y su mirada implorante le devolvieron la cordura. Soltó la cabeza inerte de Hannibal, que se estrelló contra el suelo, y se incorporó para estrecharla entre sus brazos, con la urgencia y la fiebre con que un náufrago se aferra a su tabla de salvación.

—¿Estás bien? —Enjugó con los dedos el hilillo de sangre que manchaba la sien de la muchacha—. ¡Dime que

estás bien, maldita sea!

Ella se dejó caer sobre su pecho, olvidándose del terror pasado, sólo importaba saberlo ileso, estar a su lado. Se sentía un poco mareada, sus piernas parecían haberse convertido en gelatina y le dolía horribilmente la cabeza, pero abrazada a él el miedo desaparecía.

Un ronquido agónico hizo que ambos volvieran al presente. La exclamación de Tatiana se mezcló con la blasfemia de Darel: inclinada sobre el agente doble, Marcelle Houlès sujetaba la daga ensangrentada con la que acababa de atravesarle la tráquea al espía.

El cuerpo de Hannibal se convulsionaba en espasmos. Sus ojos, desmesuradamente abiertos, estaban fijos en la mujer que acababa de segarle la vida. Los labios se le curvaron en una mueca, aferró el borde del vestido de la *duchesse* de Montzillac, sufrió una última sacudida y expiró.

Atrapada en la visión de la sangre, Tatiana no podía mirar hacia otro lado que no fuera el cadáver. De repente la abandonaron las fuerzas, no podía sostenerse. Darel no dejó que cayese, manteniéndola apretada contra él. Sus pupilas, ardientes como dos ascuas, se cruzaron con las de la francesa, gélidas como gotas de escarcha.

—Se trataba de atraparlo vivo —le recriminó.

—Tenía que morir —repuso ella, limpiando el cuchillo en la ropa del cadáver—. Deberíamos atender a su compañera, parece a punto de desmayarse. ¿Quiere que pida...?

—De ella me encargo yo —la cortó Darel en tono seco.

—Ha demostrado un valor poco común irrumpiendo como lo ha hecho. Nos encontrábamos enteramente a su merced. Tiene mi más sincero reconocimiento. Tal vez sin su ayuda no estaríamos hablando ahora.

—Duquesa... ¡váyase a freír espárragos!

Marcelle ni se inmutó por su desprecio. Se limitó a decir:

—Y no se preocupe por el cuerpo, lo harán desaparecer.

—¿Quiénes lo harán desaparecer?

—Mis hombres.

Un tic contrajo la expresión de Gresham.

—Así que nunca hemos estado solos. Entonces, ¿por qué asociarme a mí a este asqueroso asunto, *madame*? Y, sobre todo, ¿por qué arriesgar la vida de ella?

—Porque en el *asqueroso asunto*, lord Winter, jugábamos Francia e Inglaterra. A dos bandas. Ambos teníamos que implicarnos. Informe usted a Banks, yo

regreso esta misma noche a París. Nada me retiene ya aquí, para el bien de ambas naciones.

—Más bien para el suyo, querrá decir. Yo no tenía intención de matar a este hombre, era en presidio donde debería haber acabado sus días.

—No piense mal de mí tan a la ligera, yo no decido quién vive o muere, solamente he acatado órdenes.

Darel acomodó el peso de Tatiana en sus brazos, le dio la espalda a la mujer y se encaminó hacia la entrada.

—Espero que sus secuaces dejen el cuarto presentable, señora, en deferencia al posadero. Que tenga buen viaje y disfrute de los honores a su regreso —se despidió con sarcasmo.

—Ha sido un placer conocerle, lord Winter.

Darel ni siquiera se volvió a mirarla.

—No puedo decir lo mismo, madame.

Tatiana tardaba en despertar.

La preocupación de Darel se acrecentó cuando el médico al que envió aviso se irguió, tras vendarla, con gesto sombrío.

—¿Cómo está, doctor?

El hombre se limitó a ir recogiendo sus utensilios con parsimonia.

—No es grave, nada de lo que preocuparse seriamente —contestó al fin para tranquilizarlo—. Habría sido más inquietante que no hubiera sangrado, por las consecuencias de un posible hematoma interno, pero lo único que tiene es una buena brecha. Es probable que sufra vómitos, dolores de cabeza y algún desmayo. El golpe ha sido muy fuerte. Déjela descansar cuanto quiera. Le recetaré algo, déselo si las molestias aparecen.

Él recogió la receta, pagó los honorarios y se sentó a los pies de la cama donde estaba Tatiana.

—Gracias, doctor.

—Si empeorase, mande que me avisen de inmediato,

sea la hora que sea.

—Así lo haré.

Permaneció allí un buen rato, sin moverse, culpándose por lo que había sucedido. Mil y una pregunta le venían a la cabeza, ninguna de ellas tranquilizadora. ¿Y si Tatiana no se despertaba? ¿Y si cuando lo hacía le quedaban secuelas? Había oído de casos en los que, tras un golpe, el enfermo había perdido la memoria.

Se tumbó a su lado, abrazándola y rememorando otros momentos recientes en los que la había tenido pegada a él, respondiendo a sus caricias.

¿Qué motivos la habían llevado a aventurarse de tal modo en el cuarto de la duquesa, a Dios gracias, en el momento justo? De no haber sido por su intervención, la francesa y él bien podrían estar muertos. Lo hubiera hecho por una u otra causa, seguramente le debían la vida. Tal vez el destino había querido que la llevase consigo... No, rectificó de inmediato. Había sido su maldita lujuria la que la había arrastrado con él, por tanto, era el único responsable de su actual estado.

En ese instante, tumbado junto a ella, escuchando el ritmo de su respiración, lo asaltó una duda. Una duda cuyas raíces se estaban hundiendo en las profundidades de su ser. ¿Qué era, en realidad, lo que sentía por la muchacha? El

impulso inicial de seducirla había pasado a un segundo plano y, por mucho que le fastidiara, se había desarrollado en él una vena manifiestamente protectora, que lo impulsaba a tenerla cerca, a cuidarla, a ganarse su cariño.

Quería sus besos, pero también la quería a ella.

Esas reflexiones lo confundían, porque rompían el esquema en que había basado su relación con las mujeres hasta el presente: compartir placeres para después olvidarlas y dar paso a nuevas conquistas.

Era incuestionable que Tatiana despertaba en él mucho más que un simple deseo carnal. Le encantaban sus maneras, su ternura y sus arrebatos de mal genio, se encontraba cómodo a su lado, pensaba en ella cuando no la tenía cerca.

Conjeturando sobre todo ello, se fue quedando dormido a su lado, arrullado por los latidos del corazón de aquella mujer que lo exasperaba y reconfortaba a un tiempo.

Los rayos de sol filtrándose por la ventana despertaron a Tatiana. Abrió los ojos, se mordió los labios al sentir el martilleo dentro de su cabeza y se volvió en el lecho para aligerar el peso que tenía sobre el estómago.

Entonces se percató de que no estaba sola.

Tenía compañía.

Y muy, muy próxima. Tanto, que le habían apoyado un brazo sobre el vientre en actitud posesiva. Al instante supo de quién se trataba y en modo alguno se violentó por aquella invasión a su privacidad. Al contrario, se sintió reconfortada. Pero no podía tolerar que él se tomara tales libertades.

—¿Qué diantre está haciendo en mi cama?! ¿Quién se ha creído...?! —le gritó, empujándolo en el hombro. Gresham, arrancado tan intempestivamente de su sueño, se quedó mirando, desconcertado, los ojos dorados que lo habían estado torturando durante su corto descanso—. ¡Degenerado! ¡Salga de aquí!

Los gritos acabaron de despabilar a Darel por completo, que saltó del lecho como si se hubiera encontrado con un áspid, llevándose la manta consigo y dejando a la joven apenas cubierta con una sábana. Eso provocó otra sarta de insultos por parte de Tatiana, que al instante se dio cuenta de que llevaba puesta solamente una camisola. Tiró de la ropa de cama tapándose hasta el cuello y le lanzó a él una mirada que hubiera congelado al mismísimo astro solar.

—No imaginaba que cayera tan... tan... bajo, que fuera tan...

—¿Cómo te encuentras?

Ella parpadeó. ¿Cómo se encontraba? Hecha un asco. La cabeza le estallaba y sus propios gritos habían aumentado el punzante dolor que torturaba sus sienas. Se llevó la mano a la cabeza y entonces descubrió que tenía una venda.

—¿Qué me ha pasado?

—Te diste un buen golpe.

Ella lo recordó todo al instante. Colocó los almohadones a su espalda, se acomodó contra el cabecero de la cama y su cara se ensombreció con gesto dolorido. Sí, se había golpeado contra algún mueble, empujada por aquel individuo. Lo vio de nuevo sobre la alfombra, a los pies de la francesa, que empuñaba un cuchillo ensangrentado y tragó saliva.

—El hombre está muerto.

—No te preocupes por ese desgraciado.

—Ella lo mató.

—De no haberlo hecho la duquesa, lo habría hecho yo mismo. Cuando te atacó, firmó su sentencia de muerte.

—¿Qué han hecho con... con el cuerpo?

—Olvídate de eso, todo está arreglado. ¿Tienes hambre?

—Quiero saber qué han hecho con él —insistió.

—Posiblemente ahora sea pasto de los peces en el canal.

Tatiana contuvo un temblor al recordar la sangre escapando a borbotones, los ojos vidriosos de Hannibal, que se apagaban, rindiéndose a la muerte. ¡Y él le hablaba de comer!

La espantaba su frialdad, pero, a la vez, lo que acababa de decir le templaba el ánimo. Porque Darel acababa de reconocer que, de no haber matado la duquesa al espía, lo habría hecho él por defenderla. No había oído mal, ¿verdad? A pesar de todo, nada le daba derecho a tomarse la libertad de abusar de su inconsciencia para acostarse con ella.

—No creo que nada de eso sea razón para acostarse en mi cama.

—Perdiste el conocimiento. El médico dijo que el golpe no reviste mayor importancia, pero... ¡No me mires así, mujer! Solo temía por ti. No pasó nada que debas reprocharte.

—En todo caso, se lo reprocharía a usted, milord.

—Tampoco ha lugar, te digo que no sucedió nada.

—¿Debería creerle?

—Deberías, sí. No quería dejarte a solas y en este cuarto solamente hay una cama.

—Que usted se apresuró a ocupar.

—Conociéndote, seguro que piensas que debería haber dormido en el suelo.

—Un caballero hubiera llamado a una mujer y se habría buscado otro cuarto. La compañía, si la quisiera, ya me la buscaría yo, señor mío. No suelo dormir con nadie.

—De modo que una vez que acababas el trabajo te despedías del cliente, ¿no es eso? —se enfureció él.

A Tatiana se le subieron los colores. ¡Vuelta a lo mismo! Gresham se empecinaba en ponerle la etiqueta de buscona y la hería con sus comentarios. ¡Ya estaba harta de soportar sus constantes insultos! Olvidando que iba apenas vestida, echó la ropa a un lado y se levantó. El brusco movimiento le produjo una punzada dolorosa en el cráneo, pero se rehízo de la molestia para empezar a vestirse. No iba a pasar ni un segundo más en compañía de aquel descerebrado, ¡al diablo con él! Regresaría a Londres aunque tuviese que hacerlo caminando.

—¿Qué crees que estás haciendo, muchacha?

—Lord Winter... ¡¡déjeme en paz!!

Tampoco Darel estaba de humor. No había hecho nada censurable, salvo ocupar un lado de la cama y pasarse toda la noche en un duermevela inquieto por su culpa. Así se lo agradecía, la mala pécora. Se preguntó por qué Dios se empeñaba en interponer en su camino a una mujer con tal

capacidad para exacerbarlo. No. Más bien debía de ser obra del diablo, porque cada vez que la miraba —ahora era imposible no hacerlo, de pie ante él y casi sin ropa —se le nublaban las ideas, se olvidaba de su desdén, del tono altanero con que lo trataba y sólo podía pensar en saborear su piel, beber de sus labios, poseer su cuerpo...

Decidió que no era momento de continuar allí, enfrascados en una discusión estúpida, recogió su chaqueta y se retiró, maldiciendo entre dientes.

El portazo hizo encogerse a Tatiana. Las sienes le retumbaban, el dolor se amplificaba en ecos que rebotaban en su cerebro. Cuando alzó los brazos para pasarse el vestido por la cabeza, se le ensombreció la vista, vaciló y hubo de sujetarse al marco de la ventana. Se encontraba mal, terriblemente mal. La habitación se desvanecía ante ella. Tenía que acostarse hasta que pasara el mareo. Apretándose la cabeza con las manos, caminó despacio, sintiendo que le caían las lágrimas.

En cuanto llegó a la cama, una intensa punzada hizo que se derrumbase y perdiera el conocimiento.

Lynton aguardaba de pie, a la espera de instrucciones, preocupado por la joven, que permanecía inconsciente y pálida.

Darel acabó de garabatear los mensajes, los metió en dos sobres y se los dio.

—Entrégale éste al conde de Braystone, Cornelio sabrá qué hacer con el otro.

—¿Regreso de inmediato, milord?

—No. El médico ha recomendado reposo y es lo que vamos a hacer. Ya buscaré un medio de transporte para volver a Londres.

—Cómo usted mande, milord.

Lynton se marchó y Gresham dejó vagar sus ojos por la habitación. Había conseguido que se la dieran para Tatiana una vez se marchó la duquesa de Montzillac. Nadie hubiera dicho que allí mismo, pocas horas antes, se había llevado a cabo un crimen. O un ajusticiamiento, según el punto de vista, pensó, mirando el lugar donde había muerto Hannibal. La alfombra manchada de sangre había desaparecido.

—Extraña mujer la anterior huésped, señor —le había comentado el posadero al entregarle la llave del cuarto—. Se encaprichó de la alfombra y me la compró.

Él alejó de sí cualquier reflexión sobre el condenado espía doble o la maldita francesa. Lo pasado, pasado estaba.

Desvió su atención hacia Tatiana. Parecía una muñeca mientras dormía. Se había llevado un susto de muerte al encontrársela desmayada cuando regresó a su lado, pero el médico insistió, tras visitarla de nuevo, en que el desvanecimiento no revestía mayor importancia, que podía deberse a factores emocionales.

Dado su estado, Darel había desechado por tanto emprender viaje a Londres. El sentido común le aconsejaba quedarse allí, en Folkestone, hasta su total recuperación. Una de las notas con que despachó a Lynton era, ni más ni menos, una sincera disculpa para su hermano Christopher, lamentando, por circunstancias que ya le contaría en persona, no poder acudir a su boda.

En la otra sólo había escrito una única palabra, «Finalizado», estampando su rúbrica al pie. El puñetero Robert Banks comprendería.

—Padre...

La cabeza de Tatiana se movía de un lado a otro en su delirio. Se aproximó a ella, le acercó una mano a la cara y

respiró aliviado al comprobar que no tenía fiebre.

Había perdido la cuenta de las veces que había implorado a Dios su favor desde que se la había encontrado exánime, aunque se preguntaba si serían escuchadas las oraciones de un hombre como él, que no se distinguía precisamente por ser demasiado religioso.

Tal vez ahora, cuando acababa de descubrir lo mucho que le importaba aquella mujer, Dios decidiera darle la espalda, igual que él se la había dado durante tanto tiempo. «Pedid y se os dará.» ¿No era eso lo que repetía hasta la saciedad el hermano Gregory? Vivificado por la esperanza de que el Poder Divino perdonara sus errores humanos, rogó una vez más, fervientemente, que Tatiana se recuperase.

Bajo el roce de sus dedos, que trazaban el contorno de su rostro, ella se removía inquieta.

—Padre...

Darel se acercó más, le acarició el cabello y le chistó, como se hacía con un bebé.

—Le vengaré, padre... Volveré...

—Descansa, cariño.

—Vasili... —El gemido se convirtió en un sollozo casi inaudible.

Gresham prestó la máxima atención.

—Mi querido Vasili...

Tatiana volvió a sumirse en la inconsciencia y él se alejó hacia el otro lado del cuarto, con la sensación de haber recibido una cuchillada a traición. ¿Quién era Vasili? ¿Formaba parte de su vida afectiva ese nombre pronunciado entre gimoteos? Tal vez fuera absurdo, pero le picó el aguijón de los celos.

Se dio cuenta de lo poco que sabía de Tatiana. De hecho lo ignoraba todo de ella: su procedencia, si tenía familia, si la esperaba un amor en alguna parte... Egoístamente, había decidido que la quería para sí, sin mirar más allá, sin importarle lo que había sido ni qué había hecho antes de cruzarse en su camino. Pero todo el mundo tenía un pasado y el suyo quizá afloraba en medio de sus pesadillas.

Los párpados de Tatiana se abrieron con desgana. La tirantez de lágrimas secas en las mejillas le confirmó que había estado llorando. Los angustiosos sueños que había tenido la habían dejado casi sin respiración y habían hecho que se despertase asustada. Poco a poco, fue adaptando la vista a lo que la rodeaba, deteniéndose en la figura de un hombre que estaba de espaldas y cuyas manos, grandes y morenas, se apoyaban en el marco de la ventana. Era alto, fibroso, de hombros anchos. La luz exterior pintaba un halo dorado en torno a su cabeza y a ella el corazón se le

paralizó.

—¿V... V... Vasili?

Gresham se volvió, ella parpadeó para aclararse la vista y, al reconocerlo, jadeó. Porque en su delirio no sólo había visto a sus seres queridos muertos, sino a Darel deslizándose por un túnel oscuro que lo apartaba de ella por más que intentara retenerlo. Comprobar que no, que estaba allí sano y salvo, a su lado, hizo que la acometiera un llanto liberador.

Y a él se le partió el alma al interpretar erróneamente unas lágrimas cuyo destino, se figuró, era otro hombre. ¿Qué otra cosa podía pensar? Él era un recién llegado que se había colado en la vida de Tatiana, ni siquiera sabía si ella le abriría las puertas de su corazón o éste estaba ya ocupado por el recuerdo de otro hombre. Fuera como fuese, la joven estaba allí porque él la había implicado en sus problemas y no iba a abandonarla.

—¿Te encuentras mejor?

—Me duele la cabeza.

—Se te pasará pronto, aún tienes un buen chichón.

—Creía que... Creía que se había marchado.

—Vas a tener que soportar mi presencia durante varios días. No viajaremos hasta que estés totalmente restablecida. Lynton ha partido hace un momento para dar

aviso de nuestro retraso en volver a Londres.

—¿Quiere decir que... que estamos solos?

—Quiero decir que, protestes o no, nos quedaremos hasta que te recuperes.

—Ya me encuentro mucho mejor.

—Seguro que sí.

—En serio. No es necesario que...

—No insistas, Tatiana. Tómalo como unos días de descanso pagados.

—No los necesito, milord.

—Cualquiera diría que ansías volver a tus labores de fregona.

—Es lo que soy. Lord Winter, le agradezco sus cuidados, pero si he de ser franca, no me tranquiliza su familiaridad hacia mi persona.

Él sabía que su reticencia estaba fundamentada.

—Para tu sosiego, te ha estado atendiendo la mujer del posadero, que, dicho sea de paso, me ha echado del cuarto de no muy buenos modos.

—Una mujer inteligente, sin duda. Puedo quedarme bajo su cuidado y usted regresar a sus quehaceres.

—Eso te gustaría, ¿verdad? Que me marchara.

—No puedo negarlo.

—Pues lo lamento, pero mis ocupaciones tendrán que

esperar. No pienso perderte de vista. Ahora eres mi responsabilidad.

—Enternecedor, milord.

—¿Verdad que sí? ¿Crees que podré santificarme un poco al soportar unos cuantos días tus pullas?

—¿Un demonio haciendo méritos para entrar en el Reino de los Cielos? —Se echó a reír—. Desde luego, tiene usted sentido del humor.

—Que a ti te falta.

—No tengo motivos para el optimismo.

—Convengo contigo en que tu vida puede que no haya sido grata, Tatiana, pero eso puede cambiar. Sólo depende de ti.

—¿Convirtiéndome en su amante?

—Sin ir más lejos.

—Despierte, milord, sigue usted soñando. Su condición y la mía no dan más que para un trato, todo lo más, cordial. Pertenecemos a mundos diferentes.

Darel se acomodó a su lado, atreviéndose a pasarle los nudillos por el mentón. Ella no fue capaz de reprimir un leve temblor.

—¿Acaso le has entregado tu corazón a otro?

Tatiana lo miró con los párpados entrecerrados. Todos los hombres eran unos necios, se dijo. O una se rendía a

ellos o, de inmediato, pensaban que pertenecían a otro. Cada vez estaba más orgullosa de ser mujer. Le hubiera gustado enzarzarse con él en una discusión razonada del tema, pero tenerlo tan cerca la sacaba de sus casillas, porque, a pesar de todo, contra toda razón, deseaba besarlo.

—¿No habría forma de conseguir algo de comida? —preguntó, para no seguir hablando del asunto—. Estoy famélica.

Darel replegó velas. Durante los días que tuvieran que quedarse en Folkestone ya habría tiempo de sobra para retomar su estrategia, que, de dar sus frutos, condenaría al tal Vasili, fuera quien fuese, al olvido de Tatiana. Si es que en el corazón de su bella obsesión se estaba abriendo la misma brecha que en el suyo.

La tarde moría, regalándoles un cielo de tonos cárdenos y anaranjados, el chirrido incansable de los grillos y el griterío de las gaviotas que sobrevolaban la playa.

Tatiana, sentada sobre la hierba del pequeño promontorio desde el que se podía contemplar el hipnótico romper de la espuma blanca, se abrazó las rodillas dejando descansar el mentón en ellas. Suavizaba el dolor de su corazón el vaivén de las olas, que morían cadenciosas, originando diminutas pompitas de aire en la arena, retirándose monótonas para regresar poco después con más ímpetu.

Durante su obligada estancia, habían bajado por las tardes hasta aquella apartada cala, donde Tatiana habría querido quedarse un tiempo infinito, alentada por la presencia de Darel a su lado. Él se había mostrado encantador, ella tolerante y hasta se podría decir que habían firmado una paz momentánea.

—He soñado con frecuencia con el agua del mar rompiendo entre mis pies —musitó de repente, más para sí

misma que para él.

Tatiana recordaba con añoranza la única vez que su padre había accedido a llevarla con él. Terca como siempre, se empeñó en no querer otra cosa para su decimocuarto cumpleaños que acompañarlo a Italia, con el deseo de ver el mar. La arena dorada, el murmullo incansable del oleaje, la inmensidad del agua fue una experiencia mágica, pero aún rememoraba cómo envidió la algarabía de los juegos de la chiquillería en la playa, mientras que ella, por su condición, debía guardar las formas.

Había aprendido a nadar en el lago, cerca del palacio, vigilada y guiada por Vasili, pero un lago no era lo mismo y en su memoria quedaron grabados los retozos infantiles a los que ella no tuvo acceso.

Ahora, ya era demasiado mayor para entregarse a ese tipo de pasatiempo.

Como si Darel hubiese adivinado sus pensamientos, tomó la iniciativa de quitarle los zapatos sin darle opción a protestar, se puso de pie con ella y ambos, de la mano, caminaron hasta el agua. Luego, se limitó a sentarse en la arena, esperando su reacción.

Tatiana sospechaba que su actitud caballerosa escondía la esperanza de seducirla, pero en esos momentos no importaba, estaba cansada de discutir con él y necesitaba un

poco de paz.

Sus ojos, regocijados con anticipación, no podían apartarse de la espuma que parecía querer esquivar sus pies desnudos como si deseara burlarlos. Dudó un segundo y luego, sin timidez, se levantó el vestido para internarse en el mar hasta que el agua le llegó a las corvas. Se le escapó una carcajada cuando hubo de retroceder apresuradamente para evitar que la empapara el envite de una ola, poniéndose a buen recaudo con el tiempo justo.

Sin olvidar la presencia de Darel, porque eso era imposible, caminó a lo largo de la playa, chapoteando, hundiendo los dedos de los pies en la arena, dejando luego que el mar se los limpiase. Hasta ella llegaba la risa, no sabía si burlona, de él, pero estaba disfrutando tanto que ni siquiera consideró si su comportamiento le parecería pueril. Volvía a sentirse viva.

Gresham siguió sus jugueteos con deleite, hasta que el declive del sol le dijo que debían dar por finalizado el paseo. Se encaminó hacia ella y, al llegar a su lado, abarcó su talle con un brazo.

—Mi adorada sirena, estoy muerto de hambre.

Ella se escabulló, pero fue para mirarlo de frente y regalarle una sonrisa.

—Gracias. —Instintivamente, se puso de puntillas para

depositar un beso fugaz en su mejilla.

Él deseó entonces, más que nada en el mundo, estrecharla entre sus brazos. Con el rostro levemente sonrojado por el aire del mar y con el cabello alborotado, muy bien podría haber pasado por una de las hijas de Neptuno. Era un ser adorable.

Una garra de acero le oprimía el corazón con sólo pensar que pudiera perderla. Carraspeó, le ofreció caballerosamente el brazo y regresaron al promontorio donde habían estado antes. Una vez allí, la hizo sentarse en la hierba, se quitó el pañuelo del cuello y comenzó a secarle los pies.

Tatiana lo dejaba hacer fascinada. Se moría por hundir sus dedos en la masa oscura de su lustroso cabello, acariciarle el rostro, besarlo. Ya no podía negar lo evidente: se había enamorado de él. ¿Qué sucedería si se dejaba arrastrar por ese amor que crecía en su interior, más fuerte a cada segundo que pasaba, y se le entregaba? Rechazó la idea de inmediato. Era imposible. Sabía que su corazón sangraría cuando hubiera de marcharse de Inglaterra, porque no volvería a verlo más. Intimar hasta ese punto le acarrearía mayor sufrimiento cuando se separaran.

Las masculinas manos de él ascendiendo desde sus tobillos hacia las rodillas, mermaban su coraje. ¡Dios!

¡Cómo lo deseaba!

—Está echando a perder su pañuelo, milord — murmuró, en un intento de detener sus caricias.

Gresham estrujó la prenda en su puño, a la vez que clavaba sus oscuros ojos en ella. Prestar un servicio en apariencia sin malicia lo había excitado. Lo consumían las ganas de tocarla, de volver a besar su boca. Ella intentaba guardar las distancias, pero en su mirada rutilaba idéntico deseo al que lo estaba consumiendo a él.

Dejó el pañuelo a un lado y fueron sus manos quienes tomaron el relevo, tímidas al principio, decididas después, hasta abarcar sus muslos. Tatiana empezó a respirar entrecortadamente.

—Pídeme que pare y lo haré —dijo él.

—Yo...

—Tú ¿qué?

Ella negó con la cabeza, pugnando porque sus cuerdas vocales pronunciasen una palabra disuasoria.

—Déjame amarte, Tatiana. —Ella escudriñó el entorno con mirada desasosegada por cualquier posible presencia—. Déjame amarte. Lo deseas igual que yo. ¿De qué tienes miedo?

«De llegar a amarte tanto que después no pueda separarme de ti —se respondió a sí misma—. De

convertirme en una cáscara vacía sin tus besos.»»

Él trataba de enrollarle la tela de la falda a la cintura y ella reaccionó poniendo coto a su voraz ofensiva, sujetándolo de las muñecas.

—Se lo suplico, milord...

Darel inspiró hondo. Era el momento y lo sabía. Sabía que, si se lo proponía, Tatiana acabaría rindiéndose a él, podría hacerla suya. Pero una vena moral le impedía aprovecharse de la situación, haciendo que, una vez más, primara su sentido del honor. Se incorporó y dijo:

—Cálzate. Se ha hecho tarde.

Ella se puso los zapatos y fue tras él, que se alejaba ya a buen paso. Se maldijo por haber estropeado el idílico momento, por negarse a lo que le pedía el corazón y ansiaba su cuerpo. Y lo maldijo a él por ser un sinvergüenza tan encantador.

En contra de lo que Tatiana esperaba, Darel no pareció recriminarle haberlo rechazado una vez más y se mostró exquisitamente amable. La llevó a cenar de nuevo a Totem's, exhibiendo simpatía y derrochando sentido del humor narrándole sus andanzas infantiles junto a sus hermanos, provocando que ella se riera sin reserva. En ésas

estaban, a punto de atacar los postres recién servidos, cuando hizo acto de presencia la persona a la que menos esperaban: Cornelio.

El portugués estiró el cuello, buscando a través del salón hasta localizarlos, acercándose después presuroso.

—¿Te encuentras bien, Tatiana? —preguntó, tomándola de las manos.

—Perfectamente, gracias.

—*Meu Deus, menina!* Nos has dado un susto de muerte. Lynton nos dijo que estabas herida.

—No fue tan grave.

—Me costó un triunfo calmar a la cascarrabias de la señora Temple. Hasta temí que no se quedara en Londres y quisiera venir conmigo a...

—Buenas noches, Cornelio —cortó Darel su diatriba.

—Eeeeh... Buenas noches, patrón.

—¿Se puede saber qué diablos haces tú aquí?

—Tengo que hablarle. Le dije a Lynton que se encargara de todo en mi ausencia.

—¿Así que ahora diriges a mis criados? Y eso... ¿desde cuándo? ¿A santo de qué te has tomado esa licencia?

—*Nenhum protesto*, lo que tengo que decirle es importante.

Darel frunció el cejo. Cornelio solía tomarse más

atribuciones de las que le correspondían, había sido así desde que entró a su servicio y ya estaba curado de espanto. Pero casi siempre acertaba, de modo que él hacía la vista gorda, aceptándolo como un mal menor. Sin embargo, la seriedad de su rostro, habitualmente sonriente, le daba a entender que el asunto que lo había llevado allí revestía importancia.

—¿Has comido algo?

—Apenas nada desde que salí de Londres, le agradezco la invitación. —Sin más, se sentó y llamó al camarero—. Un par de filetes bien hechos, una cerveza y... otra de éstas. —Señaló con el mentón las porciones de tarta de manzana de las que ellos estaban a punto de dar cuenta.

—Pide lo que quieras —ironizó Gresham extendiendo los brazos, viendo que el descaro de Cornelio divertía a Tatiana.

—Es lo que acabo de hacer, patrón —sonrió el portugués de oreja a oreja.

—Cualquier día...

—Me pondrá de patitas en la calle, ya lo sé. Pero no será antes de que termine la cena, *não é verdade?*

Darel no tuvo problemas para alquilar una habitación

para Cornelio, ya que la feria de ganado había terminado. Tatiana se había retirado a su cuarto y ellos dos se encontraban en un rincón del salón de la posada, lejos de oídos indiscretos.

—¿Estás seguro de lo que me cuentas?

—Como de que el Duero desemboca en el Atlántico, patrón. Tal como usted me pidió, busqué información aquí y allá y mis buenos contactos no me defraudaron. La muchacha no mentía, se alojaba en el mismo cuarto que una meretriz llamada Anna Devis, más conocida como *la Galesa*. Según parece, la tal Anna la tenía como protegida.

—¿Una meretriz protegiendo a otra?

Cornelio chascó la lengua, negó con la cabeza y se entretuvo en echar un vistazo al local antes de hablar.

—¿Qué le pasa, patrón? Usted nunca ha mostrado animosidad hacia ese tipo de mujeres. Bien sé que una parte de sus ganancias van a parar a una organización dirigida por damas de clase alta, que tienen su centro de operaciones en la calle Whitechapel y dedican su tiempo a ayudar a esas infelices. Como también sé que ayuda a los huérfanos que están a cargo del hermano Gregory. Pienso que...

—Piensas demasiado, Cornelio —lo cortó él.

El joven se lo quedó mirando fijamente antes de

aventurar:

—La señora Temple no cree que Tatiana sea una vagabunda. Yo tampoco lo creo. Ni Jenny, ni Lynton.

—No hace falta que me menciones a todo el personal. Sé muy bien lo que creéis.

—¿Y usted?

—Yo pensaré lo que me venga en gana.

—Por algo es el jefe —asintió con mala cara.

—Sigue. ¿Qué más?

—El apellido que figuraba en su ficha de encarcelamiento en Newgate, Drake, puede ser cierto o falso, eso no he podido constatarlo, ya sabe usted que en los barrios bajos mucha gente carece de papeles. Fue el nombre que dio cuando la arrestaron. Lo que sí he podido confirmar es el enorme interés que se está tomando alguien por encontrarla.

—¿Y eso? —se sorprendió Darel.

—Me acompañó la suerte y en el registro del presidio estaba mi amigo Pete Morsen, alguna vez le he hablado de él. Al parecer, el tipo con el que usted arregló la libertad de Tatiana agarró una tuberculosis. Pete me dijo que se presentaron dos sujetos extranjeros preguntando por ella, dispuestos a pagar bien por una pista fiable que los pusiera tras la muchacha. No le gustó su facha de militares.

—¿Extranjeros y militares?

—Pete supuso que lo eran, por su acento y por el modo en que uno se dirigía al otro. Los militares mataron a su hermano, así que se negó a darles ninguna información, más aún cuando se pusieron furiosos al saber que ella ya no estaba en Newgate. Así que se limitó a indicarles que la persona que había pagado la fianza de Tatiana no quiso dar su nombre.

—¿Quién podría estar interesado en encontrarla?

—¿Tal vez un antiguo amante despechado a quien abandonó?

—No lo creo —repuso Darel, recordando la suave expresión con que ella había mencionado el nombre de Vasili en sueños—. Debe de haber otra explicación.

—Pues tendrá que dársela ella. Lo que está claro es que la buscan y, según mis cortas entendederas, y las escasas de mi amigo, no con buenas intenciones. Yo que usted no la perdería de vista.

—No pienso hacerlo —aseguró, sirviéndose un segundo vaso de brandy—. Vete a descansar, mañana al amanecer salimos para Braystone Castle.

—¿Va a dejarla con sus abuelas, patrón?

—No se me ocurre un lugar mejor para su protección.

¿Y a ti?

Braystone Castle era todo agitación cuando ellos llegaron.

Apenas echar pie a tierra, Darel se encontró con una noticia que le costó digerir: habían intentado acabar con la vida de su hermano Chris y la de su esposa dos noches atrás. La casa familiar era un ir y venir de comentarios por un suceso que rompía toda rutina. Lady Eleonor y lady Alice, la tía de Kimberly, se encontraban en sus habitaciones, reponiéndose de los acontecimientos, y Ladislaus Mortimer, ayuda de cámara de Chris, convalecía de una herida en una pierna tras un altercado en Cheryl Bay. Nadie ahorraaba adjetivos elogiosos para el valiente comportamiento del hierático sirviente.

Darel no quería comentarios, quería respuestas. Dio instrucciones para que se alojase a Tatiana y a Cornelio y se fue directo a por su hermano Christopher, a quien arrastró prácticamente a su despacho. Una vez a solas, le dijo:

—Te aseguro que no veía tal confusión desde que soltamos a los animales de la granja cuando éramos

pequeños y destrozaron los parterres del jardín. ¿Se puede saber realmente qué ha sucedido? ¿Qué es eso de que intentaron mataros?

El conde tardó poco en ponerlo al día de los últimos acontecimientos.

—Por suerte, Bart, Mortimer y luego el resto llegaron justo a tiempo para evitar que ese hijo de perra se saliera con la suya.

—Ahora entiendo que el estirado de Ladislaus sea el ídolo del personal.

—Muy merecido, puedo asegurártelo.

—Quién iba a imaginarlo, ese hombre nunca dejará de sorprendernos.

—El que me sorprende a mí eres tú. ¿Qué era tan importante como para retenerte fuera de Londres y que no pudieras acudir a mi boda?

—El maldito Banks, que me metió en una encerrona. Es verdad que acepté el trabajo, pero también lo es que lo organizó con un secretismo que me creó dificultades muy serias. Tan serias que, dicho sea de paso, estuvieron a punto de mandarme a la tumba.

—Veo que tú sigues a lo tuyo, divirtiéndote con misiones arriesgadas —repuso Chris con cara de pocos amigos.

—Tanto como tú ocultando tus pesquisas. ¿No se te ocurrió que podía haberte echado un cable en tus investigaciones?

—Preferí que no te mezclaras.

—Gracias por la confianza.

Los interrumpió la criada a quien Darel le había pedido que se hiciera cargo de Tatiana. Con una reverencia, lo puso al corriente de que la señorita estaba alojada en la habitación lila y luego se retiró de inmediato.

—¿La señorita? —preguntó Chris, en cuanto se hubo ido la muchacha—. ¿Qué señorita?

—Es largo de contar.

—No me digas que te has atrevido a traer a casa a una de tus... No, no me lo digas.

—No es una de mis amantes. Al menos, aún no.

—Pero ¿es que te has vuelto loco? —lo reprendió el mayor palmeando el brazo del sillón—. Suficientes problemas tengo ya como para bregar con uno nuevo. ¿Te has parado a pensar cómo se van a poner las abuelas cuando se enteren?

—No vi otra opción. Lo estuve pensando y llegué a la conclusión de que Braystone es el lugar más seguro que conozco y ella está en peligro. Me importa un bledo si a las abuelas les da un soponcio, la seguridad de Tatiana es

prioritaria.

—Así que Tatiana —reflexionó Chris—. Parece que esa condenada muchacha te ha hecho perder la sesera. Primero la sacas de Newgate, luego la metes en tu casa y ahora la traes aquí.

—¿Cómo sabes que...?

—Eso no importa.

—¿Me has estado espiando?

—Sólo me intereso por tu seguridad.

—¡Y un cuerno!

—Cálmate. Tu vida sexual me importa un ardite, pero claro, si llega a mis oídos que has metido a una maleante en tu casa tendré, como poco, que saber con quién te enredas.

—Hace tiempo que dejé de ser un crío y mis problemas los solvento yo. No te necesito metiendo las narices en mis asuntos.

—No digas necedades. Eres mi hermano.

—Sí. El mismo al que tú no has tenido la deferencia de poner al corriente de tus cosas. Pues ya sabes: donde las dan las toman. Gracias de nuevo, pero olvida el asunto de Tatiana —le espetó, levantándose.

—Soliviantarte a estas alturas no sirve de nada, Darel. Siéntate y háblame de esa chica, te echaré una mano si realmente está en peligro.

—¡Vete a freír espárragos! Ella es mi responsabilidad, así que guárdate tu cooperación donde te quepa.

En los ojos grises de Christopher asomó una chispa de interés. La reacción de su hermano no se justificaba, por mucho que él hubiera hurgado en su intimidad. Por tanto, tras ella existía mucho más que su simple intromisión.

—De modo que así es como estás.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Darel, volviéndose y sujetando ya el picaporte.

—Que te han atrapado.

—¿No se te habrá resentido la cabeza de alguno de los golpes recibidos en la pelea de la bahía?

—Completamente atrapado —insistió Chris—. Ardo de curiosidad por conocer a esa muchacha.

—Si se te ocurre echarle el ojo, no sé lo que soy capaz de hacer. Quedas avisado.

—No temas. Hablas con tu hermano, que ahora está casado. Felizmente casado. Vamos, cuéntame. ¿Qué pasa con ella?

La reserva de Darel se desinfló como un globo pinchado. Renuente, volvió a sentarse y se sinceró:

—Ni siquiera sé quién es realmente. Juraría que está tratando de esconderse. Y también que está siendo acosada.

—Me resulta extraño que estés en blanco, capaz como

eres de enterarte incluso de si el rey le ha regalado unos calzones nuevos a su amante de turno.

—Sólo sé que dice llamarse Tatiana Drake, que ha estado viviendo con una furcia desde que saltó por la borda del *Discordia*, que es inteligente y que parece haber tenido educación —repuso, pasando por alto la ironía de Chris. A continuación, le contó lo que Cornelio había averiguado de sus supuestos perseguidores—. De momento, me vendría bien que me allanaras el camino con las abuelas.

—Si te mantienes suficientemente alejado de las faldas de esa joven, veremos qué se puede hacer.

—Le he dicho a la sirvienta que es una institutriz para Cameron.

—Kimberly va a matarte.

—Tú encárgate de las abuelas, que yo lo haré de tu esposa.

Su hermano hizo un gesto aquiescente.

—No te prometo nada.

—Inténtalo. Voy a presentar mis respetos a nuestra venerable familia y a darle unas palmaditas a Mortimer. — Salió del despacho para, acto seguido, asomar de nuevo la cabeza—. Lo olvidaba. Felicidades por tu matrimonio. Espero que Kim te vuelva loco de verdad.

El rostro complacido de Christopher y su risa divertida,

lo acompañaron mientras se alejaba por el pasillo.

Soportó estoicamente la reprimenda de sus abuelas por haberse ausentado tantos días. Y, posteriormente, las objeciones de su recién adquirida cuñada a hacer pasar a su acompañante por una institutriz para su sobrino. Aun así, tras escuchar las razones esgrimidas, Kimberly acabó aceptando cubrirle las espaldas.

Lady Eleonor, ligeramente recuperada, no hizo preguntas cuando le presentaron a Tatiana, esa misma tarde. No así lady Agatha, a quien le picó la curiosidad respecto a sus habilidades.

—Supongo que tendrá usted referencias, señorita Drake.

—En efecto, milady —repuso la joven, que había sido puesta sobre aviso por el propio Darel.

—¿Domina algún idioma?

—Italiano, francés y alemán, milady.

—Así que alemán. ¿De veras? *Zichen Sie weisse Lilien oder vielleicht Wasserlilien vor?*

—Prefiero los lirios, milady. De hecho, mis flores predilectas son los lirios de agua, aunque las azucenas naranja me encantan.

La dama asintió satisfecha, para tranquilidad de Darel, pendiente del desarrollo de la conversación sin perderse detalle.

—Tiene que ver entonces el estanque que se encuentra detrás de las caballerizas. —Se tomó la libertad de palmearle la mano—. Ahora, queridos —dijo, poniendo punto final al encuentro—, disculpadnos, Eleonor debe descansar.

—¿Yo? —preguntó la aludida, cuyos mareos solían ser más ilusorios que reales—. Me encuentro divinamente, Agatha.

—Nadie lo diría, viéndote aferrada al frasco de sales.

—Aún estoy conmocionada por lo sucedido, es cierto. Vosotros, sin embargo, parecéis haber olvidado que ha estado a punto de suceder una desgracia irreparable. ¿Se ha enterado usted, señorita? Nada menos que intentar asesinar a mi nieto y a su esposa. ¡Adónde vamos a llegar! ¡Qué vergüenza!

No iba a terminar el comentario sin la apostilla de su exclamación favorita. Luego levantó el mentón y salió en pos de lady Agatha.

A Darel le entregaron un sobre recién llegado de la Gresport Company que acaparó toda su atención, circunstancia que Kimberly aprovechó para conocer un

poco más a su invitada.

—¿Qué tal si nos acercamos al estanque, señorita Drake? Estaría encantada de mostrárselo.

—Será un placer, milady.

Lo que la condesa viuda llamaba estanque, era apenas una charca junto a una pequeña arboleda de robles y hayas a escasos metros de las caballerizas. A Tatiana le gustó el entorno, cuidado y bucólico. La profusión de lirios acuáticos hizo que se acercara al borde para verlos mejor y aceptó la sugerencia de la condesa, que se acomodó sobre una de las piedras planas que delimitaban el estanque, indicándole otra.

Tan pronto como se sentó a su lado, Kimberly no se anduvo por las ramas:

—¿Realmente trabaja para Darel, señorita Drake?

Tatiana tampoco utilizó subterfugios, adivinando que la otra sabía la verdad:

—No me contrató de institutriz, si es lo que quiere saber, milady.

—Eso tengo entendido.

—Tampoco como amante —aclaró—. Trabajo en su casa, a las órdenes de la señora Temple. Lord Winter me sacó de la prisión y me facilitó un modo de ganarme el sustento. —Su alusión al presidio hizo que Kim se pusiera

en guardia.

—Ya veo. Muy propio de mi cuñado. Pero no parece usted una simple sirvienta. Ni viste como tal, ni sus actitudes ni modales se ajustan a ese perfil.

—Lord Winter me hizo acompañarlo a Folkestone en calidad de intérprete. No podía llevarme vestida con cofia y delantal.

—Comprendo. Me ha dicho que está usted en peligro.

—¿Y le ha creído? —A Tatiana se le activó una alarma. ¿Por qué podía él pensar que estaba en dificultades? ¿Qué había averiguado?

—Mi cuñado sería capaz de convencer a un cadáver para que resucitase.

—Le conoce bien.

—Y, dígame..., ¿puedo saber el motivo por el que se encontraba en prisión? Comprenderá que si va a cuidar de mi sobrino, aunque sea aparentemente, tengo derecho a saberlo. No soy tan permisiva como las abuelas.

Ella se hizo cargo de su reticencia a tener una ex convicta en su casa, pero estaba cansada de tanta mentira y lady Gresham, por alguna extraña razón, le inspiraba confianza. Fijó su mirada en sus ojos color zafiro, hermosos y cálidos, que se adivinaban capaces de desentrañar sus más íntimos secretos.

—Me arrestaron por vender el caballo de lord Winter.

—¡¡Así que es usted!! —se asombró Kim—. ¡Válgame el Cielo! Cuando Darel llegó aquí, tras el asalto, echaba pestes de una chica a la que hubiera matado de buena gana.

—Es comprensible, milady. Lo herí en su orgullo.

—De tal atributo, los Gresham atesoran cantidades ilimitadas, se lo digo por experiencia.

—Entiendo que no dispongo de la mejor carta de presentación, milady. —Se levantó, esquivando la mirada de Kim, incómoda ahora, tras sincerarse con ella.

—Si yo no le hubiese dado una oportunidad al que ahora es mi marido, posiblemente él estaría muerto y yo en la cárcel, querida —repuso la americana enigmáticamente—. Mi cuñado dice que serán solamente unos días, así que, en aras de la paz familiar, usted y yo disimularemos. Desde ahora y hasta que se marche, de cara a todos será únicamente la institutriz que Darel ha contratado para mi sobrino. Por otro lado, no desaprovecharé la ocasión de presenciar cómo ese calavera dobla la cerviz.

—No sé si la comprendo, señora. ¿Qué quiere decir?

No, no la comprendía y Kim lo sabía. Pero ella conocía lo bastante a Darel y juraría haber atisbado una honda preocupación por la muchacha, además de una atención inusual en un hombre disoluto como él. Durante su

presentación formal, apenas había podido quitarle los ojos de encima a Tatiana. Y la joven se sonrojaba ligeramente cuando se refería a él. Dos y dos siempre suman cuatro, así que, o Darel bebía los vientos por ella o dejaba de llamarse Kimberly.

Se levantó, se sacudió las faldas y preguntó a su vez:

—¿Cree que debería darle a mi cuñado un voto de confianza?

—Yo no sé si se lo daría, milady.

Kimberly disimuló una sonrisa.

—Por lo que veo, va usted conociéndole. ¿Sabe?, poseo una hacienda cerca de Nueva York y sé lo que es el trabajo duro. No siempre he sido condesa. De hecho, lo soy desde hace bastante poco y aún no me acostumbro. —Tatiana, confusa, no acababa de entender qué trataba de decirle—. Creo que usted y yo tenemos algo en común: no nos dejamos sojuzgar y luchamos por lo que queremos. ¿Me equivoco?

Ella suspiró hondo.

—Es posible que no.

—Es lo que esperaba oír. Y ahora, deberíamos regresar. Mañana conocerá a Cameron, un buen amigo se lo llevó de acampada para alejarlo del barullo después de los últimos sucesos. Pero ¡cuidado con ese diablillo!, es capaz de

engatusarla al primer golpe de vista. Es muy fácil encariñarse con él.

A kilómetros de allí, los sabuesos que seguían la pista de Tatiana Elisabeta Smirnova también sabían la clase de mujer tras la que iban: de las que no se rinden. Ella representaba el mayor de los peligros para el nuevo Régimen mientras estuviera viva, pues era quien podía alzar contra ellos al pueblo de Orlovenia, siempre próximo a su monarquía. Por eso tenían que encontrarla.

La voz de uno de esos hombres sonó como el chirrido de un gozne oxidado:

—Darel Gresham, barón de Winter. Hasta donde he podido averiguar, pertenece a una familia de rancio abolengo y gran prestigio y es muy rico.

—Espero que tu información sea fidedigna, Sacha. No podemos cometer más errores —avisó Kovenko.

—He preguntado y uno de los guardias de la prisión reconoció el carruaje en el que se marchó Tatiana. Bastaron unas libras para soltarle la lengua. Me indicó incluso dónde vive el barón.

—Entonces, en marcha —dijo levantándose.

—No tan de prisa, señor. Me he acercado allí a fisgar un poco antes de venir. De Winter hace días que falta de su domicilio y Tatiana está con él.

—¡Por la maldita revolución!

—Pero... —añadió Sacha con sonrisa ladina—, podría ser que el barón y su alteza se encuentren en estos momentos en la residencia familiar de los Gresham, un lugar llamado Braystone Castle.

—¿Dónde queda eso?

—A poco más de una hora de camino a caballo desde Londres.

Kovenko pareció relajarse y se pasó la mano por la barbilla antes de hablar.

—Compruébalo. Te quiero aquí al anochecer. Tráeme la noticia de que al fin hemos dado con ella o más te valdrá desaparecer. Yerik, acompáñale. Y ni se os ocurra hacer nada por vuestra cuenta, sólo localizarla.

Lady Gresham no se equivocaba. Cameron se granjeó el cariño de Tatiana de inmediato y aceptó de buen grado su presencia. Para él implicaba amoldarse a una nueva maestra que no fuera su tía Kim, pero según dijo no le importaba, porque ella era *muy bonita*. A Tatiana no le cupo duda: el

niño era un embaucador que robaría el corazón de cualquiera.

Como si realmente fuera a ejercer de institutriz durante un largo período, la joven se familiarizó rápidamente con aquel terremoto que traía de cabeza al servicio, tras el que correteaba un perrillo negro, tan revoltoso como él mismo, lo que le permitía valorar el arduo trabajo de quienes la habían cuidado a ella misma cuando era una cría bulliciosa.

En más de una ocasión, hubo de salir tras Cameron cuando el niño abandonaba las clases en pos del nervioso chucho.

En ello estaba esa mañana. El joven vizconde Teriwood perseguía al animalillo y ella iba tras él. De pronto, al doblar por uno de los pasillos, se toparon con el conde y su esposa. Christopher se vio obligado a dar un salto para evitar al perro, que pasó por su lado como una exhalación, profiriendo ridículos ladridos, y a Cameron, que casi lo arrolló.

—¡Condenado chucho!

—Se llama *Sultán*, tío —gritó el crío por encima del hombro, sin detenerse.

—¡*Sultán*! —rezongó Christopher—. Sigo diciendo que es un nombre demasiado pomposo para un animal tan pequeño.

—¿Conde de Braystone! —replicó su esposa—. No seas tan terco.

Él la silenció con un beso.

—No puedo serlo, enamorado como estoy de mi flamante esposa, la mujer más bonita del mundo.

—Adulador —sonrió ella, acariciando su pecho.

—Hechicera.

Tatiana, incómoda ante la afectuosa escena, carraspeó para llamar su atención y abrirse paso. Gresham reparó en ella, en su rostro acalorado y su respiración entrecortada. Rió para sí y se hizo a un lado.

—¿Qué ha hecho ahora ese diablo? —preguntó, aunque no esperó a saberlo—. Los encontrará a los dos en la leñera, uno de sus rincones preferidos para esconderse.

Tatiana hizo una leve inclinación y se alejó en busca de Cameron. Cuando localizó a su pupilo, le recriminó su conducta, guiándolo de nuevo al estudio.

Hizo como que no lo veía, pero Darel se les acercaba. Desde su llegada a Braystone Castle, lord Winter estaba incrementado su acoso gradual de ella. Se lo encontraba a cada paso, era objeto de sus miradas cargadas de significado y el blanco de frases que quebraban paso a paso su aparente indiferencia. En esa ocasión, el travieso Cameron, creyendo haber hallado un inesperado aliado para

burlar sus lecciones, corrió a refugiarse tras él.

—¿Has venido para llevarme a cabalgar, tío? Tengo que aprender a montar a caballo, a que sí. Díselo a la señorita Drake.

Darel se limitó a atusarle el cabello, sin desviar ni un segundo sus ojos del rostro de Tatiana. Por mucho que le hubiera prometido a Chris mantenerse alejado de ella, no pensaba cumplir lo acordado. No, después de haber llegado a una conclusión la noche anterior.

—Cuesta mantenerlo a raya, ¿eh?

—No más que a algunos otros —respondió Tatiana.

—Sí, en eso eres una especialista. Vamos, Cameron, no hagas perder más tiempo a tu maestra y vuelve a la clase.

—¡Jolines!

—¡Chitón!

—Pero es que...

—Si te portas bien, tal vez cabalguemos esta tarde. Andando, pillastre.

Cameron aceptó su derrota, cogió a *Sultán* en brazos y se encaminó hacia la mansión. Tatiana iba a ir tras él, pero la mano de Darel la detuvo, sujetándola del brazo.

—¿Te gustaría acompañarnos luego?

—Gracias, pero no. Tengo clases que preparar. Además, le veo muy capaz de hacer una jugarreta para acorralarme

—contestó, sin poder remediar que se le escapase una sonrisa.

—Me duele que pienses tan mal de mí —protestó él teatralmente.

—Tengo sobrados motivos, milord.

Darel no la presionó. Se limitó a contemplar su leve contoneo de caderas al caminar, su espalda recta, su porte orgulloso. Tendría a Tatiana aunque fuese lo último que hiciera en el mundo. Había pasado la noche en vela pensando en ella, preguntándose qué camino debía tomar. Con seguridad, algunos de sus conocidos lo criticarían, dirían que había perdido la razón. Incluso era de esperar que su familia se opusiera. Sabía que debería enfrentarse a dificultades, porque reconocía que ella no era la mujer que los demás esperaban que eligiera para convertirse en su baronesa. Pero no le importaba. Resistirse a lo que sentía por Tatiana sí que era de locos. La amaba. Tendrían que aceptarla sí o sí, no estaba dispuesto a claudicar cuando era su corazón el que estaba en juego. Ella se le había metido bajo la piel y la quería por esposa. Estaba seguro de que Tatiana también sentía algo por él, así que no le daría cuartel: estrecharía el cerco hasta conseguirla.

Si ella pensó que se había librado de Gresham por ese día, estaba equivocada. Pocos minutos después, cuando

estaba haciéndole repasar los países a Cameron en un mapa colgado en la pared, Darel hizo acto de presencia. Como si de un alumno más se tratara, tomó asiento al lado del niño. Por un momento, Tatiana estuvo a punto de pedirle que se marchara, pero prefirió no darle la oportunidad de entablar una nueva batalla dialéctica. Señaló pues un punto del mapa y continuó con la clase.

—Francia —dijo Darel.

Cameron rectificó en el acto.

—Es España, tío.

Tatiana movió la regla por el mapa, deteniéndose sobre otro punto.

—Italia —indicó Darel con una sonrisa burlona.

—¡Por favor! —se echó a reír el pequeño—, no das una. Es Austria.

—Y ¿cuál es su capital, Cameron? —preguntó la joven.

—Roma, por supuesto —respondió Gresham, todo candor.

—No lo sé —confesó el muchachito.

Tatiana hacía esfuerzos para no dar pie a las payasadas de Darel, pero en sus disparatadas respuestas encontró el modo de hacerle pagar la interrupción de su clase.

Puso una cuartilla en blanco frente al niño y le entregó otra a él junto con pluma y tintero. Con seriedad, les dijo:

—Es Viena, caballeros. Ahora quiero que escriban cincuenta veces: «La capital de Austria es Viena». Y con buena letra. Seguro que *a ninguno de los dos* se les olvidará en un futuro.

Darel se mordió un carrillo para evitar soltar una carcajada que distrajera a Cameron. ¡Condenada muchacha! Le estaba imponiendo un castigo del que no podía librarse si quería dar buen ejemplo al niño. Bueno, él mismo se lo había buscado. Cogió la pluma.

—Cameron. ¿Te importaría ir a mi cuarto y traerme las lentes que encontrarás sobre el aparador?

Tatiana arqueó las cejas. ¿Lentes? Se fijó en su expresión pícara y comprendió. ¡Era la artimaña más rastrera que...! El niño, complacido de poder librarse por unos minutos de sus obligaciones, ni esperó permiso para ausentarse y se marchó de allí como una exhalación. Antes de que ella pudiera emitir queja alguna, Darel había cerrado la puerta y la tenía arrinconada entre la pared y el círculo de sus brazos.

—Cásate conmigo —oyó que decía un segundo antes de que su boca se posara sobre la de ella.

No pudo ni quiso imponerse a sus propias apetencias y se rindió, entregándose a unos labios que quebraban su voluntad. Soltó la regla para rodearle el cuello con los

brazos, mientras las manos de él se abrían ya paso por la abertura de su escote.

La boca de Darel sabía a menta, a pasión, a llamada de rendición, y ella se deslizaba por ese abismo con tal de seguir saboreándolo. La sangre circulaba en galope demencial por sus venas y el eco de su bombeo repetía en su cerebro su insólita petición: «Cásate conmigo». ¡Qué más hubiese querido ella que darle un sí!

Se negaba a seguir luchando contra sus sentimientos. La atracción de Darel la cercaba, la arrastraba y la engullía en un remolino del que no podía librarse. Imaginar una vida entera junto a él se le antojaba un sueño.

Pero no podía.

Un eterno momento después, Tatiana consiguió zafarse, bien a su pesar, con el corazón golpeando dolorosamente su caja torácica, reteniendo una corriente de deseo que amenazaba con desbordarse.

—No está usted en sus cabales, milord —dijo, apresurándose a ponerse bien la ropa.

—Desde luego que no. Estoy loco. Completamente. Por ti.

—Por favor, márchese.

—No hasta que obtenga una respuesta.

—Eso es algo que no puedo darle.

—Que no quieres darme. No es tan complicado, cariño —insistió, acariciándole el lóbulo de la oreja—. Sólo tienes que aceptarme con mis muchísimas faltas y mis escasas virtudes. Sólo tienes que acceder a compartir mi vida.

—No sabe nada de mí —objetó ella, suplicante y desarmada.

—Sé lo suficiente. Que te amo, que quiero cuidar de ti, que deseo formar parte de tu mundo. Sueño con darte las buenas noches con un beso y despertarme a tu lado con el estímulo de otro día contigo. Quiero asistir a cada ocaso abrazado a ti, que me despierte el amanecer al calor de tus besos. —Ella se miraba en sus ojos, fascinada, con el alma hecha añicos ante el óleo maravilloso que Darel le pintaba y que el destino no le permitiría disfrutar—. Mi amor, sé que todo yo te pertenezco.

Tatiana se dominó ante el maravilloso acoso de su ardiente declaración huyendo de su mirada, girando el rostro y alejándose de la tentación de su boca.

La interrupción de Cameron fue el cortafuego que apagó las llamaradas que los cercaban a ambos.

—Tío, no he encontrado ningunas lentes.

—Déjalo, Cameron —respondió él con un rictus amargo en los labios—. La señorita Drake acaba de

cambiar mi castigo por otro mucho más cruel.

—¿De veras? ¿Por cuál?

—Por el de su silencio —dijo, un segundo antes de marcharse de allí.

Presas de sus contradicciones, Tatiana se paseaba por el cuarto, se asomaba una y otra vez a la ventana, colocaba y recolocaba los libros sobre la mesa, en tanto Cameron, ajeno a su febril estado de ánimo, practicaba la caligrafía.

La declaración de Darel y su repentina proposición de matrimonio eran lenguas de fuego que reptaban por su cuerpo quemándole las entrañas. Estaba en una encrucijada de la que no existía vía de escape, porque su corazón le decía que él le había abierto su alma pidiéndole que fuera su esposa.

Deseaba esconderse en el último rincón, marcharse de Braystone Castle para no encontrárselo, más aún sabiendo que él no cejaría en su empeño, pero ¿cómo iba a escabullirse? Estaba atrapada en un país extranjero, a expensas de sus enemigos, sin recursos y enamorada.

A media tarde, tal como se lo había prometido, Darel

fue en busca de Cameron para la clase de equitación, pero se encontró con que éste no perdía palabra de lo que le contaba Cornelio, que, acomodado en uno de los asientos de la galería, le estaba refiriendo al niño su vida de saltimbanqui, oficio que, naturalmente, nunca ejerció. Ante semejante despliegue de aventura y avatares tan pintorescos, el crío prefirió acompañar al portugués a dar una vuelta fuera de la mansión y seguir escuchando su relato.

Darel hubiera besado a su criado de buena gana, porque le dejaba expedito el camino.

—Te has ganado una gratificación —le dijo en tono quedo, cuando pasó por su lado.

Cornelio se limitó a asentir.

—Se lo recordaré, patrón, se lo recordaré.

—Estoy seguro.

Sin perder un instante, se dirigió hacia la sala de estudios, ofreciéndose a Tatiana para dar un paseo y explicándole que Cameron le había dado plantón.

—Tengo cosas que hacer.

—Sólo es un paseo, Tatiana. Prometo portarme como un caballero. Pero si prefieres que nos quedemos a repasar las capitales europeas, estoy dispuesto.

Ante esa solapada y traviesa amenaza, ella se tomó un

momento para pensarlo. Era mejor que no se quedasen a solas, así que se cogió de su brazo, satisfecha en el fondo. Su estado de ánimo se tornó jubiloso, porque, en realidad, deseaba estar con él y porque, a su memoria, acudía el murmullo de su propuesta, una ensoñación maravillosa aunque fuese disparatada.

Por supuesto, él no cejaría en sus artimañas seductoras, eso era algo con lo que contaba. Por tanto procuró mantenerse a la vista de su pupilo y de Cornelio, que se encaminaban hacia el estanque, llevando éste una silla de ruedas en la que un Mortimer contrariado por su dependencia, refunfuñaba, obligado a ser esclavo del endemoniado artilugio, como lo denominaba, hasta que se le curase la herida de la pierna.

A cierta distancia de las caballerizas asomaba una construcción alargada, rectangular, de paredes lisas, en la que Tatiana no había reparado con anterioridad.

—La granja —anunció Darel.

—¿Granja?

—Vacas lecheras, corderos, gallinas, cerdos...

—Me gustan los animales. ¿Le importaría enseñármela?

Él enarcó las cejas para dar luego paso a una lenta y burlona sonrisa que estiró las comisuras de sus labios,

asomando así su matiz de encantador y seductor libertino.

—Francamente, cariño, besarte entre los efluvios de los puercos no es el ideal romántico del paseo que proyectaba.

Ella se rió sin poder remediarlo y él accedió a sus deseos. Todo con tal de alejarse de las miradas que, a hurtadillas, les dedicaban su criado y Mortimer.

Apenas traspasar la puerta de entrada, Tatiana arrugó la nariz. Era un espacio grande, con compartimentos para distintas clases de animales, pulcro y cuidado, pero donde inevitablemente flotaba un olor desagradable. Desechó la incomodidad para acodarse en la cerca que delimitaba el perímetro de las vacas, desde donde un joven desgarrado los saludó, sin dejar de manosear las ubres de un ejemplar de color claro que, entretanto, daba buena cuenta del forraje.

—Qué tranquila, ¿no?

Darel apoyó la cadera en el cercado, aproximándose tanto a ella que la puso nerviosa.

—Es de raza Jersey, mezcla de ganado de Bretaña y Normandía. Se desarrollan pronto, dan buenos terneros y su leche facilita que en la despensa de Braystone Castle nunca falte una buena provisión de queso. A James se le ocurrió criarlas en buen número, pero hubo de desistir por la

oposición de la abuela Eleonor.

—¿Vuestro hermano menor?

—Siempre está ideando cosas nuevas, a veces disparatadas. Salgamos de aquí, ponemos nerviosos a los animales —le dijo, contrariado por los gruñidos en aumento, procedentes de un puerco que ocupaba otro de los corrales—. A *BobyBoo* no parece gustarle nuestra presencia.

—¿*Bobyboo*? —Lo miró con sorna—. Curioso nombre para un marrano. ¿Se le ocurrió a usted bautizarlo así, milord?

—Fue Cameron. ¿Me ves a mí poniéndole nombre a un cerdo?

Ella se acercó a la valla para observar más de cerca al vigoroso animal que, en esos momentos, hociaba el suelo. Perturbada por la cercanía de Gresham y el tacto de un dedo que subía y bajaba por su brazo, dibujando círculos en su piel, jugueteó sin darse cuenta con la trabilla de la empalizada, abriéndola y cerrándola. Darel se situó detrás de ella, acariciándole los hombros al tiempo que sus labios trazaban un sendero de besos en su nuca. Y Tatiana se olvidó de todo, hasta del ingrato olor del animal.

Nadie sabría después cómo sucedió, pero la verja se fue abriendo y el animal confinado tras ella encontró libre el

paso.

Darel tuvo reflejos suficientes para empujar a Tatiana a un lado cuando se dio cuenta de que el cerdo se les echaba encima, librándola de un topetazo. Ante la enfurecida embestida de aquella mole de más de doscientas libras de peso, hizo aspavientos con los brazos tratando de espantar al animal, que, en su loca carrera, atajó a través del arco que ofrecían las piernas de él, haciéndolo cabalgar sobre su lomo como lo hubiese hecho sobre un potro sin domar, pero al revés.

El voluminoso cuerpo del cerdo se le atoró entre los muslos y Darel sólo acertó a buscar un punto del que sujetarse: el rabo. Tan molesto e inesperado jinete soliviantó aún más al verraco, que enfiló hacia el exterior gruñendo como un poseso, seguido por la asustada Tatiana y dos confundidos trabajadores de la granja.

—¡Maldito bicharraco, párate! —gritaba Darel—. ¡Detente te digo!

Así, a horcajadas en tan singular cabalgadura y con el trasero del cochino bajo las narices, el joven milord se aferraba al rabo para no caer y, cuanto más apretaba, con más brío corría el marrano jardín adentro de Braystone Castle, hasta toparse de frente con el trío que componían Mortimer, Cornelio y Cameron, que, entre el asombro o

dar rienda suelta a las carcajadas optaron, de entrada, por cerrarle el paso.

Sacudiéndose como si lo hostigara una nube de avispas, el bicho giró en redondo para internarse de nuevo en la granja, en cuya esquina encontró Darel el final de su circuito a lomos de tan sin par corcel, chocando de costado y cayendo a tierra sobre un codo, que se lastimó.

Maldiciendo con enardecidas imprecaciones que rompían el silencio de sus espectadores, se fue poniendo en pie. Escupió la tierra que se le había metido en la boca, se palpó el codo, se sacudió el traje o lo que quedaba de él... El enojo por haber sido víctima de tan humillante exhibición se le exacerbó al ver que Tatiana, con la espalda apoyada contra el muro, iba resbalando hasta quedar sentada, cubriéndose la boca con ambas manos, sofocando a duras penas las convulsiones de las carcajadas que no cesaban.

Oyó un largo silbido a su espalda y se volvió dispuesto a estrangular a cualquiera que dijera esta boca es mía. Ladislaus Mortimer hacía lo indecible para mantenerse tan solemne como era habitual en él, Cornelio se mordía los labios para no echarse a reír, Cameron tenía la boca abierta, con sus grandes ojos brillando de emoción. Y, en su inocencia, dejó caer la frase que provocó el estallido de

risa general:

—Tío, me tienes que enseñar a montar un cochino.

Darel se dio cuenta de que las carcajadas eran inevitables, un episodio así no ocurre a menudo. Y era sólo el principio. Correría de boca en boca y sería causa de rechifla. Poco podía hacer salvo aceptarlo con sentido del humor, así que los dejó allí sin decir nada y se alejó hacia la mansión.

—Cornelio —aún tuvo tiempo de oír la afectada voz del ayuda de cámara de Christopher entre el alborozo—, ¿qué tal se lleva con el sastre de lord Winter?

—Fatal —contestó el aludido, calmándose poco a poco y secándose las lágrimas—. Es tan envarado o más que usted.

—Pues haga un esfuerzo por confraternizar con ese caballero, muchacho. Me temo que, si no me falla la intuición, va a verlo a menudo de ahora en adelante.

—¿Y eso?

—Hágame caso, hijo. A lord Gresham le sucedió algo similar cuando conoció a la que ahora es su esposa: empezó a estropear todos sus trajes.

«Abre la puerta... Abre la puerta... El amor sólo pasa una vez...»

Tatiana aporreó los almohadones tumbándose boca arriba. No conseguía una postura que le permitiese conciliar el sueño. Lo intentó en posición fetal. Después, boca abajo. De nuevo, mirando al techo. Se incorporó y encendió las velas del candelabro que tenía en la mesilla de noche.

Contó las cabezas de los querubines que adornaban los frisos de las paredes y el cielo raso de la habitación que le habían asignado, justo al lado de la que ocupaba Cameron.

Doce.

Trató de abstraerse, de no pensar.

Doce, volvió a contar.

No se libraba de las palabras de Darel pidiéndole matrimonio. Le martilleaban en la cabeza. Acabó sentándose y sus ojos se desviaron hacia la puerta, una simple hoja de madera que la separaba de los dictados de su corazón. ¿Por qué no hacer caso a sus sentimientos y

abrirlo? ¿Por qué no intentarlo?

Sentía por él todo lo que le había dicho Fedora: no podía comer, no dormía, a veces deseaba matarlo y otras comérselo a besos. La hacía reír.

Arriesgarse, sí. Dejarse llevar, entregarse al amor, probar la experiencia de rendirse a los brazos del hombre del que se había enamorado. ¿Qué podía perder? La instruyeron para servir a su pueblo y por él daría la vida, pero ¿qué pasaba con su corazón, también debía sacrificarlo? Cuando regresara a Vernon y recuperase el gobierno, dedicaría su existencia entera al bienestar de sus súbditos, a la búsqueda de un consorte y a aportar un heredero a Orlovenia, pero ahora, allí, en ese instante, se abría paso en ella la rebeldía ante un futuro lejos de Darel.

A fin de cuentas, ella no representaba sólo un trono, era por encima de todo una mujer enamorada. Si tenía que consumir sus días lejos de él, no se ahorraría al menos la vivencia ni el recuerdo de unos momentos que atesoraría hasta la muerte.

«Una vez. Una sola vez.»

Echó la ropa a un lado, salió de la cama y, a tientas, se hizo con su bata. Segundos después, se internaba en la silenciosa galería, encaminándose a hurtadillas hacia el cuarto de Darel. Tenía la impresión de no ser ella, como si

flotara, como si una mano invisible guiara sus pasos empujándola, no sabía si hacia la dicha o la perdición.

«Una vez. Una sola vez.»

Darel no contaba querubines. Contaba hojas.

Sesenta y seis.

Ni una más ni una menos.

Los documentos que había recibido de la compañía no eran urgentes, pero así y todo debía regresar a Londres. Abandonar a Tatiana le quitaba el sueño, aun a sabiendas de que quedaba en buenas manos. Por alguna razón, la idea de separarse de ella se le hacía cuesta arriba. Pero no podía negarle a su hermano Chris el derecho a disfrutar de su luna de miel y ni siquiera él, por mucho que a menudo le hubiera tomado el pelo a cuenta de su matrimonio, era tan insensible como para arruinarle sus momentos de felicidad.

Con un suspiro de frustración se levantó de la cama, se puso los pantalones y abrió el balcón. La brisa nocturna agitaba las ramas de los árboles, propagando un susurro apagado que se alternaba con el canto de los grillos. Un relámpago desgarró el oscuro y aterciopelado firmamento, dando paso al retumbo feroz del trueno que presagiaba la tormenta. El resplandor iluminó la fuente del jardín, en la

que convergían cuatro senderos escoltados por parterres y Darel se distrajo un instante, hipnotizado por la pose dorada de la ninfa que la coronaba.

«El color de los ojos de Tatiana.»

Recrear la esbeltez de sus formas le provocó una pulsión en el bajo vientre. Seguía preguntándose si sabía lo que hacía. ¿Acaso había sido prudente pedirle que fuera su esposa?

La realidad era que sabía muy poco de ella, salvo que ocultaba su verdadera personalidad, que parecía que la estaban persiguiendo y que muy bien podría estar fuera de la ley.

¿Estaba en condiciones de afirmar que no se trataba tan sólo de una vulgar delincuente? ¿Quién le aseguraba que no había cometido una fechoría mayor que la de asaltarlo a él y que sus rastreadores no la buscaban en nombre de la Justicia?

Su corazón. Ese órgano que se aceleraba cada vez que la veía, que galopaba al escucharla, que dejaba de latir al embrujo de sus sonrisas. Ése en el que ella reinaba ahora, dueña y señora de cada palpitación. Fuera Tatiana una dama en toda regla, una ratera o una prófuga, se había colado en su interior y él ni quería ni podía remediarlo.

Contrariado consigo mismo por no ser capaz de domar

la lujuria que se desataba en su cuerpo al pensar en ella, golpeó la barandilla con el puño y regresó dentro.

Entonces la vio.

La silueta de Tatiana se recortaba bajo el dintel de la puerta que acababa de cruzar: el cabello sedoso, recogido bajo una decorosa redecilla de dormir algo descolocada, sus ojos dorados, relucientes al amparo del baile de la llama de las velas, clavados en él, abrazándose el cuerpo cerrando la bata con que se cubría, bajo cuyo borde asomaban sus pies descalzos. Advirtió que se mordía los labios.

Se quedó quieto, a medio camino de la tierra y el cielo, como si se hubiera extasiado ante una aparición. Avanzó un paso y musitó:

—No me despiertes.

Abrió los brazos y ella, desbocada, se precipitó al refugio que se le ofrecía.

Establecida una guerra de labios, las manos de Darel ascendieron hasta arrebatarle la redecilla, hundiendo los dedos en el deleite de la masa de cabello, que se derramó sobre los hombros de ella. Abandonó su boca para embriagarse con la fragancia de su cuello, que fue besando hasta la clavícula, donde se tomó un respiro para despojarla de la bata, que cayó al suelo. Se separó un poco para

contemplantarla en la penumbra, anhelante por la anticipación de arrancarle la única prenda que la cubría ya, una liviana camisola, insignificante barrera para frenar su loco deseo. Languidecieron febriles sus dedos, prendidos en los finos tirantes que comenzó a bajar lentamente. Se inclinó hacia ella, hacia el hueco sin ropa, mordisqueando su hombro, haciéndola estremecer. Regresó al fragor de su boca, aquella puerta abierta que ahora se le ofrecía sin condiciones, estrechándola contra sí, rompiendo en sus oídos su gemido de capitulación, que enardeció el torrente de la sangre de Darel.

Tenía todo el mundo a su alcance, Tatiana era el néctar que deliraba por libar, se le entregaba sin reservas, se le rendía. Y, sin embargo, se postraría ante ella como el menesteroso que reverencia a una diosa. La besó hasta agotar el aire de sus pulmones, hasta que ella manifestó sin pudor jadeos en su boca, clamando por un alivio que amainara la hoguera en la que ambos se estaban consumiendo.

—Darel...

—No me despiertes —volvió a rogar él.

Alzándola del suelo, giró con ella por la habitación sin desprenderse de sus labios, conmovido por su respuesta, abrigado por el calor del cuerpo desnudo de su hechicera

ceñido a él. Tatiana se zafó de sus labios, inhalando aire nuevo y sus ojos, lagunas ámbar brillantes de pasión, se hundieron en el alma de Darel.

Sus pequeñas manos se enredaban en el cabello oscuro de él, acariciaban su rostro, trazaban el contorno de sus labios, de su nariz, de sus cejas, de sus pómulos, del mismo modo que un ciego intenta retener unos rasgos para no olvidarlos nunca.

Darel ardía de necesidad. Si no la llevaba pronto a la cama y la hacía suya, iba a volverse loco. Pero, aun así, devastado por el ansia de su posesión, preguntó:

—¿Estás segura, pequeña? —Ella respondió arqueándose contra él, ofreciéndose—. ¡Oh, Dios!

Tatiana hacía que enfebreciera. Tenía tanta hambre de ella, deseaba tanto fundirse con su cuerpo, someterse y someterla, entregársele por entero, que le importaba un bledo si aquella mujer era una asesina o un ángel caído del cielo para torturarlo, porque, lo que le urgía de verdad, era acabar con la agonía que lo martirizaba. Tatiana era suya. Y punto final.

Cayeron en la cama voraces de lujuria, prestos a devorarse, él arrasando su boca, apresando los montículos de sus pechos, que florecieron al tacto de sus manos; ella acariciando su tórax y sus hombros, sin recato aunque sus

mejillas se arrebolaban al dictado de su propia audacia. El muro de la contención se había derrumbado y Tatiana sólo perseguía calmar el ardor de su cuerpo insatisfecho. Darel era suyo. Y punto final.

Desnudos, sudorosos, sedientos el uno del otro, sondearon sus cuerpos, besaron, lamieron, se arrebataron el aliento, presas de un frenesí de caricias que reclamaban la boca ajena, aferrados a la pasión que rugía incontenible.

Tatiana sollozó al ritmo de los labios de Darel, creando regueros ardientes en su piel. Se dejó atrapar por el calor de su cuerpo, la firmeza de sus músculos, que la arropaban, el vigor de sus brazos, que la protegían del mundo. No fue pasiva, no podía serlo, y sus manos recorrieron ardorosas sus anchos hombros, la amplitud de su espalda, las angostas caderas. Curiosa y avara, alcanzó sus tersas nalgas, palmeándolas, apretándolas, pellizcándolas.

—Mía, mía —decía Darel enloquecido.

Ella se tensó al notar el contacto de un dedo entre las piernas, pero él chistó en su oído quedamente, anulando sus reservas. Lo dejó hacer. Al fin y al cabo, era él el profesor y ella la alumna que suspiraba por aprender.

Cuando Darel se impregnó de la esencia femenina, exhaló un gemido ronco, encelado, que hizo que Tatiana se retrajera avergonzada. Lo miró y se vio reflejada en sus

ojos oscuros.

—Mía... Eres mía...

Lo era. No podía negarlo. Se abrió sin más a aquella mano que le exigía y a la vez le regalaba un cúmulo de vibraciones desconocidas. Darel la instó, guiándola en silencio, a rodearlo con sus piernas. Inflamada de deseo, acuciada por la inclemencia de su miembro apostado ya entre sus muslos, no se resistió. Arqueó la pelvis, se unió a su boca... Una mueca se dibujó en su cara, acompañada de un quejido apenas perceptible en el instante en que él traspasó la barrera de su inocencia, convirtiéndolos en un solo ser.

Se dio cuenta de que él se quedaba quieto, de que dejaba de respirar, de que hasta se paraban los latidos de su desbocado corazón.

—¿Cómo es posible...?

No había dicho nada más, pero le sonó a reproche. Súbitamente azorada, apoyó los puños en su pecho y lo empujó. Los brazos de Darel replicaron abrazándola, apresando su boca e incendiando su interior. La breve molestia de un instante antes se diluía y, en su lugar, despertaba otra sensación maravillosa, desconocida.

Lo oyó decir muy bajito:

—Mi adorada desconocida, ahora sí que de verdad me

perteneces.

Y el universo refulgió en destellos infinitos para Tatiana Elisabeta Smirnova. Su cuerpo se incendió, se aceleró su respiración, se velaron sus ojos, su alma se elevó alto, muy alto, hasta donde sólo se llega en el éxtasis, liberándose en una explosión sublime a la que la acompañó Darel en un estertor de culminación, abrazados ambos en su propia lava redentora.

—¿Cómo es posible? Dime.

Repetía la pregunta, pero ahora teniéndola acurrucada entre su pecho y el hombro, enredando sus dedos en las hebras de su cabello.

Tatiana sabía muy bien a qué se refería Darel. Ella acababa de perder la virginidad en su lecho y eso lo tenía confuso. Pero ¿qué podía decirle? Desde un principio, él había pensado que era una mujer sin principios, que no sólo robaba, sino que vendía su cuerpo. Ahora se daba cuenta de su error.

Podría contarle toda la verdad sobre ella, pero eso quedaba descartado. No quería involucrarlo. Si como lady Gresham había dicho, Darel sospechaba que estaba en peligro, confesarle sus problemas era ponerlo en peligro a él. Ya le había demostrado que era un hombre con agallas y sin duda no se quedaría quieto, trataría de enfrentarse a quienes la acechaban. Era mejor callar.

—Anna no me permitió echarme a la calle cuando me tomó bajo su tutela.

De nuevo salía a colación el nombre de aquella retozona de la que Cornelio le había informado. Darel se prometió hacer un paréntesis en sus quehaceres en algún momento para ir a darle las gracias personalmente. Porque, entre otras razones, nunca podría pagarle el gozo que lo inundó por haber sido el primer hombre de Tatiana, circunstancia esta que magnificaba la entrega de ella y halagaba su ego de varón. Pero no podía quedarse satisfecho con tan escueta respuesta. Ella escondía mucho más y él quería saber de qué se trataba.

—Dime, ¿quién te persigue? —Tatiana se encogió casi imperceptiblemente y las yemas de sus dedos, que trazaban líneas sobre el abdomen de él, se detuvieron.

—No me persigue nadie.

—No me mientas. No me importa quién seas ni lo que hayas hecho, mi vida. No puede ser tan grave. No creo que una mujer como tú, capaz de ganarse el cariño de Cameron en tan poco tiempo, el afecto de todos y mi amor, haya cometido un acto criminal. ¿Por qué, entonces, se interesan por ti unos militares? —preguntó, sujetándole la barbilla y obligándola a mirarlo a la cara—. ¿Qué ocurrió en tu vida antes de que acabaras en el *Discordia*?

Ella hizo un esfuerzo por tragar el nudo que se le había formado en la garganta, desviando su mirada hacia los pies

de la cama.

—Es mejor que no hurgues en mi pasado.

—¿Por qué? —La presión de los dedos de él aumentó hasta el punto de que tuvo que volver a enfrentar sus ojos oscuros—. Te amo, Tatiana. Ni siquiera sé cómo ha pasado, pero te amo. No sólo me robaste el dinero, sino también el corazón. Es en nombre de ese amor que te pido que te sinceres conmigo. No me faltan influencias, haré lo que sea preciso para limpiar tu nombre si hace falta. Nada que hayas hecho antes...

—¡No hice nada recriminable! —estalló ella, empujándolo y saltando del lecho. Se quedó de pie, con los brazos en jarras, desafiándolo a que la contradijera—. Nada salvo, tal vez, salvar mi vida aunque fuera a costa de que otros dieron la suya por mí. —Se le quebró la voz.

—¿Entonces...?

—Entonces, nada, milord. No necesito tu dinero ni tus influencias. Venir esta noche a tu cuarto ha sido una locura que ahora lamento. Cuanto más alejado estés de mí, mejor para los dos.

—¡Y un cuerno! —ladró Darel, levantándose también de la cama—. Vas a ser mi esposa. Sí, Tatiana, te guste o no vas a casarte conmigo, te lo aseguro —subrayó con un vistazo significativo a la pequeña mancha de sangre que

destacaba en medio de las sábanas, haciendo que ella se acalorase—. Ya no hay vuelta atrás. Vás a convertirte en una Gresham y en este apellido no hay una sola mácula.

—Que yo recuerde, no he dado el sí a tu petición, señor mío. Y *esto* —señaló con el mentón la evidencia de su virginidad perdida—, carece de importancia.

—Me darás el sí. Claro que me lo darás, aunque tenga que retorcerte el cuello.

—¿Y tú eres quien me preguntaba, antes de poseerme, si estaba segura? ¿Tú, el que quiere limpiar mi nombre de cualquier ignominia? Has leído muchas novelas de caballería, lord Winter. No eres más que un cernícalo que piensa que, porque me he entregado a ti, ya soy de tu propiedad. Pues déjame que te diga una cosa, Darel: nadie, fíjate bien, *nadie* es mi amo y nunca lo será.

—¡Puedes jurar que seré tu marido!

—¡Puedes jurar que no!

—Lo veremos.

—Por descontado que lo veremos.

—¡Tatiana...!

Estaba claro que Darel no toleraba los desplantes, pero a ella no la acobardaba, al contrario, le daba ínfulas. Levantó la barbilla sin desviar un ápice su mirada de sus ojos, que refulgían de enojo.

—¿Qué? —se le enfrentó.

Pero cuando él se fue acercando con andar decidido, gloriosamente desnudo, soberbio, viril, absolutamente deseable, toda su entereza se esfumó.

Se apresuró a recoger sus prendas, dispuesta a escapar antes de volver a caer bajo el embrujo de aquel cuerpo que la enloquecía. Si volvía a abrazarla... Si la besaba de nuevo...

Darel no le dio tiempo. La interceptó, parándose frente a ella, y apoyó suavemente los brazos sobre sus hombros, con el cejo fruncido.

—Voy a conquistarte aunque me vaya la vida en ello. Voy a saberlo todo sobre ti. Y empezaré husmeando por Londres. Seguiré los pasos que has dado como un sabueso, averiguaré quién demonios eres, de quién te escondes, de dónde vienes. Descubriré todo lo que quieres ocultarme, mi intratable y esquiva Tatiana. Borrará de un plumazo lo que te separa de mí y entonces...

—Eres un inconsciente —sollozó, imaginándolo enfrentado a Kovenko y sus hombres, una banda de asesinos despiadados.

—Me han llamado cosas peores, amor mío.

Dicho lo cual, le arrebató la bata de las manos, la arrojó con ella y después le dio la camisola y la redecilla del cabello, guiándola hasta la puerta sin demasiados

miramientos.

—No te atrevas a empujarme.

—Vuelve a tu cuarto. Es mejor no dar que hablar al servicio si alguien anda despierto a estas horas.

Ella sólo acertó a abrir la boca, pero no pudo decir nada antes de que la pusiera en el pasillo y le cerrase la puerta en las narices. A través de la madera lo oyó decir:

—Tatiana Gresham. Sí, señor, llevarás mi apellido.

Darel no imaginaba lo de prisa que iba a saciar su interés por desvelar cuanto se refería a la mujer que amaba.

Al amanecer, cansado por lo poco que había dormido, pero satisfecho por el acontecimiento vivido, emprendió viaje hacia Londres. Una vez allí, se dispuso a solucionar los asuntos de la Gresport Company, aprovechó para comer con antiguos camaradas y llevó a cabo un par de visitas que había pospuesto demasiado. Pensó en acercarse a la guarida de Banks Jenkinson, pero esa entrevista tendría que esperar, ya habría tiempo de pararle los pies al ministro más adelante. Porque iba parárselos a buen seguro. Pero antes debía hacer algo más importante.

Cuando estaba a punto de entrar en una joyería, se le acercó un muchachito desharrapado. Le tiró de la levita

para llamar su atención y, cuando la obtuvo, preguntó:

—¿Lord Winter? —Darel asintió y el pequeño le entregó un sobre cerrado—. Para usted, milord.

—¿Quién te lo ha dado?

El chiquillo se encogió de hombros, sorbió por la nariz y aguardó con la mano tendida la recompensa por el servicio. Darel le entregó una moneda y el crío desapareció calle abajo como una exhalación. Él abrió el sobre, desdobló la carta y leyó. Frunció el cejo, porque no entendía la urgencia ni el secretismo del mensaje.

Hemos de vernos. Ni una palabra a nadie.

En el puerto, almacén 2, a las 20 horas.

Ewan.

Echó un vistazo al reloj, devolviéndolo luego al bolsillo del chaleco. Faltaba una hora para la cita. Tiempo suficiente para hacerse con lo que buscaba y llegar al puerto. Entró decidido en la joyería, saboreando con antelación la cara que pondría Tatiana cuando le entregara el anillo. Nada ostentoso, pero único. Con clase. Algo sutil. Como ella. Un anillo de prometida, que sustituiría poco después el correspondiente de matrimonio.

A la hora en punto, Darel Gresham empujaba el portón de un almacén medio abandonado en los muelles, intrigado aún por el hecho de que el capitán del *Discordia*, Ewan McMillan, lo hubiera citado allí en vez de acudir a su casa, como solía hacer si tenían algo perentorio que despachar.

El lugar estaba a oscuras.

El destello de una llamita prendió un candil, iluminando apenas los contornos de la nave vacía, salvo por la figura de un hombre atado y amordazado: Ewan.

Todos los sentidos de Darel se pusieron en alerta al reconocer a su camarada. Un poco tarde. Sin margen para reaccionar, pues tenía ya el filo de un cuchillo en la garganta abortando cualquier movimiento, a la vez que una voz con fuerte acento extranjero formulaba una pregunta:

—¿Dónde está su majestad Elisabeta Smirnova?

A Darel le sobrevino un acceso de cólera. En los últimos tiempos había sido víctima de demasiados encuentros indeseables y empezaba a estar harto de que lo acogotasen poniéndole cuchillos en la garganta. Mucho más, si ignoraba de qué demonios iba aquella encerrona. Debía ser que era un imán para los líos, porque no salía de uno y ya estaba metido en otro.

Sin perder de vista a Ewan, que lo miraba fijamente, y consciente de que cuatro individuos más, saliendo de entre las sombras, apoyaban al que lo amenazaba a punta de navaja, respondió:

—No sé de quién mierda me está hablando.

Un puño que pareció un ariete se le clavó en los riñones, obligándolo a boquear.

—Para no saber de quién hablo, se ha tomado muchas molestias por su alteza real.

—Oiga, amigo...

—¿Dónde está?

—Le digo que no conozco a ninguna alteza.

—Sea. —La punta del cuchillo se alojó bajo su mentón —. Al parecer, es usted muy terco y hay que animarlo a hablar. ¡Maxim, acaba con ese otro cerdo! —Dicho eso, el extranjero acercó sus labios al oído de Darel, bajando la voz amenazadoramente—. Luego nos entretendremos con usted.

El aludido, un hombre no muy alto pero de constitución fuerte, se adelantó hacia el escocés, al tiempo que sacaba un puñal de la funda que llevaba a la cadera. Ewan abrió los ojos como platos, retorciéndose en el suelo, pero atado como una res poco más podía hacer.

—¡Espere! —pidió Gresham. El arma fue retirada unos centímetros del cuello de McMillan—. Díganme al menos quiénes son y el motivo de este ultraje. A un condenado se le concede un último deseo.

—En eso está usted en lo cierto —admitió su adversario—. No nos hemos presentado, una falta imperdonable por mi parte. Capitán Fedorov a su servicio, lord Winter —repuso irónico.

—¿Y la mujer a la que buscan, quién es?

—Tatiana Elisabeta Smirnova, alteza real de Orlovenia, a la que vamos a encontrar aunque tenga que llevarme por delante a usted y a los suyos.

—¡¡Tat...!! —se le cortó el resuello ante la mención de

ese nombre. Agujonearon su cerebro imágenes de sus vivencias con la muchacha, comprendiendo entonces muchas cosas: su arrogancia, la riqueza de su vocabulario, su conocimiento de idiomas, su nivel intelectual... Y su inocencia antes de que él la tomase.

Un escalofrío le recorrió la espalda. No sólo por la luz que se le encendió al saber quién era Tatiana en realidad, sino por el pánico que lo agarró. Sus temores no eran una falacia: en verdad la perseguían y aquellos desalmados pretendían atraparla.

—Veo que empieza a asimilar de quién hablamos, estimado lord Winter. —Fedorov presionaba un poco más el cuchillo en su garganta—. ¿Dónde la tiene escondida?

El peligro no era una novedad para Darel. Sabía que estaba, tal vez, a segundos de perder la vida y de hacérsela perder a Ewan, pues ambos se habían encontrado ya en situaciones similares.

Pero lucharía hasta el final por proteger a Tatiana. A más de uno de aquellos cabrones se lo llevaría por delante a poco que tuviera oportunidad. Y si lo mandaban al otro mundo, que así fuese. A fin de cuentas, lo que acababa de oír ya lo estaba deslizando hacia el Averno. Porque ahora sabía que era imposible pasar el resto de su vida con ella. ¡Por amor de Dios, una princesa real! Una ira ciega lo

envolvió como un sudario.

—Si la tuviese delante, le retorcería ese bonito pescuezo que tiene —masculló.

—El único pescuezo que peligra aquí es el suyo, milord, y el de su amigo.

—Está usted en la mira de mi pistola, *cavaleiro* —dijo una voz envenenada que los hizo callar a todos—. Y sus sesos serán los primeros en verse desparramados por el suelo.

Vasili se irguió, asombrado. Bajo la amenaza de una arma de fuego en la nuca, retiró la daga del cuello del inglés. Lentamente, se volvió para enfrentar al inesperado rival, a quien se encontró apuntándolo.

—¡Cornelio...! —exclamó Darel, liberado de una enorme presión.

—Así es, patrón —asintió el portugués, sonriente, sin perderse ni un parpadeo de Fedorov—. Vamos, *homen*, tire el puñetero cuchillo al suelo o le vuelo la cabeza. Y ustedes —conminó al resto de los secuaces que, paralizado su jefe, se habían quedado sin capacidad de respuesta—, arrojen las armas hacia mí despacio. Eso es, muy despacio. Ahora, todos a ese rincón, donde pueda ver bien sus feas caras. ¿Saben?, el dedo se me está calentando en el gatillo y podría ser que le hiciera un *terceiro olho* a su compinche

si me ponen nervioso. ¿Está usted bien, milord?

—De perlas.

Controlada la situación, Darel se apresuró a hacerse con uno de los cuchillos para cortar las ligaduras de McMillan. Tan pronto como se arrancó el trapo que lo tenía amordazado, el escocés espetó:

—¿De qué coño va todo esto, capitán?

Sin responderle, Gresham se volvió hacia su criado, tomó al vuelo otra pistola que le lanzaba y la empuñó.

—Así que Fedorov. —Se acercó al orloveno, mientras Cornelio y Ewan se apoderaban del resto de las armas—. Ya sé qué escribir en tu lápida.

—¿Dónde está Elisabeta? —Aún le quedaban arrestos.

—Yo la conozco por Tatiana.

—Nunca me gustó ese nombre.

—A mí, sin embargo, me encanta. Lamento que no puedas verla antes de morir.

—¿Dónde está?! —Vasili no se arredraba.

—Mire que es terco el *menino*, patrón —intervino Cornelio, apuntando a uno y otro de los esbirros, dejando muy claro que sabía cómo usar la pistola—. Y poco inteligente, además. Al preguntar en Newgate por la señorita, cometió una estupidez que nos puso en alerta.

Los ojos de Vasili se achicaron. Darel incluso hubiera

jurado que estaba desconcertado. Sin hacer caso de su posible reacción, se adelantó un paso.

—¿Newgate? ¿La prisión? ¿Qué hacía ella en ese infecto lugar? —Buscó respuesta en la mirada fría y negra de Darel, abriendo y cerrando los puños, sin temor a pesar de estar sometido—. ¿La metió usted allí, Winter? ¡Le juro, como que me llamo Vasili Fedorov, que si ella ha sido víctima de algún tipo de abuso, le sacaré las tripas, maldito cabrón!

El estallido dejó pasmado a Gresham. No era la reacción de un hombre que presuntamente buscaba perjudicar a la muchacha. Y el nombre... ese nombre... Se le paralizó el corazón, porque ¿no era acaso el que Tatiana había pronunciado en sueños? Se aproximó más a él, casi rechinando los dientes, le metió el cañón de la pistola bajo la nariz y reprimió a duras penas el deseo de apretar el gatillo.

—¿Y a usted qué le importa Tatiana? ¿Quién es ella para usted?

—Mi reina, inglés —escupió Vasili desafiándolo con infinito desprecio—. Mi reina. Por ella mataríamos todos nosotros o moriríamos en el empeño de protegerla.

—¡Joder! ¡No puede ser! —Darel se resistía a dar crédito a lo que estaba oyendo, pero en la mirada del otro

adivinaba que decía la verdad, que no mentía. Si realmente querían defender a Tatiana, podían ser unos inesperados aliados. Decidió darle a Fedorov un margen de confianza, así que apartó el revólver, guardandoselo en la chaqueta—. ¿Quién más puede tener interés en encontrarla?

—¿Quién más? —Vasili titubeó.

—¿Quién ha preguntado por ella en Newgate si no han sido ustedes?

—Nosotros no... —A Fedorov se le demudó el semblante y cruzó una rápida mirada con sus hombres, tan rígidos como él al comprender lo que estaba pasando—. Kovenko —murmuró en un susurro que delataba su odio más profundo.

Relativamente alejados de la residencia familiar, Tatiana y Cameron departían en buena camaradería. Acomodados en una manta y protegidos por otra, intercambiaban comentarios acerca del majestuoso cielo que se extendía sobre ellos, cuajado de estrellas. Ella, extendiendo el brazo, le iba señalando al niño alguna de las constelaciones, pero Cameron arrugaba el cejo, porque, por más que se las indicaba, él no acertaba a situarlas.

—Pues yo no veo ninguna osa —se quejaba.

—También se la conoce como carro por la posición de sus siete estrellas principales. Pero no para todos los pueblos ha significado lo mismo. Los árabes veían un féretro seguido de plañideras; los romanos, bueyes; los hebreos, una osa con sus tres cachorros: esas estrellitas que parecen una cola larga y que se llaman Alioth, la más brillante, Mizar y Alkaid.

—¿Quiénes eran los hebreos? ¿Y los árabes? De los romanos sí he oído hablar, tengo un juego de cartas con centuriones y soldados que me regaló la tía Kim. —Arrugó

la nariz, centrando su atención en la constelación—. ¡Jopé!
Pues yo tampoco veo ni bueyes ni ositos.

—Ya te hablaré de esos pueblos. Pero cuida tus expresiones, Cameron —lo reprendió cariñosamente.

—Lo siento. ¿Cómo se llama esa tan brillante, señorita?

Tatiana disfrutaba de la compañía del pequeño. Avispado y siempre dispuesto a aprender, no se conformaba con meras explicaciones, lo cuestionaba todo con unos alegatos plenos de curiosidad infantil que la emocionaban. Por eso se avino a su persistente petición de que le enseñara cosas de las estrellas. Lo comentó con lady Gresham y en esos momentos, mirando los ojos relucientes y ávidos del niño, se felicitaba por haber accedido a sus demandas. Iba a echar mucho de menos al pequeño vizconde cuando se marchara de Inglaterra.

Desdeñó tan ingrato pensamiento para responderle:

—La estrella polar. Los griegos, ya hablaremos de ellos en otro momento, Cameron —atajó la pregunta que adivinó que quería hacerle—, creían que era una ninfa que...

—¿Qué es una ninfa?

—Un espíritu que anima la naturaleza.

—Como usted —contestó el niño.

—Yo no soy ninguna ninfa.

—El tío Darel dice que lo es.

Tatiana carraspeó. Por nada del mundo quería entrar en una materia que le desgarraba el alma. No quería hablar de Darel. No cuando aún se sonrojaba recordando sus caricias, cuando aún se avergonzaba de cómo ella le había respondido. A cada instante que pasaba se le hacía más y más difícil la idea de tener que abandonarlo.

Kovenko no podía creer su buena suerte.

Al regreso de sus hombres con las novedades a propósito de Braystone Castle, se habían puesto en marcha de inmediato. Se turnarían discretamente en los alrededores de la residencia de los Gresham hasta encontrar el momento más favorable para apresar a Tatiana, sin que nada los distrajera de su propósito.

Por fortuna, los hados parecían sonreírle y ella, inconscientemente, se ponía a su merced fuera de los muros de la mansión. Había acabado la fastidiosa búsqueda, cumpliría su misión y regresaría a Orlovenia para disfrutar de la posición que se le había prometido. Poco le importaba si había traicionado y asesinado para conseguirlo.

Agazapado y al mando de los suyos, tan cerca de su

presa que casi podía olerla, sus ansias de poder se acrecentaban.

—¿Qué vamos a hacer con el crío? —susurró Sacha a su lado—. No podemos llevárnoslo.

En efecto, el niño era un inconveniente con el que no habían contado.

—Me importa poco si hay que matarlo.

—¡Es sólo un niño!

En los ojos oscuros de Yuri Kovenko no había piedad alguna cuando miró a su subalterno.

—Tú harás lo que se te ordene.

Precisamente entonces, Cameron se incorporó a la par que decía:

—Necesito un minuto, señorita.

—Ni se te ocurra moverte de mi lado.

—Es que... Es que... Tengo que ir ahí detrás —dijo, pasando el peso de su cuerpecillo de un pie a otro, con las manos sobre la bragueta.

Tatiana se hizo cargo de su apuro, levantándose a su vez para plegar las mantas.

—Quiero verte aquí antes de un parpadeo. No te alejes mucho.

—¿Nos vamos ya?

—Se ha hecho muy tarde.

—¡Jopé! —protestó, saliendo disparado hacia los arbustos para aligerar su vejiga.

Se encontraba ocupado en ello cuando lo alertó un rumor en la maleza, como si algo se removiera en la hojarasca, seguido de la exclamación de su profesora y una voz que urgía:

—Atrapa al mocoso, Sacha. Yerik, trae los caballos. ¡Rápido, no tenemos toda la noche!

A Cameron se le pasaron las ganas de orinar como por ensalmo. Atisbó entre el follaje para darse casi de narices con un sujeto corpulento, barbudo, tan amenazador que se le hizo un nudo en las tripas. Actuó como debía hacerlo, como le había dicho el tío Darel si alguna vez se encontraba en peligro: poniendo pies en polvorosa.

Conocedor del terreno que pisaba, se escabulló como un zorrillo perseguido por mastines, arrastrándose entre los matorrales, escuchando a sus espaldas la agitada respiración de su perseguidor, que intentaba localizarlo en la oscuridad, y una serie de palabrotas. Si conseguía llegar hasta los parterres que señalaban el inicio del laberinto de los jardines estaría a salvo. Pero aunque su prioridad era darle esquinazo al sujeto que lo perseguía, tampoco quería abandonar a su suerte a su profesora, así que, reptando como una serpiente, fue sorteando setos, oteando entre

ellos, conteniendo su miedo y repitiéndose que debía ser valiente.

Sacha desistió de ir tras el pequeño, apremiado por la exhortación de su líder a regresar con premura. Se sacudió las ramitas adheridas a su chaqueta y anunció:

—Es imposible localizar a esa lombriz en la oscuridad, señor.

—Déjalo. Para cuando quiera dar la voz de alarma ya estaremos lejos. ¡A caballo!

Cameron vio alejarse a los asaltantes, pero para su pesar, también vio cómo uno de ellos luchaba por mantener sujeta sobre la montura a una Tatiana que pateaba y manoteaba. Ahogó un sollozo. Tenía que avisar de lo sucedido. Corrió a toda velocidad, cegado por las lágrimas, sin percatarse, en la oscuridad de lo que le rodeaba, de una grieta en el terreno. Se cayó de bruces, lastimándose un tobillo. Reprimió el grito de dolor mordiéndose los labios y, como pudo, se incorporó para dirigirse lo más aprisa posible hacia la casa.

Darel estuvo a punto de arrollar a la pequeña figura que renqueaba en medio del camino. Tiró de las riendas de un *Tristán* agotado por la cabalgada a que lo había obligado

desde Londres. El animal se alzó sobre las patas traseras, relinchando, con los cascos a escasos milímetros de la cabeza de Cameron.

—Pero ¡qué diantre! —vociferó, apeándose del caballo.

El niño se dejó caer al suelo, todo él hipidos y lágrimas.

—Se han llevado a la señorita, tío. ¡Se la han llevado! Han tomado el camino de Teriwood Manor.

Por la espalda de Darel reptó el fluido pegajoso del miedo, mientras cogía a su sobrino en brazos. Sin perder un segundo, lo dejó en manos de Ewan.

—Llévalo a la casa.

—Yo voy con usted, capitán.

—Haz lo que te digo. —Y, sin más, palmeó los cuartos traseros del caballo de McMillan, saltando después al suyo. Una vez los vio alejarse, clavó su mirada tormentosa en Vasili—. No pienso esperarlos si se quedan atrás.

Los cascos de los caballos levantaban terrones de arena, obligados a un frenético cabalgar, aunque los jinetes tenían dificultades para orientarse por una campiña desconocida.

Kovenko no pensaba en los inconvenientes que su alocada carrera podía acarrearles, porque, en su enfebrecida mente sólo tenía un objetivo: llevarse a Tatiana. Ninguno de sus hombres se atrevió a poner en entredicho sus órdenes, por mucho que consideraran que era un despropósito cabalgar de modo tan impetuoso por terreno desconocido.

Tatiana, por su parte, no cejaba de forcejear enconadamente, intentando librarse del brazo que, ceñido a su cintura, le cortaba la respiración. Se le desgarraba el alma por Cameron, solo y alejado de la casa, aunque daba gracias al Cielo al saber que no habían podido atraparlo. En una vana tentativa, una más, de alcanzar el rostro de Kovenko, de clavar sus uñas en él, echó las manos hacia atrás, insultándolo y maldiciendo. No consiguió nada salvo que el brazo de acero del asesino de su padre la rodeara con

más fuerza.

—Quieta o te rompo el cuello.

—Si quisieras matarme ya lo habrías hecho, estúpido —le reprochó medio ahogada por la ira, segura de sí misma—. ¿Adónde me llevas?

—A vuestro juicio, *alteza* —se burló—. A un juicio en Vernon por alta traición al pueblo orloveno.

—Estás loco.

—Un proceso público en el que se demostrará que habéis vendido Orlovenia a fuerzas enemigas, se os sentenciará a muerte y seréis ejecutada a la vista de todos.

—¡Nunca traicionaría a mi pueblo y ellos lo saben!

—El pueblo creerá cualquier cosa que se le diga si va acompañada de promesas y monedas. Bogdánov sabe cómo ganarse su confianza.

—Así que es Nicolai Bogdánov quien ha estado todo este tiempo manejando los hilos. Un maldito renegado que debería estar muerto. Un advenedizo. Mi padre tendría que haberlo mandado al cadalso haciéndole pagar sus constantes intrigas.

—El hombre que se hará con el poder, sí. Y el que pondrá bajo mi mando el ejército.

—El desaprensivo que te ha enviado a perseguirme por media Europa como si fueses un vulgar perro. Para eso te

tiene. Si de verdad te quisiera junto a él habría mandado tras de mí a cualquier otro.

—Porque confía en mí.

—¡Qué iluso eres, Kovenko! Te traicionaré como traicionó a mi padre, al que tú diste muerte, y por el que yo te mataré a ti.

La inquina de esas palabras hizo que Yuri se irguiera más, trasladando la presión al caballo, que corcoveó elevando la testuz y reduciendo el galope. Controló al animal maldiciendo como un poseso, obligándose a centrarse en cabalgar prudentemente. A nadie beneficiaba que se rompieran la crisma, porque sin rehén no habría premio.

Tatiana aprovechó el momento con otro intento de zafarse, aunque ello le ocasionase caer del caballo, pero fue tan inútil como los anteriores. Su mortal enemigo la pegó a él sin miramientos, alejándola más y más de la seguridad que había representado Darel.

En esa situación, el miedo se acrecentaba en ella a cada paso que los separaba de Braystone Castle. Ni quería ni debía demostrarle a su captor su estado de ánimo, pero lo cierto era que estaba muy asustada. ¿Habría dado Cameron la voz de alarma? ¿Saldrían en su búsqueda antes que fuera demasiado tarde? Rezaba por ello.

Como si Dios hubiese escuchado su súplica, sonó una denotación y la exclamación dolorida de uno de los esbirros de Kovenko. Consiguió ladearse lo suficiente para ver que el soldado caía de su montura, enredándose entre las patas del animal, que lo arrolló al continuar su enardecida carrera. Y detrás vislumbró la figura de varios jinetes, apenas sombras, se veían en la distancia. Se le aceleró el corazón. Había clamado por recibir auxilio y allí estaba. Reemprendió con ímpetu la empresa de dificultar al máximo la cabalgada de su captor, que, consciente de su nueva situación, ladró:

—¡Cortadles el paso! ¡No dejéis que se acerquen!

Agachado sobre el cuello de su montura, oprimiendo más si cabía a Tatiana, se lanzó a un galope demencial.

A no demasiada distancia, Darel blasfemaba y hostigaba a su caballo a partes iguales. Si aquel cabrón alcanzaba las ruinas de la abadía de St. Eugene, parapetándose en ellas con Tatiana como escudo, tendrían dificultades. ¿Quién podía asegurar que, acorralado, no decidiría eliminarla para intentar escapar en solitario? ¿O, simplemente, viéndose sin salida, llevarse por delante todo lo que se moviera? Con un golpe de muñeca cambió el rumbo de su montura, desentendiéndose del resto e internando a *Tristán* a través de la arboleda. Lo guiaba la cruda realidad. La mujer que

amaba estaba en manos de un desalmado. Lo irritaba el hecho de que ella no se hubiera sincerado antes con él, porque, de haber sido así, probablemente ahora no estarían viviendo esa pesadilla.

Se obligó a serenarse, a pensar con criterio y calma. Perder los nervios no ayudaba en nada.

Se guardó la pistola en la cinturilla del pantalón. No se arriesgaría a dispararle a Kovenko estando Tatiana de por medio. Susurró al caballo para que se mantuviera al galope, ignorando las ramas que laceraban sus brazos y los flancos del animal, desgarrándole la ropa y dificultando la persecución. Él conocía el terreno, Kovenko no. Ésa era su ventaja.

En efecto, Yuri Kovenko había puesto sus ojos en los contornos de una vieja construcción en la que cobijarse y hacer frente a sus perseguidores. Pero en su carrera sin tregua, de súbito, de un lateral le salió al paso un jinete que se lanzó sobre él. Pillado por sorpresa, aflojó la presión sobre la muchacha para protegerse.

Darel lo arrastró consigo, cayendo ambos, circunstancia que no desaprovechó Tatiana para hacerse, a duras penas, con las riendas que se bamboleaban en el cuello del animal asustado, que pifó alzándose luego peligrosamente sobre las patas traseras.

Gresham comenzó a golpear salvajemente a su rival, pero no se enfrentaba a un forajido sin más, sino a un hombre con formación militar, robusto y, sobre todo, tan decidido como él. Recibió un golpe en el estómago que lo dejó sin resuello el tiempo suficiente para que Kovenko se alejara de él gateando, se pusiera en pie y echara mano de su pistola.

Darel esquivó la bala destinada a su pecho girando sobre sí mismo. Sobreponiéndose, cogió también su arma, pero la maldita pistola se le encasquilló. Maldiciendo, se jugó el todo por el todo cargando contra su enemigo en un arranque suicida. Su cabeza colisionó contra el vientre de Kovenko, que, momentáneamente sin respiración, retrocedió a trompicones soltando el arma.

Más atrás, por entre las sombras de la noche, los ecos de los disparos llevaban cargas de muerte que no distinguían a miembros del grupo de Darel ni a los seguidores de Kovenko.

Tatiana bastante tenía con tranquilizar al caballo, que corcoveaba demasiado cerca de ambos contendientes, aunque lo que a ella la espantaba era la cercanía que suponían los cascos para la integridad de Darel. Dominó al animal como pudo, lo alejó unos pasos y entonces captó el brillo que la luna arrancaba a una pistola en el suelo.

Desmontó sin darse respiro, corrió hacia ella y la empuñó, encañonando a los contendientes, lista para disparar, tarea harto complicada, porque Kovenko, cuyo cuerpo se entrelazaba con el de Darel en un continuo intercambio de golpes y revolcones, no ofrecía garantía de diana segura.

En el juego de puñetazos y acometidas violentas entre ambos rivales, al fin Gresham consiguió ponerse en pie un poco antes que su adversario, al que, sin tregua, hundió la rodilla en los testículos. El hombre se encogió y Darel le dio un puñetazo en el mentón con el ímpetu de la furia desatada. La resistencia del orloveno se quebró, cayó hacia atrás y ya no pudo incorporarse.

Darel estaba sin resuello, dolorido, quería acabar con aquel desgraciado, pero estaba fuera de combate, sin embargo, se olvidó de todo cuando Tatiana se lanzó a sus brazos.

—¿Te encuentras bien? —le preguntaba ella, estrechándose contra su pecho, dando rienda suelta a las lágrimas.

Para Gresham lo único que importaba en ese instante era abrazar a la mujer que amaba, acallando con cálidos susurros un llanto con el que ella expresaba cuánto le importaba.

—Tranquila, pequeña, estoy de una pieza.

Ella lo miró con sus ojos dorados centelleantes y él besó su boca hambriento. Los labios de Tatiana sabían a la sal de sus lágrimas, un maná del Cielo que le devolvía la serenidad.

Tatiana se le entregó por entero, riendo y llorando a un tiempo, sin saber muy bien por qué decantarse, absolutamente convencida de que Darel era el hombre al que amaba por encima del bien y del mal, por encima de sus diferencias, por encima de un trono. Lo besó con avidez, entregándose a él espiritualmente, prodigándole más amor, si eso era posible, que cuando habían compartido el lecho.

Él había arriesgado su vida por salvarla y ella había estado a punto de morir de angustia, mera espectadora de una lucha que podía habérselo arrebatado.

Oyó un quejido a sus espaldas y recordó la presencia de Kovenko. Se apartó de Darel y enfrentó a su enemigo, ejecutor y perro de presa de la traición a su país. El hombre, respirando entrecortadamente, se esforzaba por ponerse en pie. Tatiana avanzó hacia él con la serenidad de una reina. Sus miradas se cruzaron. La de Kovenko impregnada de odio, inmediatamente transmutado en alarma al ver cómo iba alzando ella el arma.

—Reza si sabes —oyó que le decía—, porque vas a

morir.

Kovenko, en una acción cobarde, retrocedió sobre los codos. Porque no le cupo duda: en la mirada de Tatiana Elisabeta Smirnova estaba escrito su fin.

El dedo de ella apretó el gatillo de la pistola.

Darel no pudo impedir un acto que era el tributo de una venganza, tal vez justa, pero del que más tarde Tatiana se arrepentiría. Pero sí lo hizo el sujeto que, surgiendo como un fantasma de entre las sombras, detuvo su mano unas décimas de segundo antes de que efectuara el disparo.

—Su alteza no debe mancharse las manos con la sangre de una alimaña —dijo Fedorov haciéndose con la pistola.

Así hizo su aparición el hombre a quien ella creía muerto y enterrado. Felizmente impresionada, no fue capaz de decir nada. Se limitó a consolarse mirando su cabello claro, sus ojos azules, sus facciones, descubriendo la pequeña cicatriz que ahora marcaba su rostro. Un rostro que nunca creyó volver a ver.

Vasili la contempló con su límpida mirada, reflejo de su fidelidad. Luego, se volvió hacia Kovenko. Si a éste le quedaba alguna esperanza de salvar la vida apelando al corazón de Tatiana, ésta se volatilizó sin remedio bajo la feroz mirada de Fedorov. Ya no había marcha atrás.

—Nicolai Bogdánov está muerto —se apresuró a

informarle Vasili, recreándose en el fulgor de espanto que se reflejó en sus ojos—. La insurrección fue sofocada días después de que dejaseis Vernon. Tus hombres han sido abatidos. Y tú, perro, has sido juzgado y condenado por traidor a Orlovenia y por el asesinato de nuestro soberano, Iván Smirnov.

La detonación sonó como un trueno que hizo encogerse a Tatiana, pero se resistió a desviar la vista de la cabeza de Kovenko, que al recibir el impacto de la bala cayó hacia atrás. La tierra, bajo él, empezó a teñirse con su sangre. Una tierra que le era ajena, pero en la que el destino dictaba, al fin, justicia.

Vasili tiró la pistola a un lado y ella se lanzó a él jubilosa, repitiendo su nombre una y otra vez, acariciándole la cara, besándole los ojos, la frente, las mejillas, siendo recompensada con iguales muestras de cariño. Aún le costaba creer que estuviera vivo y, a su lado, él ocultaba con una risa prudente, las ganas que tenía de estrujarla entre sus brazos. Pero ante una reina se han de guardar ciertas formas.

Darel observaba cariacontecido semejante sesión de besos y arrumacos y las venas se le bloqueaban. La dicha por haber recuperado a Tatiana se esfumaba como humo. No hacía falta más para comprender que, aunque lo había

besado a él una vez, era otro quien poseía su corazón. Con voz cavernosa, irrumpió en el reencuentro:

—¿Es éste *tu* Vasili?

Sobre el hombro de su soberana, Fedorov lo miró. Y supo entender en la pregunta del inglés y en su gesto adusto, que sentía algo por Tatiana. Lo lamentaba por él, porque, a pesar de deberle eternamente el favor de haber recuperado a la joven, ahora su obligación era arrebatársela.

A ella le desagradó su tono hosco, incluso la pregunta. Seguía enlazando la cintura del hombre que mucho tiempo atrás guió sus primeros pasos. Como Vasili, fue muy consciente de lo que Darel estaba pensando. En ese momento, viéndolo así, impotente, comido por celos infundados, recordó que una vez deseó tenerlo suplicando a sus pies. ¡Qué tonta! Era ella quien se avendría a implorar, a arrastrarse, a humillarse con tal de seguir gozando de su cariño. ¡Dios, cómo lo amaba! Acortó la distancia que los separaba, alzó una mano temblorosa y pasó el índice sobre aquellos labios que deseaba no dejar de besar jamás.

—Sí, mi amor, él es Vasili. Mi protector, mi paladín. Mi primo.

Fedorov pasó la vista por los óleos que cubrían las paredes forradas de raso verde y ocre, a juego con la tapicería, sin centrar su atención en ninguno salvo en una pintura de influencia árabe que representaba un baile ejecutado por mujeres. Se trataba de una habitación de ambiente masculino, donde mobiliario y objetos decorativos evidenciaban el buen gusto. A pesar de lo cual no terminaba de encontrarse cómodo allí, con la sola presencia de Gresham, un aliado ocasional que se interponía en los planes de su país.

No había mucho más que hablar. Antes de salir de Londres, había puesto al inglés al tanto de los acontecimientos: el asesinato de Smirnov, la huida de Tatiana Elisabeta, su búsqueda incansable durante meses, recabando indicios de su paso por aquí y por allá, borrando huellas de su rastro para anular a sus perseguidores. Demasiadas explicaciones para un hombre como él, poco dado a rendir cuentas a nadie. Pero sabía que le debía a lord Winter una aclaración, aunque sólo fuera por haber sacado

a su prima de los sucios barrios de Londres.

Ahora bien, su deuda para con él no llegaba al extremo de permitir que Tatiana se quedara en Inglaterra, por mucho que entre ellos hubiera surgido un sentimiento de afecto. Vasili había salido de su país con un propósito de la casa real además de propio: encontrar a la joven y devolverle el trono de Orlovenia, adonde pertenecía. No podía permitir que nadie se lo impidiera.

Darel, por su parte, sabía que había agotado sus argumentos. Tampoco era que tuviera demasiados ante el despliegue de evidencias que Fedorov puso ante sus ojos. Tatiana era una princesa real, heredera de un trono, y así estaban las cosas. ¿Cómo podía él aspirar a tan alto premio? Un triste barón colado hasta los huesos de una mujer inalcanzable. Su amor no era moneda de cambio de valor suficiente para poder emparentar con sangre real, a pesar de saber ahora a ciencia cierta que el corazón de Tatiana le pertenecía por completo a él y no a Vasili Fedorov, de quien lamentaba su existencia, por ser quien la arrancaría de su lado.

No había querido hablar con ella tras las escasas frases que intercambiaron antes de que en el claro apareciesen Christopher, McMillan y unos cuantos sirvientes armados hasta los dientes. No había querido verla, haciendo caso

omiso de sus ruegos para explicarle los motivos de su silencio, desde que él se encerró con Vásilí en aquella habitación. Si volvía a encontrársela, si veía de nuevo su rostro y aquellos ojos que le habían robado el alma, no tendría más consideración que la que le dictaban sus sentidos, que palpitaban por amarla y poseerla, haciendo caso omiso de su rango real.

—He de volver —le había dicho ella, anegados los ojos de lágrimas—. Lo comprendes, ¿verdad, mi amor? Debo regresar a Vernon.

No. No lo entendía. ¡Cómo iba a entenderlo! ¡Cómo podía contentar a su atribulado corazón, huérfano de la mujer por la que daría mil veces la vida? ¡Cómo arrancarse el sabor de sus besos, la tersura de su piel, el olor de sus cabellos, el aliento de su boca? Venía a ser como convencer a un condenado a muerte de que iban a ajusticiarlo por su bien. Su entereza no llegaba a tanto.

—Vasili, yo la amo —dijo una vez más, vencido.

—Y ella a usted, no me cabe duda —admitió Fedorov—. Pero no es la cuestión, lord Winter. Poco importan nuestros sentimientos, incluso nuestras vidas, cuando están en juego los intereses de una nación. —Se aproximó a Darel, permitiéndose la ligereza de posar una amistosa mano en el hombro del inglés—. No lo haga más difícil

para ambos. Elisabeta debe regresar con nosotros, el pueblo necesita saber que está viva, aclamarla, convencerse de que investirán a su reina para que prosiga con una dinastía que ha llevado paz, justicia y progreso al país. Es eso, o enfrentarnos a nuevas conjuras.

—¡No la llame Elisabeta!

—Tatiana, entonces —consintió—. Piénselo bien, Gresham, porque aunque lograra que ella se quedara en Inglaterra, jamás se podría perdonar, ni le perdonaría a usted, la muerte de uno solo de sus súbditos en otra revuelta. Tiene deberes para con ellos.

—Lo sé —asintió, comenzando a administrarse mentalmente una medicina para su alma—. Lo sé.

—Partiremos mañana al amanecer. Despídase de ella y procure olvidarla.

—¿Es eso un consejo o una orden? —Aún trató de rebelarse, pero era una batalla perdida—. Déjelo. Tanto da una cosa como la otra, ya está todo dicho.

—Lo lamento.

—De todos modos, no quiero verla. Parto de inmediato a Londres. Quién sabe, puede que embarque hacia el otro lado del mundo, lo más lejos de ella como me sea posible. —Mientras hablaba, rebuscó en su desgarrada chaqueta para sacar una pequeña bolsita de terciopelo azul que puso en

manos de Vasili—. Entrégueselo cuando se encuentren lejos de Inglaterra. Puede quedárselo o tirarlo, a su antojo, supongo que ahora será una bagatela para ella, comparado con ese camafeo que pudo recuperar y le ha devuelto.

—El camafeo era tan sólo un recuerdo de familia, pero sobre todo, la alhaja que me puso sobre su pista. —Guardó el presente de Darel en su levita—. Le prometo que se lo daré. No le guarde rencor, va a cumplir con el designio para el que ha nacido.

—No podría. Bien sabe Dios que no podría.

Palacio de Vernon, Orlovenia. Un año después...

La llegada de la primavera no había conseguido derretir los carámbanos de hielo que, como guirnaldas translúcidas, se resistían a dejar de engalanar los aleros.

Hacía frío. En Orlovenia y en su alma. Sus ojos, secos de tantas lágrimas derramadas, se perdían en la distancia sin apreciar el esplendor del paisaje que se extendía más allá del castillo. Le parecía que habían pasado siglos desde que regresó de Inglaterra, pero el dolor seguía allí, no lo mitigaba el tiempo; por el contrario, se acrecentaba más y más cada día. La inapetencia la había hecho perder peso, y se había apoderado de ella un desánimo que era casi su único alimento.

Los bosques de tilos, pinos y abetos que antaño la enamoraban perdieron su magia. Los amados pantanos en cuyas riberas arrancaba juncos y flores para confeccionarse diademas apenas eran ya meras superficies de agua. Se había negado a acompañar de nuevo a Vasili para avistar

osos, alces y lince; tampoco volvió con él al lago donde solían nadar juntos. No podía hacerlo, porque tan sólo plantearlo le recordaba aquellas tardes junto a Darel, a la orilla del mar.

¡Darel, Darel, Darel!

¡Cómo había intentado arrancarlo de su alma desgarrada! Ni el cariño de Fedora ni la dedicación de Kirov ni la paciencia de Vasili consiguieron sacarla de su apatía.

—Majestad.

Reprimió un sollozo y se pasó un pañuelo blanquísimo por los ojos. Se volvió hacia Kirov forzando una sonrisa que no floreció en sus ojos.

—¿Aún levantado? Descansáis poco.

«Como vos», pensó el abnegado consejero. Pero no lo dijo. Se acercó a ella para entregarle el documento que le quemaba en la mano. Si hubiera podido, habría intentado resolver aquel asunto en solitario, o con Vasili Fedorov. Pero existían reglas y protocolos y a ellos se atenía. Tatiana Elisabeta era su soberana y, sumida o no en la melancolía, seguía ocupándose con mano firme de los asuntos de Estado, sin descuidar el bienestar de su pueblo. La joven se obligaba a cumplir con su deber, por espinoso que fuera, y él no era quién para asumir funciones que no le

correspondían.

Sufría por ella, como sufrían todos cuantos estaban a su lado en el día a día, viéndola languidecer. ¡Cuánto se ansiaba en la corte una Tatiana con el espíritu jovial de otros tiempos! Personalmente, él maldecía la hora en que había ido a parar a una tierra llamada Inglaterra.

—Es la respuesta del gobierno inglés, majestad —dijo, tendiéndole la misiva.

—¿Están de acuerdo en las condiciones?

—Lo están, majestad.

—Kirov, Kirov... Deja los formalismos para cuando nos encontremos ante el consejo o en las audiencias, entre nosotros sobran los títulos, ya lo sabes —pidió, echándole un vistazo a la carta. Se la devolvió luego y desvió la mirada al manto níveo que cubría el jardín—. El enviado inglés estará aquí dentro de poco. Quiero que se lo reciba con todos los honores. El tratado será beneficioso para Orlovenia.

—Tanto como para ellos. La explotación de las minas de cobalto incrementará la producción de sus fábricas de cerámica y vidrio.

—Y dará trabajo a muchos de nuestros ciudadanos. Alegra esa cara, que la bota de un inglés pise nuestra tierra no quiere decir que vayan a colonizarnos.

—¿Puedo hablaros con claridad, señora?

—¿Cuándo no lo habéis hecho?

—No es eso, mi reina. Es que palidecéis cada vez que se nombra esa condenada isla —soltó su lengua, envalentonado por el beneplácito de su respuesta—. No os hace ningún bien recluirnos aquí, como una dama que hubiera tomado los hábitos, como una viuda sin plañideras. Olvidad de una vez por todas, majestad. Sois la cabeza de esta nación: buscad un esposo y dad herederos al trono, el pueblo...

—¡Es suficiente! —se irritó Tatiana—. Tengo deberes, sí. Y los cumpliré, no lo dudéis ni un solo instante. Pero no soy una estatua de bronce, Kirov, tengo sentimientos. Por más que deba mi vida a Orlovenia, los tengo. No podéis pedirme que renuncie a mis recuerdos.

—Sí, cuando tales recuerdos os mantienen en un estado de melancolía por el que acabaréis enfermando.

—¿Acaso he olvidado mis obligaciones? —se le enfrentó ella con renovados bríos—. ¿No he planificado mejoras en el país desde mi regreso? ¿No he firmado decretos para proseguir el desarrollo? ¿No he buscado nuevas alianzas para nuestra política exterior?

—Lo habéis hecho.

—Entonces... ¿qué más quiere el pueblo? ¿Qué más

queréis vos, Kirov? Se me puede exigir que ocupe el trono y hasta que dé mi vida por mis súbditos, pero nadie, ni siquiera vos, puede exigirme que entierre los dictados de mi alma, el sentimiento que bulle dentro de mí por... —Le subió un sollozo a la garganta y no pudo pronunciar su nombre—. Dejadme sola, por favor.

El fiel consejero inclinó la cabeza y se fue alejando sin darle la espalda. Antes de salir de la estancia, la oyó decir:

—¿Sabéis, amigo mío? Hubiera sido mejor para todos que nunca me hubieran encontrado. El pueblo ama a Vasili tanto como a mí. Él sería un gran soberano, no una cáscara vacía que camina como un fantasma por las galerías del palacio.

—Majestad, no...

—Marchaos, por favor.

Kirov cerró tras de sí la puerta de la recámara, mordiéndose los labios para no proferir un juramento de desaliento.

En la lejanía, sobre un otero verde con el fondo montañoso salpicado aún con las remolonas nieves del invierno, se alzaba la gran mole del palacio de Vernon. Exquisito y simétrico, disputaban el horizonte sus altísimas

torres coronadas de teja oscura. Los estandartes de vivos colores ondeaban al viento racheado. Era la viva estampa de los relatos de la Edad Media, aquellos en los que las doncellas aguardaban impacientes la llegada de sus paladines. De altos muros de piedra blanca, agrisados por los elementos, el palacio sobrecogía por su belleza, como arrancado de un cuento. Incluso la cumbre en la que se encaramaba, donde la luz serpenteaba entre un follaje de fresnos y robles longevos que alcanzaban alturas fantásticas, jugando a asomar y esconderse, desgranándose en mil colores.

Pocas veces había tenido Darel Gresham la oportunidad de extasiarse ante un lienzo tan espectacular, tan bellamente integrado en el entorno.

Aun así, seguía preguntándose qué hacía allí.

Aquel viaje solamente podía reportarle dolor. Sin embargo, moralmente muy debilitado, se había dejado enredar por Christopher y James, que habían hecho frente común, apoyados por Kimberly, para sacarlo de la opresiva actividad a la que se había volcado tras la marcha de Tatiana.

No se había tomado un respiro después de volver de Escocia, en donde se refugió intentando olvidarla. Al regresar a Londres, se había dedicado en cuerpo y alma a la Gresport Company, al asilo de huérfanos del hermano

Gregory, a apoyar con más ahínco si cabía la causa de los derechos de las reclusas en Newgate, a erradicar la prostitución... Y a devorar con una ansia frenética cualquier noticia de los periódicos sobre Orlovenia.

Ni siquiera había vuelto a estar con una mujer.

Era como si su corazón se hubiera secado, como si hubiera dejado de latir. Ahora, tan cerca de ella, palpataba con vigor inusitado, retumbándole en los oídos como un tambor de guerra que le impedía oír nada que no fuesen sus golpes acompasados.

No debería haberse dejado convencer para ir como representante de Inglaterra. Al menos, no a aquel país. ¡Maldito fuera, debería haberlo evitado!

Ansiaba volver a ver a Tatiana con una impaciencia casi enfermiza y, al mismo tiempo, rogaba a Dios poder presentarle las credenciales a un funcionario de su rango. A cualquier funcionario, en realidad, aunque eso significase una profanación protocolaria que, de entrada, sería mal recibida por la tradicional corona inglesa. Pero así evitaría enfrentarse de nuevo a aquellos ojos dorados que lo torturaban, porque lo perseguían cada vez que cerraba los suyos. Incluso el condenado Váсили Fedorov, a quien Lucifer diera tormento eterno, era preferible a encontrarse frente a Tatiana.

No. No debería haber ido allí. Pero sus manipuladores hermanos aprovecharon una de esas tantas tardes en las que el alcohol conseguía apenas apaciguar el monstruo que le arrancaba las entrañas al recordarla, haciéndole estampar su firma en un documento que lo comprometió.

Así estaban las cosas y ya no podía cambiarlas.

Fijó sus ojos en las altas almenas del palacio, jurándose a sí mismo comportarse como lo que era: un emisario de su gobierno, encerrando en la más profunda mazmorra al caballero sin sangre real que suspiraba, como siempre, por los besos de su princesa. Cerró la cortina del carruaje y ordenó acelerar la marcha.

El destino no le iba a ser propicio. Lo supo a la mañana siguiente, tras una noche de duermevela a pesar del viaje, cuando su asistente le anunció las buenas nuevas de un burócrata orloveno.

—Su majestad, Tatiana Elisabeta Smirnova le recibirá en seguida, milord.

Se le encogió el estómago. Era la noticia que no quería y secretamente la que más deseaba, así que, fiel a la palabra que se había dado a sí mismo, recogió los documentos de los que era portador, junto con los presentes de su país, y avanzó con determinación. Hacia ella, su cielo personal que lo arrastraría después, sin remisión, al infierno de su

ausencia.

Cuando la tuvo ante sí el pasado se hizo presente y ya no hubo más. Se le esfumó el universo y todo se redujo a ella y al torrente de emotividad que inundó su ánimo. Placer y miedo, amor y lujuria, sosiego y rabia. Los sentimientos se agolpaban en su pecho como los colores en un caleidoscopio.

Tatiana estaba de espaldas, junto al alto ventanal por el que se filtraban tenues rayos de sol que, zalameros, jugaban a arrancar destellos de su cabello. Esa mata delicada con la que él se había deleitado atrapándola entre sus dedos y que ahora permanecía severamente recogida bajo una redecilla de hilo dorado.

Creyó estar viendo una mariposa cautiva.

Estaba más delgada, engalanada su figura por metros de suntuosa tela. Una capa corta de armiño ceñía sus hombros, cubriendo su piel de nácar que, hacía siglos, besaron sus labios.

El funcionario que le dio la bienvenida la noche anterior a su llegada a palacio, que se puso a su disposición presentándose como consejero real, se acercó a ella con pasos medidos para hablarle al oído. Únicamente entonces

reparó Darel en que, en la sala, se encontraba también el mismísimo Vasili Fedorov. Ambos cruzaron sus miradas, irremediablemente frías. El orloveno le hizo una seca inclinación de cabeza a modo de salutación. Él hizo otro tanto, correspondiendo a la cortesía.

Darel sólo quería ver el rostro de Tatiana, volver a meterse en sus ojos, no podía aspirar a más. Se ilusionaba pensando que un golpe de fortuna le permitiera llegar a ella, rodearla con sus brazos y besarla hasta que ambos perdieran el sentido. Pero el hecho real fue que ella se volvió y él, solícito, clavó una rodilla en tierra y se inclinó en señal de respeto.

A Tatiana se le desbocó el corazón.

Hasta en las tinieblas más insondables habría reconocido ese cabello oscuro, la forma amplia de aquellos hombros, sus manos descansando en su rodilla doblada, la pose indolente incluso entonces, rindiendo homenaje, del hombre por el que suspiraba y moría: era Darel Gresham, barón de Winter, el inglés que había hecho de su vida un purgatorio y al que no conseguía dejar de amar con locura.

Controlando el estremecimiento que le provocó su presencia, levantó el mentón, obligó a sus pies a avanzar y se apoyó en el sillón que coronaba el salón de audiencias,

sentándose en él.

—Incorporaos, milord —acertó a decir con voz trémula.

Darel tardó en hacerlo, tampoco a él le respondían las piernas. Sin mirarla directamente, ofreció los poderes que llevaba consigo.

—Mis credenciales, majestad.

—No son necesarias, lord Winter.

¡Qué despropósito!, pensó la joven. Habían yacido juntos sin nada más que la desnudez de sus cuerpos. ¡Qué pompa tan absurda la del protocolo!

Él se acercó, ahora sí, sus ojos brillantes clavados en ella, las mandíbulas apretadas, su rostro cetrino endurecido por un gesto huraño, como si fueran enemigos. Tatiana aferró con fuerza los brazos del sillón, porque se sabía incapaz de dominar el temblor de sus manos.

Darel le estaba ofreciendo algo. ¿Estaba hablando? Porque ella no oía nada, sólo podía mirarlo y en sus oídos retumbaba el bombeo de su errático corazón.

—Majestad —susurró Vasili, llamando su atención.

—¿Qué...?

—Un presente de la corona inglesa, majestad —dijo, haciéndose con él para ofrecérselo.

El presente, sí. Una ofrenda, una dádiva exquisita. La

cogió, rezando para que no se le escapase de las manos. Era un joyero. Ébano y oro, sobre la tapa tenía grabada la delicada imagen de un ángel cuyas manos, entrelazadas, configuraban la cerradura.

En una reacción visceral, insólita en actos de esa naturaleza, en la que arriesgaba incluso su prestigio, se aventuró a preguntar:

—¿Qué se supone que guardaremos en él? ¿Nuestro corazón?

Vasili carraspeó.

Darel se irguió en toda su estatura y su mirada se tornó de fuego al cruzarse con la de ella. ¿Se burlaba de él? ¿Tenía la osadía de hablar en plural, después de haber destrozado su vida? ¿O quería decirle algo?

Porque Tatiana acariciaba el obsequio y él supo que lo hacía para él. Y en el dedo anular de su mano izquierda, la soberana de Orlovenia lucía un anillo que le provocó una sacudida. ¡Su anillo! Dio un paso hacia ella, pero Fedorov hizo otro tanto interponiéndose, recordándole ante quién estaba.

Darel ató, por tanto, en corto al animal hambriento que se despertaba en él y, retrocediendo hasta una prudente distancia, le hizo entrega del segundo presente.

—Con mis respetos, majestad.

Ella retiró la tela de raso que se envolvía el regalo y palideció: un ejemplar forrado en seda azul de *Ivanhoe*.

Su garganta, reseca, se le cerró del todo, el salón en pleno se desvanecía a su alrededor, le faltaba el aire. Echando mano de un último resto de coraje, virtud que siempre caracterizó a los Smirnov, agradeció los obsequios con voz apenas audible, le pidió a Vasili que se encargara de hacerle llegar a su gabinete los documentos del acuerdo comercial que habrían de firmar y se excusó.

Kirov salió presuroso en pos de ella. Próximos ya al gabinete real, la vio tambalearse y, saltándose el protocolo, le pasó a su soberana un brazo por los hombros para ayudarla a caminar.

En el salón de audiencias el silencio era total.

Darel no podía moverse y le costaba respirar. ¡La había tenido tan cerca...! Sentía como si le estuviesen desgarrando las entrañas. Se le había encogido el corazón viéndola salir, erguida y distante, sin dedicarle siquiera una última mirada.

—¿Os encontráis bien, lord Winter? —preguntó Fedorov al ver la palidez de su rostro.

Gresham no fue capaz de responderle. No. No se encontraba bien. Estaba destrozado. Si le quedaba alguna esperanza, acababa de hacerse trizas, hundiéndolo en el

desaliento. ¿Qué esperaba, iluso de él? ¿Acaso que Tatiana se echara en sus brazos? Era una quimera. Lo único que tenía por delante era un futuro desdichado en el que, a cada segundo, lo atormentaría el recuerdo de ella.

Suspiró, saludó a Fedorov con un movimiento de cabeza y se fue de allí.

—¿Crees que es lo mejor?

Kirov asintió.

Eran las dos de la madrugada. Fuera había empezado a caer una fina llovizna que iba disolviendo la escasa nieve del jardín.

Vasili releyó el documento con el que el consejero le había despertado a hora tan intempestiva. El mismo en el que él debería poner su firma si el consejo aceptaba. Ese documento que nunca, nunca hubiera pensado rubricar. Se arropó más en su bata, dibujándose en su frente unas arrugas, reflejo de la duda que lo asaltaba.

—¿No tenemos otra salida?

—No. No la tenemos.

Fedorov se pasó la mano por el revuelto cabello. Suspiró, se incorporó y dijo:

—Reúne con urgencia al consejo. Veremos si también ellos piensan como tú.

—Espero que den su visto bueno.

—Realmente, amigo mío, no sé si ésta es la solución.

—Nada puede contra los mandatos del corazón, Vasili Fedorov. Nada. Ni siquiera un reino —sentenció el consejero.

En cuanto clareó el día, Darel y la pequeña comitiva que lo había acompañado hasta Vernon se dispusieron a partir. El acuerdo de cooperación entre ambos países había sido firmado y se habían llevado a cabo los actos protocolarios que establecían las relaciones diplomáticas, incluida una cena oficial.

¿Qué lo retenía allí? Haber vuelto a ver a Tatiana lo destrozaba. En el plano personal, su presencia removió un caudal de sentimientos. No quería volver a perderla. Haberla dejado marchar de Inglaterra había sido el mayor error de su vida.

Levantó la vista hacia los ventanales del salón de audiencias. ¿Por qué no los había mandado a todos al infierno? ¿Cómo era posible que no hubiera hallado el modo de hablar a solas con ella, humillándose tantas veces como fuera necesario para pedirle que volviera con él? Estaba loco permaneciendo allí. Ni era el paladín que pelearía por salvar a su dama de las garras de un dragón ni Tatiana se hacía eco de su guerra por ella.

Con un pie en la escalerilla del carruaje que lo alejaría definitivamente de la única mujer que había amado de veras, una voz conocida pronunció su nombre.

—Lord Winter.

Se le agrió el gesto: era Vasili Fedorov. ¿Qué querría ahora un intrigante como él? En su calidad de representante de Inglaterra, no tenía más remedio que escuchar lo que tuviera que decirle, si bien, lo que le gustaría realmente, sería abrirle la cabeza.

—¿Puedo pedirle un favor?

—Sí, claro, un favor... Hablad. Y espero que nuestros caminos no vuelvan a cruzarse, porque entonces no seré un enviado de mi país, sino, simplemente, un hombre que os detesta por interponeros entre ella y yo —se explayó.

Vasili encajó su agria respuesta sin mover un músculo. Darel supo que no lo amedrentaban sus amenazas. Reconocía a los tipos de una pieza, ejemplares de raza, seres como aquél, capaz de arriesgar su vida por salvar a Tatiana. Pero tales atributos no reducían su inquina personal por quien consideraba fuente de sus males.

—Protejo a una dama que necesita llegar lo antes posible a la frontera —lo informó el orloveno—. ¿Puedo rogaros que aceptéis su compañía en vuestro carruaje?

—Traed a la dama en cuestión y acabemos, tengo prisa.

Cuanto antes parta, mejor.

—Gresham... Las obligaciones que uno se impone están para cumplirlas. Eso fue lo que yo hice y haría mil veces.

—¿Es una disculpa? —Rió con menosprecio—. ¡Podéis guardárosla donde os quepa! Y recordad, Fedorov, no volváis a interponeros en mi camino.

Y así, brusco, desabrido y obtuso, se subió al carruaje, aguardando impaciente la llegada de tan inesperada compañera de viaje, deseoso de perder de vista las almenas del palacio de Vernon.

Al poco, el coche se fue meciendo a medida que se iban cargando los bultos en la trasera y una mujer, abrigada con una capa, cubierto su rostro por un tupido velo oscuro, casi negro, que impedía adivinar si era joven o vieja, agraciada o no, aceptaba la mano de Fedorov para entrar en la cabina, ocupando el asiento frente a Darel.

Éste no estaba para formalismos, así que la saludó con una inclinación de cabeza, limitándose luego a golpear el techo para que el cochero arrancase. Ni siquiera echó una mirada atrás cuando partieron, camino abajo, poniendo tierra de por medio entre el palacio al que nunca debió ir y su aciago futuro, bajo una persistente llovizna.

Avanzaron sumidos en el mutismo, él absorto en sus sombríos pensamientos, dejando vagar su mirada por los

recovecos boscosos del camino, mentalmente agradecido porque tampoco la misteriosa dama fuera propensa a conversar.

Ella, arrebujaada en su capa, no apartaba los ojos del inglés. Sólo cuando la fastuosa mole del castillo desapareció absorbida en la distancia, se aventuró a preguntar:

—¿Tú crees que Fedora y la señora Temple se llevarán bien?

El corazón de Darel le dio un doloroso vuelco en el pecho. Si lo hubieran apuñalado ni habría sangrado, tal fue la impresión. No se atrevió a decir nada por miedo a que esa nueva realidad se desvaneciera.

—No sé yo... —continuó Tatiana con un suspiro, echándose el velo hacia atrás—. Tienen ambas tan malas pulgas...

Entonces la Tierra dejó de girar. Se produjo una eclosión que evaporó el tiempo que les había sido robado, todos los silencios, todas las ausencias. Los diques se habían hundido y no había muro de contención.

Se encontraron abrazados, unidas sus bocas sedientas, entregados al furor de unos labios febriles que bebían sin saciarse, con la respiración entrecortada que alimentaba urgencias enamoradas, enjugándose mutuamente lágrimas

de reencuentro. Él lloraba de gozo, debilidad que un varón no solía permitirse, virtud que a los ojos de Tatiana lo enaltecía como ser humano y sublimaba al hombre al que quería por encima de todo.

Darel, tomando entre sus manos el rostro adorado, repetía:

—Tatiana, Tatiana, Tatiana... ¡Te amo!

—No dejes nunca de decírmelo, Darel. Nunca dejes de repetirlo.

Unieron sus bocas y sus almas en besos apasionados y hambrientos. Sus manos se buscaban, se acariciaban incansables.

Después, mucho después, controlados sus impulsos y el desaforado galope de sus corazones, Tatiana se acurrucó contra él, apoyando su rostro en el hueco de su cuello, allí donde seguía latiendo alocadamente una vena que sería ya parte de sus propios latidos.

—¿Qué ha pasado? Cuéntame qué es todo esto...

—Sencillamente, he abdicado en favor de Vasili.

—¿Vasili? ¡Ese...!

—Chist. Calla, mi amor. —Le puso un dedo en los labios—. Te aseguro que bajo ningún concepto anhelaba esa responsabilidad. Es más, se negó hasta última hora a ocupar de la noche a la mañana el trono de Orlovenia que

siempre creyó que era mío. Por mí se jugó la vida. Por mí ha acabado por aceptar. No le guardes rencor, sin él difícilmente podría estar yo aquí ahora.

—Muy bien. De acuerdo. Pero de buena gana le hubiese recompuesto esa bonita cara que tiene —gruñó.

—Lo sé. También lo sabe él. Sólo que firmando el documento de aceptación de su nombramiento, que mi fiel Kirov redactó en tiempo récord y presentó al consejo, ha demostrado que lo que más le importa es mi felicidad.

Darel la miró a los ojos.

—Tatiana... ¿No es una locura que renuncies a tus orígenes reales, a tu herencia, a tu reino...?

—Me sigue importando mi pueblo, pero no esta vida lejos de ti. Mi padre lo habría entendido y mis súbditos creo que lo harán también con el tiempo. Los dejo en mejores manos que las mías, en unas plenamente dedicadas al gobierno. Yo tengo otro objetivo. A mí sólo, sólo me importa una cosa, amor mío: reinar en tu corazón.

Darel la estrechó contra él, susurrando en su oído:

—Ahí, mi vida, reinas desde que te conocí.

Epílogo

Cardiff, Gales

El viento hacía oscilar la placa que anunciaba el nombre de la tienda: ANNA'S CREATIONS.

Los caballos de los dos carruajes aparcados en la puerta soportaban el temporal, mientras, en la parte posterior del establecimiento, los cocheros se resguardaban del frío bebiendo vino especiado e intercambiado rumores, a la espera de ser reclamada su presencia por las damas para quienes trabajaban.

En el salón principal, cuatro mujeres departían sobre otro tipo de chismes. Una de ellas, la más joven, entregada a las hábiles manos de la dueña del local, seguía con interés el parecer de las otras sobre si le sentaba mejor la tela rosa o la de color lila, sin acabar de decidirse por ninguna de las dos. Bueno, se dijo, confiaba completamente en el criterio de la señora Devis, no en vano era la mejor modista de Cardiff... y la más cara.

—Y, díganos, Anna —le preguntaron—, ¿es cierto lo

que se dice por ahí sobre usted?

—Se dicen muchas cosas, lady Browby —repuso la aludida, bajando ligeramente el escote de la muchacha a la que le estaba probando el vestido—. ¿A qué se refiere exactamente?

—Bueno... Se rumorea que una misteriosa dama viene expresamente desde Londres para encargarle sus vestidos. ¿Quién es? ¿Qué se sabe de ella?

Anna Devis disimuló una sonrisa. ¿Había algo que se les escapase a aquel trío de cotillas? A su memoria acudió la imagen de aquella jovencita a la que un día encontró en la calle, muerta de hambre y frío. Cuando desapareció de su casa, pensó que nunca más volvería a saber de ella. Sin embargo, hacía tiempo, había recibido una sorpresa con la que nunca soñó: un estuche con un collar de rubíes, un pagaré por una cifra desorbitada que puso a su nombre el mismísimo Henry Hase, cajero jefe del Banco de Inglaterra, y una carta con el membrete real de un país del que nunca antes había oído hablar, ni siquiera sabía que existiera: Orlovenia. La carta estaba firmada por su majestad Tatiana Elisabeta Smirnova.

Ciertamente Tatiana, su niña perdida, la había sacado de la miseria, de los suburbios donde se degradaba, regalándole un futuro del que nunca esperó gozar. Y ahora

esa dama, que residía en Inglaterra convertida en la baronesa de Winter, la visitaba cada cierto tiempo y encargaba todas sus confecciones en su tienda. La misma dama sin cuyo apoyo moral y financiero nunca hubiera podido levantar un negocio que ahora gozaba de notoriedad en Cardiff, convirtiéndola en una mujer respetable.

Clavó un alfiler más en el vestido y respondió orgullosa y desafiante a sus clientas:

—Esa misteriosa dama, señoras, es una reina. Ni más ni menos que una reina.

Echa una mirada furtiva a Los Gresham. Lágrimas negras

Cualquier persona cuerda pensaría que era un desvarío aventurarse por semejantes parajes en noche cerrada, sin compañía.

Cualquiera. No así Thara Bannion.

No era que no sintiera cierta aprensión, rayana quizá en el miedo, pero si quería encontrar pruebas para exonerar a su hermano de las sospechas que se cernían sobre él, no le quedaba más remedio que adentrarse en lugares inciertos y ello implicaba, de entrada, hacer una visita al mausoleo en el que la policía encontró el cadáver de Noelia Kendrick, en idénticas condiciones a las que apareció el de Adriana Worthington, la primera víctima. Ambas jóvenes habían sido descubiertas en extrañas circunstancias, con sospechosas peculiaridades de ritual: estranguladas, vestidas de negro, con una máscara demoníaca cubriendo sus ojos abiertos, velados por la muerte, y dos lágrimas

negras pintadas en sus mejillas. En sus pechos, el número del Maligno: 666.

Los periódicos habían vertido ríos de tinta por los atroces sucesos, aunque eran pocos los que estaban al tanto de los pormenores. Como no podía ser de otro modo, la noticia había dado para portadas, editoriales y crónicas de prensa que llevaban a la opinión pública al debate o discusión airada sobre los asesinatos, más aún cuando se mantenía un mutismo total acerca de los detalles, lo que aumentaba la curiosidad. No había reunión social en la que no se mencionara el caso que, en todo Londres, corría de boca en boca y se había dado en llamar «Los crímenes del asesino de las lágrimas negras».

A través de la oscuridad que se cernía sobre el camposanto, recorrió con paso presuroso el sendero que llevaba hasta el panteón, despotricando en su interior contra los elementos, que, justo esa noche, en forma de aguacero, se habían desatado sobre la ciudad.

Una punzada de pavor paralizó su avance al observar que la puerta de la cripta estaba entreabierta. Asaltaron su cerebro historias de ánimas y cadáveres errantes que la inducían a retroceder, a salir de allí a escape y esperar una ocasión más propicia, pero la impulsaba la voz suplicante de su hermano, pendiente de una acusación que podía

acarrearle la muerte.

Tenía que seguir. Su hermano era inocente. En alguna parte hallaría indicios y muy bien podían empezar por allí. No lo dudó más. Empujó la puerta, que emitió un chirrido que le erizó el vello y entró en la cripta, oscura como boca de lobo. Apenas puso un pie dentro, una mano tiró de ella y, aterrorizada, gritó como no lo había hecho nunca. La puerta se cerró y ella se vio envuelta en la oscuridad más absoluta, atrapada por el brazo que se ceñía a su talle.

Y entonces, muerta de miedo, oyó una voz burlona que embargó su ánimo asustado con un ramalazo de furia.

—¿No sería mejor que te quedaras en casa haciendo calceta, en lugar de jugar a los detectives, Thara?

Se revolvió contra el hombre que la mantenía sujeta. No podía ver sus facciones en semejante oscuridad, pero por Dios que no se iba a reír de ella. Controló el galopar frenético de su corazón para espetarle:

—¡Maldito seas! ¡Estúpido! Me has dado un buen susto.

—Da gracias de que todo haya quedado en eso. Ahora podrías estar muerta. ¿Qué demonios haces aquí, *querida*?

—Casualmente eso, buscar demonios. Pero me hallo con el que menos ganas tenía de toparme. Y te recuerdo, James Gresham, engreído intrigante, que yo no soy tu *querida*.

Nota de la autora

Espero que hayáis disfrutado con la historia de Darel y queráis acompañarme a desentrañar el misterio, con Thara y James, en la siguiente aventura.

Mi blog siempre está abierto a vuestros comentarios:

<http://nieveshidalgo.blogspot.com.es/>



Nací en Madrid hace algún tiempo.

Me considero, fundamentalmente, una incansable viajera, y también una impenitente devoradora de libros.

Escribo desde hace más de veinte años, al principio por simple afición y divertimento, y más tarde para el disfrute de mis amigas y compañeras de

trabajo, hasta que se publicó mi primera novela, *Lo que dure la eternidad*, con la que conseguí hacerme un hueco en el panorama de la literatura romántica, algo que se consolidó con mi siguiente libro, *Orgullo sajón*.

En 2009 fui galardonada con dos premios Rincón de Novela Romántica como mejor autora y mejor novela por *Orgullo sajón*, y dos premios Dama, uno como mejor

escritora nacional de novela romántica y el otro como mejor novela romántica española, por *Amaneceres cautivos*. En 2010 Círculo de Lectores las incluyó en su catálogo, con lo que soy la primera escritora española de novela romántica publicada por dicha editorial. También soy autora de *Hijos de otro barro*, *Luna de Oriente*, *Noches de Karnak* y *El ángel negro*, publicadas en Esencia, *Magnolia* y *Tierra salvaje*, publicadas en Zafiro y *Brumas*, publicada en Booket.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en: <http://nieveshidalgo.blogspot.com/>

Los Gresham. Reinarse en tu corazón

Nieves Hidalgo

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© de las imagen de la portada, Jon Paul

© de la fotografía de la autora, archivo de la autora

© Nieves Hidalgo de la Calle, 2013

© Editorial Planeta, S. A., 2013

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.esenciaeditorial.com

www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2013

ISBN: 978-84-08-11494-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Víctor Igual, S. L. L.

www.victorigual.com